



CRISTÓBAL COLÓN

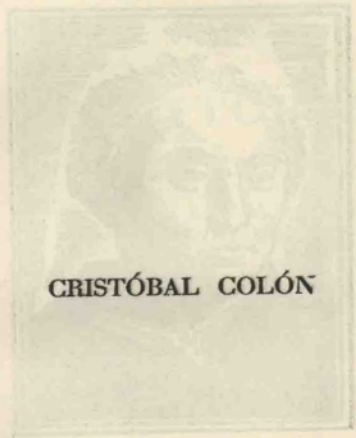
Cod. 24906

M-158

15E

Registro N° Z. 35863

BIBLIOTECA
SEDE IBEROAMERICANA
UNIA



CRISTÓBAL COLÓN

un
i Universidad
Internacional
de Andalucía
A

UNIVERSIDAD INTERNACIONAL DE ANDALUCÍA



LA EDICIÓN ORIGINAL DE ESTA OBRA SE HA
PUBLICADO EN ALEMAN, CON EL TÍTULO
CHRISTOPH COLUMBUS

H. H. HOUBEN

●

CRISTÓBAL COLÓN

*DE LA LEYENDA AL
DESCUBRIMIENTO*

Traducción de
JUAN DE BANDUJO

Edición ilustrada con láminas
y mapas fuera de texto

IBERIA-JOQUIN GIL-EDITOR

MUNTANER, 130 ● BARCELONA



*Derechos literarios y artísticos reservados para todos los países.
Primera edición: octubre 1942.- Copyright by Joaquín Gil, 1942.
Impreso en España - Talleres Gráficos A. Núñez - Barcelona*

INDICE DE CAPITULOS

	<u>Págs.</u>
<i>Prólogo</i> ...	3
I. El mentiroso...	5
II. El enigma de Colón ...	15
III. El caballero de industria ...	21
IV. Marino y mercader, soldado y pirata ...	26
V. La caída en el infinito ...	36
VI. El perito ...	45
VII. Un documento relativo a Christóbal Columbo ...	51
VIII. Colón huye de Portugal ...	58
IX. Las diligencias ...	66
X. Los sabios de Salamanca ...	73
XI. Antes de la decisión ...	86
XII. El contrato ...	91
XIII. Tres barcos salen al mar ...	98
XIV. Colón escribe su Diario ...	105
XV. El viaje hacia lo desconocido ...	109
XVI. La luz 'del Nuevo Mundo ...	119
XVII. Los primeros hombres ...	129
XVIII. Las islas afortunadas ...	137
XIX. El desembarco en Cuba ...	145
XX. Martín Pinzón se va por su lado ...	151
XXI. Altas personalidades a bordo ...	159
XXII. El buque almirante encalla ...	166
XXIII. El primer establecimiento en el Nuevo Mundo ...	174
XXIV. Los rivales ...	181
XXV. La tempestad ...	189

	<u>Págs.</u>
XXVI. El ardid portugués	193
XXVII. El triunfador	200
XXVIII. El reparto del mundo	206
XXIX. Otra vez de viaje	217
XXX. Entre los caníbales	220
XXXI. Ruinas y cadáveres	224
XXXII. La ciudad de Isabela y el fuerte de Santo Tomás	230
XXXIII. En el despacho de la reina	236
XXXIV. En busca del Gran Kan	241
XXXV. El dueño de la casa de oro	246
XXXVI. Oro en barras	253
XXXVII. Intermedio	260
XXXVIII. El tercer viaje	267
XXXIX. A la puerta del Paraíso	271
XL. El infierno de La Española	275
XLI. El almirante encadenado	283
XLII. Las acusaciones de Colón	288
XLIII. La sentencia	298
XLIV. El último viaje	303
XLV. Al socorro del almirante	312
XLVI. La recompensa del mundo	316

ÍNDICE DE GRABADOS

1. CRISTÓBAL COLÓN. — Retrato de autor anónimo existente en la Biblioteca Nacional de Madrid.
2. CRISTÓBAL COLÓN EN EL CONVENTO DE LA RÁBIDA. — Cuadro de E. Cano.
3. COLÓN ANTE LOS REYES CATÓLICOS. — Cuadro de M. Crespo.
4. COLÓN ANTE LOS DOMINICOS. — Cuadro de F. Masó.
5. PARTIDA DEL PUERTO DE PALOS. — Cuadro de A. Gisbert.
6. LOS REYES CATÓLICOS RECIBEN A COLÓN EN BARCELONA A SU REGRESO DE AMÉRICA. — Cuadro de R. Balaca.
7. MUERTE DE COLÓN. — Cuadro de F. Ortega.
8. LA CARABELA DE COLÓN. — Grabado en madera de 1493.
9. CARTA DE COLÓN A NICOLÓ ODERICO, EMBAJADOR DE LA REPÚBLICA DE GÉNOVA EN LA CORTE DE ESPAÑA. — Sevilla 1502.
10. PORTADA DEL «LIBRO DE LOS PRIVILEGIOS» otorgados a Colón por los soberanos de España.
11. ARMAS DE CRISTÓBAL COLÓN DEL LIBRO DE LOS PRIVILEGIOS.
12. PORTADA DE LA CARTA DE COLÓN A LOS REYES CATÓLICOS CON LA RELACIÓN DEL CUARTO VIAJE.

El mentiroso

Tres muchachos de diez a catorce años estaban indolentemente tendidos en una roqueña y estrecha pendiente al pie de la muralla de Génova. El mar estaba en calma. El sol declinaba entre las altas montañas divididas por un profundo valle que descendía hasta el mar, dejando el puerto de Génova en una sombra azulina. Hacia el Sur, el azul del mar iba aclarándose, se confundía con el horizonte y resplandecía bajo el calor de un día de julio en su ocaso.

Aunque ya habían callado las campanas del ángelus, no cesaba en la ribera el rumor del trabajo. En el puerto interior apenas cabían los numerosos barcos que debían ser descargados en él o que, por el contrario, iban a recibir nuevo cargamento. A lo largo de los demás muelles, hasta el faro, se alineaban toda clase de navíos: de dos y de tres palos, con flancos enormes, que desplazaban hasta mil doscientas toneladas; carabelas, más pequeñas, con palos cortos y anchas velas cuadradas, y galeras bajas, movidas a remo. Embarcaciones menores rodeaban a los veleros como un enjambre de moscas. Los palos, las vergas y las amarras entrecruzados formaban a derecha e izquierda una especie de malla irregular. Pero, desde donde los tres muchachos permanecían tendidos, la mirada podía vagar a lo lejos, pues en aquel lugar no atracaban los barcos y, pasando de roca en roca, se podía entrar en el mar hasta unos cincuenta pasos. Allí iban a bañarse los ganapanes de los muelles vecinos, así como los caballos de tiro y los mulos, cuando les concedían una hora de descanso. Aquel día, varios caballos, alazanes y peludos, chapoteaban pesadamente en el agua, en tanto que dos mu-

los permanecían inmóviles, arrimados a la pared, con la cabeza apoyada en la piedra; de vez en cuando corría un temblor por su piel oscura, o su cola hacía un ligero movimiento para espantar los tábanos que pululaban en los estercoleros. Otro mulo se había retirado bajo la fresca sombra de uno de los pasajes que en varios puntos del puerto atravesaban la gruesa muralla y daban acceso a la ciudad; de noche los cerraban grandes y macizos rastrillos. Bajo sus bóvedas, el ruido y el chirrido de los carros pesadamente cargados, los golpes de las ruedas sobre el desigual empedrado, los gritos de los carreteros estimulando a las caballerías y las pisadas de éstas producían un estruendo ensordecedor que el eco enviaba a uno y otro lado y que ahogaba todos los demás ruidos hasta perderse lentamente en las vecinas callejas, detrás de los muros.

Los tres muchachos estaban al cuidado de las caballerías, pero, levantados desde el amanecer, se hallaban demasiado cansados para montar y llevarlas al abrevadero. Siempre había trabajo en el puerto para las personas activas, y Pedro, el más pequeño de los muchachos, hacía sonar muy complacido un puñado de monedas de cobre, que alineaba con cuidado sobre una piedra plana, las contaba y las colocaba según el tamaño, lo que parecía costarle mucho trabajo. Satisfecho, por fin, del resultado, volvió a tumbarse perezosamente y se puso a reír estrepitosamente al ver que su compañero, tendido a su lado, intentaba sostener en equilibrio sobre la nariz una pluma de pavo real.

Cristóbal tenía la nariz larga y atrevida y la barba fuerte. Solía entregarse durante varias horas a semejante juego, a no ser que prefiriese mirar fijamente el cielo con sus ojos azules. Iba tan pobremente vestido como sus dos compañeros, pero los desgarrones y agujeros de su pantalón de paño de color castaño estaban remendados, y su casaquilla, de tela raída y de mangas demasiado cortas, muy limpia. Tenía una piel más blanca y menos curtida que sus compañeros; su pelo no era negro, sino rubio, tirando a rojo, y su cara, pecosa, le hacía parecer de más edad de la que tenía.

Viniendo del lado del mar, resonó una señal como un

toque de corneta. Un majestuoso buque de tres palos, detenido en alta mar, pedía ser remolcado por las galeras hasta el fondeadero. Sus velas pardas ondeaban suavemente movidas por la brisa que bajaba de las montañas. Agudos silbidos contestaron a la llamada desde el puerto interior y en una de las torres de la muralla se izó una bandera blanca.

El tercer muchacho, Bartolomé, hermano de Cristóbal, que había estado durmiendo hasta entonces, se incorporó y, fijando la vista en el barco, preguntó:

—¿De dónde vendrá?

Cristóbal levantó a su vez la cabeza, contempló un momento el velero, se volvió a tumbar y describió en el aire grandes círculos con la pluma de pavo real. Por fin, como si saliera de la meditación en que le hundiera la pregunta de Bartolomé, contestó:

—De los desiertos de Berbería, de las Columnas de Hércules, o acaso de las nuevas islas que los portugueses han descubierto recientemente.

—¿Qué nuevas islas son ésas? ¡Cuéntanoslo, Cristóbal! — exclamó Pedro y, dando la vuelta, se dispuso a escuchar.

—¿No sería una ballena dormida lo que esos pícaros portugueses tomaron por una isla? — dijo mordazmente Bartolomé —. Su gran navegante, el príncipe Enrique, vuelve a estar en camino; pero ¿no se dirige hacia las Indias? ¿Has vuelto a ver al moro que nos contó el otro día la leyenda del gran río del Senegal, adonde dice haber ido con los portugueses? ¡Y eso está en mitad de África!

—En este mundo todo son leyendas; pero, tarde o temprano, las leyendas se transforman en realidades — contestó Cristóbal con enojo, poniéndose colorado —. Nadie puede ir por mar hasta las Indias. Detrás de Grecia, cerca de Antioquía, el mar se acaba, y más lejos, mucho más lejos, más allá de Tierra Santa, empieza el imperio del Gran Kan. El padre Benito tiene un libro en el convento. Lo escribió un veneciano, Marco Polo, mientras estuvo preso en Génova. En ese libro cuenta todo lo que vió. Cruzó a lomo de camello desiertos espantosos y llegó al país del elefante blanco. Ya conocemos a los sarracenos y a su sultán, pero Marco Polo ha visto la

India dorada, y allí todos los elefantes son tan altos como el palacio Spínola. Su trompa es de oro, lo mismo que sus poderosos colmillos. El mayor de los elefantes lleva un trono de oro con baldaquín de seda; allí se sienta el Gran Kan como en un tabernáculo resplandeciente de diamantes. Su sable corvo es capaz de partir en dos, de la cabeza a los pies, a un hombre, aunque lleve casco y coraza. En los otros elefantes van sus mujeres, con vestidos de oro y de seda abigarrada, y esclavos de Nubia las preservan del sol con grandes sombrillas de largos mangos de bambú. Por todas partes se oyen músicas. Por una miserable moneda de cobre puede uno comprar una montaña de deliciosas frutas y todo es mucho más maravilloso que en el país del rey de Francia, el cual es avaro y pobre, y viste un viejo jubón de paño.

Pedro, el más joven de los tres, se puso en pie de un salto y empezó a bailar.

—¡Yo quiero ir allí! ¡Viajar en camello ha de ser magnífico, y tendrás que darme también un elefante blanco, Cristóbal! Voy a trabajar mucho y a ganar todos los días tanto dinero como hoy. — Y loco de contento hizo saltar en su mano las monedas de cobre. — El tío Francisco seguramente nos llevará con él cuando pueda volver a Palestina: hace tiempo que me lo ha prometido. Entonces me subiré a la gavia y anunciaré todo cuanto vea a lo lejos.

Pedro dirigió unos gritos de amenaza a uno de los caballos que se alejaba demasiado, y al dar la bestia dócilmente media vuelta, el niño volvió a sentarse al lado de Cristóbal con las manos juntas sobre las rodillas desnudas, y le miró, dispuesto a seguir escuchándole atentamente.

—Al parecer, hay gente que no cree ni una palabra de lo que cuenta Marco Polo — observó Bartolomé.

—Hay quien no cree nada de nada — interrumpió Cristóbal —, pero no son éstos los que hacen que el mundo adelante, como dice el padre Benito. ¿No hay en Génova muchas personas bien conocidas que han tratado a Marco Polo? El Gran Consejo de Venecia no hubiese admitido entre sus miembros a un mentiroso. Durante muchos años, Marco Polo fué gobernador en el país del Gran Kan y llegó aún más lejos,

hasta la isla de Cipango, que está en el extremo Oriente, más allá de Catay. Allí hasta los tejados están cubiertos con chapas de oro y no se usan más que utensilios de oro y vestidos de seda. Cuando Marco Polo volvió de allá, su cinturón pesaba como una coraza, tan cargado estaba de pedazos de oro, grandes como huevos de paloma, y las costuras de sus ropas ocultaban joyas de incalculable valor. Allí quiero ir yo en busca de oro y diamantes. Luego compraré una carabela, la mayor que exista, y después...

—¿Y después? —preguntaron los dos oyentes con interés.

—Entonces cruzaré las Columnas de Hércules; iré más allá de Berbería y navegaré siempre hacia Poniente, donde las olas son como grandes montañas, donde tempestades heladas vienen del Norte, donde resuena constantemente el trueno y brillan los rayos. Hay allí poderosos monstruos que abren sus bocas y que en un abrir y cerrar de ojos os tragan con barco, velas y palos. Si no estáis prevenidos, esos monstruos os devoran lo mismo que hizo la ballena con Jonás. Pero si se invoca el nombre de la Madre de Dios, el monstruo no puede volver a cerrar la boca y se pasa por entre sus dientes tan tranquilamente como las galeras salen de nuestro puerto. Sí, tienen unos dientes tan grandes como los farallones de cerca de Fruttuoso, y cuando abren y cierran las mandíbulas producen una marejada más espantosa que la que ahogó hace poco al primo Luis.

Bartolomé se echó a reír con todas sus fuerzas, dándose grandes golpes en los muslos:

—¡Eres un grandísimo mentiroso! Eso te lo habrá contado algún borracho en cualquier taberna del puerto y nos lo quieres hacer creer. Semejantes cosas no existen. Y además, ¿qué irías a hacer en esas montañas de olas, entre esos monstruos marinos? Muchos fueron y naufragaron, y ninguno volvió para contar semejantes paparruchas.

Una socarrona sonrisa asomó a los labios de Cristóbal, que volvió a agitar en el aire su pluma de pavo real, como si quisiese hacer signos sobre el cielo azul.

—Tal vez yo tampoco vuelva —dijo a media voz—. En

algún punto del Oeste se halla el Paraíso. ¿No habéis oído hablar nunca de la isla de San Brandán? Centenares de hombres la han visto a lo lejos. En los días despejados se la ve a doscientas leguas marinas de las islas Canarias, brillando sobre el mar, pero cuando un barco se acerca, desaparece como un espejismo. No obstante, ha habido quien ha llegado hasta ella. Fué un piadoso fraile escocés, acompañado de su discípulo Saint-Malo. Encontraron en la isla el cadáver de un gigante y, volviéndolo a la vida, lo convirtieron al cristianismo. El gigante conocía otra isla que estaba rodeada por muros de oro fino, pero que carecía de acceso. Cuando le rogaron que los llevase hasta allí, se lanzó al mar y arrastró su barco detrás de él atado a un cable. Pero una espantosa tempestad le obligó a retroceder, y el gigante murió por segunda vez, sin que fuese posible hacerle revivir. Tal vez esa isla paradisíaca sea Antilia, que se encuentra en las cartas marinas bastante lejos, hacia el Oeste. Hace algunos años, unos marinos fueron a ver al príncipe Enrique de Portugal y le hablaron de esa isla en la que hay siete ciudades. Cuando los moros se apoderaron de España, siete obispos huyeron allí con sus fieles. ¡Figuraos que en esa isla la arena del mar es de oro fino! Esos marinos recibieron orden de volver allá y de traer informes más exactos, pero desde entonces no se volvió a oír hablar de ellos. Allí quiero ir, y cuando el mar esté sereno, veré en el fondo del agua restos de la gran isla de Atlántida, que fué destruída por un terremoto hace miles de años. Atlántida... Antilia...

Cristóbal repitió estas palabras como seducido por su sonoridad y luego se calló.

Bartolomé movió la cabeza, se encogió de hombros y miró a su hermano de soslayo con aire de duda. Cristóbal adivinó aquella mirada y sacó del bolsillo de su casaquilla una piedra gris oscura que había encontrado en los pedregales de Bisagno, cerca de Génova. La piedra tenía poco más o menos la forma de una esfera, y su parte redondeada era lisa y pulida. Cristóbal había trazado en ella con lápiz rojo puntos y líneas.

—¡Mirad!— dijo, incorporándose para sentarse—. Estas líneas son los límites del Mediterráneo. Nosotros estamos

en la parte de arriba, en este rincón. Para ir a Catay o a Cipango, es menester atravesar el Asia dirigiéndose hacia el Este. Esos países son el extremo oriental del mundo habitado. Detrás de ellos, el agua se extiende hasta lo infinito. Aquí, al Oeste, están las costas de África, de Portugal y de España. Allá arriba, al Norte, hace frío lo mismo en verano que en invierno; el mar es como de leche y el aire es pesado a causa de la niebla blanca. Allí viven grandes perros que hablan como los hombres y gentes corpulentas cubiertas de pelo como los animales. Tienen la cara en la espalda, pues están siempre perseguidos por perros espantosos y otros bichos feroces. No iré por ese lado. Pero el mundo no se acaba, hacia el Oeste, en las costas de África y de Portugal. Más allá del cabo Verde, los portugueses han encontrado un grupo de islas, y los italianos han descubierto Madera, que ocupan también los portugueses. Vi una vez un mapa italiano que tenía lo menos cien años, donde aun se daba a Madera el nombre de isla de los Bosques, como la llamábamos antes. En ese mapa también se indica más allá un grupo de islas donde los portugueses tienen ahora su colonia de Santa María. Cuando yo vaya a esos países, todavía encontraré más lejos un gran número de islas.

Los otros dos contemplaban silenciosamente la piedra, que era como la reducción del mundo habitado, con superficie casi redonda, ligeramente aplastada.

—Dime, Cristóbal — dijo Pedro de repente —, ¿qué hay de la Tierra? Al parecer es una bola.

Cristóbal se había vuelto a tumbar con la pluma de pavo real en la mano.

—Y lo es — dijo lentamente —, pues de lo contrario no podría sostenerse sobre el agua; flota como burbuja de aire en la superficie de una inmensa esfera líquida.

—No, no; no es eso lo que quería decir — interrumpió Pedro con viveza —. Tenemos ahora en la escuela de los Franciscanos a un muchacho que vino hace poco de Pisa con su padre. Pregúntale y verás lo que te dice: la gente instruída sabe desde hace mucho tiempo que la tierra y el agua forman una bola, y que sobre esa bola hay muchas más islas y tierra

firme de lo que nos enseñan en la escuela. Al hablar de ello una vez en alta voz en el claustro, el padre Benito le dió un papirotazo.

Cristóbal levantó la cabeza y miró al niño con desconfianza, luego se incorporó:

—¡Una sola bola!— exclamó con fuerza y una ola de sangre se agolpó a su rostro. Luego repitió lentamente: —¡Una sola bola redonda!— y redondeando su mano como si cogiese una manzana, con la otra mano colocó la piedra coloreada en la punta de los dedos y la levantó como si cumpliese una ceremonia religiosa, mirándola con ojos desmesuradamente abiertos y llenos de una extrañeza sin límites.

Entre los dedos de su mano el cielo formaba fajas azules que corrían cual meridianos alrededor de la esfera mundial que veía en su imaginación. Las fajas azules se extendían hasta el mar que, en las Columnas de Hércules, en el umbral del Mediterráneo, enviaba sus olas espumosas hacia el Oeste, por la otra cara de la bola, hasta las costas de la India, de Cipango y de Catay. Sobre aquellas ondas azules singlaban miles de barcos con sus velas desplegadas, luchando cada uno por arribar el primero a las deslumbrantes costas doradas del mundo oriental, donde Marco Polo había llegado después de varios años de penosa marcha a través de montañas y desiertos.

Como para convencerse de la realidad de lo que creía ver ante sí, con el dedo de la otra mano se puso a describir círculos alrededor de la bola, mientras decía con agitación:

—De este modo es como iremos a las Indias. Saldremos de Génova, cruzaremos las Columnas de Hércules y seguiremos en línea recta hacia el Oeste, cada vez más lejos, en alta mar, y no tendremos más remedio que llegar al reino del Gran Kan. Para eso no necesitamos camellos, sino barcos, únicamente barcos...

Como si fuese víctima de un embrujamiento, continuaba mirando fijamente su mano; en su frente se formaban pliegues, y su cara encendida tenía una expresión casi irritada.

Sus dos compañeros se habían apartado de él con temor.

Permanecieron un momento indecisos, boquiabiertos de asombro, hasta que Bartolomé sacudió la cabeza para librarse del hechizo que también ellos sentían confusamente.

—¡Vamos, narrador de cuentos! ¡Grandísimo mentiroso! — exclamó —. ¡No cuentes eso al padre Benito, si quieres que te absuelva la próxima vez que te confieses!

Y dicho eso, después de dar un golpe a la piedra, que cayó rodando de la mano de Cristóbal al agua, huyó corriendo a lo largo del muro del puerto, seguido de Pedro, pues ambos conocían la naturaleza irascible del mayor.

Pero Cristóbal ni siquiera intentó perseguirlos. Con el pensamiento abstraído, siguió mirando sus manos unidas en forma esférica. Luego se levantó, cruzó lentamente por la puerta más cercana, dió una palmada al mulo al pasar y entró en la ciudad. Sus ojos seguían fijos en el suelo como si buscasen algo. Solamente levantaba la cabeza para lanzar una mirada asustada a su alrededor cuando algún ganapán o algún arriero lo empujaba adrede violentamente al cruzarse con él.

Entretanto había llegado la noche y la animación de las tabernas del puerto empezaba a llenar las estrechas calles. Bajo los arcos de las hosterías, sobre sucias mesas de madera, los carreteros extendían lonjas de salchichón sobre pan moreno; en los vasos brillaba el vino tinto, y de los bodegones salía un fuerte olor de aceite y de pescado frito. En varios sitios, remos y bicheros colgaban de las paredes. Sentados en escabeles, los pescadores se repartían la pesca que sacaban de las redes y que colocaban en grandes lebrillos de barro. El empedrado desigual de las calles estaba cubierto de restos de pescado, de melón y de cebollas, y se respiraba un olor fuerte y repugnante de alimentos descompuestos. Los taberneros iban y venían. Sonaban músicas, y mujeres de cara enrojecida por el vino escudriñaban las calles con esperanza, porque había muchos soldados en la ciudad. Desde hacía varios años, una guarnición francesa ocupaba Génova con el fin de poner término a las eternas luchas entre las familias nobles que aspiraban al poder. Aquel día una importante carga de plata había llegado, escoltada militarmente, para la

Banca San Giorgio. Los extranjeros eran queridos por su generosidad, pero temidos por sus costumbres violentas.

El muchacho se dirigió por unas calles cada vez más oscuras a la pequeña iglesia de San Mateo. Todas las noches, desde hacía una semana, un dominico de Nervi predicaba los sermones de la misión, muy concurrida, como era costumbre desde la época de las Cruzadas. Pero aquel día Cristóbal llegó demasiado tarde, la iglesia estaba llena y un numeroso grupo de oyentes se apretujaba en la calle. El interior de la iglesia estaba profusamente iluminado y la luz se esparcía como el fuego de un horno por encima de las cabezas de la multitud que estaba aglomerada a la puerta. Cristóbal intentó deslizarse por lo menos hasta la escalera de entrada, pero fué rechazado sin contemplaciones, y, avergonzado, tuvo que abandonar su intento. Permaneció un momento oprimido entre las anchas caderas de las mujeres, procurando oír la palabra del predicador, de la que solamente algunas frases llegaban hasta él, perdiéndose el resto en el eco, que repercutía en la bóveda del pórtico. Pero Cristóbal estaba demasiado absorto en sus propios pensamientos para poder escuchar atentamente, y sólo una frase que volvía constantemente a los labios del fraile le llamó la atención, frase que era sin duda el tema del sermón de aquel día: “¡Y hoy el Santo Sepulcro está todavía en manos de los infieles!”

Apenas acabó de hablar el fraile, Cristóbal se deslizó entre la muchedumbre, dirigiéndose al arrabal de la Porta San Andrea, donde vivía. Sin darse apenas cuenta, repetía al andar las palabras que acababa de oír y que sonaban en su espíritu como una extraña melodía: “¡Y hoy el Santo Sepulcro está todavía en manos de los infieles!”

II

El enigma de Colón

Es posible que Cristóbal Colón haya vivido durante su niñez en el puerto de Génova un día como el que hemos intentado describir en el capítulo anterior. Pero eso es una simple suposición. En efecto, entre los grandes hombres de la historia universal hay muy pocos cuyo desarrollo no haya permanecido en la obscuridad más completa hasta el día en que el éxito le iluminó con su gloria.

Aun en vida, la imaginación ansiosa de milagros de sus contemporáneos urdió a su alrededor una red de leyendas y de narraciones que ha permanecido impenetrable hasta la hora actual, aunque en los siglos XVIII y XIX un tropel de sabios de todos los países, que disponían de todos los conocimientos y de toda la perspicacia deseables, intentase desenmarañarla. Es imposible leer la totalidad de los libros consagrados a aclarar el problema de Colón. Cada pormenor conocido de su existencia ha sido estudiado al microscopio y sometido a la acción de los más violentos ácidos del análisis científico. Pero hasta el momento en que aparece en España, en 1484, los puntos de referencia son raros, y resulta difícil constituir con su ayuda una línea exacta. En esa primera fase de la existencia de Colón, cada detalle ha sido demostrado con una asombrosa certidumbre por unos o combatido irónicamente por otros. Lo que más se resintió con ello fué el objeto del debate. Las contiendas acerbadas de los sabios y su indignación común respecto a la falta de espíritu crítico de los antiguos cronistas y biógrafos fueron fatales para el mismo Colón; mientras que unos lo ponen por las nubes como santo y como mártir, otros han hecho cuestión de honor el arrancarle la careta y mostrarlo como un fanfarrón incapaz o un aventurero sin escrúpulos. Pero en un punto están todos de acuerdo: que en un momento decisivo de la historia del mundo, Cris-

tóbal Colón fué asombrosamente favorecido por la fortuna.

¿De dónde nace esa confusión? El número de documentos del siglo xv que contengan datos irrecusables sobre Colón es relativamente escaso, y las dificultades que presentan para descifrarlos dejan ancho margen a la interpretación y el error. Acaso en los archivos de los conventos y del Estado, en Portugal o en España, se estén pudriendo documentos que nos reservan sorpresas. En la primavera de 1930 circuló en los periódicos una noticia falsa: según unos documentos que se acababan de encontrar, Colón habría descubierto América, no en 1492, sino en 1464, en el curso de una empresa de piratería, y habría desembarcado en el continente, en Florida. ¡Tendría entonces dieciocho años, y habría partido con su hermano Diego, que a la sazón aun no había nacido! Luego no se volvió a oír hablar del estudio de esos documentos que un sabio peruano había prometido someter a un congreso de historiadores en Madrid.

En Italia, los archivos están verosímilmente agotados. Durante la primera parte de su vida, Colón no era más que un individuo del bajo pueblo, artesano y marinero a la vez, y la única autoridad que le tenía puesta la vista encima era sin duda la policía de los puertos del Mediterráneo.

Las informaciones proporcionadas por los documentos que pasan por ser dignos de fe no siempre concuerdan con lo dicho por el mismo Colón. Éste es a menudo responsable de esas contradicciones, pues salía de un ambiente en que el lenguaje de los marineros, las fantásticas exageraciones, o las vulgares mentiras de los navegantes jactanciosos que volvían de todos los rincones del mundo conocido entonces constituían las únicas noticias y servían de fondo a las conversaciones cotidianas. El mismo Colón se complacía en las narraciones, y desde muy joven dió pruebas de poseer un talento poético, que en el relato de los viajes que hizo más tarde, se expresó en una forma encantadora a la que no se estaba acostumbrado entonces. Todavía niño, su afición a lo milagroso se mostraba ya bien definida, y no hizo más que aumentar paralelamente con una convicción que le resultó fatal: la de la certidumbre de que nada le era imposible y de que era un

instrumento elegido por los poderes soberanos. Sus admiradores no se quedaron atrás en cuanto a exageraciones, lo que, después de todo, es un rasgo característico y natural de aquella época que, asombrada, veía descubrir las maravillas desconocidas de un nuevo mundo.

Ante su personalidad de descubridor elegido por los dioses, que Colón veía repentinamente aureolada de gloria, el pasado oscuro ponía una nota discordante. El misterio de que envolvió su niñez y sus primeros años de juventud nos inclina a creer que le avergonzaban y que creyó deber ocultar más de un detalle. Su hijo y primer biógrafo, Fernando, que se relacionó con la alta nobleza de Castilla, tomó esa vergüenza con una consideración demasiado piadosa. En el libro de las *Historias*, que apareció en 1571, mucho después de la muerte de Cristóbal Colón, pero que le está especialmente consagrado, Fernando ni siquiera ha intentado comprobar o completar las vagas alusiones que su padre le había confiado de su vida pasada; si lo hubiese hecho inmediatamente después de su fallecimiento, hubiera podido llegar a resultados positivos. Conservó, sin duda, durante toda la vida la impresión recibida en su niñez, de que su padre no deseaba ser interrogado ni aun por sus más próximos allegados sobre la época anterior a sus éxitos.

Las dificultades empiezan ya con la siguiente pregunta: ¿Dónde y cuándo nació Colón? Su mismo hijo es incapaz de contestar. Siete ciudades griegas se disputaban la gloria de ser la patria natal de Homero, y dieciséis ciudades y aldeas de Italia quieren tener como ciudadano de honor al que descubrió América. En la noble contienda que tan enconada llegó a ser y en que hasta Córcega intervino, Génova salió vencedora.

El que quiera disimular sus huellas ha de empezar por ocultar su origen. Colón no habló nunca de su ciudad natal; hace mención de ella por primera vez en sus disposiciones testamentarias del 22 de febrero de 1498; en ellas se denomina genovés de nacimiento y pide a sus descendientes que cuiden según su abolengo a una rama de la familia que vive en Génova (se trata sin duda de los hijos de su única hermana

Bianchetta), "pues yo también he nacido en esa ciudad y es de allí de donde procedo". Esa declaración no ha bastado a los que dudan de todo. "Pruebas, pruebas", gritan, y en verdad que es difícil encontrarlas, pues el nombre de Colón era entonces tan corriente en la costa de Liguria como en España el de Pérez o el de López. A la larga, sin embargo, se han reunido documentos, y ninguno de los cuales concierne a un individuo aislado llamado Cristóbal Colón (muchas personas llevaban ese nombre), sino a la familia de un tal Domingo Colón, cuyos tres hijos se llamaban Cristóbal, Bartolomé y Jacobo. Ha quedado sentado en forma irrefutable que Colón tenía dos hermanos: Bartolomé y Jacobo; sólo cuando estuvo en España se hizo este último llamar Diego.

Sería una coincidencia bastante extraña que dos familias distintas, de la misma ciudad y de la misma época, hubiesen escogido nombres tan iguales. Es preciso dar como probado que el tejedor de lana *Domenico Colombo*, nacido hacia 1418, salió en 1439 de Quinto para ir a vivir a Génova, donde se casó con Susana Fontanarossa, de la aldea de Bisagno. En 1450-1451 era guardián de la Porta San Andrea, en el arrabal de Vico dritto de Ponticello, el barrio de los tejedores y de los pobres de Génova: poseía una propiedad que se llamaba Casa dell'Olivello, la cual debió de ser el lugar donde nacieron sus hijos. En 1470 fué a establecerse en la pequeña ciudad de Savona, al oeste de Génova, donde vivió muy pobremente, ejerciendo las funciones de tabernero, tejedor y comerciante en quesos. En 1473 y en 1477, tuvo que vender dos casas que aun poseía en Génova. Volvió a esta ciudad en 1480 y allí murió en 1494. Asistió, pues, al descubrimiento del Nuevo Mundo, y seguramente no ignoraba que el Cristóbal Colón que se hizo famoso repentinamente fuese su hijo, desde el momento en que el hijo menor, Jacobo, dejó inmediatamente la casa paterna y al tejedor con quien estaba aprendiendo el oficio, para ir a Sevilla al lado de su hermano mayor.

Uno solo de esos documentos nos da una información exacta respecto al año del nacimiento de Cristóbal Colón, pero es seguramente falsa: el 25 de agosto de 1479 tendría

alrededor de los veintisiete años. Por el contrario, según otro documento judicial, tenía más de veinticinco años en 1472. Según el primer documento, habría nacido en 1450 o 1451, y según el segundo, en 1446 o 1447. Las mismas afirmaciones de Colón concuerdan tan bien con esta última fecha, que podemos adoptarla con toda tranquilidad. “Desde mi juventud, desde hace ahora cuarenta años, estoy en el mar”, escribía en 1501 al rey de España. En esa ojeada que Colón lanza sobre su pasado incluye, naturalmente, los siete u ocho años que pasó en España sin hacer nada y esperando que se decidiese su suerte. Pero no cuenta, eso se cae de su peso, el período de inacción de 1484 a 1492, cuando subraya en su Diario, el 21 de diciembre de 1492: “He pasado veintitrés años en el mar casi sin interrupción”. Esos veintitrés años van hasta 1484 y no hasta 1492. Ambas referencias permiten fijar su primer año de mar en 1461.

En otra carta, que sólo conocemos por las *Historias* de Fernando, afirma haber embarcado como marinero a los catorce años, lo que hace remontar su nacimiento a 1446-1447. Sus contemporáneos le hacían en general de más edad porque a los treinta años tenía el cabello completamente blanco. No obstante, es imposible que hubiese llegado a la corte de España a la edad de veintiocho años, según dice en el informe de su cuarto viaje a América, carta que dirige a los reyes de España el 7 de julio de 1503. Aquí hay seguramente un error de redacción o de lectura. Si se reemplaza veintiocho por treinta y ocho, volvemos a tener como año del nacimiento el de 1447, pues Colón no tuvo acceso a la corte de España hasta fines del año 1485. Por fin, dice haber pasado catorce años en Portugal. Esa indicación concuerda fácilmente con nuestro punto de vista; la declaración de un testigo que ya hemos mencionado y que data del 25 de agosto de 1479, dice claramente que en 1470 visitó Portugal y la isla de Madera. De 1470 a 1484, estableció su cuartel general en Portugal y en sus colonias, que se convierten en su segunda patria, si es que pueda hablarse de cuartel general y de patria respecto a un marino que está casi siempre en el mar.

¿Qué puede haber aprendido el joven Cristóbal en la

escuela de un convento de Génova? Además de la lectura, la escritura y la aritmética, le enseñaron en primer lugar el idioma internacional de aquella época, el latín, que sabía bien: lo habló durante toda la vida correctamente. Los libros de clase, de los que sacó más tarde sus tan variados conocimientos, estaban redactados en esa lengua que los sabios usaban entonces. Su idioma materno fué, pues, descuidado. Colón escribía tan mal en italiano, que muchos de sus contemporáneos, lo mismo que ciertos historiadores, más tarde, pretendían que debía ser español, pues hablaba este idioma como si hubiese nacido en España (1). En la niñez aprendió el oficio de su padre. Cuando había trabajo, tenía que ponerse a la faena con su hermano Bartolomé. Más tarde, siendo ya marinero, ayudaba en su oficio a su padre cuando éste le requería y él no estaba enrolado. En los archivos de Savona todavía figura en 1472 como "tejedor oriundo de Génova". Con todo, no estaba establecido en ninguna de las dos ciudades. Como en la casa paterna había tanta pobreza, los dos hijos mayores se vieron obligados a salir de ella desde muy jóvenes.

Parece descartado que, a la edad de catorce años, Cristóbal haya estudiado en la famosa Universidad de Pavia y haya recibido allí una formación intelectual. Esa suposición no es verosímil. Sus conocimientos, de los que un genio universal como Alejandro von Humboldt habló siempre con admiración, revelan al autodidacto típico. Le faltaba la base elemental. Durante sus largos años de lucha con los numerosos sabios que le trataban de diletante sin cultura y de soñador medio loco, nunca hizo mención a un pasado académico. Recordemos más bien una anécdota de su infancia. Su profesor de geografía de Génova tenía una señalada preferencia por una clase de pescado muy difícil de coger. El joven muchacho de la Casa dell'Olivello lo pescaba muy bien, y cada vez que llevaba su red llena de ese pescado preferido se le

(1) El autor, al mencionar las hipótesis existentes sobre el lugar de nacimiento de Colón, olvida las que le suponen portugués, y las —mucho más fundamentadas— que le atribuyen la nacionalidad española. (N. del E.)

autorizaba en recompensa a que pasase a la biblioteca del profesor a consultar libros. Allí encontraría los primeros elementos de sus lecturas, bastante desordenadas. Pero sin duda se trata de uno de esos cuentos "significativos" con que la posteridad agradecida se complace en adornar la tumba de los grandes hombres en señal de admiración y para tranquilizarse probando que las cosas han ocurrido con naturalidad y sin misterio.

III

El caballero de industria

—¡Vamos, Domingo, trae vino! ¡Hace un calor de mil diablos, y esos tenderos de Adorno nos han dado una sed...! ¡Pero también nosotros les hemos dado algo!... ¡A la salud de San Jorge y de Sforza!

Un enorme lansquenete, vestido con una corta cota de mallas, tiró su sombrero sobre la mesa llena de manchas de vino y de migas de pan, levantando un enjambre de moscas zumbadoras e irritadas, y luego se dejó caer en un extremo del banco. En la pared, una lamparita de aceite, en un vaso de cristal rojo, que parpadeaba ante un crucifijo y una estampa de la Virgen, se apagaba exhalando un hilo de humo apestoso.

Domingo Colón, el tabernero, que había aprovechado la hora tranquila del crepúsculo para dormir un poco, se levantó penosamente detrás del mostrador y se acercó arras-trando sus rotos zapatos. Sus ojos, que brillaban algo vidriosamente bajo la gran frente lisa y desnuda, miraban fijamente al parroquiano autoritario, con aire medio atontado, medio desconfiado. El forastero dió un puñetazo en la mesa y se puso a reír:

—¿Ya no me conoces? ¡Mira bien esto! —y se remangó la manga derecha de su jubón—. Mira la cicatriz de la cu-

chillada que me dió en tu pocilga el zorro del moro. ¡Vaya! ¡Ahora se apaga la luz!

El tabernero le examinó un momento sin decir nada, y luego murmuró despacio y aparentemente sin alegría:

—¡Hola, Tonio! ¿Otra vez por Savona? ¿Habrás tomado parte, sin duda, en la algarada de hoy? ¿Hubo mucha sangre? ¿Algún muerto? ¡Si fueseis capaces de estaros tranquilos de una vez para siempre! El único parroquiano que me va a quedar es el alguacil.

—¿Quedarnos tranquilos? — contestó el otro —. Será menester que esa pandilla de nobles de Génova se someta. Sforza es dueño de la ciudad y no se la deja quitar. Pero tú eres también un tendero y haces causa común con los Adorno, los Doria y todos los demás. ¿Por qué no te quedaste allí? ¡Pero te ensuciabas en los calzones de miedo!... Durante toda la semana, alrededor de San Jorge y en vuestro viejo arrabal también, ardió Troya. Desde ayer hemos estado haciendo limpieza en Savona... No hemos cogido a muchos, pero algunas cabezas caerán. Tranquilidad, la tendremos, puedes creerme. ¡Y ahora, sírreme pronto vino y lo que tengas para comer!

Con una calma provocadora, el tabernero pasó detrás del mostrador, gritó algunas palabras por un ventanillo que daba a la cocina, sacó de debajo del mostrador una botella de vino tinto, cogió en un estante un vaso de metal casi negro y lo colocó todo delante de su cliente. Luego se acercó a la ventana y miró con aire descontento la calle estrecha y oscura que desde el pequeño puerto subía en línea recta hasta su casa.

—¿Qué es esto, ni siquiera tienes para pagar la luz? — dijo Tonio riendo —. Tu vino sigue siendo bueno, pero no me gusta beberlo lleno de moscas. ¡Y a ver si la comida está ya! Tengo hambre, y dinero no me falta — siguió diciendo, mientras golpeaba con arrogancia el bolsillo de su cinturón —. Y tu mujer, ¿ha muerto?

Domingo no se movió, pero contestó con voz casi amenazadora:

—La hemos enterrado en Navidad; no ha podido aguantar más tiempo la pobreza.

Tonio hizo un gesto de lástima:

—Ya se ve que falta tu mujer. Te traigo saludos de parte de tu hija. El sábado la vi sacando de la taberna al holgazán de su marido. Si la hubieras visto... Ésa sí que es lista. Deberías traerla a casa, pues ya sabes que el comercio de quesos de tu yerno se va a cerrar pronto.

Domingo no contestó. De repente alguien empujó la puerta, y entró un muchacho de unos diez años, descalzo, andrajoso y despeinado. Se asustó al ver al lansquenete, y corrió amedrentado a esconderse bajo el delantal azul del tabernero.

Tonio se echó a reír.

—¿Qué pasa, pilló? ¡A ver esa mano! —y tendió al niño su manaza.

Domingo empujó a su hijo:

—Dale la mano a Tonio, Jacobo, que no te va a comer.

El niño tocó rápidamente con su manita el puño que intentaba agarrarle y huyó a todo correr hacia la puerta, que estaba abierta, para ir a meterse entre las piernas de tres pescadores que entraban en aquel momento. El más viejo de los tres, un hombre de barba gris, echó un rápido vistazo al soldado, le saludó e hizo señas a sus compañeros para que se sentasen a una mesa apartada. Su gesto significaba poco más o menos: “¡No queremos nada con ése!” Domingo, después de servir el vino, se sentó con ellos. Una criada despechugada sirvió la comida al soldado: un plato sopero lleno de macarrones con un pedazo de manteca encima, judías verdes en ensalada, pepinos y calabacines y un pedazo de pan. El soldado miró con el rabillo del ojo a la mujer, hizo una mueca y se precipitó sobre los alimentos con voracidad. La sirvienta encendió una lámpara que colgaba del techo negruzco y bajo, y luego desapareció por el fondo de la sala.

Los tres pescadores bebían el vino lentamente, cambiando palabras sueltas en voz baja, como si temiesen molestar al forastero. Éste terminó su comida, que regó con abundante vino, y se sentó cómodamente, de cara a la mesa del rincón.

Luego hizo una señal al tabernero, le enseñó la botella de vino vacía, se quitó la espada, que tiró ruidosamente sobre el

banco, para sentirse más a gusto. Domingo le trajo otra botella y se sentó frente a él. La capacidad de compra de su cliente le había calmado un poco el mal humor.

—¿Y tu vaso? — preguntó Tonio.

Domingo se arrastró una vez más hasta el mostrador, cogió un vaso algo mayor que el de su huésped y se sirvió vino. El lansquenete le arrancó riendo el vaso grande y lo alzó, mirando atentamente al tabernero:

—¡Vivan los Sforza! ¡Cuidado, Domingo! ¡Nos beberemos vuestro vino y os alzaremos el gallo!

El otro se encogió de hombros, tomó el otro vaso y bebió.

—Hoy por Sforza. Y mañana ¿por quién? — contestó desdefiosamente —. Nosotros no podemos ser de ningún partido. Esas continuas disputas nos están perjudicando. El año pasado me vendieron en pública subasta una propiedad que tenía en Génova.

—¡Así es, mi querido Domingo! Hoy estás sano y mañana... ¡Zapatero, a tus zapatos! Hubieras podido haber conservado tus cuatro cuartos si no te hubieses metido con esos bandidos de griegos. Eran tan malos como tú, pero menos perezosos. Después de todo, a pesar de los malos tiempos, no has adelgazado mucho. Pensabas ir muy lejos y ya veías el palacio en donde soñabas vivir. Espera a que tu hijo mayor sea un gran hombre, como tus parientes de la alta sociedad, los dos almirantes, y que el pequeño Colón vuelva por aquí. ¿No sabes de quién es el tres palos que ancló hoy cerca de Génova? Esta vez los Colón estarán de parte de los Sforza. ¿No está a bordo tu pelirrojo Cristóbal?

Domingo movió la cabeza:

—Pasó aquí una noche en abril, luego se fué a Chío con dos galeras de vino; quería también ir a Chipre, me parece, y luego volver a Portugal. A Dios gracias, me trae de vez en cuando un poco de dinero, que tanto necesito. Mi segundo hijo, Bartolomé, no sé si sabrás que está también en Lisboa y gana bastante dibujando mapas. ¡Si Cristóbal dejase de viajar!

—¿Por qué? — preguntó Tonio —. El muchacho me gustó cuando lo vi hace tres años en Génova. Es también un

soñador y no un razonador como tú, que agachas las orejas en cuanto las cosas se tuercen. Cristóbal huye como de la peste del aire encerrado de las habitaciones. ¿Quieres que se enmohezca aquí? ¡Hay que ver lo que lleva corrido a su edad! Ha nacido para ser capitán, y si hoy es comerciante, mañana será soldado. Y a pesar de todo sigue siendo buen católico y lleva un escapulario debajo del jubón. Pero eso para mí no tiene importancia. ¿Segue como siempre metido entre viejos libros?

Domingo se encogió de hombros:

—¿Qué sé yo? No acabo de comprender a ese muchacho. Sólo contesta sí y no. Siempre ha sido reservado, pero desde que se fué Bartolomé, se le oye todavía menos que antes. El refrán dice que Iglesia, mar o casa real son los tres caminos por donde se llega a la fortuna. Yo hubiera preferido que tomase el camino de la Iglesia. Antes no había quién le sacase del convento. Pero esas continuas correrías, tan pronto a un puerto como a una costa, no llevan a parte alguna, y hasta ahora no hizo nada de provecho.

—¡Un muchacho de Génova metido a fraile! ¡No me hagas reír! — exclamó Tonio —. ¡Y por añadidura un mozo como él! Lo que necesita es el mundo entero. Si está un poco loco y se encuentra con poco espacio en el Mediterráneo, en Portugal saben dónde mandar a esa clase de gente. De todos modos, no tiene nada que hacer en Génova. Comercio y usura es lo único que se hace aquí ahora; antes era otra cosa. Es una vergüenza que nos hayamos acobardado ante los turcos y que no estemos ya establecidos en el mar Negro.

Domingo se puso a reír.

—¡Ya ves adónde conducen esas continuas guerras! A diez millas de la costa ningún barco se encuentra ya seguro. El Mediterráneo es, como los Abruzzos, una guarida de bandidos, y los moros no son los peores.

—¡Bah! ¡Bah! — exclamó Tonio —. Es necesario que haya guerras, pues si no ¿de qué viviríamos nosotros? Todos somos caballeros de industria, en tierra y en mar. Y tu Cristóbal también es un caballero de industria; por consiguiente, ¡a su salud! Trae otra botella. Y vosotros, venid aquí

también. ¡Cantemos algo! Tú tocabas antes la guitarra, Domingo. ¡A ver lo que nos tocas!

El tabernero, que estaba ya completamente despierto, corrió hasta el mostrador y trajo una botella mayor que las otras; los tres pescadores aceptaron la invitación y se acercaron. Se llenaron los vasos y se bebió a la salud de Cristóbal, cuando sonó un tiro en la calle.

—¡Que el diablo me lleve! — exclamó Tonio dando sobre la mesa un puñetazo tan fuerte, que las botellas se tambalearon —. Ya me lo figuraba. Algo raro sucede.

Ya se oía resonar una señal. Tonio se levantó, apuró su vaso, tiró unas monedas sobre la mesa, se ciñó la espada y salió corriendo sin despedirse. Los otros tres también bebieron precipitadamente y salieron.

Sólo Domingo permaneció tranquilamente sentado, movió la cabeza al ver que los otros se apuraban, cruzó sus manos sobre la panza, masculló una oración y aun tuvo bastante que hacer hasta que bebió la última gota de la botella de dos litros.

IV

Marino y mercader, soldado y pirata

En el siglo XI, la república de Génova ya era considerada como la gran escuela de navegación y de construcción de barcos, y supo conservar esa gloria hasta mucho después que su flota fuera deshecha por los venecianos, en Chioggia, el 23 de diciembre de 1379, y que la supremacía en el Mediterráneo pasase a la república de San Marcos. Había genoveses a bordo de todos los barcos y en todos los puertos del mundo entonces conocidos. La ciudad vivía del mar y del comercio, dos fuentes de ingresos que siempre van juntas, y los enormes palacios, de líneas austeras y feudales, eran una buena prueba de que los genoveses obtenían considerables beneficios.

Para la juventud masculina de Génova el puerto representaba la suma de todas las maravillas y de todas las aventuras, y era el teatro natural de sus esparcimientos. Los niños crecían en estrecho contacto con el oficio de marinero, como el pequeño campesino se acostumbra a los trabajos del campo viviendo continuamente entre caballos, asnos y mulos. A los seis años ya se empezaba a manejar los remos, y quien por primera vez llevaba un bote de vela hasta el faro, al extremo del gran muro, ya se sentía hombre del oficio y, radiante de alegría, hablaba entre sus compañeros de babor y de estribor, de sotavento y de barlovento con tanto desenfado como un contramaestre. Todos tenían un hermano o al menos algún pariente que estaba navegando; un abuelo que se había ahogado en los Dardanelos; un primo que escapara por milagro de un naufragio cerca de Córcega, y un tío que, embarcado en un navío del príncipe Enrique de Portugal, desapareciera en África hacía años, devorado, quizá, por los caníbales; la viuda y los hijos vivían pobremente gracias a la ayuda del resto de la familia. El mar era el elemento vital, y aquel que en la flor de la vida tenía que encerrarse en un taller o en una oficina obscura y mal ventilada sentía la impresión de ser un inválido o un desgraciado.

Sin embargo, el oficio de marino estaba erizado de peligros, aunque el teatro de operaciones no fuese más que el Mediterráneo, de extensión relativamente pequeña. El arte de la cartografía estaba en sus comienzos; se carecía de elementos para estudiar sistemática y científicamente las profundidades y las corrientes, y para levantar cartas marinas en que confiar, y se tenían por muy dichosos con poseer un perfil más o menos exacto de las costas. Se utilizaba la brújula desde hacía siglos, pero sólo unos pocos "astrónomos" sabían tomar una posición valiéndose del cuadrante y del astrolabio. Estos "astrónomos" se complacían en hacerse pasar por brujos y eran muy reacios a prodigar su ciencia.

La astronomía y la astrología, con su cortejo de supersticiones profundas y confusas, aun no se habían separado, y los sabios mejor informados no salían nunca de su retiro. Los marinos se orientaban por ciertas características de la costa

y, por consiguiente, no se alejaban mucho del litoral. En caso de tempestad se refugiaban en el puerto más cercano y por la noche anclaban. El piloto y el timonel se sentían a merced del viento y del tiempo, y si la tormenta desviaba su barco de la ruta habitual, no sabían qué hacer hasta que veían una costa conocida o cerca de la cual se pudiese anclar y orientarse con la ayuda de los habitantes. El mérito de un marino estaba por eso, mucho más que hoy, en la corpulencia, en la fuerza, en la resistencia, en la habilidad para el manejo de las velas, en la serenidad y la audacia. Eso era precisamente lo que daba algo de atractivo al rudo oficio.

Peor era aún la inseguridad política. El Mediterráneo estaba convertido en el campo de batalla de las grandes potencias del litoral y de innumerables Estados italianos que perseguían por cuenta propia a los barcos mercantes de sus adversarios y cuyos *condottieri*, pagados unas veces por un partido y otras por otro, apenas se diferenciaban de los piratas profesionales, de los moros, de los cabileños y de los árabes. El barco mercante tenía que ser al mismo tiempo barco de guerra para poder defenderse y atacar; el marinero se transformaba en soldado en cuanto aparecía en el horizonte una vela extranjera que enarbolaba bandera enemiga o que carecía de ella. Marino y pirata eran sinónimos, y, según todas las probabilidades, Cristóbal Colón también pasó por esa ruda escuela.

Entre esos *condottieri* del mar que entraban al servicio de diferentes potencias, hoy Nápoles, mañana Francia, que recorrían en provecho propio el Mediterráneo y la costa occidental y que sembraban de peligros la concurrida ruta marítima que llegaba hasta Flandes e Inglaterra, había dos que gozaban de gran fama, buena o mala: eran el viejo y el joven Colón. Procedían de la antigua nobleza genovesa y llevaban el título de "almirante", como recompensa a servicios prestados a Francia — a menos que no se lo hubiesen apropiado ellos mismos... —. Cristóbal Colón llega a jactarse de ese parentesco: "No soy el primer almirante de mi familia..." Lo cual prueba bien a las claras que el oficio de pirata, aliado de tal o cual príncipe, se tenía por muy honroso. Ya se

basara ese parentesco en un deseo de su imaginación, o correspondiese al intento de realzar su árbol genealógico, o bien expresase las legítimas pretensiones de España sobre el Nuevo Mundo, pretensiones que un historiador de la época, Oviedo, hace remontar hasta el año 1658 antes de Jesucristo, hay un hecho cierto: el de que después de la muerte de Cristóbal Colón se afirmó en diversos lugares que había hecho el curso "bastante tiempo" en compañía de Colón el Joven. Como ambos se llaman lo mismo, se les confunde a menudo. En verdad, nadie ha intentado comprobar esa afirmación. De considerarla cierta, Cristóbal Colón habría tomado parte en el abordaje de barcos españoles, lo que sería una razón de más para que luego, en su calidad de almirante español, ocultase cuidadosamente esa fase de su juventud. No poseemos indicio alguno de lo que Colón hizo entre 1460 y 1470. En lo que se refiere a tal período, sólo hay un testimonio, que proviene del mismo Colón, y lo vemos colocado también en un marco guerrero. Durante su segundo viaje, escribió desde La Española, en enero de 1494, una carta a los reyes españoles, en la que, según su hijo Fernando y el obispo Las Casas, que dice haber visto el documento, contaba lo siguiente:

"Cúpome en suerte ser enviado a Túnez por el rey Renato (que hoy está con Dios) con la misión de capturar la galera *Fernandina*. Cuando llegué a la isla de San Pedro, en el ángulo sudoeste de Cerdeña, nos enteramos de que la galera enemiga iba acompañada de un barco más pequeño y de otros dos mayores. Mi tripulación se asustó entonces y decidió volver a Marsella, en busca de otro barco con refuerzo de hombres. Como no veía la manera de imponerles mi voluntad, hice como si obedeciese a sus deseos. En realidad cambié la posición de la brújula y mandé dar todas las velas. Era por la tarde; al día siguiente por la mañana ya teníamos a la popa el cabo de Cartago, en tanto que mi gente seguía creyendo que íbamos hacia Marsella."

No se sabe cómo terminó la empresa. Eso ocurrió probablemente en el año 1463, cuando el rey Renato de Anjou intentaba otra vez (como había hecho dos años antes) arrebatar Nápoles al rey Fernando, de la Casa de Aragón. Su hijo

Juan III de Calabria, mandaba esa expedición y tenía por aliada a Génova. Se trataba, pues, de apoderarse de una galera, sin duda napolitana, que estaba anclada o pasaba por delante de Túnez, y para ello se eligió a Colón, que tenía entonces... diecisiete años. Algunos historiadores han considerado esa narración como pura invención, mientras que otros se han valido de ella para hacer retroceder la época del nacimiento de su héroe.

Indudablemente, a primera vista, parece inverosímil que un joven de diecisiete años mande una galera y burle, como lo ha hecho, a una tripulación acostumbrada al mar. Pero se trataba, sin duda alguna, de una empresa peligrosa para la que se necesitaban voluntarios valientes y deseosos de distinguirse. La edad nada tenía que ver; lo único que importaba era que el candidato supiese manejar el timón. A ese respecto, Cristóbal Colón, que además aparentó siempre más edad, debía gozar de excelente fama, aumentada al recibir el mando del barco. El que pudiera engañar a su tripulación nada tiene de extraño. Se trataba sin duda de soldados, puesto que la expedición era esencialmente militar; y como gente extraña al mar, convencidos de que se volvía a Marsella, no desconfiaron de nada.

Además, era de noche, el puente estaba oscuro; pues, a causa del peligro de un incendio, los barcos sólo llevaban un farol en el timón, y un barco en pie de guerra que no quería ser visto apagaba sus luces. Los pocos hombres que el piloto necesitaba para manejar las vergas durante la noche estaban al corriente de la confabulación, y, de acuerdo con él, estimaban que era preciso cumplir a cualquier costa la orden explícita del comandante en jefe. Quizá la tripulación tuviese motivo para rebelarse al ver ante sí una fuerza superior a la suya y con la cual no se había contado. ¿Había en aquel entonces instrucciones que fuesen obedecidas con seguridad?

Sea como fuere, ese asunto ofrece más de un punto débil al análisis crítico. Pero es raro que recuerdos de esa especie sean lo bastante coherentes para poder salir airoso de una crítica desconfiada; se olvida algún detalle que en el momento de la narración parece demasiado natural para mencionarlo

y que luego resulta ser el eje de todo. Esa anécdota nos revela el valor, la decisión, la lealtad en el cumplimiento del deber, así como cierta astucia, de todo lo cual Colón dió pruebas más tarde. El hecho de que Génova, su ciudad natal, le confiase una vez el mando de varias galeras que, con motivo de un conflicto con Venecia, debían ser enviadas a Chipre, demuestra que era estimado por esas cualidades, indispensables en la carrera militar. Se asegura también que, en otra ocasión, siendo capitán de navíos genoveses al servicio del rey de Francia, atacó a dos galeras españolas.

Lo que sigue ocurrió alrededor de 1470, época respecto a la cual estamos algo mejor informados. Ha quedado establecido que Colón llegó a Portugal en 1470. Su primer contacto con este país, al menos tal como nos lo describe su hijo y primer biógrafo, fué bastante desdichado. Se dice que el almirante Colón el Joven estaba al acecho de cuatro barcos venecianos que venían de Flandes, con una valiosa carga, entre Lisboa y el cabo de San Vicente, en la extremidad sudoeste de Portugal. No anduvo con rodeos, pero los barcos atacados se defendieron, mientras que las naves atacantes, contenidas por garfios, ardían y sus tripulaciones tenían que saltar por la borda. Entre ellos se encontraría Colón. Gracias a un remo que le mantuvo a flote cuando estaba agotado, pudo nadar hasta la costa, que estaba a dos millas. Ese ataque a los cuatro barcos mercantes venecianos, audacia increíble hasta para los piratas de la época, se hizo pronto famoso. Por desgracia y a despecho del cronista, el episodio no tuvo efecto hasta 1485, cuando Colón se había ido ya de Portugal y estaba en España.

En esa gran ruta marítima debieron de librarse a menudo combates semejantes y todo lo que queda del relato es la hipótesis de que Colón, a consecuencia de un naufragio, buscó su salvación en la costa portuguesa. Como desde su infancia se inclinaba a descubrir en semejantes aventuras la mano del destino, es posible que su salvamento milagroso le indujese a ver en Portugal el país en que debía habitar. Se dirigió a Lisboa, donde muchos genoveses estaban establecidos, ya que aquella capital era entonces la lonja mundial de los

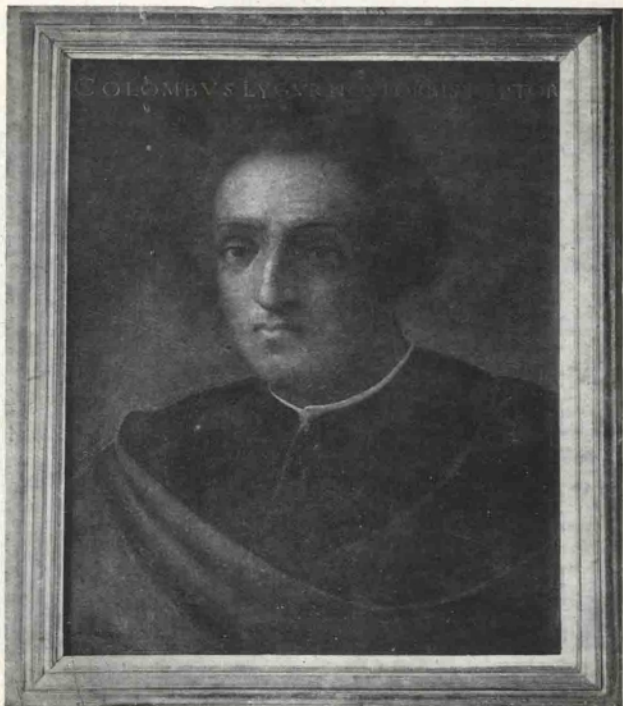
navegantes y de los aventureros. Allí se necesitaban mozos atrevidos capaces de arribar a cualquier costa y cuya mayor ambición era, tras una juventud inquieta, llegar a ser gobernadores de alguna isla para vivir en paz en ella como príncipes.

En Lisboa, se encontró Colón como en país conocido. Su hermano Bartolomé o ya estaba allí o fué poco después, y se ganaba la vida dibujando mapas. También Colón recurría a ese medio cuando no tenía trabajo que hacer en la navegación o en el comercio. Lo cierto es que sabía dedicarse a ambas actividades. Estaba en relaciones con grandes casas comerciales y siempre dió pruebas de mucha aptitud para toda clase de empresas mercantiles. Al servicio de grandes mercaderes hizo numerosos viajes que le permitieron conocer todos los rincones del Mediterráneo y de la costa occidental de Europa. Sacaba los datos para sus cartas marinas de sus propias observaciones. Tenía por costumbre dibujar todas las costas que veía, y luego, en sus horas de ocio en Lisboa, ponía en orden sus apuntes. Debido a su exactitud, los mapas salidos de su mano eran muy estimados por los capitanes.

En aquella época todos los marinos hablaban algo de portugués. Colón aprendió pronto tan perfectamente ese idioma, que se le hubiera creído hijo del país. Desde entonces se hizo llamar Christóbal Columbo.

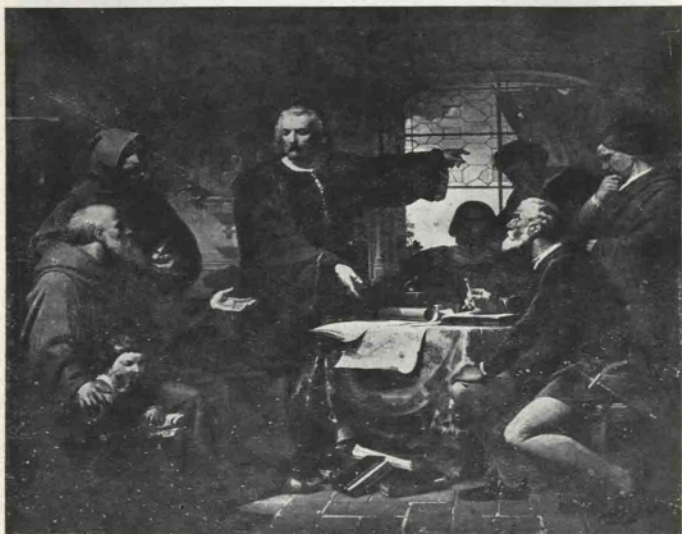
Ha sido probado que en 1474 estuvo en la isla de Chío, que pertenecía entonces a los genoveses, y que al año siguiente hizo un viaje por el Mediterráneo, durante el cual tomó un cargamento de vino con destino desconocido.

Tienen fácil explicación sus rápidas apariciones en Savona, en casa de su padre. La isla de Chío exportaba resina del lentisco, valiosa materia que utilizaban los farmacéuticos, los panaderos y los fabricantes de pinturas. Cuando más tarde, en las Antillas, vió los lentiscos mucho más altos, se complacía en recordar las cosechas, mucho menos importantes, de la isla de Chío. Su diario habla de ellos el 12 de noviembre y el 11 de diciembre de 1492. Colón conocía las islas griegas, el Levante y la costa norte de África. Cuba, cuando



1. — CRISTOBAL COLON.

Retrato de autor anónimo existente en la Biblioteca Nacional de Madrid. (Foto Ruiz Vernacci.)



2 — CRISTOBAL COLON EN EL CONVENTO DE LA RABIDA.
Cuadro de E. Cano. (Foto Ruiz Vernacci.)

llegó a ella por vez primera el 28 de octubre de 1492, le recorrió Sicilia.

En cada uno de sus viajes a Oriente había ido más lejos. Alude con frecuencia a sus recuerdos de Guinea, colonia portuguesa, adonde fué varias veces, a bordo de barcos portugueses, desde luego, pues la ruta estaba prohibida a los demás barcos. Sólo en navíos portugueses se podía ir a la Costa del Oro y al fuerte de San Jorge de la Mina, que también visitó. Como este fuerte no fué construído hasta 1481, uno de sus viajes a la Guinea, haciendo escala en Madera y en las islas Canarias, debió indudablemente coincidir con ese año o con el siguiente. Para realzar sus descubrimientos en Occidente los compara gustoso con sus conocimientos de la Guinea; el clima de las Antillas no puede equipararse a los vahos "pestilentes" de África; el ñame, principal alimento de los indios de Haití, es mucho más sabroso que el de Guinea; los puertos son muy superiores; las palmeras de Cuba, incomparablemente más hermosas y más altas (diario del 28 de octubre, 27 de noviembre y 16 y 21 de diciembre de 1492). El 8 de enero de 1493 ve en la costa norte de Haití tres sirenas, grandes mamíferos marinos, cuyas cabezas a distancia tienen aspecto humano; también ellas le recuerdan Namegueta, en Guinea.

¿Qué hacía Colón en Guinea? Iba en barcos mercantes, cuyo cargamento, en parte, eran negros. En ese punto, igualmente, su diario no nos deja en la duda: "Me incumbió más de una vez, escribe el 12 de noviembre de 1492, transportar a Portugal negros de Guinea, con el fin de que aprendieran el portugués." De esta manera se conseguían intérpretes que facilitaban las relaciones entre los indígenas y los conquistadores portugueses. Pero no se contentó con eso. El "marfil negro" también se había convertido en mercancía negociable. Numerosos barcos con esclavos hacían el trayecto entre la Guinea y Portugal, y la caza al hombre se había convertido en un nuevo deporte, no reconocido oficialmente, es cierto, pero consentido, no obstante. Esas colonias portuguesas se llaman hoy todavía "Costa del Oro" y "Costa del Marfil". Desde hacía mucho tiempo, en Portugal había árabes y ne-

gros, "moros negros y blancos", que eran criados, soldados o trabajadores, y nadie procuraba enterarse en qué forma habían llegado. De tiempo en tiempo, el buen corazón de la reina se interesaba por ellos, con resultado tan negativo como en el caso de los pobres; los esclavos seguían siendo esclavos, y los pobres, después de hartarse un día, volvían a tener hambre. A los únicos que ese estado de cosas llamaba la atención era a una pequeña minoría de corazones generosos que indudablemente desconocían la política y la "economía".

Colón también conoció el Norte. Fué a Inglaterra y aprovechó una ocasión que se le presentó para ir a Islandia. En un ensayo sobre las "Cinco zonas habitables" escribe: "En el mes de febrero de 1477 navegaba a más de cien millas de Thulé. Los ingleses y particularmente los habitantes de Brístol llevaban sus mercaderías a esa isla, que es tan grande como Inglaterra. Durante mi viaje por allí el mar no estaba helado, pero la marea es tan fuerte, que en cada flujo el mar sube y baja veintiséis brazas. Thulé, de la que habla Tolomeo, está efectivamente donde él la sitúa y ahora se llama "Frislandia." Es probable que Colón haya ido más allá de las islas Feroe, que Tolomeo de Alejandría, el gran geógrafo egipcio del siglo II, llama Thulé; luego se dirigió hacia Islandia, la verdadera "última Thulé", el último país habitado de la Tierra, según se creía entonces. Las afirmaciones de Colón respecto a la situación de esas islas dan prueba de una seguridad extraordinaria, pero son completamente falsas y se llega a la consecuencia de que ese viaje nunca se llevó a cabo. Pero habría que empezar probando que esos datos, campo en el que siempre es impreciso y propenso a la exageración, están efectivamente en su manuscrito. En cierto punto, las indagaciones llevadas a cabo por un sabio noruego han tenido un resultado muy favorable para Colón y han confirmado la exactitud de sus dichos: en efecto, el invierno de 1476-1477 fué tan benigno, que en el mes de marzo el norte de la isla ya estaba libre de los hielos. No obstante, es imposible que los bancos de hielo se hubiesen retirado de la costa septentrional, como dice Colón. Una nota marginal ulterior, de su mano o de la de su hermano, en un libro de su biblioteca, el

Imago mundi del cardenal Ailly, reduce las "cien millas" a "un día de navegación".

Colón se encontraba muy a su gusto en las islas que los portugueses poseían a lo largo de la costa occidental. Poco después de su regreso de Inglaterra y de Islandia se casó; ganaba, pues, lo bastante para sostener una familia. Cuando estaba en Lisboa solía oír misa en la capilla del convento de Todos los Santos, y allí le sucedió lo que tan frecuentemente les acontecía a los jóvenes héroes de los países latinos, para su dicha o para su desgracia; se enamoró de una señorita que vió en la iglesia. La conoció junto a la pila del agua bendita, como era corriente, y se casó con ella. Se llamaba Felipa Monis de Perestrello. Su padre, también italiano de nacimiento, al servicio de Portugal, había colonizado la isla de Porto Santo, cerca de Madera, gobernándola durante mucho tiempo. Ya en 1419 pertenecía la isla a Portugal. La viuda del gobernador vivía con su hija en Lisboa y en su casa encontró Colón por primera vez un hogar. La hermana de su mujer vivía todavía en Porto Santo, casada con el gobernador, y el joven matrimonio fué allá en varias ocasiones.

El hijo mayor de Colón, Diego, nació en Porto Santo. Pero ¿en qué año? Lo ignoramos, pues ese acontecimiento de familia quedó igualmente en la obscuridad. Los Perestrello eran una familia noble, muy estimada y sin duda acaudalada. Es, pues, sorprendente que la madre accediese a la petición de un extranjero, de origen desconocido y porvenir incierto, un proletario en resumidas cuentas, a pesar de sus finos modales. Tampoco parece que tal matrimonio mejorase su situación pecuniaria. Hay que suponer, por consiguiente, que Felipa era una hija ilegítima a la que deseaban casar como quiera que fuese. Sabios portugueses han buscado, en vano, su nombre en los registros del estado civil de los Perestrello. El mismo Colón no menciona nunca la madre de su hijo mayor en las cartas o Memorias que han llegado hasta nosotros, y como salió de Portugal únicamente acompañado por su hijo, es de suponer que en aquel entonces ya había enviudado. También es posible que la vida errante de Colón, sus continuas meditaciones sobre problemas que le absorbían

cada vez más y que le llevaron a descuidar a sus allegados, separasen a los esposos. Los lazos inquebrantables del matrimonio católico le impedirían, probablemente, hacer su mujer legítima de la española que fué la madre de su segundo hijo, Fernando.

V

La caída en el infinito

El cerebro de la humanidad es mucho más capaz de olvidar que el del individuo. Los fenicios y los cartagineses, y los griegos y los romanos especialmente, sabían infinitamente más respecto a la forma de la tierra que todo el milenio que precedió a Colón. En tiempos de Tolomeo, es decir, en el siglo II después de Jesucristo, eran raros los pensadores que no estuvieran convencidos de que la tierra era una esfera. En el siglo IV antes de nuestra era, el célebre filósofo griego Aristóteles había adelantado como prueba el hecho de que se encontrasen en el Atlas, en la costa noroeste de África, los mismos elefantes que en las Indias; creía que, en otros tiempos, África estaba unida a la costa oriental de Asia por la otra parte del océano Atlántico. Tolomeo, también, consideraba a éste como un mar limitado a ambos lados por una costa. Pero tanto Tolomeo como Aristóteles no se daban cuenta ni mucho menos de la enorme distancia que separa las dos costas. La circunferencia que atribuían a la tierra no era más que la sexta parte de su longitud real; para ellos el centro del mundo era nuestro planeta. Siglos antes la escuela de Pitágoras enseñaba que los astros se mueven alrededor de un "fuego central". Mil años después de Pitágoras la humanidad piadosa veía en los ángeles administradores del cosmos, que regulaban la grande y la pequeña luz en el cielo y volvían al sol a su punto de partida haciéndolo rodar durante la noche por caminos de nubes. La tierra no era en-

tonces más que una superficie plana que algunas mentes audaces creían un disco, puesto que la Biblia hablaba del "círculo terrestre". El cielo se redondeaba por encima de la tierra y del agua como una campana de cristal. Hasta Copérnico, contemporáneo de Colón, la astronomía no hizo más que retroceder.

Los occidentales no volvieron a los conocimientos geográficos y a otras ciencias de la antigüedad más que gracias a los árabes. El imperio de los moros en España desde el siglo VIII al siglo XV fecundó la cultura espiritual de toda Europa. La invasión de los mogoles en los siglos XIII y XIV extendió los conocimientos geográficos mucho más que las Cruzadas, y audaces viajeros, como Marco Polo, se internaron hasta la China, el Japón y la India.

En 1220, en la Sorbona se quemaron por heréticas las obras de Aristóteles, y quien poseía una copia de ellas estaba expuesto a ser quemado. Sólo cuando a Santo Tomás de Aquino empezó a agraderle Aristóteles y lo comentó, hizo de él la Iglesia su lectura preferida. Pero el conocimiento del griego había, por decirlo así, desaparecido. Incumbía al humanismo volver a abrir el acceso a los tesoros de la antigüedad con la ayuda de la imprenta. Colón tenía cuatro años cuando Gutenberg inventó en Maguncia las letras móviles. La ascensión fué lenta. En el siglo XV no había ningún hombre instruído que no admitiese la esfericidad de la tierra. Pero la gente culta era todavía poco numerosa y a muchos de ellos les costaba trabajo desembarazarse del concepto hasta entonces en boga de un punto superior del que todo dependía. Dante, el gran poeta italiano cuya *Divina Comedia* pareció muy poco cristiana a más de un lector, escribió un folleto especialmente dirigido contra esa creencia. En principio se admitía la teoría de la redondez de la tierra, pero el vértigo se apoderaba de los que intentaban sacar todas las consecuencias de esa afirmación. En cuanto al vulgo, consideraba como brujería y maleficio todo cuanto se contaba del globo terráqueo, de la fuerza de atracción y de los antipodas, y se santiguaba piadosamente si oía hablar de ello.

Sin embargo, en medio de las tinieblas de la Edad Media

brillan aquí y allá algunos relámpagos, estrellas fugaces lanzan su resplandor en el éter y fuegos fatuos bailan sobre mástiles invisibles. Son los pensamientos de los videntes y de los poetas, guardianes de los tesoros de la antigüedad, que centellean sobre las olas a través de los siglos. Las generaciones se transmiten unas a otras los mitos y las leyendas; con el tiempo el canto crece y se transforma en un coro potente, expresión de una época que no pudo dar cuerpo a sus experimentos, a sus visiones, a sus sueños y a sus esperanzas más que haciendo uso de la tradición oral.

La misma geografía era un mito. Ignoraremos siempre si los antiguos cartagineses descubrieron realmente América; pero la leyenda nos habla de individuos que llegaron con sus barcos a un país situado muy lejos, al Oeste, y volvieron a encontrar allí la patria de origen de sus padres, que ya habían ido a ella en otros tiempos. Al siglo VI antes de Jesucristo se remonta el mito de la Atlántida, el continente desaparecido. Los cartagineses, los árabes y los normandos ya conocían las islas Azores, y los fenicios desembarcaron en las islas Canarias. Esas islas volvieron a perderse en el océano, pero la leyenda no las olvidó; ésta nos habla de piadosos cristianos que, cuando los árabes entraron en España, se refugiaron, conducidos por sus obispos, en una gran isla del mar occidental, la isla de las Siete Ciudades. Se dió el nombre de Antilia a ese hermoso espejismo, que se presentaba siempre al Oeste, sobre el horizonte, a los ojos de los que navegaban a lo largo de la costa. Los portugueses volvieron a descubrir las Canarias en 1344 y las Azores en 1431. La visión se había hecho realidad tangible, y el mar occidental se pobló de islas fijas o flotantes, pero era imposible acercarse a ellas, y en torno de esas islas los poetas populares tejían la red de sus leyendas. Se consideraba un mal marino o un cobarde a quien nunca había intentado llegar a la isla de San Brandán. Cuando se celebraba una fiesta a bordo, las lenguas más silenciosas se desataban; en la obscuridad de la noche o en el camarote sin luz, la imaginación esplendía; nadie estaba tan ciego para no haber visto durante tal o cual viaje islas misteriosas que se hundían de pronto en las profundidades,

como ballenas, o que desaparecían en lotananza sin que se las pudiese alcanzar.

Colón creció en ese ambiente lleno de leyendas del mar, y esos sueños halagaban su mente inclinada de suyo al misterio y ávida de milagros. Los viejos lobos de mar competían en contar al niño los relatos más inverosímiles, y cuando su imaginación no bastaba pasaban a las aventuras que sus compañeros decían haber vivido en lejanas tierras. Todos los relatos tenían siempre el mismo tema: la tierra situada al Oeste, que la mirada buscaba involuntariamente cuando recorría el horizonte. ¡Cuántas veces Colón escudriñaría, pensativo, el mar desde su barco o desde la costa de Porto Santo o de Madera! Pero cuando le preguntaban si veía fantasmas o si quería descubrir una isla como las que se veían con tiempo despejado, movía la cabeza con enfado. Lo que más le interesaba era lo que oía contar de las tempestades y de las corrientes que llevaban los barcos a la costa, o lo que los marinos pretendían haber recogido en su travesía hasta las Azores: bambúes mayores y más resistentes que los de las costas de África, troncos de árboles de especies desconocidas, bastones de madera tallados artísticamente y con la ayuda de un instrumento que no podía ser de hierro. En Flores, el puesto avanzado más occidental de las Azores, el mar había traído cadáveres humanos de una raza completamente desconocida. Hasta se decía que habían sido vistas embarcaciones tripuladas por gente extraña. ¿Quién podría contarle algo más exacto respecto a todo eso? ¿Dónde podría encontrar un testigo de vista? Pero las más de las veces el hecho había ocurrido hacía mucho tiempo, y el marinero que recogiera el bambú hacía años que era esclavo de los cabileños y de seguro que no volvería, ya que su pobreza no le permitiría rescatarse. ¿Qué podría importarle todo aquello? Esos objetos viejos no tenían valor alguno, y precisamente la semana anterior se había quemado el último trozo de bambú. Los colonos de las islas (se solía enviar allí a los criminales) no eran coleccionistas y la idea de organizar un museo etnográfico les hubiese hecho reír. Su misión era destruir por todos los medios las antiguas culturas indígenas, pues los

habitantes primitivos de aquellas islas, situadas ante la costa occidental de Europa, eran en su mayoría gente valiente que defendía palmo a palmo su tierra contra los conquistadores blancos.

Como quiera que fuese, al hijo del tejedor genovés debió de impresionarle en su infancia la afirmación de la esfericidad de la tierra. Inmediatamente dedujo lo siguiente: Puesto que la tierra es redonda y está habitada en todas partes por el hombre, desde las Azores hasta la ribera opuesta del Asia que visitaron viajeros como Marco Polo, bastaría que un barco pasase por las Columnas de Hércules del tiempo de los griegos y de los romanos, y navegase siempre en dirección del lejano Occidente, para llegar finalmente a las costas doradas del Extremo Oriente. El proyecto se le incrustó en el cerebro como una idea fija, y cuando navegaba a lo largo de la costa occidental veía delante de él el perfil negro de un barco cuyas velas infladas sobre el horizonte prolongaban hasta el Oeste la línea ya conocida desde mucho tiempo. Allá, en las costas de Catay (China) que visitara Marco Polo, el círculo tenía que cerrarse. ¿Qué distancia podría haber hasta allí?

Pero al exponer su idea a sus compañeros, éstos se llevaban las manos a la cabeza mirándole asustados: ¿Cómo un marino como él podía tener ideas tan estúpidas? ¿Sabía si más lejos continuaba el mar sosteniendo los barcos y no se iba a precipitar en el vacío de lo infinito? Sólo los locos, los soñadores, podían pensar en semejantes cuentos de viejas. Sin embargo, Colón era un marino admirable. Bien sabía que un barco que no tiene costa a su popa está perdido, aunque no sea más que por la falta de agua potable; nadie podía beber el agua del mar. ¿Y qué sucedería en caso de tempestad? ¿Y si el océano, allende el horizonte, no era más que un caos de rocas? Un barco había de tener algún destino y no partir hacia el infinito. Y los compañeros movían compasivos la cabeza, se llevaban el índice a la frente y se esforzaban en contener la risa.

Colón aprendió, pues, a guardar silencio sobre lo que constituía su obsesión. Pero siguió cavilando en secreto. Un

día quedó impresionado como por una revelación, cuando leyendo, según su costumbre piadosa, las Sagradas Escrituras, dió con las palabras del profeta Isaías: "Fundaré un cielo nuevo y una tierra nueva, en tal forma que no se volverá a pensar en él que había antes." Un estremecimiento recorrió su cuerpo como si le tocase la mano de un fantasma. Con prisa febril volvió a leer la Biblia, línea por línea, y en todos los profetas encontró obscuras alusiones a esa nueva tierra de la que se elevarían, entre los paganos, cánticos de alabanza a la gloria del Eterno, pues "los cielos y la tierra pertenecen al Señor". Evocó sus recuerdos de infancia, los conventos de los franciscanos y de los dominicos de Génova que anunciaban a los paganos la palabra de Dios, y por encima de todo resonaba la voz aguda del predicador que oyera en la iglesia de San Mateo en Génova, mezcla de ruego y de acusación: "Y hoy el Santo Sepulcro está todavía en manos de los infieles." Los paganos no cantaban aún los cánticos a la gloria del Todopoderoso, como anunciaba el profeta. El Occidente se había hecho reacio al servicio de Dios, sus fuerzas habían menguado, sus medios materiales se habían agotado. El que poseyera aquellos países dorados de Oriente podría prestar su concurso a la Iglesia; las santas profecías se cumplirían antes de que llegase el día del Juicio Final y de que la cristiandad fuese condenada.

La Biblia le imponía, pues, un gran designio que guardó en su corazón y que se prometió no participar a nadie hasta que hubiese llegado el momento. Pero como para la humanidad superficial tenía más importancia la sabiduría del mundo, empezó también a buscar en ésta la confirmación de lo que presentía en su espíritu y que se convirtió pronto en el origen de una fe confusa, pero ardiente y obstinada. Leía todo cuanto estaba a su alcance, pero, sobre todo, aquello que esperaba que le aportase aclaraciones. Era Colón entonces como un imán que atrae a él todas las partículas de hierro. No tardó en hallar la asombrosa profecía de un poeta hispanorromano, Séneca, la cual figura en su tragedia *Medea* y que el mismo Colón transcribió más tarde en su libro de historia natural de Plinio: "Vendrán siglos en que el océano romperá las

ligaduras de que nos rodea. Un inmenso país se abrirá, el piloto descubrirá nuevas tierras y Thulé no será ya el territorio más remoto." Era la voz de un profeta de la Biblia la que hablaba por boca de un pagano. Colón se fortaleció en sus propias convicciones al saber que ya en la antigüedad el temor al "mar negro" del Oeste había cedido el puesto en las mentes esclarecidas a una realidad más sencilla, y que Aristóteles y Tolomeo, lo mismo que otros sabios, calculaban que la circunferencia de la tierra no era muy grande. Para ellas, la séptima parte de la tierra estaba cubierta de agua, y eso era también lo que decía la historia de la Creación. El océano debía de ser menos grande de lo que se había supuesto hasta entonces. La misión a que Colón se creía destinado y que sólo un elegido podía cumplir, se presentaba con claridad ante sus ojos. Lo que nadie había intentado aún, él lo llevaría a cabo. ¡Un reino, innumerables reinos a cambio de un barco!

Colón podía sin duda entrar con facilidad en la biblioteca del convento, pero ni sus conocimientos del latín ni su formación intelectual en general le bastaban para el estudio crítico de manuscritos difíciles de descifrar. Además, ocupado en su lucha por la vida, el tiempo de que disponía era escaso. Los libros impresos empezaban a extenderse, pero muy lentamente. Más tarde, cuando se vió obligado a esperar, inactivo, en España, se ganó la vida vendiendo folletos y libros populares, oficio que su propia sed de lecturas le hizo bastante llevadero. Recogía datos para sus conocimientos en tal o cual padre de la Iglesia, que algún fraile complaciente le proporcionaba; pero sobre todo en las obras generales, destinadas al público. El libro que fué más tarde su Evangelio, el *Imago mundi* del cardenal Ailly, no era más que una compilación de conocimientos cosmográficos. No lo leyó hasta que ya había formado su plan y hacía tiempo que luchaba para realizarlo, pues la primera edición de esa obra apareció en latín en 1480 o quizá en 1483. Ese libro inflamó aún más su fervor y dió nuevas energías a su firmeza, pero no el impulso decisivo.

Las citas de autores antiguos que encontramos en los es-

critos de Colón no son en su mayoría sacadas directamente de las obras de la antigüedad. Después de su muerte se encontraron papeles en que apuntaba todo lo que servía de base a su concepción del mundo, pero seguramente datan de una época más reciente. En ellos se menciona a Plinio, a Plutarco y el *Imago mundi* del cardenal Ailly; a Marco Polo, cuyo célebre relato de viaje apareció por primera vez en 1477, en alemán, idioma que Colón no conocía, desde luego. Más tarde apareció una edición en latín, en 1490, y una italiana en 1496. Pero las aventuras de Marco Polo ya se habían difundido por todas partes en innumerables manuscritos y corrían de boca en boca. Se las conocía en Venecia y sin duda también en Génova, donde Marco Polo había estado como prisionero de guerra en 1298 y donde escribió sus memorias. Se le tenía, es cierto, casi siempre sin motivo, por un gran farsante, y mucho después de su muerte (1323) no había carnaval en Venecia donde "Micer Marco Milione" no estuviese representado por una máscara que divertía a todo el mundo en la plaza de San Marcos improvisando mentiras a cual más gorda.

Sin duda por eso, excepto en una ocasión, evitó el gran navegante citar los escritos del veneciano. Aunque no fuera más que la sombra de un sabio, temía referirse a un testigo tan poco seguro. Pero siempre buscó en el Nuevo Mundo las maravillas que Marco Polo había visto en el legendario Oriente. También conocía Colón las memorias del inglés Juan Maudeville, que, desde 1327, recorrió durante treinta y cuatro años el Oriente, y sostuvo asimismo haber estado al servicio del Gran Kan en Catay, aunque en realidad nunca pasó de Egipto. En sus recuerdos de viaje, muy hábilmente compuestos, se apropia con una audacia increíble las aventuras de quienes vivieron antes que él. Su libro se hizo por eso mismo mucho más interesante, de lectura más cautivadora y se difundió más que el de Marco Polo.

En general la erudición de Colón en aquella época era bastante pobre. Pero su experiencia de la vida era muy grande. Sabía fijarse, se instruía mejor con el trato de los hombres que en los libros y tenía una facultad de observa-

ción poco corriente. No sólo veía el aspecto exterior de las cosas, sino que las relacionaba entre sí, aunque cometiendo muchos errores y faltas de comprensión. Sus descripciones de las tierras que descubrió son los primeros documentos en que hallamos un sentimiento profundo de la naturaleza y una creciente comprensión de la belleza de los paisajes. Poseía el sentido filosófico, intentaba penetrar en la esencia de la creación y más tarde se dió perfecta cuenta de que desde su infancia había considerado en esa forma el mundo de las apariencias. Así se expresa en un escrito del año 1503, dirigido a los reyes de España y contenido en una obra que quedó sin terminar, su *Libro de las Profecías*, donde con naturalidad encantadora, según dice Alejandro von Humboldt, hace el balance de su vida y se entrega por completo a su teología mística: "Me embarqué desde mi primera niñez, escribe, y he seguido recorriendo el mar hasta la hora presente. Todos aquellos que se dedican a ese arte desean levantar el velo de los secretos de este mundo sublunar. En cuanto a mí, me preocupo de ello desde hace ya cincuenta años. He seguido todas las antiguas rutas marinas. Estuve en trato constante con hombres de ciencia, eclesiásticos y laicos, latinos y griegos, judíos y árabes, o pertenecientes a millares de otras sectas. Mis esfuerzos, mis deseos han sido gratos al Señor; Él me dió la capacidad y sagacidad necesarias. Me concedió muchos conocimientos en la ciencia de la navegación; en astronomía me enseñó todo cuanto necesitaba, lo mismo que en geometría y en aritmética. Además me dió la habilidad manual y la inteligencia, que me permitieron dibujar mapas e indicar en su debido lugar las ciudades, los ríos y las montañas. Durante ese tiempo estudié toda clase de escritos, obras históricas, crónicas, libros que trataban de filosofía y otras ciencias, para las que Dios me dió inteligencia. Apoyándome en su brazo, fuí en barco desde aquí a las Indias. Me dió la voluntad para llevar a cabo mi obra, y con el ardiente deseo de alcanzar mi objeto me presenté ante Vuestras Majestades. Todos los que oían hablar de mi proyecto afirmaban que era imposible realizarlo y se reían de mí. Toda la ciencia de que os he hablado no me servía para nada. Pero si

Vuestras Majestades permanecieron inquebrantables en su designio, ¡a quién más que al Espíritu Santo tengo que agradecer el haber abierto los ojos a los reyes de Castilla y el haberles inspirado para que no me abandonasen!”

VI

El perito

No hay ningún gran pensamiento que no haya tenido su historia. Las ideas son como los árboles, cuyas raíces salen lentamente de las profundidades seculares que les dan fuerza para convertirse en troncos. Pero bajo la tierra se han multiplicado las raíces y en diversos sitios intentan salir. Así ocurre que un gran invento o descubrimiento sea concebido simultáneamente por varios individuos que maduran al mismo tiempo sus proyectos de realización, hasta el día en que uno de ellos da cuerpo y vida a la idea.

Vivía entonces en Florencia un famoso médico, naturalista y cosmógrafo, llamado Pablo Toscanelli (1397-1482), que sostenía correspondencia con los principales sabios de todos los países. Toscanelli dirigió el 25 de junio de 1474 el siguiente escrito a su amigo de Lisboa, el cardenal Fernando Martínez, confesor del rey Alfonso V: “A Fernando Martínez, canónigo de Lisboa, Pablo, médico, le envía sus saludos.

”He tenido el placer de saber que gozas de buena salud y del favor y la intimidad de tu rey, muy generoso y excelente príncipe. Como te hablé en otros tiempos de un camino para ir al país de los aromas, por mar, más corto que el que empleáis para ir a Guinea, el serenísimo rey desea ahora algunas aclaraciones a ese respecto, o más bien una demostración que enseñe, en cierto modo, claramente ese camino, con el fin de que aun las personas poco instruidas puedan, en caso necesario, verlo y comprenderlo.

"Aunque sepa que eso se puede demostrar por medio de una esfera, que es la forma que tiene el mundo, he decidido, para mayor claridad y al mismo tiempo para mayor facilidad, indicar esa ruta por medio de una carta náutica. Envío, por consiguiente, a Su Majestad un mapa, hecho por mí, donde están dibujadas vuestras costas, con las islas desde las que tendréis que salir dirigiéndoos siempre hacia el Oeste; lo mismo que los lugares adonde habréis de llegar. El mapa indica también las distancias de las que os tendréis que apartar, sea del polo o sea de la línea equinoccial, y al cabo de cuántos espacios o millas llegaréis a esas comarcas tan fértiles en toda clase de especias y en piedras preciosas.

"Y no os extrañéis de oírme llamar comarcas occidentales a aquellas donde están las especias, cuando se las llama comúnmente orientales, porque para los navegantes que vayan por el hemisferio inferior del globo, esas comarcas se encontrarán siempre al Occidente, mientras que si se va por tierra y por el hemisferio superior, se las encontrará al Oriente. Por consiguiente, las líneas rectas trazadas en el sentido de la longitud del mapa indican la distancia de Este a Oeste, mientras que las transversales indican los espacios de Norte a Sur.

"He señalado también en el mapa, para informar mejor a los que hagan el viaje, diferentes puertos donde podrían anclar, si los vientos o cualquier otro caso fortuito les alejasen del fin que persiguen, y también para que hagan ver a los indígenas que tienen alguna noción de su país, lo cual no podrá menos de agradecerles. Se asegura que en esas islas no hay establecidos más que mercaderes. Hay allí tal afluencia de navegantes y de mercancías, que sólo el famoso puerto de Zaytón supera a todo el resto del mundo. Dicen, en efecto, que cada año entran en ese puerto cien grandes barcos cargados de pimienta, sin contar otros barcos que llevan muchos distintos productos aromáticos.

"Ese país está muy poblado y es muy rico, y está compuesto por una multitud de provincias y de reinos e incontables ciudades, todo ello sometido al mismo príncipe, llamado el Gran Kan, lo que quiere decir Rey de Reyes, y cuya sede y residencia está, la mayoría del tiempo, en la provincia

de Catay. Sus antecesores intentaron entrar en relaciones con los cristianos. Hace doscientos años enviaron una misión al papa, pidiéndole cierto número de personas versadas en cuestiones de la fe, para que les instruyesen; pero las personas encargadas de tal misión hallaron obstáculos en el camino y tuvieron que dar la vuelta. En tiempos del papa Eugenio vino otro emisario encargado de manifestarle el profundo afecto que inspiraban los cristianos a quienes le enviaban. Por lo que a mí respecta, me enteré por ese personaje de un sinfín de cosas; de la grandeza de los edificios reales, del calado de los ríos y de su asombrosa longitud y anchura, del gran número de ciudades construídas en sus riberas: a lo largo de uno solo de esos rías habrá, aproximadamente, doscientas ciudades, con puentes de mármol muy largos y muy anchos, adornados con columnas.

"Ese país vale la pena de ser explorado por los latinos, no sólo por el gran provecho que de él podría sacarse en oro, en plata, en piedras preciosas y en toda clase de especias que no llegan nunca hasta nosotros, sino también por el gran número de hombres sabios, los filósofos y los astrólogos notables que viven allí, y cuyo talento y sabiduría gobiernan esa poderosa y magnífica provincia y hasta dirigen los asuntos de la guerra.

"Saliendo de la ciudad de Lisboa en línea recta hacia el Oeste, hay marcados en el mapa 26 espacios de 250 millas cada uno, hasta la muy ilustre y muy grande ciudad de Quinsay, cuya muralla mide 100 millas. Tiene diez puentes y su nombre quiere decir "Ciudad del Cielo"; se cuentan mil cosas maravillosas de sus fábricas y de sus recursos (ese espacio es casi igual a la tercera parte de toda la esfera). Dicha ciudad se encuentra en la provincia de Mangi, vecina de la de Catay (China), comarca donde está la residencia real. Pero desde la isla Antilia, que ya conocéis, hasta la famosa isla de Cipango (Japón) hay diez espacios (2.500 millas). Dicha isla es muy abundante en oro, perlas y piedras preciosas, y los templos, lo mismo que los palacios reales, están cubiertos de placas de oro macizo. Por consiguiente, el espacio de mar que hay que cruzar por parajes desconocidos no es muy gran-

de. Habría otras muchas cosas que explicar aquí detalladamente, pero el observador atento sabrá deducirlas de lo que antecede. He ahí, en resumen, cuanto puedo decir para satisfacer el deseo de Su Majestad, en el reducido tiempo que me dejan mis ocupaciones, sin perjuicio de que en lo sucesivo esté siempre dispuesto a contestar con mayor número de noticias a las preguntas de Su Majestad...”

Había, pues, en Florencia un famoso sabio que bebía en todas las fuentes los tesoros de la ciencia. Se ocupaba desde hacía muchos años en un proyecto de viaje hacia el Este, que se dirigiese en primer lugar hacia el Oeste por el “hemisferio inferior”, según expresa, en vez de pasar “por arriba”. Había, por consiguiente, llegado al mismo resultado que su oscuro compatriota de Génova, cuya existencia ni siquiera sospechaba. Toscanelli había, sin duda, leído, en los textos originales, a Aristóteles, a Tolomeo y a todos los demás, y de sus lecturas había sacado la misma concepción del mundo que Colón. Tenía una visión tan clara que dió un paso más y dibujó un mapa provisto de meridianos y de paralelos representando el otro hemisferio de la tierra, como si la hubiese visto desde un avión. Con una seguridad asombrosa para un sabio, afirma que hasta la ciudad de Quinsay o hasta la isla de Cipango hay tantas millas, que el viaje es la cosa más fácil del mundo y que no hay manera de perderse. Toscanelli, lo mismo que el genovés, no piensa en descubrir nuevas tierras; demuestra al rey de Portugal cuál es el camino comercial más corto para ir a las Indias, mucho más cómodo que el largo trayecto, que, además, aun no había sido encontrado, por la punta Sur de África.

En 1474 los portugueses no habían ido más allá del cabo López, pero ya habían pasado el Ecuador. Toscanelli conoce exactamente los relatos de Marco Polo respecto al maravilloso Oriente, aunque no menciona esa fuente. En la biblioteca de Florencia, ese cosmógrafo había tenido seguramente ocasión de leer una de las copias manuscritas que se habían hecho del libro de Polo y que se difundieran en varios idiomas antes de imprimirlas. Toscanelli sabía aún mucho más. Vivió durante dos generaciones en una de las más impor-





RECONSTRUCCIÓN DEL M...



A DE TOSCANELLI DE 1474



tantes ciudades de Italia, residencia ocasional del papa. Bajo el papado de Eugenio IV (1431-1447) llegó, efectivamente, a Florencia un enviado del Gran Kan, según cuenta en su carta. Ese mismo papa Eugenio había recibido treinta años antes (1414) a otro famoso viajero, que vino a hacer penitencia. Era Nicolás di Conti, que durante veinticinco años vivió en Siria, en el golfo Pérsico, en la India, en ambas márgenes del Ganges, en el Sur de China, en el archipiélago malayo, en Ceilán, en las costas del mar Rojo y en Egipto. Para salvar la vida se había convertido al islamismo, pues los infieles ponían, también, en práctica el principio siguiente:

“Si no vienes a mí — pasarás a mejor vida.”

En Florencia, Conti entró en el seno de la Iglesia, y el papa, que se divertía o indignaba leyendo las exageraciones de un Maudeville o de un “Micer Marco Milione”, le impuso, graciosamente, como penitencia la obligación de escribir sus recuerdos de viaje “ateniéndose a la más estricta verdad”. Conti las dictó al mismo Poggio, secretario del papa. Por desgracia, tan valioso manuscrito ha desaparecido sin dejar rastro.

Florencia era el punto de reunión de los extranjeros de todos los países, exploradores o mercaderes. Toscanelli tomaba, pues, sus informes directamente de la fuente y sabía sacar partido de ellos. Buscaba el trato con los viajeros y los interrogaba concienzudamente. Es así como, fortalecido por testimonios siempre nuevos, anunciaba lo que había aprendido respecto a los países del Oriente. Donde Marco Polo señalaba doce mil puentes de mármol, en Quinsay, Toscanelli no ignoraba que no había más que diez. Pero en lo concerniente a la dirección opuesta, el Oeste, no sabía más que los antiguos o sus contemporáneos mejor informados. Cayó, pues, en los mismos errores que Colón, errores bienhechores en esa oportunidad; se equivocó considerablemente respecto a la extensión del continente asiático hacia el Este y sobre “el camino más corto” hacia las Indias. En un punto se aparta claramente del genovés: no era un marino, sino un anciano de setenta y siete años, obligado a renunciar a la realización personal del plan que había concebido en su estudio de Florencia y a dejar la empresa a otro, por muy fácil que le pa-

reciese llevarla a cabo. Lo que interesaba era la realización de la idea.

Algunas palabras de la carta del florentino deben ser subrayadas. Toscanelli era un pacífico sabio que se ganaba honradamente la vida como médico; sólo se ocupaba en las ciencias naturales y en la cosmografía por mera curiosidad científica. Nunca se decidió a reunir sus conocimientos en un libro para ofrecerlo al público. Quizá se reía para sus adentros cuando escuchaba los relatos más o menos verosímiles de los viajeros fanfarrones o de los mercaderes audaces. Pero guardaba prudentemente para él sus dudas, puesto que los narradores eran quisquillosos.

Cuando oía que insistían en los relatos respecto a las dificultades extremas, los gastos y los peligros de las expediciones que atravesaban las inmensidades asiáticas por desiertos y altas montañas, no podría menos de compadecer a aquella gente que vagaba a ciegas por el mundo y que, acostumbrada en su mayoría a los viajes por tierra, ignoraban que el camino marítimo les llevaría con mayor rapidez a su destino. Pero no estaba dispuesto a propalar proyectos exponiéndose a las burlas de quienes, enorgullecidos por el oficio, pretendían saber mucho más respecto al particular. No era uno de esos marinos que aspiraban a entrar en el servicio colonial, a distinguirse con nuevos descubrimientos y a ganar oro y plata para gozar un día del descanso como gobernadores de una isla perdida en el océano. Tal era, en efecto, el fin que perseguían muchos de los atraídos por el imperio colonial de Portugal. Toscanelli no escribía al rey de Portugal por su propia voluntad ni para convencerle de su proyecto, sino para contestar a una pregunta. Tenía por costumbre dar esos informes lo más concienzudamente posible. Habiendo sido interrogado como perito en la materia, daba su opinión. Su amigo Martínez, el confesor del rey, había propuesto que se pidiese consejo a Toscanelli, pues en una visita que hizo el canónigo a Florencia, el famoso cosmógrafo intentó demostrarle la posibilidad de un viaje a las Indias por el Oeste. Tal vez Martínez lo escuchase con una sonrisa escéptica, pero si había alguien capaz de dar un consejo técnico era su amigo Pablo.

El rey pidió, pues, explicaciones a Toscanelli, lo más claras posible, "a fin de que hasta las personas poco instruídas pudiesen verlo y comprenderlo, en caso necesario".

Por consiguiente, el proyecto de viaje por el Oeste ya existía en Portugal. ¿A qué se debía que el imperio colonial de Lisboa pidiese de pronto informes respecto a una empresa de amplitud tan desmesurada, cuando ya tenía bastante con ocuparse de sus posesiones africanas, que le costaban mucho dinero?

VII

Un documento relativo a Christóbal Columbo

Después de la muerte de Don Enrique *el Navegante* (1460), aquel príncipe portugués que enviaba regularmente barcos a lo largo de las costas de África y a quien se debía la notable administración del imperio colonial naciente, el espíritu emprendedor del gobierno portugués se fué apagando. Cada nuevo descubrimiento empezaba por costar dinero. El mismo príncipe Don Enrique, a pesar de ser un excelente tesorero, un administrador modelo y un hombre de irreprochable carácter, había contraído enormes deudas que era menester amortizar. Bajo el reinado de su sobrino, el rey Alfonso V, se llegó más allá de Gambia, el punto más meridional alcanzado hasta entonces (13° de latitud Norte), pero las expediciones del Estado se esparcieron pronto. Se arrendó el monopolio del comercio en la costa occidental de África a un empresario privado. En 1469 se concedió en la misma forma el monopolio de la costa de Guinea por cinco años a Fernando Gómez, que tuvo que comprometerse a hacer progresar cuatrocientas millas cada año los viajes de descubrimiento, y que, gracias a un activo comercio de oro y esclavos, adquirió enormes riquezas. En 1473, el Estado revocó el monopolio, y el entonces príncipe heredero, Don Juan, que parecía haber here-

dato de su tío abuelo Don Enrique el espíritu emprendedor, mejoró las rentas de las colonias.

La juvenil energía del nuevo ministro de colonias y la esperanza de abundantes lucros dieron un nuevo vigor a la administración de las posesiones africanas. En las oficinas se preparaban proyectos, se hacían cálculos y se buscaban de nuevo personas al corriente de la navegación y lo suficientemente audaces para continuar recorriendo la costa hacia el Sur, izando en todas partes los colores de Portugal. Era obligado recurrir a esa clase de hombres, dispuestos a arriesgar su vida en la empresa, pues más de un barco no regresaba por haber naufragado en los bajíos o entre las olas que rompían contra los cabos montañosos. Los que llegaban a tierra firme nadando morían a manos de los indígenas. Una vez un barco regresó a Portugal conducido sólo por cuatro grumetes valientes; el resto de la tripulación había perecido a consecuencia de las flechas envenenadas de los negros.

Cuando se pisaba por primera vez una tierra desconocida, solía enviarse por delante a algunos asesinos, que así se libraban de las galeras. Para hacer nuevos descubrimientos se esperaba a que hubiese voluntarios. Durante doce años los portugueses habían intentado en vano doblar el famoso cabo Mogador (26° de latitud Norte, un poco más abajo de las islas Canarias), sin saber que un genovés había ya realizado esa hazaña náutica en 1251. Allí el mar rompía con tanta fuerza y su profundidad era tan grande, que se contentaban con considerar a Mogador como el punto más meridional a que podía llegarse. Entonces un paje de Don Enrique *el Navegante*, caído en desgracia por haber capturado esclavos por su cuenta en una expedición, se ofreció a intentar lo que parecía imposible, con el fin de recuperar el favor de su amo. Bastaba sencillamente con alejarse de la costa, a la que los capitanes y sobre todo las tripulaciones se ceñían con obstinación, para que desapareciese el peligro. Gil Eanes, el intrépido paje, abrió, pues, el camino a las otras empresas de descubrimientos del príncipe. Pero semejantes voluntarios no se encontraban todos los días, y además pasaba mucho tiempo sin que se dispusiera de un barco que confiarles. Los interrogaban durante

mucho tiempo, les hacían volver y luego les iban dando largas hasta que les olvidaban por completo. Entre esos hombres a quienes atraía el servicio colonial portugués, y que, siempre despedidos, volvían obstinadamente, se contó sin duda el italiano Colón.

En una carta que dirigió al rey Fernando de Castilla en 1506, o sea un año antes de su muerte, recuerda cómo vino a España después de que todos sus proyectos hubiesen fracasado en Portugal, porque “el rey de Portugal, que entendía mejor que ningún otro príncipe los descubrimientos de países desconocidos, estaba cegado por voluntad del Todopoderoso, el cual durante catorce años no le dejó comprender lo que yo le decía”. En el fondo tuvo que entenderse con dos reyes: Alfonso V y el que le sucedió en 1481, Juan II. Acaso Colón no se refería más que a éste, a quien se dirigió con más frecuencia. A partir de 1470, sin duda, el joven príncipe Juan debió de iniciarse en la administración de las colonias con el fin de poder ejercer una influencia preponderante desde 1473.

Los incidentes ocurridos en esos catorce años, que han sido muy discutidos por numerosos sabios, encuadran tan bien en el curso de los acontecimientos, que seguramente corresponden a la realidad. Supongamos que Colón va un día, en 1471, por ejemplo, en Lisboa, al edificio donde se despachan los asuntos referentes a la navegación. Entra en la habitación que lleva el rótulo “África” y presenta su propuesta a los empleados, que son naturalmente subalternos: cree poder alcanzar las lejanas Indias por un camino más corto que el que se ha intentado hasta entonces sin éxito. “Pues, entonces —pregunta el empleado con extrañeza—, ¿por dónde?” “Por mar, por el océano del Oeste” —contesta Colón en un tono breve y decidido.

El empleado lo mira de pies a cabeza. No es un vagabundo, pues está vestido humildemente, pero con decencia y esmero. Los audaces aventureros que vienen a menudo a ofrecerse tienen otros modales. ¿Quizá se trate de uno de esos inventores que no tienen idea de la realidad, o de un loco? El empleado va a buscar a un compañero en la habitación vecina y empieza a interrogar: “¿Nacionalidad? ¿Edad? Repre-

sentáis bastante más. ¿Soltero? ¡Muy bien! ¿Profesión? ¿Marino, pero marino de verdad? ¿Y dibujáis mapas? ¡A ver, enseñádmelos!”

El empleado recorre las hojas que el extranjero le entrega: “No están mal hechos, se ve que sabéis dibujar. ¿Vivís en Lisboa?” Anota el nombre y la dirección: puede llegar la ocasión en que se necesite un hombre como aquél, y los capitanes piden más mapas de los que se les pueden dar. “¿De modo que conocéis el Mediterráneo, Sicilia, la costa norte de África y además nuestras costas? ¿Y con esos conocimientos queréis lanzaros al océano? ¿No estáis loco?” El otro empleado mira fijamente al solicitante, y el rostro de éste se pone colorado de rabia o de vergüenza. “Sois quisquilloso. Pues bien, amigo, ¡pensad en ello otra vez! Mañana volveremos a estar aquí. Hoy tengo mucha prisa. Adiós.”

Colón recoge sus mapas y sale de la habitación después de un breve saludo. Al salir oye a los dos empleados, muertos de risa, que le gritan: “¡Buen viaje!” La segunda vez ni siquiera le dejan entrar: que haga la petición por escrito. Colón accede, contrariado. Como todos los inventores, es desconfiado. Tiene una idea que quisiera realizar y para ello necesita la ayuda ajena. Todos los días se dan casos en que se toma la idea y se niega la ayuda. Mozos dispuestos a todo siempre se encuentran. Luego los acontecimientos siguen su curso. La administración colonial no tiene más que preguntar a los presos: “¿Queríais hacer tal o cual viaje? Si la fortuna os sonríe, estaréis libres y tendréis todo el oro que deseéis.” Nunca se peca de prudente al exponer una idea; es menester no decirlo todo de buenas a primeras. Sin embargo, se ve obligado a escribir su plan y se pone a contar por escrito cómo el proyecto se formó en su mente, de qué manera se podría realizar, por qué medios, etc. Luego vuelve un día a la administración colonial y le invade una violenta ira cuando le arrebatan sus papeles diciéndole que ya se le contestará.

Pasa un año en el mar, y luego vuelve a encontrarse ante la puerta de la oficina, donde esta vez es recibido muy cortésmente. Llega en buen momento; el ministro ha visto su escrito. “No recuerdo vuestro nombre. ¿Columbo? ¡Ah, sí,

es cierto! ¡Un segundo! ¡Aquí está vuestro recibo! Ya veis que aquí hay mucho orden. ¿Qué os iba a decir? Tendréis que esperar. El ayudante de campo de Su Alteza Real, el príncipe Juan, está aquí. El ministro desea veros.”

Colón espera, y por fin llega ante el funcionario por quien todos los asuntos pasan, aunque no pueda decidir nada por sí mismo. La escena tiene lugar en el gabinete real, y si se quiere tener éxito hace falta una recomendación. “¿De modo que sois Columbo? ¿Sois italiano? ¿Por qué salisteis de vuestro país? ¿No ocurre ya nada en Génova? Sí, así lo creo. Aquí encontraréis más fácilmente con quién hablar.”

Colón escucha atentamente y su corazón late apresuradamente. “¡Pues bien, señor mío! Si supieseis cuántos escritos por el estilo recibimos cada día. Pero sólo son palabras. En cuanto a la práctica... Sin embargo, vos sois marino. ¿Creéis que podríais llegar a reunir tres hombres para que os acompañen? Sin duda no os agradaría la compañía de presidiarios. Pero vuestro proyecto me interesa, me interesa realmente, por más que no sea completamente nuevo. Contadme detalladamente cómo se os ocurrió esa idea. Tened la bondad de sentaros.”

Colón empieza a hablar y desarrolla las razones de su fe, de su profunda convicción de que se puede ir a las Indias por el Oeste. El ministro le interrumpe con cierta impaciencia: “Sí, sí, ya he leído todo eso, es lo que dice vuestro escrito. Pero vos, no lo toméis a mal, no sois un sabio. ¿Tenéis a alguien, un hombre de ciencia, una personalidad conocida, que garantice vuestra petición?”

Colón contesta que no habló nunca de su proyecto — y subraya con un poco de irritación esa palabra — con ningún sabio y que ese plan es el fruto de sus propias meditaciones. El ministro vuelve a interrumpirle: “Querido señor: las meditaciones no bastan. Si queréis que os dé un buen consejo, armaos de paciencia e id a preguntar a los especialistas lo que piensan de vuestro proyecto, que es, al menos, locamente audaz. Por el momento, el asunto todavía no está maduro. Los tiempos son difíciles, bien lo sabéis. Su Majestad tiene otros quebraderos de cabeza y es casi imposible conseguir

sentáis bastante más. ¿Soltero? ¡Muy bien! ¿Profesión? ¿Marino, pero marino de verdad? ¿Y dibujáis mapas? ¡A ver, enseñádmelos!”

El empleado recorre las hojas que el extranjero le entrega: “No están mal hechos, se ve que sabéis dibujar. ¿Vivís en Lisboa?” Anota el nombre y la dirección: puede llegar la ocasión en que se necesite un hombre como aquél, y los capitanes piden más mapas de los que se les pueden dar. “¿De modo que conocéis el Mediterráneo, Sicilia, la costa norte de África y además nuestras costas? ¿Y con esos conocimientos queréis lanzaros al océano? ¿No estáis loco?” El otro empleado mira fijamente al solicitante, y el rostro de éste se pone colorado de rabia o de vergüenza. “Sois quisquilloso. Pues bien, amigo, ¡pensad en ello otra vez! Mañana volveremos a estar aquí. Hoy tengo mucha prisa. Adiós.”

Colón recoge sus mapas y sale de la habitación después de un breve saludo. Al salir oye a los dos empleados, muertos de risa, que le gritan: “¡Buen viaje!” La segunda vez ni siquiera le dejan entrar: que haga la petición por escrito. Colón accede, contrariado. Como todos los inventores, es desconfiado. Tiene una idea que quisiera realizar y para ello necesita la ayuda ajena. Todos los días se dan casos en que se toma la idea y se niega la ayuda. Mozos dispuestos a todo siempre se encuentran. Luego los acontecimientos siguen su curso. La administración colonial no tiene más que preguntar a los presos: “¿Queríais hacer tal o cual viaje? Si la fortuna os sonríe, estaréis libres y tendréis todo el oro que deseéis.” Nunca se peca de prudente al exponer una idea; es menester no decirlo todo de buenas a primeras. Sin embargo, se ve obligado a escribir su plan y se pone a contar por escrito cómo el proyecto se formó en su mente, de qué manera se podría realizar, por qué medios, etc. Luego vuelve un día a la administración colonial y le invade una violenta ira cuando le arrebatan sus papeles diciéndole que ya se le contestará.

Pasa un año en el mar, y luego vuelve a encontrarse ante la puerta de la oficina, donde esta vez es recibido muy cortésmente. Llega en buen momento; el ministro ha visto su escrito. “No recuerdo vuestro nombre. ¿Columbo? ¡Ah, sí,

es cierto! ¡Un segundo! ¡Aquí está vuestro recibo! Ya veis que aquí hay mucho orden. ¿Qué os iba a decir? Tendréis que esperar. El ayudante de campo de Su Alteza Real, el príncipe Juan, está aquí. El ministro desea veros."

Colón espera, y por fin llega ante el funcionario por quien todos los asuntos pasan, aunque no pueda decidir nada por sí mismo. La escena tiene lugar en el gabinete real, y si se quiere tener éxito hace falta una recomendación. "¿De modo que sois Columbo? ¿Sois italiano? ¿Por qué salisteis de vuestro país? ¿No ocurre ya nada en Génova? Sí, así lo creo. Aquí encontraréis más fácilmente con quién hablar."

Colón escucha atentamente y su corazón late apresuradamente. "¡Pues bien, señor mío! Si supieseis cuántos escritos por el estilo recibimos cada día. Pero sólo son palabras. En cuanto a la práctica... Sin embargo, vos sois marino. ¿Creéis que podríais llegar a reunir tres hombres para que os acompañen? Sin duda no os agradaría la compañía de presidiarios. Pero vuestro proyecto me interesa, me interesa realmente, por más que no sea completamente nuevo. Contadme detalladamente cómo se os ocurrió esa idea. Tened la bondad de sentaros."

Colón empieza a hablar y desarrolla las razones de su fe, de su profunda convicción de que se puede ir a las Indias por el Oeste. El ministro le interrumpe con cierta impaciencia: "Sí, sí, ya he leído todo eso, es lo que dice vuestro escrito. Pero vos, no lo toméis a mal, no sois un sabio. ¿Tenéis a alguien, un hombre de ciencia, una personalidad conocida, que garantice vuestra petición?"

Colón contesta que no habló nunca de su proyecto — y subraya con un poco de irritación esa palabra — con ningún sabio y que ese plan es el fruto de sus propias meditaciones. El ministro vuelve a interrumpirle: "Querido señor: las meditaciones no bastan. Si queréis que os dé un buen consejo, armaos de paciencia e id a preguntar a los especialistas lo que piensan de vuestro proyecto, que es, al menos, locamente audaz. Por el momento, el asunto todavía no está maduro. Los tiempos son difíciles, bien lo sabéis. Su Majestad tiene otros quebraderos de cabeza y es casi imposible conseguir

una audiencia. Pero vuestro asunto está en buenas manos y quién sabe lo que el porvenir os reserva. Os mandaré llamar. Hasta la vista."

El ministro tiene buena impresión del visitante y pone su escrito aparte. Cuando el joven príncipe Don Juan vuelva, se le hará reír hablándole de ese proyecto ridículo. Se va a divertir mucho.

Un día el príncipe Juan pregunta por las últimas noticias de África, pues quiere estar al corriente de ellas. Le entregan el documento de Colón. El príncipe se entusiasma y el ministro se pregunta si no será ocasión de solicitar inmediatamente un aumento de sueldo. Un momento tan favorable no volverá a presentarse en mucho tiempo. Pero el príncipe tiene prisa. "Es una cosa magnífica. Es menester que se lo enseñe cuanto antes a mi padre. ¡Qué hombre tan valiente!" Y Su Alteza Real se va. El ministro le ve marcharse, y en gran manera decepcionado se irrita interiormente... contra Colón.

El rey Alfonso ve a su hijo llegar precipitadamente. Se trata de una noticia sensacional, inaudita. ¡Es preciso que lea inmediatamente la exposición de ese hombre! "¡Es increíble! ¡Y, además, completamente sincero! Es una persona que parece muy sensata."

El rey lee y no se ríe. Mira pensativamente las páginas. "¿Qué piensan de todo esto?", pregunta refiriéndose a los empleados de la administración colonial. "Este documento tiene que quedar aquí. ¡Qué hermosa letra!" El príncipe también se queda pensativo. ¿Tomará su padre las cosas en serio?

Al obscurecer, el cardenal Martínez llega, como de costumbre. Cuando ya está a punto de retirarse, el rey le enseña el escrito: "¡Leed eso!" Al día siguiente Martínez devuelve el documento. Lo ha leído y está sorprendido, muy sorprendido de que un marino escriba semejantes cosas.

En efecto, su amigo — Su Majestad ha oído hablar del famoso Toscanelli de Florencia — le ha hablado hace algunos años de algo parecido; eso le ha llamado mucho la atención. "Es verdad que Vuestra Majestad no conoce a Toscanelli."

“Sí, es verdad, el famoso Toscanelli... Oíd, mi querido cardenal, cuando tengáis tiempo, escribidle preguntándole qué opina respecto al asunto, pero con mucha prudencia. Limitaos a recordarle lo que os dijo hace tiempo, pidiéndole mayores detalles. No mencionéis a la persona que ha escrito esto. No podemos dar trabajo a todos los proyectistas del mundo y ya tenemos bastante con los nuestros.”

Martínez escribe, y Toscanelli contesta el 25 de junio de 1474. Mientras tanto, el príncipe Juan ha sido nombrado jefe del ministerio de marina y la carta de Florencia queda sin contestación. El escrito de Colón puede decirse que ha sido olvidado. “Decidme, Eminencia — pregunta un día el príncipe Juan, de pasada —, Toscanelli es seguramente un viejo chocho. ¿Anda bien de la cabeza?” Martínez se ofende y señala con un gesto la carta abierta sobre la mesa. “Después de todo, ¿por qué no podría ser así? El asunto parece tener algún fundamento y se presenta muy sencillo, según él. Pero ¿de dónde se puede sacar el dinero necesario para intentarlo? Guardaré entre mis papeles privados la carta y el mapa. Más adelante hablaremos del asunto.”

Luego llega el otoño de 1474. Colón escribe para recordar su petición. El ministro da curso a la carta anotando al margen: “El solicitante se hace molesto. ¿Debo despedirle definitivamente?” No tuvo contestación. El 11 de diciembre de 1474 fallece el rey Enrique IV de Castilla. En toda la Península se producen desórdenes. Isabel, cuñada de Don Enrique y esposa de Don Fernando de Aragón, es elegida reina. Don Alfonso de Portugal se inmiscuye en el asunto. La hija de Enrique IV ha sido excluida de la sucesión por motivos familiares. En mayo de 1475 Alfonso penetra en Castilla. La guerra de Sucesión durará cuatro años y medio.

Todo lo que no es absolutamente urgente se posterga. El rey tiene muchas preocupaciones, Colón ha de convencerse de ello. “No se puede hacer nada hasta que la guerra termine. Esperemos, pues. ¡Las Indias no van a volar!”

VIII

Colón huye de Portugal

Cuando estalla la guerra entre España y Portugal, Colón acaba de salir para Chío, y en los años siguientes llevará una vida muy agitada. Pero entre viaje y viaje viene a descansar a Lisboa durante meses o semanas. Va a menudo a la administración colonial, donde debe decidirse su suerte. Se ha de violentar para subir las escaleras y hacerse anunciar al ministro. Éste lo recibe con aire contrariado y le cuesta trabajo recordar de qué se trata. "Volved a hablarme del asunto dentro de un año. Hasta la vista."

Cuando Colón vuelve no es recibido, por más que insiste en varias ocasiones. Luego viaja a bordo de barcos portugueses y visita Inglaterra e Islandia. Dos años después termina la guerra. Portugal ha tenido que ceder. Fernando e Isabel ocupan el trono de Castilla y gobiernan con mano firme. España parece renacer. Los mismos nobles rebeldes empiezan a someterse, y Portugal observa el crecimiento de la nación vecina con inquietud y desconfianza. Pero mientras los árabes ocupen Granada y la costa sudeste de la Península, la ambición tiene que ser contenida. Se oye hablar de armamentos y de negociaciones, parece que va a producirse algún acontecimiento. Pero los árabes son tenaces y España corre el riesgo de fracasar ante Granada. Isabel, sin embargo, se hace personalmente cargo de la empresa: era una reina que valía por dos reyes.

Colón está otra vez en Lisboa, y ve al ministro, que está de buen humor y dispuesto al diálogo:

—Pues bien, querido amigo, ¡qué queréis! ¡Siempre andamos atrasados! Habréis de volver a la carga. Ya llegará vuestro turno, no lo dudéis. Vuestro asunto está bien orientado, creedme, y siempre me habéis tenido de vuestro lado. ¡Acordaos del día en que estuvisteis aquí por primera vez! Llegaréis a ser sin duda un hombre famoso. ¿Sabéis lo que opina

de vuestro proyecto el viejo Toscanelli, un gran sabio de Florencia? Ha dibujado incluso una carta náutica. Todo está listo; a mi modo de ver, se podría salir mañana.

—¿Toscanelli? ¿Una carta náutica? —balbucea Colón—. ¿Podría verla?

—¡Por el amor de Dios, querido amigo, me parece que he hablado demasiado! El asunto es un secreto, un gran secreto. Por Dios os lo pido, ni una palabra respecto a eso o nos exponemos a perder la partida. ¡Hacedlo por vos y por mí, pero sobre todo por vos! ¡Os encarezco el más absoluto silencio! Llega uno a perder la cabeza de tanto trabajar. Por consiguiente, silencio... Ya llegará vuestro día.

Cuando Colón bajaba a tientas por la escalera oscura tuvo que apoyarse en la barandilla: el vértigo lo dominaba. ¿Era de alegría o de temor? ¿De modo que Toscanelli estaba en el secreto! Colón había oído muchas veces aquel nombre; solía ir a casa de un comerciante florentino, Lorenzo Giraldi, que tenía un negocio en Lisboa. Hoy mismo hablaría con él. ¿Y el mapa? ¿Puede dibujarse un mapa de tierras y de mares que no se han visto? ¿De dónde sacaba Toscanelli todo aquello? ¿Le habrían enseñado su escrito? Colón tuvo la impresión de que alguien le sacaba muy hábilmente un objeto del bolsillo. Le parecía que el mapa había sido dibujado según sus indicaciones. ¿O acaso Toscanelli sabía más que él, mucho más? ¿Había otro metido en el asunto? ¿Qué se tramaba a sus espaldas? Y no obstante, el proyecto era suyo, muy suyo. ¿Por qué no se le enseñaba el mapa de Toscanelli? ¿Por qué se hablaba de "secreto" después de descubrir él el suyo a un extraño? Sin embargo, parecía que Toscanelli había aprobado su proyecto. ¿Por qué le ocultaban también eso?

Estas preguntas zumbaban constantemente en su cabeza y llegó a su casa completamente aturdido. Por la noche fué a ver a Giraldi y le interrogó respecto a Toscanelli. Sí, era un hombre muy estimado, un sabio extraordinariamente culto y un médico muy afamado y por añadidura modesto y sin pretensiones, como el último de sus enfermos. ¿Por qué lo preguntaba? Colón contestó inquiriendo si el comerciante podría enviar una carta a Toscanelli con el próximo correo que

remitiera a Florencia. ¡Pues no faltaba más! El correo iba a salir a los cuatro días y Giraldi añadiría un saludo para el anciano. Colón se sintió aliviado. Según Giraldi no era de temer una traición. Toscanelli le diría francamente lo que había pasado, pues después de todo, si había en el mundo alguien que tuviese derecho a saberlo, era él, Colón, el único a quien se le debía decir. Los pequeños secretos de la administración colonial o del mismo rey no le interesaban. Si el ministro había hablado demasiado, allá él. ¿O acaso resultaría peligroso interrogar a Toscanelli? Era menester obrar con prudencia. ¿Le estaban tendiendo un lazo? Si su paso causaba molestias al ministro, éste se convertiría en un enemigo mortal, y necesitaba su apoyo.

Escribió, pues, a Toscanelli, le expuso su plan y le pidió su opinión. Si él sabio era lo que decía Giraldi, contestaría claramente a la pregunta. Colón nada dijo de la carta marina y escribió en idioma portugués, que dominaba mejor que su lengua materna. Por otra parte, había observado que ciertas personas suelen estar mejor dispuestas a hacer un favor a un extranjero que a un compatriota.

Su cálculo era exacto. Algunas semanas después un empleado de Giraldi le trajo una carta mandada por el correo de Florencia. Colón la abrió con mano temblorosa. La contestación de Toscanelli era corta, pero el sobre contenía algo que arrancó un grito de alegría a Colón. El sabio escribía:

“Aplaudo tu noble y grandioso deseo de ir al país donde se producen las especias. En contestación a tu carta, te envío la copia de otra que escribí hace tiempo a uno de mis amigos que está al servicio de Su Majestad el rey de Portugal desde antes de las guerras de Castilla; contestaba en ella a una pregunta que, a petición del rey, me hacía a ese respecto. Te envío también una carta marina igual a la que le mandé a él.”

Era una copia de la carta del 25 de junio de 1474 dirigida al cardenal Martínez, y la misma carta marina. Toscanelli había juzgado conveniente conservar copia de ambos manuscritos.

De este modo, Colón entró en posesión del documento

“secreto”. Allí estaba representado el hemisferio de la tierra que ningún europeo había visto nunca, y de manera tan clara, tan evidente, que parecía que el Espíritu Santo hubiese guiado la pluma del sabio. Se indicaba el camino más corto que llevaba a las islas del Oeste y de allí al continente asiático. Veíanse los nombres de las ciudades a que se había referido Marco Polo. Todo ello estaba tan claro como si se tratase de la empresa más sencilla y más natural. Parecía una alucinación; ante Colón estaba como realizada la obra en que hacía años venía meditando. No había más que seguir aquella guía. Sólo hacía falta un barco, un solo barco...

¿Se lo daría Portugal? El rey había pedido a Toscanelli que le contestase tan claramente “que hasta las personas poco instruídas pudiesen ver y comprender”. La contestación de Toscanelli a Martínez subrayaba especialmente esa alusión al uso que se contaba hacer de sus indicaciones. Colón no podía figurar entre “las personas poco instruídas”, él que había concebido la idea del viaje hacia el Oeste y que lo había previsto todo en su mente, sin llegar, no obstante, a la audacia un poco prematura de poner sobre el papel la imagen de un mundo desconocido. La carta de Toscanelli a Martínez no contenía más luces que el proyecto de Colón, pero la carta marina hacía tan comprensible el conjunto, que todas las dificultades parecían desaparecer. El rey, el príncipe Juan y sus colaboradores, por de pronto, tenían en su poder aquel mapa. Fácil les sería encontrar a alguien “poco instruído” para intentar la empresa. El menor fracaso aplazaría un nuevo intento hasta una época indeterminada.

La carta de Toscanelli era su victoria, pero al mismo tiempo era su derrota, al menos en Portugal. Ya no se podía esperar nada allí. ¿Qué podía aguardar de un gobierno que se había apoderado de su idea y que ya en 1474 tenía aparentemente la intención de realizarla sin contar con él? Era una suerte para Colón que hubiese estallado la guerra, pues de lo contrario, ya haría mucho tiempo que una escuadra portuguesa se habría puesto en camino.

Como es de suponer, Colón dió las gracias al atento sabio de Florencia, de quien recibió otra contestación. En ella Tos-

canelli escribió más extensamente: "Están en mi poder tus cartas y lo que me has enviado. Lo recibí todo y te lo agradezco mucho. Veo que has concebido el magnífico y grandioso deseo de ir por mar a las comarcas de Levante por el Poniente, como lo indica el mapa que te he enviado, lo cual podría demostrarse mejor bajo la forma de una esfera redonda. Me inclino a creer que será bien comprendida y que se verá que dicho viaje no solamente es factible, sino que es verdadero y cierto, capaz de darte honor, un provecho inestimable y una gran fama entre todos los cristianos.

"Pero no podrás conocerlo perfectamente más que por la experiencia y la práctica, como yo, que la he adquirido muy abundante, obteniendo buenos y verdaderos informes de personas respetables y de mucho saber que han venido de dichas comarcas a la corte de Roma, y de mercaderes que han vivido durante mucho tiempo en aquellas regiones y que son hombres de mucha autoridad.

"Cuando se haga dicho viaje, se llegará a reinos poderosos, a ciudades y provincias famosas, muy ricas en toda clase de productos que nos son muy necesarios y también de toda clase de especias en gran cantidad y de alhajas muy abundantes.

"Se encontrará también a los reyes y príncipes de esas comarcas, los cuales están muy deseosos, más que nosotros, de entrar en relaciones y tratar con los cristianos de nuestras regiones, pues la mayoría de ellos son cristianos y también desean relacionarse y estar en contacto con nuestros sabios y nuestros artistas, para hablar de religión y de todas las demás ciencias, a causa de la mucha fama de que gozan entre ellos nuestros imperios y nuestros gobiernos. Teniendo en cuenta todas esas cosas y muchas otras que se podrían citar, no me sorprende, conociendo tu gran corazón y sabiendo que la nación portuguesa ha sido siempre pródiga en hombres generosos dispuestos a las grandes empresas, ver tu corazón inflamado por el gran deseo de llevar a cabo dicho viaje."

Sin duda Colón se había referido al aspecto religioso del viaje en su contestación, pues Toscanelli no insiste tanto en él en su carta al cardenal Martínez.

Es muy lamentable que no tengamos las cartas de Colón a Toscanelli y que sus contestaciones no hayan llegado hasta nosotros más que en sus copias, pues falta un detalle de gran importancia: las fechas. Los acontecimientos que se siguieron no habrían de cambiar por eso, desde luego. La primera carta de Toscanelli a Colón contiene un dato, desgraciadamente bastante falto de precisión: "antes de la guerra (de Portugal) contra Castilla".

No pudo, pues, haber escrito antes de mayo de 1475, pero quizá durante la guerra de Sucesión entre Portugal y Castilla, o quizá poco después de su terminación, pues Toscanelli murió el 15 de mayo de 1482. Estamos, por consiguiente, limitados a suposiciones respecto a la época y a la forma en que Colón tuvo conocimiento de la carta de Toscanelli al cardenal Martínez y concibió la sospecha muy justificada de que la administración colonial portuguesa procuraba realizar su proyecto a sus espaldas. El párrafo de la carta de Toscanelli a Martínez referente a las "personas poco instruídas" nos revela bien claro esa intención. La guerra retrasó los acontecimientos, pero sólo fué una dilación. Colón tenía, pues, motivo para insistir en una rápida decisión, con el fin de preparar otros proyectos si le rechazaban definitivamente.

Gracias a su porfía, Colón llegó ante el rey, no ante Alfonso V, que murió loco el 28 de agosto de 1481, sino, probablemente, ante su hijo y sucesor, Juan II, que, lleno de entusiasmo, volvía a enviar expediciones de descubrimiento a las costas de África. La bula papal del 21 de julio de 1481 acababa de confirmar para Portugal la posesión de sus colonias en aquel continente. Juan II hizo construir inmediatamente en la Costa del Oro el fuerte de San Jorge, y adoptó entonces el título de "Señor de Guinea", demostrando con ello el interés que tenía por esa colonia. ¿Cuál era, pues, su opinión respecto al proyecto de viaje por el Oeste, que seguía en el aire y que Colón le recordaba constantemente?

Los manejos que se tramaban en las camarillas del gobierno y de la corte han quedado en la obscuridad, pero todo induce a creer que la desconfianza de Colón era fundada. Juan empezó nombrando una comisión investigadora encar-

gada de estudiar el proyecto. Estaba compuesta por su confesor, el sabio obispo de Ceuta y sus médicos, Rodrigo y José, que tenían fama de excelentes cosmógrafos. Pronunciaron la siguiente sentencia: Colón era un charlatán y un visionario; sus proyectos no eran más que quimeras que habían hecho nacer en su cabeza los cuentos y las invenciones de Marco Polo, que estaba tan loco como él.

Fué la única vez que se estableció una relación inmediata entre Marco Polo y el plan de Colón, y probablemente con razón, pues Colón no podía invocar más autoridad que la del único viajero que vió los países de Oriente y que los recorrió durante varios años. Las indicaciones de Toscanelli no eran más que de segunda mano y se remontaban, después de todo, a "Micer Marco Milione". Este último era mal visto por la comisión investigadora de Lisboa. Por otra parte, Colón tuvo buen cuidado de no revelar su correspondencia con Toscanelli.

El rey Juan no se dejó convencer por aquel juicio, y convocó otro consejo, constituido por numerosos sabios del país. El obispo de Ceuta formaba parte de él, y sus repetidas advertencias respecto a las locas empresas que Portugal, casi arruinado, ya no podía permitirse, hicieron inclinar la balanza.

Pero el rey tampoco se dió por satisfecho y negoció directamente con Colón. Cuando llegaron a discutir la cuestión de la recompensa que Colón recibiría en caso de éxito, el rey se puso tan furioso al oír las pretensiones del genovés, que interrumpió la audiencia. ¡Para algo había de servir la administración colonial de Portugal! Entonces se produjo lo que Colón sospechaba: el rey Juan le abandonó, pero se guardó el proyecto. Y salió una carabela para el cabo Verde con el pretexto de ir a llevar víveres, pero con intenciones secretas de doblar hacia el Oeste desde aquel punto y de ir tan lejos como fuera posible. Doblar el cabo Verde, ¿no era el camino que Toscanelli dibujó en su mapa? Después de algunos días de navegación, la tripulación perdió el valor a la vista de la inmensidad del mar y regresó a Lisboa.

La noticia del fracaso, cierta o falsa, se propaló y llegó a

oídos de Colón. Su proyecto no era, por consiguiente, secreto; la posibilidad de que otro se lo arrebatase lo puso en un estado de inquietud devoradora. Durante el verano del año 1484 un hombre de la isla de Madera se presentó al rey solicitando un barco para ir en busca de tierras hacia el Oeste, que decía haber divisado desde la isla.

Mientras tanto la mujer de Colón había muerto o el matrimonio se había separado. Ya no le retenía nada en Portugal, país de decepciones, como no fuese la pobreza. ¿O es que temía ser retenido por la fuerza? Conocía perfectamente los planes relacionados con las colonias, en los que se ocupaban el rey y sus consejeros; poseía dibujos y mapas que deseaba llevarse. Ahora bien, esos mapas señalaban un camino hacia aquellas Indias que Portugal se había propuesto como meta de su ambición. La exportación de cartas marinas en las que figurasen tierras que Portugal hubiera colonizado o había tenido la intención de ocupar, estaba castigada con severas penas, incluso la de muerte. ¿Le impedía ello incluso entrar a servir a bordo de un barco? Por su matrimonio se había naturalizado portugués. Si se enterasen de que quería salir del país para ofrecer sus proyectos a otro Estado cuya competencia temía Portugal, por lo menos le quitarían sus documentos. Además, Colón tenía probablemente deudas que no podía pagar y el alguacil no le era desconocido. Ni él mismo ha dicho nunca cómo y por qué salió de Portugal en el otoño de 1484. Sólo sabemos que cruzó la frontera en secreto acompañado de su hijo Diego, que llevaba al hombro su zurrón de aprendiz artesano. Cuando se vió en territorio español se sintió seguro.

Que temía ser perseguido por la policía, lo prueba una carta del mismo rey al que había escapado. Cuatro años más tarde, el rey Juan intentó hacer volver al fugitivo, por haberse enterado probablemente de que Colón hacía gestiones en Castilla para la realización de su proyecto y que tenía muchas probabilidades de conseguirlo. Valía la pena contar con la amistad de aquel hombre, pues su idea podría contener algo de cierto, y si Castilla, bajo el gobierno enérgico de Fernando e Isabel, adoptaba la idea, podría salir de ello una potencia

colonial que pondría a Portugal en segundo término y hasta podría ahogarlo. El rey Juan invitó, pues, a Colón a volver a Lisboa, y como se había enterado de que el ausente tenía cuentas pendientes con la justicia, para que su invitación fuese atendida, el rey empezaba por darle todo género de seguridades. El 20 de marzo de 1488 escribió a "nuestro amigo especialmente querido, en Sevilla": "Y pues resulta que habéis sido, por azar, amenazado por nuestras autoridades, por esta carta os aseguramos la entrada y la permanencia en el país de manera que no seáis ni encarcelado, ni detenido, ni acusado, ni emplazado, ni interrogado, por cualquier motivo que fuese, en un asunto civil, criminal o de cualquier naturaleza que sea." La expresión "por azar" da a entender que Colón no había sido perseguido por un delito que había cometido él mismo, sino que estaba complicado en el asunto de otro.

Colón hizo uso de este salvoconducto, que quizá pidió él mismo. En efecto, en diciembre de 1487 Bartolomé Díaz había vuelto de un viaje de descubrimiento que representaba un gran triunfo para Portugal: había llegado con dos carabelas a la punta meridional de África y doblado el cabo de Buena Esperanza, y Colón deseaba no sólo conocer los detalles de la empresa, sino también felicitar a su hermano Bartolomé, que había contribuido al éxito en su calidad de cartógrafo.

IX

Las diligencias

Colón vuelve a aparecer cerca de la frontera portuguesa. Va de Huelva a la pequeña ciudad de Palos, en la desembocadura del río Tinto en el golfo de Cádiz, con la esperanza de hallar en el puerto una oportunidad para ir a Francia. A una hora de Palos, sobre una colina árida, frente al mar, hay un convento de franciscanos, cuya mancha blanca es un punto de referencia para los barcos. Es una fortaleza de la época

en que los árabes todavía ocupaban esa parte de la costa española, y su nombre, La Rábida, viene del árabe *rábita*. Desde hace más de un siglo es un lugar de peregrinaciones, pues su iglesia encierra una imagen milagrosa de la Virgen. En la época romana ya había en ese sitio un templo a Proserpina.

El día es caluroso; los viajeros están cansados y con deseos de refrescarse. Han llegado temprano a una mala y modesta posada del puerto de Palos, pero no quieren pasar por un sitio de peregrinaciones sin ir a orar. El pequeño Diego también piensa con gusto en la sombra fresca de un claustro de convento y sigue, alegre, a su padre, que se aparta del camino y se dirige hacia la colina. El portero está a la entrada y les ve subir. Ya no esperaba visitantes aquel día; pero aquellos dos no parecen pordioseros. Contesta a su saludo y les pregunta lo que desean. “¿Tendréis un vaso de leche y un poco de pan para el niño?”, dice el extranjero, un poco avergonzado, dejándose caer pesadamente en el banco, desde donde se domina a lo lejos una gran extensión de mar azul. El portero se queda un poco sorprendido, pero mueve la cabeza con benevolencia, y al poco rato el chiquillo come con voracidad. El padre también come algo de la cena que ha traído el portero, pero se conforma con algunos bocados. Se queda allí, sumergido en sus pensamientos, mirando fijamente al mar, y sólo contesta con monosílabos a las preguntas del hermano, como una persona que no quiere ser molestada. ¡Un tipo original! Sin embargo, en aquel convento solitario quisieran enterarse algo de las últimas noticias, pues el país está en guerra. Fernando e Isabel quieren poner fin a la dominación de los árabes en la costa sudeste; es el tercer año que se está combatiendo, pero el enemigo es tenaz, conocido desde hace mucho tiempo por su valor, y el más pequeño avance de las tropas de Castilla y de Aragón cuesta ríos de sangre.

En el momento en que Colón pide que le enseñen la imagen de la Virgen y se dispone a seguir al portero, otro religioso pasa por allí. El niño le besa respetuosamente la mano y su padre se levanta para saludar. El hermano portero hace un gesto para atraer la atención del otro sobre el extranjero. El religioso se acerca y se detiene a preguntar algo: ¿Adón-

de va? ¿De dónde viene? ¿Cuál es su oficio?, y como su mirada se fija en los restos de la comida, el extranjero, que lo ha visto, contesta con voz temblorosa de rabia: "Soy un marino de Génova, y como nadie quiere aceptar los imperios que ofrezco, es menester que pida limosna."

Esa contestación, dicha en un dialecto extranjero, llama la atención al fraile, el cual pone bondadosamente la mano sobre el hombro del extraño personaje, le obliga a sentarse en el banco y toma asiento a su lado. Es tan cordial y son tan alentadoras sus preguntas, que el recién llegado sale de su reserva y cuenta en pocas palabras lo que le ha sucedido. Su relato provoca en el religioso visible extrañeza, y Colón se da cuenta por sus preguntas que está frente a un hombre muy enterado de lo que le habla, un sabio que en la paz de su celda se ocupa desde hace muchos años en estudiar los problemas de la geografía y sabe más que el mismo Colón de todos los cosmógrafos. Por él se enterará Colón del viaje de Pedro Velasco, natural de Palos, que en 1452 salió de Fayal y descubrió la isla de Flores, el punto más occidental de las Azores, y que dijo haber avanzado ciento cincuenta millas más al Oeste. Habría, pues, llegado hasta el mar de los Sargazos, que tanto intrigó a Colón en sus primeros viajes al Nuevo Mundo. Antonio de Marchena, como se llamaba el sabio religioso, es el primero cuya expresión, al escuchar el proyecto que Colón expone, no es irónica o escéptica. Le mira largo rato y fijamente, y, como Colón sostiene su mirada, le hace subir a la biblioteca del convento; mientras tanto el niño puede jugar en el jardín y coger frutas. En la cómoda sala de la biblioteca le busca libros y una gran colección de mapas a cuyo estudio Marchena se entrega apasionadamente. No cesa de interrogar a Colón, y cuando éste se impacienta al ver anochecer, el fraile quiere que se quede en el convento, donde pasará la noche; el Padre superior se alegrará de tan feliz encuentro, quizá dispuesto por el destino, ya que pasa por ser un hombre de inteligencia poco común y tiene muy buenas relaciones; ha sido en otros tiempos tesorero de Fernando y de Isabel, antes de ingresar en la orden. La reina le nombró confesor suyo y por último ha sido designado prior de La Rábida.

Hasta entonces, Colón no había considerado la idea de presentar su proyecto a la corte de Castilla. La guerra contra los moros probablemente duraría aún algunos años y no era seguro que terminase con éxito. Castilla poseía las islas Canarias, pero no había intentado poner dificultades a los descubrimientos de los portugueses. El padre Alonso, que por los relatos de su superior conocía muy bien a la reina Isabel, habló largamente a Colón de la profunda piedad de la soberana y explicó la guerra que se hacía a los moros como una nueva cruzada contra los infieles. Escuchándolo, se le ocurrió pensar a Colón que acaso allí podría obtener ayuda invocando motivos completamente distintos al afán de conquistas o de ganancias. Por la noche, el extranjero fué presentado al prior Juan Pérez, quien, puesto al corriente por el padre Alonso, le trató con mucha consideración y le ofreció hospitalidad en el convento por cuanto tiempo quisiera. Ciertas alusiones que le fueron hechas decidieron a Colón a aceptar la invitación y a permanecer en La Rábida.

Hasta una semana después no prosiguió su camino, bien provisto de dinero por el padre Pérez. Dejó a su hijo al cuidado de los frailes, y en vez de ir a embarcarse a Palos se dirigió en un burrito, también regalo del convento, hacia el norte, hacia Sevilla, para seguir de allí a Córdoba. El prior Juan Pérez le había dado cartas de recomendación muy cariñosas, dirigidas a personajes influyentes de la corte real: el entonces tesorero Luis de Santángel, el arzobispo Hernando de Talavera, confesor de la reina, el duque de Medinaceli y otros más. Merced a esas recomendaciones, el nombre de Colón y su proyecto de un viaje hacia el Oeste llegaron pronto a conocimiento de la reina. La noticia fué acogida al principio con una sonrisa y una extrañeza escépticas; los consejeros de la Corona no se recataron de reír y mofarse, y las grandes esperanzas que alentaron a Colón en su viaje pronto se apagaron como un fuego de virutas. El mismo año, sin embargo, recibió de la caja real algún dinero, pero el asunto parecía no pasar adelante. La guerra exigía toda la atención del rey y por el momentto no se podía pensar en lanzarse a locas empresas marítimas.

Colón encontró, no obstante, un protector en el duque de Medinaceli. El duque era, por lo visto, un hombre reflexivo, que aumentaba su fortuna colocándola en empresas comerciales. Vió en aquel proyecto la posibilidad de enormes ganancias y, en espera de los acontecimientos, retuvo al extranjero en su casa del Puerto de Santa María, según nos lo revela la carta que el mismo duque escribió al cardenal Mendoza, el 19 de marzo de 1493. Acababa de enterarse en su castillo de Cogolludo de que Colón había regresado a Lisboa, después de su primer viaje hacia el Oeste, y de que había encontrado lo que buscaba. Era menester, por lo tanto, estudiar la posibilidad de grandes empresas comerciales a las que el duque deseaba contribuir, y pedía, por consiguiente, al cardenal que obtuviese la autorización de la reina para equipar por su cuenta algunas carabelas a fin de enviarlas hacia los países que se acababan de descubrir, pues había contribuido mucho al descubrimiento de esa "gran cosa": cuando "ese Christóbal Columbo, que vino de Portugal con el fin de buscar apoyo, quería ir a Francia"; pero el duque retuvo al extranjero en su casa, le entretuvo durante dos años e impidió de ese modo que ofreciera su gran descubrimiento a los franceses. El duque deseaba, pues, resarcirse de los sacrificios que había hecho en favor del navegante. Esos sacrificios no debieron ser muy grandes, pero permitieron a Colón permanecer en España, sin estar, no obstante, por completo a cargo de su protector.

En verdad, no había manera de obtener grandes ganancias dibujando cartas náuticas en un país que estaba empeñado en una sangrienta guerra terrestre. Colón se dedicó, pues, a la venta de libros, que era un negocio nuevo y de gran porvenir. Vendía libros ilustrados y folletos que comentaban las últimas novedades de la guerra y los acontecimientos mundiales. Así se ganaba la vida. Durante sus viajes, no abandonaba su punto de vista, intentando acercarse a las personas influyentes a quienes iba recomendado por el prior Juan Pérez, con el fin de convencerlas de su proyecto. Parece que pensó también en otros países para el caso de que Castilla le negase su apoyo, y al parecer estuvo en Génova en 1485 y

presentó su proyecto; pero tuvo mala acogida. Incluso a Venecia, según una tradición que se conservó durante mucho tiempo, envió propuestas escritas, pero hasta ahora no se ha encontrado ningún documento que justificase esa hipótesis.

La insistencia de aquel hombre, infatigable en llamar a todas las puertas donde creía poder encontrar algún aliento, por muy insignificante que fuere, para la realización de su empresa, fué sometida a ruda prueba; pero obtuvo algunos resultados. Alonso de Quintanilla, interventor de la hacienda de Castilla, preocupado por las crecientes mermas de la caja del Estado, ocasionadas por la guerra y las prodigalidades de la corte, estaba al acecho de cuanto pudiese producir nuevas rentas. Le gustaba hablar con Colón de las riquezas en oro que había en el mundo, y sobre todo de esos países y ciudades de Oriente cuyos tejados dorados brillaban a la luz del sol. Parece que Colón vivió algún tiempo en su casa. El nuncio del papa, Antonio Giraladini, y su hermano Alejandro, preceptor de los hijos de Don Fernando y Doña Isabel, también estaban a su favor. Y, por fin, el hombre poderoso de la corte a quien llamaban bromeando "el tercer rey de España", arzobispo de Toledo y gran cardenal primado de España, don Pedro González de Mendoza, comprendió el alcance del proyecto y su inmensa importancia para la Iglesia y para el país.

Merced a su intervención, Colón consiguió, a fines del año 1485, presentar su petición ante quienes tenían que dar su fallo. Se presentó por primera vez ante la mujer cuyo nombre quedará para siempre unido al suyo y a su empresa, ante la reina Isabel, la figura real más grande de la época. Si alguna vez Colón se sintió elocuente, fué ese día. No habló como ante los portugueses, de las inmensas posibilidades comerciales que ofrecían las relaciones directas con el Oriente. A esa reina que era el alma de la guerra contra los árabes, y en la que ella misma intervenía, vistiendo la coraza del soldado, la llamó con su elocuencia sencilla y natural al gran deber que como cristiana le incumbía de llevar su fe a esos países que, según afirmaba Toscanelli, suspiraban por esa luz, y de reunir los extremos del mundo bajo el signo de la cruz. Esos extremos del mundo eran, para Colón, las dos

costas que en el mapa de Toscanelli estaban frente a frente y que se habían separado en tiempos muy remotos. Eran la costa occidental de España y la costa oriental de Asia.

Las alusiones de Colón a ciertos pasajes oscuros de las Escrituras hicieron una profunda impresión en la imaginación de Isabel. El mismo Colón tenía algo de los profetas del Antiguo Testamento por su seriedad, por la llama de sus ojos y por el fuego penetrante de sus palabras.

Parecía que hubiese detrás de él una fuerza mayor cuya voluntad no hacía sino cumplir, como un instrumento elegido. El presentimiento de que aquel hombre traía una misión ultraterrena creció en el corazón de la reina y llegó a ser para ella una convicción profunda. Colón mismo se expresó más tarde en ese sentido: "Llegué ante Su Majestad enviado por la Santísima Trinidad, como ante la princesa cristiana más capaz de propagar la santa fe de Cristo. En verdad, Dios hace claramente alusión a esos países por boca del profeta Isaías en varios párrafos de la Santa Escritura, cuando dice que su nombre ha de ser propagado desde España, uno de los extremos de la tierra."

La audiencia debió tener lugar en Alcalá de Henares, cerca de Madrid, donde estaba entonces la corte real (algunas semanas antes, Isabel había dado a luz allí a su hija Catalina), o en Córdoba. Su resultado fué que desde el 20 de enero de 1486 Colón pudo considerarse que estaba al servicio de la reina. En su diario, que dirigía especialmente a la soberana, el 14 de enero de 1493, escribe: "El día 20 hará siete años que entré a vuestro servicio." El informe de su tercer viaje, que manda desde La Española en octubre de 1498, empieza por recordar los siete años que pasó en relaciones con la corte real. Y por fin, en el relato de su cuarto viaje vuelve a insistir respecto a ese punto; esas fechas pueden, pues, ser consideradas como ciertas.

¿Qué había ganado al relacionarse con la corte? Según puede probarse, no recibió más que una pequeña cantidad en 1486 (1), pero ya no se trataba de una limosna como se da

(1) No hay rigurosa exactitud en lo que dice Houben. En un libro registro llevado por el tesorero Francisco González de Sevilla

a un mendigo para deshacerse de él. Ese don significaba que podía contar con que le llamarían algún día, aunque por de pronto no se podía hacer uso de sus servicios, pues la guerra volvía a reanudarse en la primavera. En caso de necesidad, sabía que en las altas esferas sus hechos y gestos no eran indiferentes. Desde el punto de vista administrativo su existencia quedaba reconocida, y aunque Isabel estaba lejos de poder darle seguridades definitivas, le prometió que en cuanto la campaña de verano terminase, volvería a sus proyectos. Cumplió fielmente su palabra.

X

Los sabios de Salamanca

En 1486, en el crepúsculo de un día de noviembre, un viajero solitario subía con paso firme el camino pedregoso que conducía a Salamanca. Los altos muros, las almenas y las torres que sobresalían por encima de numerosos campanarios se dibujaban ya como negras siluetas sobre las nubes plateadas. El centinela le dejó pasar sin decirle nada, aunque la guardia había sido reforzada. En efecto, la corte había instalado sus cuarteles de invierno en Salamanca, la famosa ciudad universitaria, con el fin de descansar de las fatigas de la campaña del verano anterior contra los árabes y para prepararse a dar al enemigo el golpe decisivo arrojándole de la costa del Mediterráneo.

Aquel caminante que subía desde la ribera del río era muy conocido de los soldados del rey y de los miembros de la Santa Hermandad. Casi todas las tardes, a la hora en que el

y que se conserva en nuestros días hay una partida correspondiente al pago de tres mil maravedíes, hecho por cuenta de los Reyes y efectuado en Córdoba el 5 de mayo de 1487. Otro pago se le hizo efectivo con fecha 16 de junio de 1488 en Córdoba, también por cuenta de los Reyes Católicos; todo por cosas *complíderas* que estaba haciendo al servicio de Sus Altezas. (N. del T.)

tráfico cesaba en la ciudad, tenía la costumbre de recorrer aquellos alrededores con paso ligero y luego aparecía en el viejo puente romano, bajo cuyo arco el Tormes se precipita hacia el Duero. Se detenía allí para contemplar el poniente hasta que se apagaba el último rayo de sol. Le llamaban, encogiéndose de hombros con desprecio y piedad, el *Navegante* y era a menudo blanco de las groserías de los soldados a causa de su vestir sencillo, casi pobre, de su capa de grueso paño y de sus pesados zapatos. Su elevada estatura, su porte digno, hasta orgulloso, podría decirse, y su mirada dominadora no bastaban para protegerle de las bur-las de los estudiantes y de la soldadesca. Pero había algo de misterioso en aquel hombre, cuyo aspecto era casi el de un mendigo: los señores de la corte le conocían y, al pasar a su lado, desde su caballo le dirigían algunas palabras amables que parecían dichas en broma. De eso le venía el apodo de *el Navegante*.

Se le veía a menudo bajo el pórtico de alguna iglesia, en animada conversación con algún famoso profesor universitario que no sentía rebajada su dignidad eclesiástica o científica por mostrarse con él en público. Además, se había propalado el rumor de que algunos de los más poderosos validos de la corte habían tomado al extranjero bajo su protección, y nadie ignoraba en la pequeña ciudad, y menos la policía, que se hospedaba en el convento de los dominicos de San Esteban. En aquel preciso momento los más afamados sabios de España celebraban allí reuniones secretas.

Hacia aquel convento se dirigía Colón, eligiendo las calles solitarias y evitando pasar junto al palacio donde residía la corte a la sazón, para no encontrarse con ninguno de los aborrecidos cortesanos, a cuyos ojos no era sino un inocente soñador, un loco peligroso o un embustero disfrazado. La broma más inocente le hubiera puesto aquel día en un estado de violenta irritación, y procuraba no perder la calma obtenida durante su largo paseo mediante un gran esfuerzo de voluntad. Aquella hora sería tal vez decisiva y sólo él comprendía su alcance.

Los reyes habían cumplido su palabra, invitando a su re-

sidencia de invierno a todas las lumbreras de la ciencia española, matemáticos, geógrafos, filósofos y teólogos, para que estudiasen con los más grandes sabios de la Universidad de Salamanca el siguiente problema: ¿Era posible teóricamente y realizable en la práctica la travesía del océano infinito, que constituía hasta entonces la frontera del mundo occidental, y llegar hasta los lejanos países de Oriente, sobre todo al Catay y al Cipango dorado, de los que tantas maravillas había contado Marco Polo? O ¿era culpable ambición la de intentar traspasar los límites que la Divina Providencia había impuesto a las limitadas fuerzas del hombre?

La primera de esas preguntas era meramente científica y su solución incumbía a los geógrafos y a los astrónomos, es decir, a los "cosmógrafos", como se llamaba entonces a los que describían el mundo y el universo. Pero los hombres de ciencia de la época, los que se formaban en las universidades, eran todos, salvo raras excepciones, teólogos. Aparte la nobleza, que prefería la política y la guerra a la ciencia, únicamente los miembros del clero ocupaban puestos oficiales. Ello explica que la ciencia no fuese más que una rama de la teología, en la que estaba encerrada como una nuez en su cáscara. Es cierto que ambas se desarrollaban simultáneamente, pero hubiera sido una blasfemia decir que la nuez pudiese llegar un día a reventar la cáscara. Se consideraba herejía cuanto no concordaba con los principios de la teología. Ahora bien, los dominicos, la orden que sobrepasaba a todas las demás por su cultura científica, eran los que ejercían la inquisición. La orden dominicana había dado los más grandes sabios de la Edad Media, como Tomás de Aquino, su maestro, y Alberto Magno, y esta orden había manifestado la mayor comprensión hacia las ideas y los proyectos de Colón durante los debates del verano anterior en Córdoba. Estos frailes se llamaban ellos mismos "Dominicanos", los canes del Señor, y su olfato era evidente, su talento profundo y su vista larga. Eran más temibles para Colón los representantes de otras Ordenes, que procuraban compensar con su celo piadoso sus escasos conocimientos de las ciencias, y que podían dar un giro peligroso a la discusión que iba a iniciarse.

Todos estaban esperando al *Navegante*, agresivos y dispuestos para el debate, lo mismo que pedantes sabios de gabinete, sobre todo seguros como estaban de que no tendrían que enfrentarse con un especialista en su materia, de lo que se proponían aprovecharse para persistir en su juicio, por pereza, para que la armonía del mundo no ofreciera más problemas. ¿Una discusión? ¿Un debate? ¿No se trataría más bien de un proceso? Pero Colón tenía que someterse y guardar compostura. A la hora convenida, las cinco de la tarde, llamaba con tal fuerza a la puerta revestida de hierro del convento de los Dominicos, que el aldabonazo repercutió en el interior de toda la casa, y el hermano portero corrió a abrir, con la rapidez que su corpulencia le permitía.

—¡Estáis aquí, por fin! Subí a vuestra celda a buscaros — dijo al que entraba —. Os están esperando.

—Ya lo sé. Acompañadme.

Al portero le gustaba charlar un rato con el modesto huésped del convento, pues era también oriundo de un pueblecito de pescadores del Mediterráneo y en su juventud había seguido las costas de África hasta las islas Canarias. Pero, en aquella ocasión, pasó delante, y Colón le siguió por la escalera de piedra que conducía al primer piso. Escucharon ambos un momento a la puerta de la sala donde se celebraba la reunión. Se oían risas ahogadas que dominaba la voz aguda de un orador. El portero abrió sin ruido la puerta, dando paso a su amigo. De un vistazo, Colón recorrió la mesa en forma de herradura. En la semiobscuridad, que poco a poco se hacía noche cerrada bajo la bóveda de la sala, Colón no distinguió al principio más que algunas caras iluminadas por la luz de las velas y algunas siluetas que vestían hábito. Los otros bultos estaban recostados en sus sillones con la cabeza inclinada. Muy cerca de él, desde un extremo de la mesa, una mano hizo señas a Colón, le cogió la mano y le atrajo hasta un asiento vacío. “Cállate”, le murmuró una voz al oído. Sólo algunos advirtieron la entrada del extranjero en la sala y volvieron la cabeza. Los demás parecían escuchar atentamente al orador, que estaba de pie detrás de la mesa transversal, con los ojos cerrados, esperando que se

apagasen las risas de los oyentes, y que siguió luego con voz cansada:

—Y, además, ¿quién es ese hombre? No es un hijo del país, un súbdito de nuestras augustas Majestades, sino un extranjero de Génova, de dudoso origen, que salió seguramente de la hez del pueblo, de donde se han exhalado siempre los vapores pestilentes de la incredulidad y del sectarismo. Es cierto que Nuestro Señor salió de un establo para llevar la luz al mundo. Pero nuestra santa Iglesia tiene toda clase de motivos para desconfiar de ese nuevo Mesías que pretende abrir una brecha en los muros de nuestro universo, construido durante más de mil años por los evangelistas, intérpretes del Señor, por los padres de la Iglesia y por los teólogos. ¡Que la mano que dé el primer hachazo se seque! ¡Vade retro!

La flaca silueta del franciscano volvió a perderse en la obscuridad. En la asamblea se produjo un movimiento. El repentino silencio asustó a los que habían aprovechado el largo discurso del fraile para dormir una siesta tardía. Al oír las últimas palabras del orador, Colón cerró involuntariamente el puño, pero su vecino apoyó pesadamente la mano en su brazo y le dijo en voz baja: “No aceptéis la lucha. Predica siempre como si estuviese entre paganos. Lo más difícil ya está hecho.” Ya se levantaba el presidente, el superior del convento, Diego de Deza, alto como un gigante y con una gran barba blanca. Con voz fuerte y amenazadora dijo lentamente: “El señor Colón se encuentra entre nosotros y está dispuesto a contestar a todas las preguntas. ¡El que quiera hacerlas, que las haga!”

Entonces se oyó la voz gangosa de un anciano que llevaba el birrete y la reluciente cadena de rector de universidad:

—Que la respetable asamblea tenga en cuenta mi edad y me permita seguir sentado. Hemos estudiado cuidadosamente las cartas y los cálculos del señor Colón. No cabe duda de que su arte de dibujante debe ser reconocido. Por lo que sabemos, ése es su oficio, y, al parecer, sus mapas prestan inmensos servicios a los barcos de cabotaje. ¿Por qué no se atiende a esa hermosa y honrada profesión? Es conveniente preguntarse hasta qué punto un hombre de ciencia, que goza

de alguna consideración en el mundo, puede permitirse el entrar en seria discusión con un simple aficionado. Pero hemos obedecido al requerimiento real. Con nuestra lealtad acostumbrada nos hemos sometido a él. Sin embargo, las preguntas que tenemos que hacer al nuevo Mesías de la geografía son demasiado numerosas y demasiado complicadas para que podamos agotarlas en esta corta sesión. Será menester que el señor Colón esté a nuestra disposición durante las próximas semanas. Permítaseme, no obstante, bosquejar el problema fundamental.

"Nadie ignora que he consagrado toda mi vida a profundizar y ampliar el sistema de Tolomeo, que, si bien cuenta ya con algunos millares de años, se admite aún hoy día. Me he ocupado principalmente en justificar su necesidad y su profunda razón de ser. Como desde el punto de vista filosófico dos verdades nunca pueden contradecirse una a otra, es preciso que la astronomía esté siempre en armonía con la teología. ¿Ha pensado en eso el señor Colón? Es un pensador independiente, tal cual se encuentran en todas las épocas, en todas las ciencias y hasta en nuestra muy santa religión. Para ellos una idea repentina, una apreciación espiritual, como dicen los literatos, por no decir un sueño confuso, se convierten en idea fija y les hace mirar con desprecio el fruto del trabajo desinteresado de los demás. Semejantes naturalezas aventureras, como son la mayoría, prefieren sacrificar su vida y la de los demás a un espejismo antes que confesar a tiempo su error.

"Probablemente el señor Colón ha echado una ojeada al sistema de Tolomeo, pero una ojeada demasiado rápida, y, como sucede a menudo, enojosas confusiones se han producido en su mente. En efecto, ¿en qué se basa su plan? Casi no me atrevo a decir de qué se trata, ante este honorable auditorio: se basa en la redondez de la tierra, una creencia falsa de la que también participaba Tolomeo desgraciadamente. Veo en vuestros labios asomar una sonrisa que me evita el tener que manifestar abiertamente mis sentimientos. ¡Permitid que os diga la opinión de alguien superior a mí! El inmortal padre de la Iglesia, Lactancio, hace más de mil años,

hizo un breve juicio de esa leyenda de la bola terrestre que estaría habitada y sería habitable en todas partes: "¿Hay alguien suficientemente loco, pregunta con esa franqueza que lo caracteriza, para creer que hay antípodas cuyos pies se contraponen a los nuestros, hombres que andan con las piernas para arriba y la cabeza para abajo? ¿Que existe una comarca de la tierra donde todo está al revés, donde los árboles y sus ramas salen hacia abajo, y donde la lluvia, el granizo y la nieve suben en vez de bajar? La idea de la redondez de la tierra, añade, y su argumento es, según mi humilde opinión, concluyente, es la base de esa fábula de los antípodas que andan con los pies en alto." Eso es lo que ha dicho Lactancio, al que se llamó con razón el Cicerón del cristianismo. Esperamos, como él, seguir sosteniéndonos a pie firme en la superficie de nuestra antigua tierra."

En la sala se produjeron murmullos, risas y movimientos de cabeza. Alguien dió un puñetazo sobre la mesa. Hasta el padre superior se sonrió disimuladamente, antes de dirigir una mirada de inteligencia a un joven dominico que parecía esperar aquella señal.

Era el bibliotecario del convento. A pesar de su juventud, se le conocía como polemista; hablaba varios idiomas y acababa de ser nombrado profesor de retórica de la Universidad de Salamanca, en mérito a su dominio del latín; era, además, un hombre de extraordinaria belleza que la blancura del hábito hacía resaltar; tenía una cara juvenil, redonda e imberbe, con grandes ojos negros un poco saltones y una corona de rizos oscuros alrededor de la tonsura. Varios de los asistentes se inclinaron hacia delante con curiosidad, pues en debates anteriores había dado a la discusión un giro nuevo, sorprendente, casi audaz. Merced a sus muchas lecturas, que siempre tenía en la mente, y a su portentosa memoria, podía lanzar con una elegancia encantadora dardos que le habían creado mortales enemigos y hasta habían en una ocasión atraído hacia él las miradas de la Inquisición. Varios de los respetables frailes apoyaron, impacientes, sus brazos sobre la mesa, y unas caras expresaron descontento y otras alegría cuando, después de haberse inclinado rápidamente ante el que

acababa de dar su opinión, el dominico se puso a hablar con voz armoniosa, acompañando sus palabras con ademanes imperceptibles, casi involuntarios.

—Los trabajos que el que me precedió en el uso de la palabra consagró a Tolomeo y a su sistema son tan universalmente conocidos que huelga hablar de ellos y hasta alabarlos. Pero permita su señoría que disipe un equívoco.

El interpelado, ya algo impaciente, contestó con un gesto de irónica condescendencia.

—Ese equívoco podría complicar nuestra tarea y dar, además, a la discusión un giro desagradable, sin que por ello sirvamos a la verdad, de cualquier naturaleza que sea. La creencia de la redondez de la tierra, considerada hoy día por la ciencia como una leyenda, puede ser considerada mañana como una realidad, y si Lactancio viviese, su juicio sería sin duda menos severo, pues el desarrollo espiritual de diez siglos no hubiese pasado sin dejar rastro en semejante inteligencia.

En toda la sala se produjo cierta agitación en forma de murmullos y de sillones movidos, que el orador interpretó favorablemente.

—Todos me concederéis que esa leyenda tiene una asombrosa vitalidad. En la antigüedad se creía en ella con tal firmeza, que Plinio, el famoso naturalista, con una seguridad igual a la de Lactancio, establece esa lucha entre dos partidos: el de los sabios y el de los imbéciles. Grandes sabios de lejanos tiempos, como Aristóteles y Epicuro, se inclinan a la misma opinión, y un historiador de la antigüedad aseguró con toda seriedad que un habitante del otro hemisferio logró llegar a Cartago con el fin de hacer indagaciones respecto a sus antepasados, los cartagineses de otros tiempos. Esas voces del mundo antiguo vuelven a oírse hoy, cuando el glorioso invento de la imprenta nos proporciona, en magníficas ediciones, los escritos de numerosos pensadores olvidados. La ciencia de la geografía descubrirá un manantial de sabiduría que sin duda será para ella una fuente de juventud. La leyenda de la antigüedad nos ofrece hoy un problema que merece ser estudiado con toda atención. En vano he buscado en las Santas Escrituras, que limitan el horizonte del saber humano, alguna



3. — COLON ANTE LOS REYES CATOLICOS.

Cuadro de M. Crespo. (Foto Ruiz Vernacci.)



4 — COLON ANTE LOS DOMINICOS.

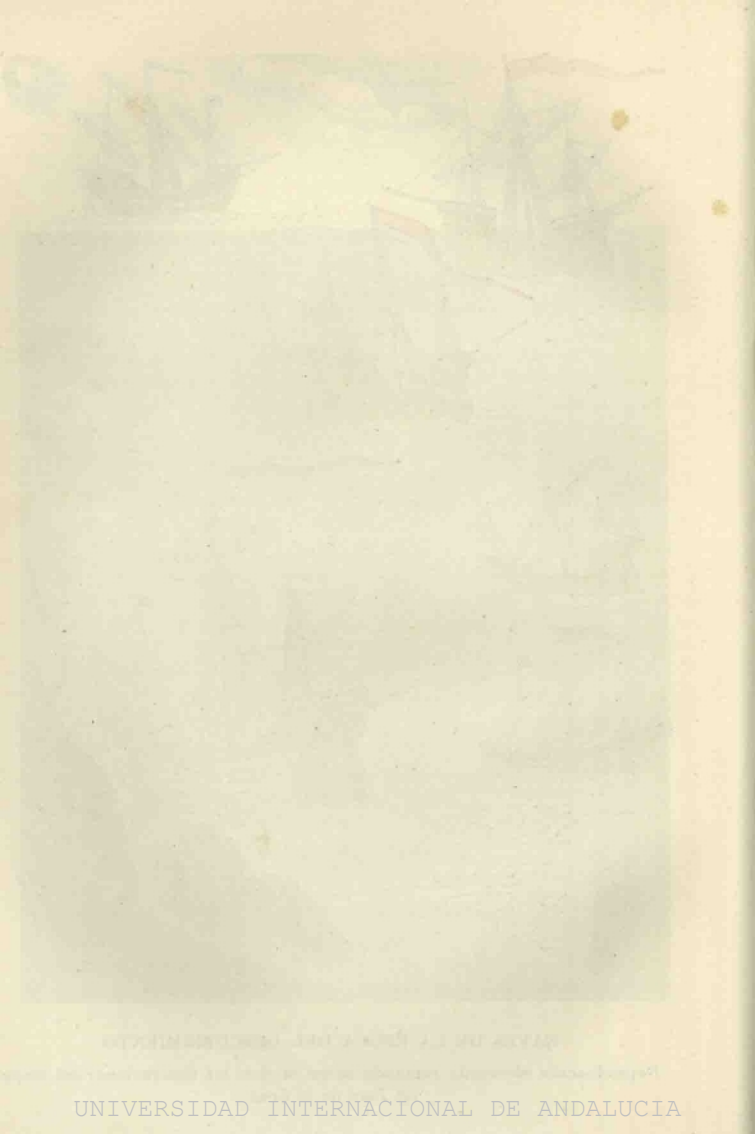
Cuadro de F. Masó. (Foto Ruiz Vernacci.)



NAVES DE LA ÉPOCA DEL DESCUBRIMIENTO

Reproducción efectuada tomando como modelo las ilustraciones del mapa
de Juan de la Cosa.

UNIVERSIDAD INTERNACIONAL DE ANDALUCÍA



palabra que estuviese en contradicción directa con esa creencia. Durante mis investigaciones, sin embargo, una palabra repercutía en mis oídos como una apremiante advertencia, sí, como una profecía, una palabra que constituye la santa divisa de nuestra orden, de nuestros hermanos, de toda la cristiandad: "¡Id por todo el mundo y evangelizad los pueblos!"

"El sentido profundo, insondable de esa palabra me parece estar en misteriosa relación con los presentimientos del mundo antiguo, como una corriente de agua subterránea con otras. ¿No es la voluntad de Dios que ese sueño de un mundo cada vez mayor vuelva continuamente a la mente de nuestros poetas y de nuestros profetas? No hace falta que os recuerde al gran italiano Dante, que, como todos sabéis, dió forma a ese sueño. Pero en estos últimos días tropecé con unos versos que no conocía de otro poeta italiano, de Luis Pulci, muerto hace tres años, y sus versos me hirieron como un rayo. La coincidencia que me lleva a hablaros hoy de ellos me parece no menos misteriosa. El poeta evoca los tiempos en que las Columnas de Hércules, al límite del Mediterráneo, eran el fin del mundo, y opone a esa superstición una idea, en verdad, trastornadora:

*Las teorías son falsas, y el audaz marino
no dirigirá sus correrías hacia el Oeste
sobre una extensión llana y lisa de olas azules.
La forma de la tierra es la de una rueda.
Antes el espíritu del hombre daba vueltas en una jaula.
Hércules contemplará, avergonzado,
la frágil embarcación que con rapidez cruzará
los límites que él señaló, en vano, a su carrera.
El universo entero aspira a un solo centro
y se encontrará, pues, otro hemisferio.
Así navega la tierra en el secreto de los dioses,
en seguro equilibrio en medio de los astros.
Lejos, debajo de nosotros, hay ciudades,
países tan poderosos como nunca se pudo soñar.
Ya veis cómo el sol se inclina hacia Occidente
para llevar a los pueblos la luz esperada.*

El dominico volvió a sentarse con una satisfacción casi provocadora, y al momento se produjo un tumulto de voces confusas, que el superior no trató de calmar. Unos, entre los que se contaba el franciscano, se levantaron para formar grupo junto a una de las ventanas. Otros tres o cuatro se dirigían a gritos al audaz orador. Parecían olvidados por completo de Colón, a quien su vecino dijo en voz baja: “¡Tenéis suerte, Colón! ¡Os desvían el rayo!” Exclamaciones como “¡Mentiras! ¡Locuras! ¡Temeridad! ¡Habladurías de poeta!” se cruzaban por todas partes, y fueron transformándose poco a poco en frases que, como flechas bien dirigidas, caían sobre el dominico. “¡Que se vaya con Dante y con los suyos! Después de todo, ¿qué es lo que dice el viejo Epicuro? Ciertamente que estaba bastante loco para creer en un hemisferio Sur, pero sólo creía habitable el del Norte, y lo que hay más allá lo llamaba un caos, un precipicio, un desierto acuático infinito.” “¿Por qué vuestros paganos de la antigüedad no han ido en peregrinación a esos benditos países? Porque sabían muy bien que un círculo de fuego infranqueable reduciría a cenizas barcos y tripulaciones.” “¿Cuánto tiempo durará ese viaje? — preguntó otro —. Me figuro que unos tres años. Y ahora bien, ¿hay barco que pueda llevar víveres y agua potable para tanto tiempo?” “Hermano Fulgencio — opinó uno más —, deberíais tener bastante sentido para saber que, si la tierra es una bola, se podrá en último caso bajar al infierno, pero será imposible subir del otro lado con un barco.”

Un obispo a quien se veía de ordinario armado de casco y coraza conduciendo a sus vasallos a la lucha, golpeó riendo la mesa y dijo:

—También el viejo Séneca hace una vez alusión a otro mundo, pero era un chiflado como todos vuestros filósofos. Hoy casi me parece razonable; en efecto — se pregunta irónicamente —, ¿por qué un héroe valiente como Alejandro Magno no se dirigió con sus barcos hacia el Sur? Pero Alejandro, que era un hombre inteligente, tuvo bastante juicio para quedarse en tierra, porque al sur de la costa de Asia empieza la noche eterna. Y eso que tenía una flota poderosa, muchos hombres y enormes riquezas. ¡Y ved este otro Ale-

jandro! ¿Dónde están sus barcos y sus marineros? Necesitamos gente para luchar contra Granada, la vergüenza de la cristiandad, y su número apenas nos basta.

Las réplicas irónicas o amenazadoras siguieron en esa forma, hasta que el padre franciscano se levantó otra vez y con su voz chillona hizo callar a los demás:

—¡Hermanos míos! La ciencia es humana, pero la fe es divina. La ciencia se equivoca, sólo Dios posee la verdad. La palabra de nuestros evangelistas y de nuestros santos, defensores de Dios, ha vencido a los paganos del Antiguo Mundo. No es Tolomeo el que tiene que juzgar, sino nuestro gran filósofo y padre de la Iglesia, San Agustín. Éste considera como una herejía la creencia en los pretendidos antípodas, pues en esas comarcas lejanas vivirían hombres que no descienden de Adán. La Escritura enseña que todos los hombres proceden de una sola pareja. ¿El señor Colón querría hacernos creer que otra arca de Noé ha navegado hacia el Oeste? La Escritura nada dice de ella. La configuración de la tierra está tan claramente descrita en el Antiguo y en el Nuevo Testamento, que ya nada les queda que explicar a los filósofos inventores y sobradamente críticos. El cielo, según dicen los Salmos, está extendido como una piel, lo mismo que el techo de una tienda de campaña, que en los pueblos nómadas es de piel de animal. ¿Se ha levantado alguna vez una tienda de campaña encima de una bola? San Pablo en su epístola a los hebreos compara también el cielo a un tabernáculo o tienda de campaña, extendido sobre la tierra; ésta no puede, pues, ser y no ha sido nunca más que una superficie llana, aunque irregular. ¡Que conteste a estas preguntas el apóstol del Nuevo Mundo!

El padre superior volvió la cabeza hacia Colón y sus palabras, pronunciadas con voz fuerte y lenta, resonaron en el silencio:

—Se hace tarde. ¡Señor Colón, tenéis la palabra!

Colón se levantó lentamente. Su excitación del principio había desaparecido, dando lugar a un estado de aturdimiento, del que le sacó la voz del superior. Sentía una gran amargura y un vacío como el de una fuente agotada. La hora de la

decisión, que creía tan cercana, se alejaba como un barco que desaparece en el horizonte. Empezó a hablar con lentitud y dificultad.

—He procurado reunir todos mis conocimientos de este mundo que he encontrado en mis mapas, en mis cálculos y en mis proyectos detallados dirigidos a Sus Majestades, en quienes he notado interés. Sé lo que debo a los demás, a los grandes sabios de antes y de ahora. Conozco mi falta de saber y nunca hice alarde de mi ciencia. Estoy muy lejos de pretender compararme a ninguno de vosotros. Muchos libros me han servido en mis estudios, pero quizá leía con otros ojos, con los ojos de un hombre que ha recorrido el mundo y ha procurado por sí mismo resolver más de uno de aquellos enigmas de los que nada le decían los libros. He atravesado tierras y siempre he visto que lo primero que se presentaba en el horizonte eran las cimas de las montañas. He estado embarcado y he observado que la punta de los palos es lo último que desaparece del nivel del mar. He creído siempre, mucho antes de saber que había quién tenía otra opinión, que en todas partes nos encontramos en la superficie de una esfera. Los santos libros de nuestra Iglesia me han acompañado siempre en mis viajes, y cuando, al conocer las opiniones de los hombres de ciencia, se me presentaron las primeras dudas respecto a mi convicción, busqué y encontré en las Santas Escrituras aliento y confirmación de mi fe. En ellas aprendí que el segmento que hoy es nuestro mundo tiene que redondearse y formar una bola.

"Crearé otro cielo y otra tierra, y no se volverá a pensar en lo que era antes", dijo el profeta Isaías. Cuando me preguntaba si no sería temerario buscar esa nueva tierra, la palabra del salmista me convencía siempre: "Todo el cielo es del Señor, pero ha dado la tierra a los hijos de los hombres." Ignoro la suerte que le espera al primero que intente ir hacia el Oeste, pero puedo asegurar una cosa: como simple marinero, he recorrido las costas de África hasta Guinea, que está más allá del tan temido ecuador, y en ninguna parte he visto esa zona de fuego que sería imposible atravesar. Por el contrario, he encontrado por todas partes una creciente fertilidad,

hombres en gran número y abundantes alimentos, y no estaría aquí si, al regreso, el viento no hubiese empujado mis velas y el mar no me hubiese llevado como a la ida.

"Estoy, pues, seguro de que en el lejano Occidente y en el Sur se pueden encontrar riquezas muy superiores a las que describe Marco Polo. ¿Qué país sería más digno de abrir esos imperios infinitos a la influencia del Evangelio y de llevar sus luces a toda la tierra, que el reino de Sus Majestades Católicas Fernando e Isabel, que considero como mi segunda patria?

"He crecido luchando contra el mar y el viento; me encuentro en un elemento donde es menester servirse de las olas y de la tempestad, y vencerlas. Lo demás sólo es cuestión de valor y de inquebrantable confianza en Dios."

La turbación del principio había abandonado por completo al orador, y sus ojos ya no temían enfrentarse con los de sus adversarios. Pero pocos eran los que lo escuchaban, y parecían embargados por sus palabras, salvo los dominicos del convento. Los demás estaban abstraídos, indiferentes e inmóviles, como los senadores romanos cuando Aníbal se presentó en el foro. Colón respiró profundamente varias veces y quiso pasar a la exposición práctica de su proyecto. Pero un sonido agudo se oyó fuera: era la campana que llamaba a vísperas. Las siluetas se levantaron y la mayoría sacó su breviario del bolsillo. La reunión había terminado y todos se apresuraban a salir.

El bibliotecario de los dominicos se quedó todavía un momento en compañía de algunos hermanos, hablando animadamente, pero el franciscano se acercó a él y le dijo al oído:

—Hermano Fulgencio, si volvéis a citar otra vez al italiano Pulci, no olvidéis que pone en boca del Maligno los versos que habéis leído.

Le escupió literalmente a la cara el nombre del Maligno, y antes de que el interpelado se hubiese repuesto de su sorpresa, el otro dió media vuelta y desapareció en la obscuridad. Desde el otro lado de la mesa, el padre superior se acercó a Colón con paso grave, le puso en el hombro su mano alentadora y le dijo en alta voz para que todos lo oyesen: *Fiat lux in perpe-*

tuis! (¡Que la luz brille en la eternidad!) Colón se encontraba entre amargado y desilusionado, y sus ojos estaban llenos de lágrimas. Se inclinó con profunda emoción, y, cogiendo la mano del padre superior, la besó y contestó en voz baja: *¡Amén!* Luego salió con los demás y subió a su celda.

XI

Antes de la decisión

No se conoce con exactitud el resultado de los debates de Salamanca, que duraron varias semanas. En ellos se sometió a Colón a un estrecho interrogatorio en teología y en ciencias, durante el cual cada palabra irreflexiva podía convertir a los examinadores en jueces. No poseemos el expediente de esos debates. Es probable que el proyecto fuera rechazado por la mayoría, pero la minoría estaba constituida por hombres cuya opinión era de peso y no podía dejar de ser tenida en cuenta. La decisión fué, pues, diferida para fecha indeterminada. No se podía pensar en la realización del plan hasta después de terminada la guerra contra los moros, y Colón tuvo que someterse de grado o por fuerza.

Parece que Colón pasó un año en Salamanca, en una propiedad del convento de San Esteban. De allí fué a Córdoba en el otoño de 1487 y algunos meses después a Sevilla. A petición del prior, padre Deza, que seguía siendo su mejor amigo, obtuvo en 1488 otra subvención de la corte y pudo ir a ver a su hermano Bartolomé en Lisboa. Éste le presentó al descubridor del cabo de Buena Esperanza, Bartolomé Díaz. Le dijeron lo feliz que había sido el viaje y la desesperación que había tenido el navegante portugués por no haber podido dirigirse con sus dos barcos desde el cabo de Buena Esperanza hacia el Nordeste, donde sabía que había de encontrar la tierra prometida. El camino hacia las Indias, obstruido hasta entonces por África, se abría de repente, y si la decisión hubiese

dependido de Bartolomé Díaz, se hubiera enviado inmediatamente una flota para intentar el último asalto y lograr el fin tanto tiempo perseguido. Pero Díaz encontró en la administración portuguesa una resistencia inexplicable; semana tras semana le hacían esperar con pretextos enigmáticos, y mientras él estaba dominado como por la fiebre del deseo de proseguir hasta un fin glorioso el camino que él mismo había descubierto, en Lisboa no tenían ya ninguna prisa. En realidad, pensaban confiar la misión a otro. El rey Juan no quería deber demasiadas conquistas a un solo hombre que podría luego tener muchas pretensiones, como Colón.

Nuevas proposiciones que hicieron a Colón no dieron resultado. ¿Se pensaba en reemplazar a Díaz por "nuestro amigo especialmente querido"? Colón tuvo importantes entrevistas con su hermano, quien fué poco después a Inglaterra y, merced al mapa del sur de África que había dibujado, pudo llegar ante el rey Enrique VII. Parece que presentó a este monarca el proyecto de su hermano, pero que encontró en él poco interés.

Desde Lisboa, Colón se apresuró a regresar a Córdoba, donde le esperaba su amiga, doña Beatriz Enríquez, mujer hermosa y distinguida, según él dice, y que el 15 de agosto de 1488 fué madre de su segundo hijo y futuro biógrafo, Fernando. Nada sabríamos de esa mujer si Colón no se hubiese acordado de ella en su testamento. En él ordena a su hijo mayor Diégo, a quien trató siempre con tanta delicadeza como a su hijo segundo, que cuide muy especialmente de doña Beatriz Enríquez, la madre de don Fernando: "Deseo, dice el testamento, que le dé cuanto necesite para vivir con decoro, pues tengo muchas obligaciones con ella. Que se ocupe de ella, pues, con el fin de descargar mi conciencia, porque todo esto pesa mucho sobre mi corazón por razones que no tengo por qué explicar aquí." En ninguna otra parte hizo jamás mención de esta mujer.

Empleó Colón, sin duda, aquellos años de ociosa espera en profundizar en las obras de los que consideraba sus aliados, especialmente el nuevo libro del cardenal Ailly, *Imago mundi*, cuya teología mística le cautivaba. El aspecto religioso de su

proyecto pasó al primer plano y el santo ardor que inflamó a toda España prendió también en él.

La guerra contra los moros continuaba. Montañas de difícil acceso hacían una fortaleza natural de toda la provincia de Granada, hasta el mar. El 18 de agosto de 1487 los españoles tomaron Málaga y bloquearon al enemigo del lado del oeste. El verano siguiente transcurrió en operaciones que no cambiaron la situación. Al este de Granada tampoco se consiguió empujar al enemigo hacia el mar y hubo que aplazar la campaña hasta el año siguiente. Colón esperaba. En mayo de 1489 los cuarteles reales se trasladaron a Córdoba, donde se acordaron de repente de él. Colón recibió la orden de ir a Sevilla, donde iban a celebrarse otras deliberaciones. El 12 de mayo de 1489 fué expedido un decreto real en el que se autorizaba a *Cristóbal Colón*, como se le llamaba desde hacía algunos años, a ser alojado gratuitamente en todas las propiedades del Estado o de la corona, sin derecho a ser alimentado. Esta medida le permitió seguir con mayor facilidad a la corte, que se trasladaba de ciudad en ciudad, según los movimientos del ejército. Los debates de Sevilla no dieron resultado alguno. El tiempo apremiaba, pues era imprescindible que antes del invierno se produjese algún hecho decisivo en el teatro de la guerra. Se puso sitio a la fortaleza de Baza, al este de Granada. A petición de la reina, el sitio no se interrumpió en otoño, como era costumbre, sino que se preparó una campaña de invierno, y el 4 de diciembre se arrancó la media luna de la mezquita de la ciudad para reemplazarla por la cruz. La estrella del Islam, que había brillado durante ocho siglos en España, parecía apagarse definitivamente.

Colón tomó parte como soldado en el sitio de Baza, donde fué testigo de un acontecimiento que le causó tan profunda impresión como a la reina. Inesperadamente se presentaron en el campamento español dos franciscanos que venían del convento del Santo Sepulcro de Jerusalén. Uno de ellos, el guardián, traía un mensaje del sultán de Egipto que contenía la amenaza siguiente: El sultán mataría a todos los cristianos de Egipto, de Siria y de Palestina, y haría desaparecer los santos lugares de la superficie de la tierra, si los Reyes Católicos no

suspendían inmediatamente su campaña contra los partidarios del Profeta. La amenaza ni produjo efecto ni fué puesta en ejecución, pero estableció una relación directa entre la suerte del Santo Sepulcro y la gran misión que esperaba a Fernando y a Isabel. Colón y la reina vieron en ello una advertencia divina y una invitación a dar a la misión una finalidad más alta. La expulsión de los moros de España no era más que una parte de la obra; era preciso coronarla con una cruzada para la liberación de la Tierra Santa. Ciertamente que la caja del Estado estaba vacía, pero al otro lado del océano relucía el oro de países fabulosamente ricos, donde no había más que extender la mano para coger, y quien los tomase se convertiría en el dueño del mundo. Desde aquel día unió a Isabel y Colón la decisión común de dirigir hacia España esos ríos de oro y de cambiarlos por armas y soldados. Entonces se librarían del yugo de los infieles la tierra del Señor, los lugares de su nacimiento, de su permanencia en la tierra y de su muerte, y se predicaría la palabra de Dios a los paganos.

Mas, por de pronto, las minas de oro estaban aún muy lejos, y las manos que se extendían hacia ellas chorreaban sangre de los enemigos que ocupaban todavía a España, enemigos que se defendían con una obstinación desesperada en cada desfiladero de las montañas. Granada, su ciudadela, parecía inexpugnable. Mientras esta ciudad no cayese en manos de los españoles no podía darse por terminada la guerra. Transcurrieron otros dos años. A medida que las proporciones de su misión se desarrollaban ante sus ojos, la torturadora impaciencia de Colón crecía de una manera irritante. Permaneció todo aquel tiempo en la vecindad del campamento real, tomando parte sin duda en las expediciones guerreras. Pero aprovechaba todas las ocasiones que se le presentaban para recordar la empresa común. Por fin, a fuerza de recibir siempre la misma contestación, perdió la paciencia. Desapareció de la corte, decidido a presentar su proyecto a Francia, cuyo rey, Carlos VIII, parece que le dió esperanzas invitándole a ir a París. En carta dirigida en 1505 al rey Fernando recuerda que no recibió menos de tres invitaciones de príncipes extranjeros y que, a pesar de ello, se decidió por España.

La difunta reina estaba enterada de aquellas invitaciones, lo mismo que un tal doctor Villalón, testigo que, sin duda, aun vivía. Seguramente se refiere al ofrecimiento del rey de Portugal, a la carta de Enrique VII de Inglaterra quien, después del éxito de Colón, se apresuró a enviar barcos y a hacer ocupar para Inglaterra, por Juan Cabot, el continente de América del Norte, y, por fin, a la invitación que le hizo el rey de Francia para que fuese a París, según asegura Fernando Colón.

Para ir a Francia tenía que volver a pasar por Palos y embarcarse allí. Su hijo Diego seguía en La Rábida, y Colón deseaba verle antes de separarse de él por tiempo indefinido. Se volvió a dirigir, pues, al convento, alimentando quizá la secreta esperanza de volver a encontrarse en un recodo decisivo de su destino. Después de todo, ¿qué podía esperar de una corte extranjera? Lo que había conseguido al cabo de seis años a fuerza de paciencia y porfía: confianza, aprobación, simpatía, comprensión, ayuda, todo eso tendría que ganarlo otra vez en otro país, quizá con más dificultad aún. Su paciencia, su vida misma, ¿bastarían para ello?

Tales eran las preguntas que le angustiaban mientras se dirigía a La Rábida, y las que le hicieron sus dos amigos, Juan Pérez y Antonio de Marchena, cuando, por segunda vez decepcionado y desesperado de su destino, buscó refugio a su lado. Juan Pérez y Antonio de Marchena supieron decirle a quedarse en el convento para hablar del asunto. Mandaron llamar a un médico de Palos, García Fernández, quien acudió con un armador que por casualidad se hallaba en su casa, Martín Alonso Pinzón, que con sus hermanos había corrido más de una aventura en el mar, sin retroceder nunca ante empresa alguna. Al oír hablar por primera vez del proyecto, se mostró en seguida entusiasmado; era el hombre que hacía falta; tenía dinero y barcos, y estaba decidido a acompañar a Colón.

Inmediatamente se pusieron de acuerdo; Colón no saldría, desde luego, de España; pero antes de hacer nuevos proyectos y, en caso necesario, lanzarse a la aventura sin ayuda oficial, intentarían el último esfuerzo. El prior Juan Pérez escribió

directamente a la reina y, desplegando toda la elocuencia de que era capaz, suplicó a la soberana, que ignoraba aún la marcha de su protegido, que no abandonase la gran empresa.

Un marinero de Palos, Rodríguez, se puso en camino y llevó la carta al campamento de Santa Fe, donde se habían reunido las tropas para dar el último golpe a Granada y donde la victoria podía producirse de un día a otro. En medio del tumulto de la lucha la reina tomó una rápida decisión, y Rodríguez volvió a La Rábida con una contestación: La caída de Granada era inminente. Que Colón tuviese paciencia hasta entonces y la reina le proporcionaría tres barcos. Mientras tanto, le mandaba cincuenta y tres ducados para reponer su guardarropa y volver a la corte.

¡Por fin se había tomado una decisión! ¡Y le daban tres barcos! Tres barcos que irían hacia los maravillosos países de Oriente, hacia el país del oro, aquel oro con el que se erigiría un nuevo templo de Salomón, un templo de la cristianidad entre los paganos, que se extendería desde un extremo a otro de la Tierra.

XII

El contrato

El 2 de enero de 1492 Granada se rindió al fin, y el último rey moro de España entregó a Fernando e Isabel las llaves de la ciudad a la vez que profería estas palabras: "Te pertenecen, rey, pues Alá así lo dispuso. Haz de tu felicidad un uso moderado y juicioso."

Colón asistió a la entrada de la pareja real en la Alhambra y, en febrero, el arzobispo de Granada, Hernando de Talavera, recibía la orden de redactar en Santa Fe un contrato con Colón respecto al viaje que había de realizarse. Talavera era de origen modesto, pero, desde lo alto de la situación a que acababa de llegar, trataba con cierto desprecio al que ha-

bía considerado siempre en su fuero interno como un simple marino ambicioso, un charlatán, un loco y hasta un impostor. Cuando Colón le presentó por escrito las condiciones que exigía en caso de éxito, el arzobispo, ante semejantes pretensiones, no supo si dar libre curso a su ira o compadecerse de aquel insensato, trastornado por sus aspiraciones ambiciosas.

Un extranjero sin patria, un desdichado que no tenía dónde caerse muerto, podía darse por muy satisfecho con entrar al servicio del rey. Lejos de esto, pedía como recompensa no sólo una parte de las ganancias futuras de la empresa, un verdadero diezmo, sino honores y dignidades para él y para su familia hasta el día del Juicio Final. Un vagabundo tenía la pretensión de fundar una especie de dinastía de los Colón... La broma era, en verdad, demasiado pesada. Castilla se pondría en ridículo ante el mundo entero. Aquel hombre no se conformaba con la paga de un capitán o de un almirante, sino que quería acumular riquezas, aunque no participaba ni con un maravedí en los gastos de la expedición...

Pero Colón sostuvo sus pretensiones. El que iba a hacer salir de la nada infinitas riquezas y ofrece un mundo entero no podía retirarse con las manos vacías. Quizá hizo también alusión a la gran cantidad de nobles que vivían en la corte a expensas del rey y que se hubiesen visto en un gran compromiso en caso de tener que justificar sus títulos al reconocimiento de la patria. Y en lo referente a la cuestión de financiamiento, Colón estaba dispuesto a proporcionar la octava parte de los gastos a cambio de un tanto por ciento igual sobre los beneficios. El arzobispo estaba muy lejos de contar con esta propuesta. Probablemente las ofertas del armador de Palos, Pinzón, que poseía una gran fortuna, permitieron a Colón poner así coto a las recriminaciones del arzobispo.

Ni las palabras amables, ni los reproches violentos surtieron efecto. Colón sostenía con terquedad sus pretensiones y no admitía que se le negase una participación en lo que debía ser su propia obra y, en caso de éxito, un regalo como jamás súbdito alguno había ofrecido a sus soberanos. El arzobispo tampoco cedía y representó hasta el fin su papel de traficante; suspendió las negociaciones y presentó a los Reyes

las pretensiones del interesado como ambiciones personales y bajo un aspecto tan desfavorable, que se decidió abandonar la empresa, sin tener en cuenta la promesa que Isabel había hecho en su carta dirigida a La Rábida. El plan parecía fracasado definitivamente y la paciencia de Colón estaba agotada. Pensó que en España no se tomaba en serio la misión que cumplir, la liberación de la Tierra Santa, fin al cual debían ser consagradas las inmensas riquezas que se esperaba encontrar al otro lado del océano y que eran el objeto del contrato. Sólo quedaba una posibilidad: probar en la corte de Francia, y Colón se dispuso una vez más a partir.

Al menos eso fué lo que puso en conocimiento de sus principales protectores, el ministro de Hacienda, Quintanilla, y el tesorero de Aragón, Luis de Santángel. Éstos suplicaron entonces encarecidamente a la reina que no dejase marchar a Colón por segunda vez. Le hicieron ver la insignificancia del gasto en comparación con las posibles ganancias, ganancias de que las cajas del Estado estaban muy necesitadas. Por otra parte, Colón nada exigía si regresaba con las manos vacías; pero si el éxito coronaba su esfuerzo merecía sobradamente los honores y las dignidades que pedía, pues su empresa era tan grande, que no había posibilidad de comparar su valor con nada. Estas palabras hicieron renacer el temor de que tan vasto negocio pasara a otro Estado, y, su calidad de hacendistas, daba tal fuerza a sus súplicas, de los que las hacían, que el arzobispo tuvo que ceder. El rey se dejó convencer por las razones políticoeconómicas de sus consejeros, y la reina, por la idea de que esa gran obra merecía las alabanzas del Todopoderoso. El secretario particular de la reina Isabel, Juan de Coloma, recibió la orden de hacer un contrato con Colón de acuerdo con las condiciones que había formulado éste.

En aquel momento, Colón acababa de salir de la ciudad, camino de Córdoba. Se envió en su busca a un mensajero que lo alcanzó a dos millas de Santa Fe. Convencido de que se accedería a todos sus deseos, volvió con el mensajero, y durante la audiencia que le concedió la reina Isabel, ésta se esforzó en hacerle olvidar las amarguras de los pasados días.

Por fin, el 17 de abril de 1492, se concertó entre la pareja real y Colón el contrato, que se componía de las cinco cláusulas siguientes:

1.º Colón recibe para él hasta su muerte y para sus descendientes para siempre la dignidad de almirante de todos los países y reinos que descubra y conquiste en el océano; a esa dignidad irán unidos los mismos honores y los mismos privilegios que a la de Gran Almirante de Castilla.

2.º Colón será nombrado virrey y gobernador de todos los países y reinos que pueda encontrar, y tendrá el privilegio de presentar tres candidatos para el cargo de gobernador de cada isla o provincia, de los cuales los soberanos elegirán uno.

3.º Se le reconoce el derecho de reservarse la décima parte de todas las perlas, piedras preciosas, oro, plata y especias, lo mismo que de todos los demás artículos comerciales, en cualquier forma que hayan sido hallados en el territorio del almirantazgo, sea por extracción, cambio o ganancia, una vez deducidos los gastos.

4.º Es él, o quien le represente, el único juez en todos los los procesos y diferencias que se produzcan entre esas provincias y España, ejerciendo una jurisdicción análoga a la del Gran Almirante de Castilla en la región de su jurisdicción.

5.º Colón contribuye ahora y en lo futuro con una octava parte de los gastos necesarios para equipar los tres barcos que se utilizarán en el viaje de descubrimiento, y recibirá en cambio un octavo de las ganancias.

La credencial del 30 de abril, firmada también por Fernando e Isabel, señala finalmente cuáles son las dignidades y prerrogativas de un virrey y de un gobernador, lo mismo que el carácter hereditario del título de nobleza que se le confiere.

Esas pretensiones ¿eran realmente tan inauditas como han dicho ciertos historiadores que no pueden representarse las relaciones de Colón con la corte más que como las de un viajante encargado de ejecutar las órdenes de su patrón? Pero el viajante tiene hoy, también, una comisión sobre las transacciones y no sólo sobre las ganancias, más difíciles de establecer en el momento de liquidar las cuentas.

Tal vez estas condiciones fuesen nuevas y aquél fuera el primer contrato en regla que se concertaba entre un navegante y el que le empleaba. Hasta entonces, el rey de Portugal no había querido nunca oír hablar de contratos; procuraba repartir los cargos de modo que los que utilizaba no subiesen demasiado. De acuerdo con sus propias experiencias en Lisboa y juzgando por las de su colega Díaz, Colón se había convencido de ello. Sus pretensiones no estaban faltas de lógica, puesto que luego fueron corrientes, incluso en Portugal. En las colonias de este país era costumbre desde mucho tiempo atrás nombrar gobernador de las islas a quienes las descubrieran y el nombramiento llegó a ser hereditario. Los demás países hicieron lo mismo.

Cuando Enrique VII de Inglaterra, a quien los éxitos de España no dejaban dormir en paz, envió en viaje de descubrimiento al compatriota de Colón, Juan Cabot, "hacia el Este, hacia el Oeste y hacia el Norte", le nombró por credencial del 5 de marzo de 1496, gobernador, él y sus hijos, de las islas, etc., que descubriese y ocupase. Entre estos territorios estaba la costa de América del Norte que Cabot fué el primero en descubrir el 24 de junio de 1497, cuando, lo mismo que Colón, buscaba Catay y la costa oriental de Asia.

Cuanto más ardientemente se deseaba poseer colonias, tanto mayores eran las recompensas que se ofrecían a los descubridores.

El 12 de mayo de 1500, el rey Manuel de Portugal dió a Gaspar Corte-Real una credencial en la que se estipulaba que para compensarle de los sacrificios y de los peligros a que estaba expuesto, se le concedía "el título de gobernador y los derechos correspondientes sobre todas las islas y continentes que descubriese" *para él y para sus herederos*, "en nuestro nombre y en el de nuestros sucesores, libremente y sin restricciones" y "se le reconocía al dicho Corte-Real la cuarta parte de lo que produzcan esas islas y países".

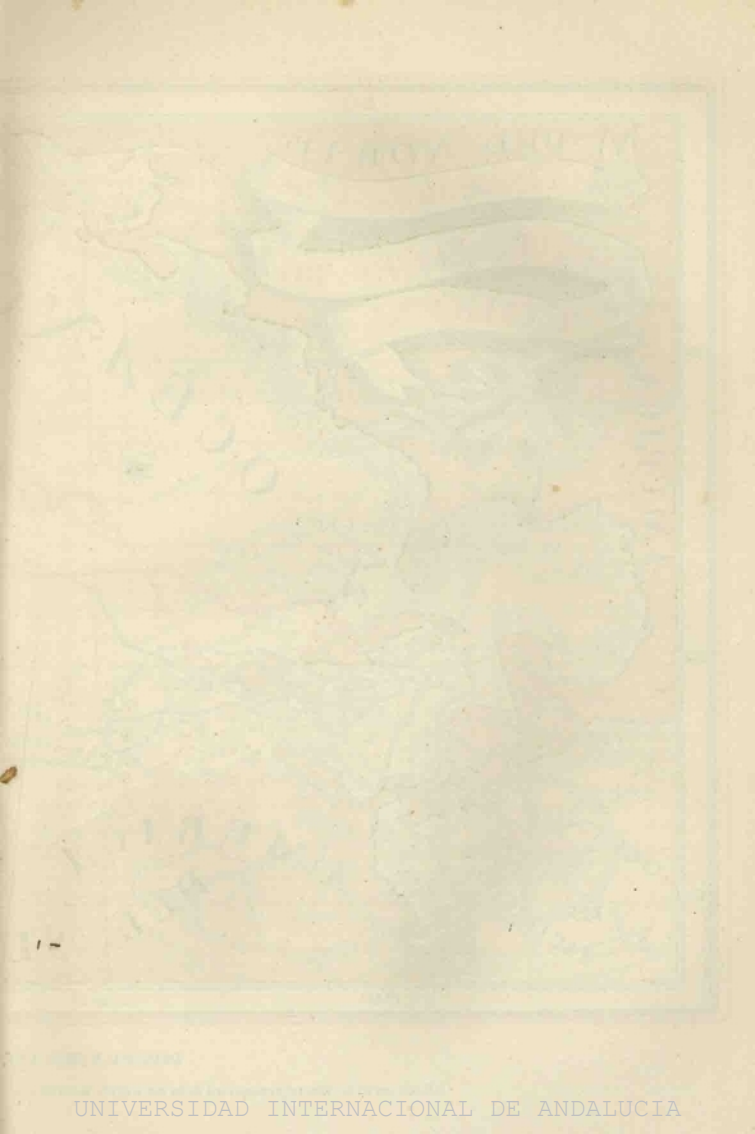
Después que Vasco de Gama hubo llegado en 1498 a las Indias, siguiendo el camino abierto por Bartolomé Díaz, y que hubo confirmado en un segundo viaje el dominio de los portugueses sobre esas regiones, no fué a él, ciertamente, sino

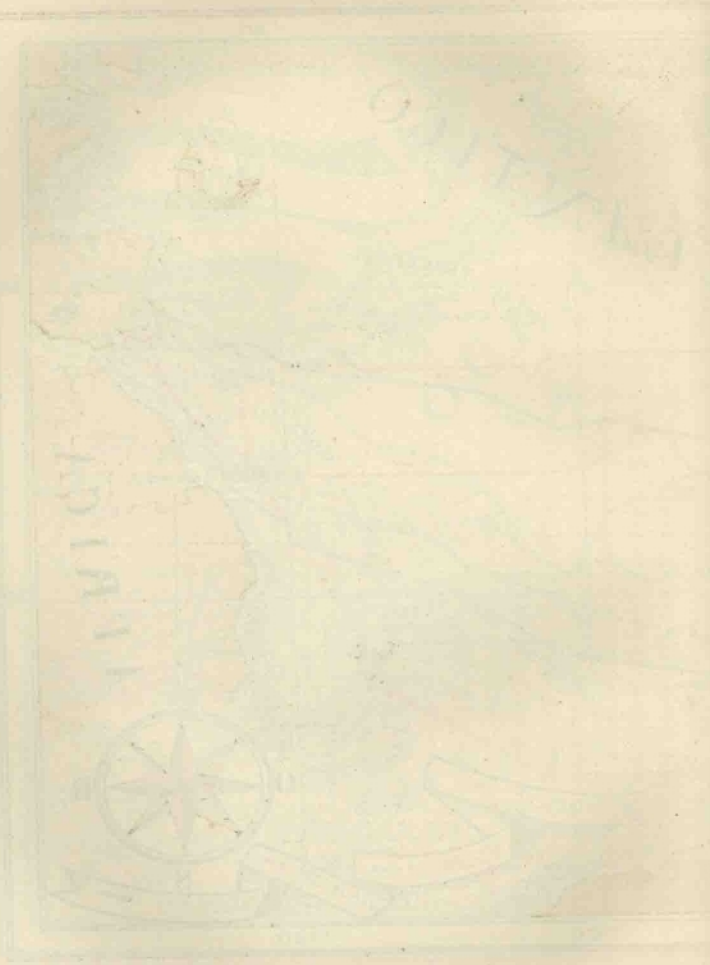
a su sucesor, Francisco de Almeida, al que se nombró en 1505 virrey de las Indias. La experiencia probaba que, a tan gran distancia de la metrópoli, no podía haber un gobierno que no fuese el investido de los derechos de un representante del rey. Colón lo había previsto con justeza, y sus pretensiones no eran más que un modelo que pronto iban a seguir los príncipes celosos de sus privilegios, si no querían ver reinar el desorden en sus nuevas posesiones de Ultramar. Ninguna de las dos partes contratantes se imaginaba entonces que en vez de Catay y quizá de un centenar de islas, iba a encontrarse un continente desconocido, cuatro veces mayor que toda Europa.

Sólo sigue siendo extraño que Colón, individuo de tan bajo origen como el arzobispo Talavera, pero promotor de una idea decisiva, dotado de energía creadora y de visión aguda, se atreviese a reivindicar para sí tal honor. Así objetan los mismos que repiten, llenos de admiración, que en tiempos de Napoleón cada soldado llevaba en su mochila el bastón de mariscal. El virreinato que pedía Colón no podía tomar cuerpo hasta después que hubiese descubierto las islas y los territorios cuya existencia sospechaba. La idea, salida de su cerebro, era el descubrimiento y gracias a él se realizó. Pronto llegaron los tiempos en que favoritos de la corte recibieron, sin trabajo alguno, la autorización de recoger lo que otros habían sembrado arriesgando la vida.

Colón, además, puso otra condición, que le fué concedida en la credencial del 30 de abril: recibió el título de Almirante y de Don, que le igualaba a la más alta nobleza de España, pero sólo para el caso de conseguir el fin de su empresa. No sería almirante y no podría usar el don hasta que pisase tierra firme al otro lado del océano. El 17 de mayo, cuando se despidió de la corte para ir a Palos a equipar sus barcos, sólo era "nuestro capitán Cristóbal Colón". Había de conquistar la recompensa a la que tanto valor daba.

Durante los años pasados en la corte de España, su traje raído que revelaba al indigente le había expuesto al desprecio de la nobleza. Había experimentado en carne propia cómo se encadenan o se rechazan el mérito y la suerte. Conocía demasiado a aquellos hidalgos que como único argumento llevaban





la mano a la espada y que consideraban el trabajo como una humillación, como una servidumbre. Si su empresa tenía éxito, habría de entendérselas constantemente con cortesanos y con funcionarios reales, muchos de los cuales le despreciarían o le envidiarían, si eran sus subordinados. Sólo el título de nobleza compensaría hasta cierto punto la carencia de sangre azul. Si desde el primer día los hidalgos le miraban con desprecio, su posición sería insostenible. Colón, en el fondo, tenía un gran orgullo plebeyo, en desacuerdo con su época, que le llevaba a reclamar como suyo lo que otros sólo procuraban obtener de la gracia real, ciega a veces ante el mayor mérito.

Su nombramiento, expresamente formulado, de virrey y de gobernador da al contrato un carácter extrañamente político. ¿Virrey? ¿Gobernador? ¿De qué? La travesía del océano tenía ante todo la finalidad de trabar relaciones comerciales con las ricas comarcas descritas por Marco Polo. Allí reinaban desde hacía mucho tiempo reyes vasallos de un Gran Kan o Rey de Reyes. Según aseguraba Toscanelli, había ya en aquellos países cristianos aislados, y los reyes sólo esperaban predicadores para convertir a sus pueblos a la fe de Occidente. Ahora bien, el contrato no mencionaba en forma alguna esa fundamental finalidad del viaje; se refería sólo a conquistas de las que se beneficiarían los Reyes Católicos, pues sólo los territorios conquistados y ocupados necesitan un gobierno. Pensaban establecerse en la costa de Asia, como lo había hecho Portugal en la de África. Pero en África no había más que tribus salvajes, mientras que en el lejano Oriente se encontrarían pueblos de muchos millones de almas, gentes de vieja civilización que también sabían batirse y que no podían ser tratadas como los negros y los caníbales. Sin embargo, se ponían de antemano los países y "reinos" desconocidos bajo el dominio español, y Colón recibió no sólo la orden de descubrir, sino la de "conquistar".

No se tenía la absoluta seguridad de que el Gran Kan, sus vasallos y sus pueblos fuesen favorables al cristianismo, y se tomaron medidas en consecuencia. Las comarcas y los pueblos que se negaban a la introducción de la religión cristiana, según la tradición de entonces, se convertían en presa de los

conquistadores. La credencial anteriormente mencionada autoriza a Juan Cabot a descubrir y a conquistar "todos los países, islas, territorios y provincias que pertenecen a paganos o a infieles, en cualquier parte de la tierra desconocida hasta ahora por los cristianos".

No se tenían, pues, en cuenta más que los derechos de los primeros ocupantes cristianos. Además, la conversión de los paganos era un deber para los cristianos. Para cumplirlo, el medio más eficaz era también el mejor, y la conversión no se hacía sin conquista y ocupación. Desde el invento de la pólvora, Europa gozaba de una superioridad inmensa en armamento. Colón era demasiado hombre de su tiempo para dejar de subordinar todas las consideraciones de humanidad a la realización de su ideal religioso. Sus tres barcos eran los emisarios encargados de fundar el imperio colonial de la corona de España.

XIII

Tres barcos salen al mar

En la iglesia de San Jorge, en Palos, había terminado la misa mayor del domingo, y los fieles se apretaban a la salida bajo el pórtico, con sus vestidos impregnados todavía de olor a incienso. No se diseminaron por las calles próximas, sino que se juntaron por grupos, y el rumor de las voces que se oía por todas partes daba a entender que ocurría algo extraordinario. Al final del oficio divino, después de las habituales comunicaciones del alcalde, el notario de Palos había leído una carta real que proclamaba que, a contar de ese día 23 de mayo, se daba a la ciudad un plazo de diez días para equipar completamente dos carabelas armadas; los dos barcos habían de ser entregados por un año al Consejo Real, como castigo por un delito de desobediencia y de rebelión. La ciudad de Sevilla suministraría los víveres y las armas, y los barcos serían entregados, después de equipados, al capitán de Su Ma-

jestad Cristóbal Colón, el cual, a requerimiento de la corte, iría de Castilla a Palos y se alojaría en el convento de La Rábida. Los barcos y sus tripulaciones obedecerían ciegamente las órdenes de Colón dondequiera que los condujese, aunque evitando cuidadosamente las colonias portuguesas de la costa de África.

La proclama fué inmediatamente colgada en la puerta de la iglesia, y los que sabían leer se acercaron para seguir con el dedo, línea tras línea, la rara letra del escribano, difícil de descifrar y llena de garabatos. Luego se dispersaron, formando grupos agitados.

La mayoría de los fieles eran mujeres vestidas con sus pesadas prendas domingueras. Los hombres de Palos estaban casi todos en el mar, y los que permanecían en la ciudad formaban grupos silenciosos a cuyo alrededor se apretaban las mujeres. Los hombres se encogían de hombros, e iban, con el andar algo tambaleante de la gente marinera, en busca de un compañero capaz de interpretar mejor que ellos tan inusitadas órdenes.

Era evidente que la proclama comprendía a todos los que se habían quedado en la ciudad, y la parte relativa a la condena del Consejo Real tenía su razón de ser por culpa de la tontería del alcalde. No había que darle vueltas.

¿Hacia dónde se iría? Por lo visto, muy lejos, pues de lo contrario no se acercarían a las colonias portuguesas. ¿No estarían enterados de todo los hermanos Pinzón? Se les veía un poco apartados con sus mujeres e hijos, como si esperasen a alguien, y se encogían de hombros como todos, sin abandonar el aire de superioridad habitual que les daba su distinguida posición.

¿Quién podría ser aquel capitán? El prior Juan Pérez, que estuvo en la iglesia acompañado de un amigo, había luego entrado con éste en la sacristía a ver al cura. Precisamente salían en aquel momento del pórtico, seguidos del notario. Todos conocían al prior, y de no haber ido con el forastero, con gusto se hubieran acercado a saludarle y a cambiar impresiones con él. Pero se contentaron con quitarse los gorros colorados, a cuyos saludos contestaba el prior sonriendo amis-

tosamente. De seguro que el misterioso capitán Cristóbal Colón, de quien nunca habían oído hablar, era el forastero. Los Pinzones estaban sin duda más enterados que los demás, pues se acercaron al grupo y saludaron al forastero como a un amigo antiguo.

El resto del día transcurrió en una febril agitación. Aquí y allí una mujer venía a decirle a su marido al oído que lo mejor que podía hacer era irse cuanto antes y procurar no encontrarse con el alcalde, pues el que buscase el peligro no volvería con vida. Pero los hombres movían la cabeza cavi-
losos, no sabiendo a qué atenerse, pues no se podía burlar una orden real.

Al día siguiente, la inquietud se convirtió en excitación indignada. El capitán forastero examinó, en compañía de algunos funcionarios municipales, los barcos amarrados en el puerto para elegir los mejores. Entonces hizo conocer la finalidad del viaje impuesto. Se trataba de ir hacia el Oeste, cada vez más lejos, por un mar que tenía una fama temible, y hacia países desconocidos, de los cuales nada se sabía y cuya existencia sólo se sospechaba. De seguro que nadie volvería de aquel viaje. ¿Estaba loco el capitán extranjero? ¿Iban a obedecer semejantes órdenes? Ciertamente que se estaba acostumbrado a los caprichos del gobierno, pero aquello era demasiado. Los más valientes lobos de mar se fueron apresuradamente a sus casas para comunicar a su familia la terrible noticia y pensar en los medios de escapar a las órdenes del rey.

Los propietarios de los barcos demostraron aún mayor extrañeza. La ciudad se encargaba de los gastos. ¡Muy bien! Pagaba dos meses de alojamiento y los sueldos de las tripulaciones con aumento durante cuatro meses; además, se hacía responsable de las posibles averías. Pero dejar que los barcos se perdiesen en una empresa insensata era más de lo que se podía esperar de ellos. Necesitaban sus embarcaciones, y si era preciso más tarde reclamar el coste de las reparaciones, toda su hacienda se iría en pleitos antes de cobrar un maravedí. Además, no había ni un barco disponible, que aguantase bien el mar, para semejante viaje. Éste estaba alquilado desde el primero del mes próximo; aquél estaba en tal estado que

se necesitarían varias semanas para repararlo. ¡Y luego, cualquiera reunía el número suficiente de hombres para un viaje hacia la muerte! ¡El tiempo que se pasaría antes de conseguirlo! Después de todo, por allí había algunas embarcaciones viejas que hacía años descansaban en la arena del puerto durante la bajamar. Si la ciudad quería repararlas, no habría dificultades en ponerse de acuerdo respecto al precio de la madera. El caso es que el alcalde no pudo obtener ningún barco y lo comunicó al gobierno.

Pasaron algunas semanas llenas de tirantez y de ansiedad. ¿Se había desistido del insensato proyecto? Pero el capitán Colón aparecía por la ciudad de vez en cuando y visitaba a los Pinzones. Si a éstos no les importaba un barco más o menos, mejor para ellos; pero que dejasen en paz a la pobre gente, que bastante trabajo tenía con soportar las consecuencias de la guerra. Todos los que con un pretexto podían hacer salir del puerto sus barcos, lo hacían, aunque el flete fuese ruinoso. Palos se convirtió casi en un desierto.

Pero el gobierno no estaba para bromas. El 20 de junio se recibieron órdenes especiales dirigidas a todas las autoridades de la costa de Andalucía, para que se incautasen sin titubeos de todas las embarcaciones convenientes, dondequiera que estuviesen, y se obligase a sus propietarios y a sus tripulaciones a ponerse a las órdenes del capitán Colón. Un funcionario real quedó encargado del riguroso cumplimiento de aquellas órdenes, y las ciudades de Palos y de Moguer tuvieron que pagar sus elevados gastos hasta que todo estuvo listo para el viaje.

El asunto era serio y había que tomar una decisión. Los armadores deliberaron, cediendo cada cual su lugar a los demás. Cuando Martín Pinzón declaró que él y sus hermanos tomarían parte en el viaje y se vió que los barcos estarían en buenas manos, un propietario llamado Quintero manifestó que estaba dispuesto a ceder la *Pinta*, carabela de ciento cincuenta toneladas. Cuando los tres Pinzones se decidían y se mostraban entusiasmados con la asombrosa empresa, de seguro que habría mucho que ganar. Martín Pinzón tomó inmediatamente el mando de la *Pinta*, y su hermano Francisco, como

maestre, empezó los preparativos. Parte del equipo y víveres ya estaban desde hacía varias semanas en los depósitos de la aduana.

Llegó luego al puerto, procedente de Flandes, la *Santa María*, un transporte de casco largo y alto bordo. Pertenecía a Juan de la Cosa, cartógrafo afamado que vivía a algunas horas de Palos, en Niebla, a orillas del río Tinto. A Colón no le gustaba mucho el barco, pues era pesado y tenía mucho calado. Ante costas desconocidas los barcos nunca eran demasiado planos para poder deslizarse por encima de los bajos o de los bancos de arena. Pero, si empezaba a poner dificultades, no acabaría nunca. Colón tomó, pues, como buque almirante la *Santa María*, cuyo dueño recibió de las autoridades orden de ponerse, él, su barco y su tripulación, a disposición del rey, de acuerdo con lo dispuesto.

De la Cosa se dejó convencer sin grandes dificultades; la audacia y la novedad de la empresa le agradaban, y estaba dispuesto a entregar a Colón el mando de su barco y a acompañarlo como segundo de a bordo. También proporcionó un piloto excelente: Sancho Ruiz.

Se habían encontrado dos barcos. ¿Bastaban? Si uno de los dos tuviese una desgracia, el otro se encontraría solo y tendría que cargar con las dos tripulaciones. El riesgo era muy grande. Por consiguiente, se siguió buscando y se encontró otro barco, la *Niña*, sólo de cien toneladas, pero en buen estado y tan fácil de manejar como la *Pinta*. Colón la alquiló por su cuenta, ya que había tomado a su cargo un octavo de los gastos. Al parecer, quien le proporcionó el dinero necesario fué Martín Pinzón, que esperaba resarcirse con las ganancias. En vista del celo que Pinzón desplegaba y de sus excelentes condiciones de marino, Colón no vaciló en depender pecuniariamente de un subordinado y en contraer con él una deuda de gratitud, circunstancia que podía resultar molesta en caso de una divergencia de opiniones. Pero como se había comprometido a pagar el octavo de los gastos, ya no podía retroceder. La cantidad no era muy elevada, pero Colón no tenía nada, y Pinzón le obligó, por decirlo así, a aceptar el dinero necesario. Hubiese sido ofenderle el rechazar su gene-

roso ofrecimiento, y sin la esperanza de una ganancia importante, quizá Pinzón se hubiese desanimado a participar en la empresa. El dueño de la *Pinta* se arrepintió seguramente de haber dado su consentimiento, pues hubo de sostener con él altercados diarios. El dueño de la *Niña*, Juan Niño, quiso también ir con su barco en calidad de maestro y llevar con él a su hermano Pedro como piloto; Vicente Pinzón se encargó del mando.

Colón disponía ya de tres barcos que, convenientemente reparados, parecían poder resistir al mar y soportar el viaje. Eran de tres palos y de un solo puente; a proa y a popa tenían una estructura elevada en forma de torre, que se llamaba el castillo, destinado al capitán y al piloto. Se disponía de todo lo necesario: equipo, provisiones, armas, varios barriles llenos de cristales de colores, campanillas y demás bagatelas con que los portugueses solían deslumbrar a los negros. Pero costaba trabajo reclutar la tripulación, y fueron precisas severas medidas por parte de las autoridades para lograr el número necesario de tripulantes.

En Palos y en Moguer sobre todo, nadie quería ir voluntariamente a bordo de aquellos barcos, por más que el capitán Colón prometía, como se dice, el oro y el moro. Aunque la influencia de Pinzón y sus relaciones fueron también favorables en este caso, pudieron darse al fin por satisfechos al completar la tripulación con individuos que tenían motivos para salir de la jurisdicción de su país. Una orden del gobierno había suspendido de antemano todo procedimiento judicial contra los que obedecieran al requerimiento del rey y la medida era efectiva hasta dos meses después del regreso. Por fin se llegaron a reunir ciento veinte hombres, setenta de los cuales formaban la tripulación del buque almirante. Entre ellos figuraban varios funcionarios reales: el inspector Rodrigo Sánchez, el juez Diego de Arana y el notario real Rodrigo de Escovedo, además de un médico, un cirujano y un clérigo con quien parece que Colón trabara amistad durante su permanencia en Génova en 1485. Tampoco faltaba un platero, perito en metales preciosos.

La reparación de los barcos dió ocasión a más de un incon-

veniente. Los obreros eran perezosos y retrasaban el trabajo por todos los medios a su alcance, esperando que en el último momento se abandonaría una empresa sacrílega que comprometía la vida de tantos hombres. Hubo agrias discusiones con los hermanos Pinzón. Éstos obraban indudablemente de buena fe, apresurando el trabajo; pero la responsabilidad del comandante en jefe, que era muy grande, le llevaba a preocuparse hasta de que un clavo no se clavara a medias. La impaciencia de los hermanos llegó al colmo al calafatear; y cuando Colón reprendía a los obreros, éstos dejaban de trabajar y se marchaban, mudos y amenazadores.

Pinzón tenía que advertir a Colón constantemente que fuese menos quisquilloso y que no sembrase la desconfianza. Por otra parte, ¡hacía falta terminar de una vez! Su hermano y él se habían comprometido a entregar los barcos al gobierno en el plazo de un mes, y para ellos, comerciantes conocidos por su habilidad y puntualidad, era una cuestión de honor el terminar en la fecha fijada. Ya se habían tenido más disgustos de los que se esperaba al principio. ¿Se enfadaría Colón con los Pinzones antes de la salida? El mismo Colón se hallaba en un estado febril, pensando en la hora en que todo se hallase dispuesto; pero de noche regresaba a La Rábida sumido en hondas reflexiones y en mortal angustia, de que a sus dos amigos les costaba gran trabajo sacarlo.

Por fin llegó el día en que la pequeña flota estuvo dispuesta para la salida en la rada de Palos. La tarde del 2 de agosto Colón fué con sus oficiales y la tripulación completa a La Rábida para confesar y comulgar. El prior Juan Pérez pronunció algunas palabras solemnes y conmovedoras respecto a la importancia de aquel momento y respecto a la gran misión que todos iban a cumplir, desde el capitán hasta el último grumete, para bien de la civilización cristiana. Cuando, en la madrugada del 3 de agosto de 1492, la tripulación hubo de subir a bordo (los faroles parpadeaban como los cirios de una velación fúnebre) y llegó la hora de la despedida, el prior no lograba consolar a los parientes que quedaban en tierra ni acallar los lamentos de las mujeres. Sin duda pensaban que ninguno de aquellos hombres volvería.

Pero la marea subía y las olas rumorosas parecían querer agarrar con manos ávidas los tres barcos empavesados que se balanceaban en la rada de Palos. El viento hinchaba las velas. Se soltaron las amarras. La *Niña* zarpó la primera, y al poco rato los tres barcos bajaban por el río hasta la barra de Saltes, donde el océano infinito los esperaba.

XIV

Colón escribe su Diario

Durante todos sus viajes Colón escribió cuidadosamente su diario. Al menos eso asegura él mismo cuando en febrero de 1502, dos meses después de su cuarto y último viaje, pedía al papa Alejandro VI que se enviasen con él al Nuevo Mundo frailes para predicar el Evangelio a los indios. Lamenta en esa carta no poder ir a Roma “para poner a los pies de Su Santidad un escrito en el que recuerdo mis empresas, a la manera de los *Comentarios* de César, y en el cual he trabajado desde el primer día hasta hoy”. Había, pues, tomado como modelo a uno de los más grandes capitanes y hombres de Estado, oradores y escritores de la antigüedad, cuyas memorias (*Commentarii de bello gallico* y *De bello civili* — *Comentarios a la guerra de las Galias* y *La guerra civil*) eran muy conocidas por los humanistas y, sin duda, por Colón también.

Ningún original de esas memorias ha llegado a la posteridad, cosa incomprensible. Y eso que Colón veló solícitamente por el porvenir de su familia; que su hijo Fernando sólo sirvió, por decirlo así, para la ciencia, y que los descendientes de su hijo mayor, Diego, pertenecen todavía hoy a la nobleza española con el nombre de duques de Veragua. Al parecer, los importantes archivos de la familia, que existían en el siglo XVI, desaparecieron a consecuencia de una rabia destructora impía e insana. Lo mismo ocurrió con la “Colom-

bina", la famosa biblioteca cosmográfica de Fernando, que se componía de doce mil tomos; fué llevada al convento de los Dominicos de San Pablo, en Sevilla; luego, en 1551, a la catedral de la misma ciudad, donde aun se pueden ver algunos restos, salvados de los incendios y los robos que hubo en el curso de los siglos.

Colón llevó el diario de su primer viaje al Nuevo Mundo con especial cuidado. Por fortuna conocemos bastante de él, gracias a las importantes citas que hace el obispo Las Casas, el digno protector y portavoz de los indios, en su *Historia de las Indias*, que no fué publicada hasta 1877. Los numerosos documentos relativos a Colón, que editó en 1825 el sabio español Martín Fernández de Navarrete, hicieron conocer al público por primera vez, esos extractos del diario. Respecto al segundo viaje de 1493, no tenemos nada del mismo Colón, excepto una línea que cita Fernando Colón, que estaba en posesión de ese diario. Colón sólo describe el tercero y cuarto viajes (1498 y 1502) en cartas e informes generales, lo que nos hace lamentar más la desaparición de las memorias.

Por desgracia, cuando Las Casas utilizó el diario de 1492-1493, cuyo manuscrito poseía, no se ciñó al texto primitivo. Algunas veces cede la palabra al mismo Colón, y en la frase siguiente el almirante se expresa en tercera persona. César, a quien se refiere Colón, contaba, es cierto, sus propias acciones como si se tratase de las de otro. Sin embargo, una gran parte del diario que cita Las Casas, la que es indudablemente digna de fe, está en primera persona. Colón no sólo era un hombre de acción, sino también un narrador demasiado hábil y harto buen escritor para caer en un tan gran desorden. Sea como fuere, el comentador que resolvió su descripción completa de la historia del Nuevo Mundo encontró el texto del manuscrito demasiado prolijo; aquí y allá, en general sin cambiar demasiado el sentido, redujo una serie de frases o de párrafos enteros a breves relatos de los hechos. Tan vano sería poner en duda esa dualidad como intentar devolver a esos compendios la forma primitiva que empleó Colón. Por otra parte, al hacerle hablar en tercera persona no se restituiría

de ninguna manera esa impresión de lozanía y de claridad que emana de los relatos, cosa extraordinaria en aquella época. Ello sería deformar la voz de Colón, cuyo eco desea oír el lector de vez en cuando.

Las más importantes de las cartas de 1498 y de 1503 no sólo son informes, sino justificaciones y acusaciones respecto a sus adversarios y calumniadores. Por eso la mayor parte están dirigidas al rey y a la reina de España, Fernando e Isabel. Para ellos fué también escrito el diario del primer viaje. Empieza con una dedicatoria solemne, pero muy bien hecha, a Sus Majestades, sin los cuales Colón no hubiese podido hacerse a la mar en 1492. Si esa dedicatoria sólo estuviese concebida en el más estricto estilo de corte de la época, aliñado algo por Colón, que conservó, no obstante, su firmeza, no nos interesaría. Asimismo los extractos que vamos a hacer de los apuntes de Colón en los capítulos siguientes no pueden en modo alguno ser completos. Pero esa pieza es una nota tan característica del modo de ser de Colón, de su modo de pensar, del desarrollo de los acontecimientos y de sus diversas relaciones con la corte de España, que no puede faltar aquí. No cabe duda que la dedicatoria no fué escrita ulteriormente, una vez terminado el diario y en el momento de enviarlo a sus reales destinatarios; es la verdadera primera página del manuscrito. Colón empezó a describir sus aventuras la noche que siguió a la salida de Palos (3 de agosto de 1492), abriendo así el primer capítulo de una nueva fase en la historia del mundo.

He aquí esa dedicatoria, que constituye igualmente un informe cuidadosamente estudiado relativo a ciertas cláusulas y convenios:

“Porque, cristianísimos, y muy altos, y muy excelentes, y muy poderosos Príncipes, Rey y Reina de las Españas y de las islas del mar, nuestros Señores, este presente año de 1492, después de haber dado vuestras Altezas fin a la guerra de los moros que reinaban en Europa, y haber acabado la guerra en la muy grande ciudad de Granada, donde este presente año a dos días del mes de enero por fuerza de armas, vi poner las banderas Reales de vuestras Altezas en las torres de la Alham-

bra, que es la fortaleza de dicha ciudad, y vi salir al Rey Moro a la puerta de la ciudad a besar las Reales manos de vuestras Altezas y del Príncipe mi Señor, y luego en aquel presente mes por la información que yo había dado a vuestras Altezas de las tierras de India, y de un Príncipe que es llamado *Gran Kan*, que en nuestro romance quiere decir Rey de Reyes; como muchas veces él y sus antecesores habían enviado a Roma a pedir doctores en nuestra santa fe para que le enseñasen en ella, y que nunca el Santo Padre le había mandado, y se perdían tantos pueblos creyendo en idolatrías, y recibiendo en sí sectas de perdición, vuestras Altezas, como católicos cristianos y Príncipes amadores de la santa fe cristiana y acrecentadores de ella y enemigos de la secta de Mahoma y de toda idolatría y herejía, pensaron en enviarme a mí, Cristóbal Colón, a las dichas partidas de Indias para ver a dichos Príncipes, y los pueblos y las tierras, y la disposición de ellas y de todo, y la manera que se pudiera tener para la conversión de ellas a nuestra santa fe; y ordenaron que yo no fuese por tierra al Oriente, por donde se acostumbra ir, sino por el camino de Occidente, por donde hasta hoy no sabemos por fe cierta que haya pasado nadie. Así que después de haber echado fuera todos los judíos de todos vuestros reinos y señoríos, en el mismo mes de enero mandáronme vuestras Altezas que con suficiente armada me fuese a las dichas partidas de India (1); y para ello me hicieron grandes mercedes y me ennoblecieron para que en adelante yo me llamase Don, y fuese Almirante mayor del Océano y Virrey y Gobernador perpetuo de todas las islas y Tierra firme que yo descubriese y ganase, y de aquí en adelante se descubriesen y ganasen en el Océano, y así sucediese mi hijo mayor, y así de grado en grado para siempre jamás; y partí de la ciudad de Granada a doce días del mes de mayo del mismo año de 1492, en sábado; vine a la villa de Palos, que es puerto de mar, donde armé tres navíos muy aptos para semejante hecho; y

(1) No hay claridad en esto. Aunque los Reyes determinaron mucho antes la expulsión de los judíos, no publicaron su decreto hasta el 30 de mayo de 1492; y si bien comenzaron a tratar con Colón luego que entraron en Granada, no concluyeron las capitulaciones con él hasta el 17 de abril. Así se concilia lo que aquí dice.

partí de dicho puerto muy abastecido de muy muchos mantenimientos y de mucha gente de mar, a tres días del mes de agosto de dicho año, que era viernes, media hora antes de la salida del sol, y llevé el camino de las islas Canarias de vuestras Altezas, que están en el Océano, para de allí tomar mi derrota y navegar tanto que yo llegase a las Indias y dar la embajada de vuestras Altezas a aquellos Príncipes y cumplir lo que así me habían mandado; y para esto pensé en escribir todo este viaje muy puntualmente de día en día todo lo que hiciese y viese y pasase, como más adelante se verá. Y también, Señores Príncipes, describir cada noche lo que pase en el día y cada día lo que navegue de noche. Tengo el propósito de hacer nueva carta de navegar, en la cual situaré toda la mar y las tierras del Océano en sus propios lugares y bajo su viento; y además componer un libro y poner todo por el semejante por pintura, por latitud del equinoccial y longitud del Occidente, y sobre todo cumple mucho que yo olvide el sueño y cuide mucho el navegar porque así cumple, lo cual será gran trabajo.”

XV

El viaje hacia lo desconocido

¿Por qué salió Colón de Palos y siguió la costa de África hasta la altura de las Canarias, en vez de poner proa directamente hacia el Oeste, hacia su destino desconocido? Como capitán prudente, quería primero probar sus barcos y acostumar a su heteróclita tripulación a la idea de la aventura inaudita que iban a correr juntos. No cabe duda de que algunos de ellos eran buenos marineros, acostumbrados a la mar gruesa y a las privaciones, y que no conocían el miedo... mientras no perdían de vista la tierra. Pero entre ellos había también algunos pusilánimes que se habían dejado llevar por la atracción de lo extraordinario y que pronto sentirían ha-

berse comprometido. Además, según el mapa de Toscanelli, el camino más corto para ir a la isla de Cipango salía de las Canarias; el piloto no tenía, por consiguiente, más que mantenerse a la misma latitud en dirección al Oeste. Los levantamientos cartográficos, para los que no se disponía más que de muy pobres medios, fueron facilitados por eso y quizá sólo se pudieron hacer gracias a ello. Si los barcos llegaban a Cipango, desde allí no había ya más que un salto hasta la tierra firme de Catay.

Las medidas del almirante, pues ya se le daba ese título, resultaron prudentes. Ya el cuarto día (6 de agosto) se rompió el timón de la *Pinta*, barco que mandaba Alonso Pinzón. ¿Fué casualidad o plan premeditado? Se sospechó que uno de los marineros había causado la avería para complacer al dueño del barco, Quintero, que lamentaba su decisión. La situación era delicada, pues la marejada impedía acercarse a la *Pinta* sin riesgo. Al día siguiente se arregló como se pudo el timón, y el 9 de agosto pasaron delante de Lanzarote en dirección a la Gran Canaria. Las dos islas pertenecían al rey de Castilla (la última desde sólo hacía diez años). Tenerife no fué conquistada hasta 1495, después de tres años de luchas.

Colón tenía prisa por llegar a la Gran Canaria, pues el timón de la *Pinta* necesitaba reparación y el barco hacía agua. Como el mar estaba muy agitado, fué preciso esperar tres días al largo, antes de que la tempestad se calmase y se pudiese entrar en el puerto. Colón contaba con encontrar allí un barco de repuesto, pues una dama noble, Beatriz de Bobadilla, acababa de llegar de España para fijar su residencia en las islas.

Con el fin de verla, Colón salió solo para la isla de Gomera, española también, el 12 de agosto; allí esperó en vano dos días y volvió el 23 de agosto. En la noche del 24 al 25 de agosto, cuando el buque almirante navegaba a lo largo de la costa sur de Tenerife, el volcán lanzaba llamas; por sus costados corrían torrentes de lava ardiente. Semejante espectáculo nocturno era lo más a propósito para asustar a la gente supersticiosa. ¿Cómo se atrevió el almirante a desafiar al cielo saliendo un viernes de Palos!

El proyecto de comprar otro barco no tuvo éxito. Por consiguiente, Colón tuvo que reparar la *Pinta* lo mejor posible, y el 2 de septiembre los tres barcos llegaban a Gomera, su última escala antes de lanzarse a lo desconocido. Había dejado en esta isla varios de sus hombres para reunir las provisiones necesarias de carne fresca, madera y agua potable. Se cargaron las últimas provisiones, y el 6 de septiembre Colón dio orden de largar y de hacer rumbo al Oeste.

En Gomera y en las islas vecinas vivían muchos españoles que no consideraban como insensato el viaje de sus compatriotas. ¿Tierras al Oeste? Todos los años, cuando el tiempo era claro, se las veía desde allí, que era el punto más avanzado al Oeste. Podían jurarlo. No era cosa de brujos ir hasta allí si no se tenía mejor cosa que hacer. Colón recibió con gran alegría aquellos datos, sobre todo pensando en su gente, que partió más tranquila.

Pero su paciencia, puesta ya a prueba por el retraso de cuatro semanas, recibió un nuevo golpe. Todavía estaban a la vista de Gomera cuando las velas cayeron, flojas como un pañuelo. Los barcos no conseguían salir de la región de las islas. Además, un capitán de la isla de Hierro había dicho a Colón que una escuadra portuguesa navegaba por aquellos parajes para apoderarse de él. En Lisboa se conocían sus proyectos y aunque no hubiesen hecho uso de ellos no se veía con buenos ojos que los aprovechara España. Tenía por destino las mismas Indias que desde el viaje de Bartolomé Díaz alrededor del cabo de Buena Esperanza daban casi por descubiertas los portugueses, y éstos no querían allí competencias. La salida de la expedición española, en la que figuraban dos marinos portugueses, no era un secreto. Para todo lo concerniente a viajes de descubrimiento, el espionaje florecía en ambos campos. Quizá el pretendido camino hacia el Oeste no era más que un simulacro, y los españoles seguían la estela de los exploradores portugueses a lo largo de la costa occidental de África, aunque les estaba prohibido, según bula del papa Martín V, que declaraba propiedad del rey de Portugal todo lo que se extendía "desde el cabo Mogador hasta las Indias". Si Colón quería ir hacia el Oeste, ¿qué tenía que

hacer en la región de las Canarias? Era un caso dudoso y se imponían medidas.

Pero los portugueses no se aventuraron a entrar en aguas de las posesiones españolas, y el 8 de septiembre, el viento empezó a soplar en dirección Noroeste. En un principio sólo se avanzaba despacio, pues las olas batían con fuerza a estribor; pero el día 9 el viento infló la velas, y cuando, en la mañana del día 10, se levantó la tripulación, el pico de Teide, última tierra al Este, había desaparecido de la vista. En torno de ellos se extendía un inmenso desierto de agua.

Colón temía aquel momento. En efecto, sólo entonces la tripulación pudo darse cuenta de lo que la esperaba, avanzar durante semanas, quizá durante meses, por lo desconocido, por el infinito; no ver nunca más que cielo y agua; quedar entregados sin defensa a los caprichos de las corrientes marinas y a la violencia de las tempestades. ¿No era aquello una verdadera locura y una sentencia de muerte para todos?

La mañana del día 10, al reprender el almirante con cierta energía a los timoneles por no haber conservado durante la noche el rumbo hacia el Oeste y haberse desviado un poco hacia el Noroeste, observó en varias caras expresiones de descontento y de desafío, y se hizo cargo de la situación. Algunos pusilánimes hasta lloraban y querían volver al mundo habitado, del que cada hora les alejaba más. Los hombres de la tripulación abrumaban al piloto de preguntas insidiosas: “¿Dónde estamos? ¿Cuánto tiempo tardaremos, en caso de tempestad, en volver a las islas?”

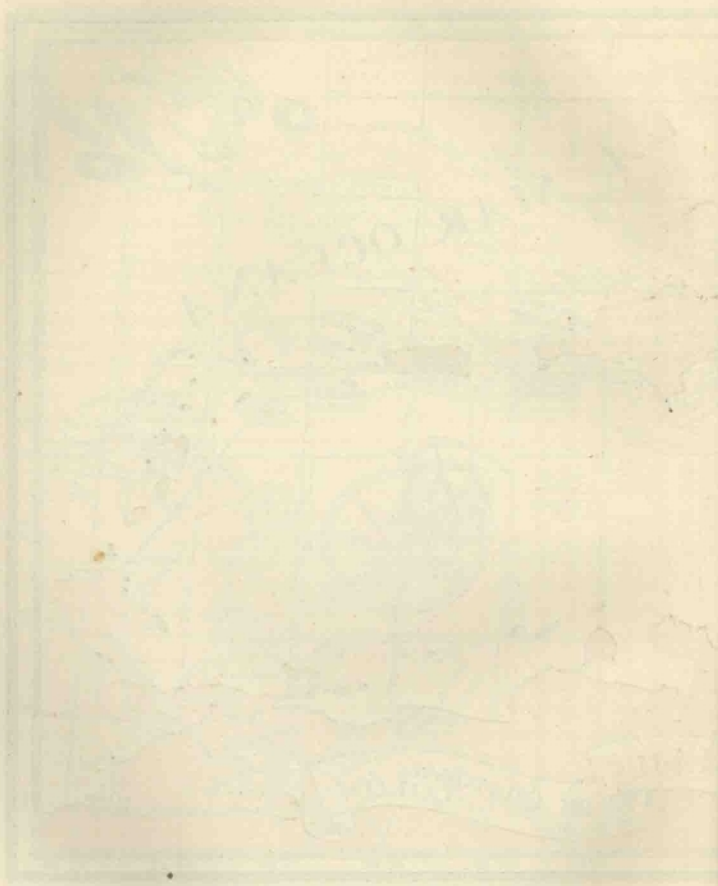
Colón lo había previsto todo. Desde el 9 de septiembre empezó un diario doble. En uno anotaba las distancias lo mejor que las podía calcular con la ayuda del astrolabio, del transportador y del cuadrante, del cual no se podía fiar en caso de mal tiempo, midiendo la altura de la estrella polar sobre el horizonte. Pero guardaba para sí el diario secreto. En el puesto del timonel había otro libro de a bordo que daba siempre las distancias rebajadas a la quinta parte. Colón aseguró a la tripulación que al cabo de setecientos cincuenta millas llegarían a la isla de Cipango, y había podido apreciar que sus hombres se atenían a aquel cálculo, que era como un con-



DETALLE DE LOS C

Primer viaje — Segundo viaje





venio. Había señalado dicha cifra con la ayuda del mapa de Toscanelli y de su propio instinto, pero ¿quién podía asegurar que no hubiera cien o doscientas millas más? Era preferible ir directamente hasta el continente, hasta Catay, que no estaría mucho más lejos. Disimuló, pues, la verdad para no verse obligado a dar la vuelta a dos pasos del fin. En vista de la inexactitud de los cálculos hechos en alta mar, el subterfugio que las circunstancias justificaban le resultó muy bien.

Cuando los otros dos barcos daban cálculos distintos, la autoridad del almirante se imponía.

Aparte la vacilante aguja de la brújula, nada le preocupaba tanto como el humor igualmente inestable de su tripulación, gente de mar que carecía de la más elemental educación, que reaccionaba violentamente ante todos los acontecimientos nuevos y que titubeaba entre la embriaguez de la conquista, la sed de oro y el miedo a la muerte, que la predisponía a todo lo malo. El 11 de septiembre pasaron cerca del palo de un gran barco que había naufragado. ¡Qué presagio! La noche del día 15, un meteoro luminoso cruzó el éter como una llama y cayó al mar. Los miedosos se santiguaron. ¿Se trataba de una advertencia del cielo? El día 16 hubo lluvia y niebla. Pero cuando estaban ya a más de cien millas al oeste de las Azores, el aire era tan dulce y templado como el del mes de abril en Andalucía. Las mañanas, sobre todo, eran deliciosas. Sólo faltaba el canto de los ruiseñores, decía el almirante bromeando.

La antevíspera, la tripulación de la *Niña* había visto una golondrina, y el día 16 fueron divisadas sobre el mar, por primera vez, hierbas tan frescas y tan verdes que parecían recién arrancadas. ¿Habría una isla en aquellos parajes? “¡Es muy posible!”, decía Colón, pues la idea de un rincón de tierra firme calmaba a la tripulación. “Pero el continente no lo encontraremos hasta mucho más allá, hacia el Oeste”. Aquellas hierbas señalaban el principio del mar llamado de los Sargazos, que se extiende entre los grados 16 y 38 de latitud y entre el 30 de longitud Oeste y las cercanías de la costa americana. Las algas son atraídas por el *Gulf Stream* desde el mar Caribe, detrás de las Antillas, hasta la mitad del

océano Atlántico, y se reproducen en el agua, lo que explica su color tan verde, evocador de cercanas tierras.

La tripulación veía también al almirante en su camarote agitado y con aire sombrío entre sus mapas, sus libros y sus papeles. El 13 escribe en su diario de navegación: "Ese día, durante toda la mañana, la tarde y la noche, y la mañana siguiente aun más, la aguja señala el noroeste." ¡Era un fenómeno extraño! La aguja de la brújula señalaba de repente el Noroeste en vez del Norte. El meridiano magnético no coincidía con el meridiano astronómico. Si la brújula mentía o si los astros derivaban, ¿dónde encontrar un punto de referencia en aquella extensión de agua? Acaso Colón recordase entonces las espantosas leyendas del mar que hablan de montañas magnéticas que atraen todo cuanto los barcos llevan de hierro y causan así su naufragio. Algo había oído respecto a la derivación de la aguja, pero nunca lo había observado él mismo y no lo creía. Ahora lo veía con sus propios ojos. Volvió a hacer varias veces sus cálculos y siempre obtuvo el mismo resultado. En vano buscó una explicación a todo aquello. Y lo más grave fué que no pudo ocultar el fenómeno a Pinzón y a los demás marinos acostumbrados al mar. El 17 de septiembre escribía en su diario:

"Los pilotos tomaron el Norte y notaron que las agujas estaban demasiado hacia el Noroeste, de más de un cuarto; se sintieron, pues, preocupados y asustados, sin decir de qué. El almirante se percató de ello y les ordenó que volviesen a tomar el punto a la mañana siguiente, y esta vez encontraron las agujas en su sitio. La causa de esto es, al parecer, que la estrella se mueve mientras las agujas no. Aquel lunes por la mañana vieron muchas hierbas, muchas más que los días anteriores, parecidas a las hierbas de las riberas, y encontraron entre ellas un cangrejo vivo que el almirante guardó. Éste les dijo que aquello eran señales seguras de la proximidad de la tierra, pues los cangrejos no se separan más de ochenta leguas de la costa. Los marinos hallaron el agua menos salada que antes, desde su salida de las Canarias, y el aire les pareció más suave. Todos estaban llenos de alegría; los barcos competían en velocidad para divisar primero la

tierra. Se vieron muchos atunes, y los tripulantes de la *Niña* mataron uno. El almirante volvió a decirles que todas aquellas señales venían del Poniente, añadiendo: "Tengo confianza en el Dios que tiene en sus manos todas las victorias y que, dentro de poco, nos dará la tierra. Aquella mañana, dijo, había visto un pájaro blanco, llamado pájaro de los trópicos, que no duerme nunca en el mar."

Colón observó, pues, el error de la brújula; pero no pudo explicar el fenómeno mejor que los pocos astrónomos que lo habían notado, pues entonces se ignoraba la existencia del polo magnético. Las preguntas de los pilotos le pusieron en un compromiso, y para que no se preocupasen improvisó una explicación, que resultó exacta en lo que respecta a la estrella polar: la situación de esa estrella es, en efecto, variable. Los marinos algo debían de saber de ello, pues se dieron por satisfechos con sus declaraciones. El 30 de septiembre el fenómeno volvió a producirse.

De los tres barcos el más veloz era la *Pinta*, que mandaba Martín Pinzón. La mañana del día 18 se acercó a la *Santa María*, y Pinzón gritó que había visto al Oeste muchos pájaros; era imposible que la tierra estuviese todavía lejos; él mismo daba toda la vela en esa dirección. Colón le dejó, aunque no deseaba que la flotilla se disgregase: nadie conocía los pasos y más de un barco había desaparecido en medio de las rompientes de costas extrañas. Pero Pinzón era un excelente capitán, y, por otra parte, el tiempo era magnífico y el mar estaba tan sereno como el Guadalquivir en Sevilla; no había que temer una tempestad. Pinzón partió, pues, mientras que los grumetes de la *Santa María* recitaban ante el almirante su oración de la mañana:

*Bendita sea la luz,
Bendita la Santa Cruz,
Y el Señor de la Verdad
Y la Santa Trinidad.
Bendito sea este día
Y el Señor que nos lo envía,*

*Que todas nuestras acciones
Merezcan sus bendiciones.*

Pinzón era un hombre audaz a quien no le gustaba navegar atado a los demás barcos. No estaba acostumbrado a someterse, tenía su idea y la fiebre del descubrimiento le abrazaba tanto como a Colón. Además, la reina había prometido un premio al primero que viese tierra; era una renta bastante buena y él o su gente esperaban adjudicársela. Mas por la tarde ya estaba de vuelta. No había visto más que el mar inmenso y verdes praderas de algas. Los días siguientes el viento cesó y la impaciencia se apoderó de todos.

No obstante, las señales de la proximidad de la tierra se repetían. Todos los días volaban pelicanos alrededor de los barcos; se cogió con la mano una golondrina y grupos de pájaros terrestres se posaron en las vergas y en los palos, donde cantaron alegremente para reanudar el vuelo por la tarde. El día 21, vieron una ballena, animal que suele vivir cerca de la costa, y de vez en cuando caían chaparrones sin que mediase ni un soplo de viento, lo mismo que en tierra. Pero las sombras negras que cerraban el horizonte no eran más que nubes, y las algas eran tan espesas en ciertos puntos, que formaban una especie de marisma. ¿Podrían pasar los barcos a través de ellas? Los marineros se hablaban en voz baja y miraban con malos ojos aquella superficie verde, brillante y lisa, donde no se advertía ninguna corriente ni ningún viento. El día 19 Colón verificó un sondeo, sin encontrar nada a una profundidad de trescientos metros. ¿Qué pasaría si aquella marisma insondable detenía los barcos, si la hierba se agarraba al casco y a sus flancos, y miles de dedos verdes subían hasta el empaletado, aprisionando las naves, en las que hombres y ratas se morirían de hambre, o si, arrastrándolas, las llevaba a las profundidades del mar? ¿Habría bajo aquellos tan lejanos cielos vientos que los llevasen otra vez a España? “¡Santa María! ¿Qué dice el almirante? ¡Es menester que nos oiga! ¡Id en busca del almirante!”

Colón echó enérgicamente en cara a los marinos su falta de fe y les prometió que tendrían viento. En efecto, el día 17

por la tarde sopló una fuerte brisa del Noroeste que aminoró su marcha y dispersó las praderas de algas. El cielo venía en su ayuda; los pájaros de mal agüero se callaron, y cuando por la noche la sopa de habichuelas humeaba en los platos (pues los viernes se comía de vigilia) y los grumetes llenaron los vasos de vino hasta el borde, buen vino español, guardado en pellejos de piel de cabra, los hombres se rieron de su miedo.

“El viento vino en buen momento — decía el almirante en su diario de la mañana siguiente —, pues el ambiente de la tripulación de mi barco estaba muy caldeado.” Pero por la noche, cuando los marineros amontonados en sus estrechos sollados sudaban sobre sus esteras y sus pieles de carnero, húmedas y malolientes; cuando el farol solitario brillaba en la barra (pues estaba prohibido encender otras luces por temor a los incendios); cuando la negra obscuridad les rodeaba como si ya descansasen en el fondo del mar, y cuando las olas roían las tablas de los barcos como ratas inoportunas, algún marinero se despertaba, angustiado y asustado, y besaba las medallas benditas y los escapularios que llevaba sobre su pecho desnudo, y mezclaba con sus oraciones ardientes a todos los santos insultos insolentes y salvajes maldiciones contra el almirante que los había llevado a tan desesperada situación y que les conducía obstinadamente a la muerte.

El domingo por la mañana el cura de a bordo y confesor del almirante, Pedro de Arenas, celebró solemnemente la misa y con algunas palabras bien dichas fortaleció la confianza en Dios. Al mediodía se comió bacalao frito, el plato predilecto, y los que no estaban de servicio se bañaron y nadaron alrededor del barco, pues las hierbas habían desaparecido por completo y el mar estaba tan liso como un lago. Pero cuando uno de ellos se puso a mover la cabeza pensativo, las risas y los gritos de alegría se callaron poco a poco; uno tras otro fueron subiendo por la escala de cuerda y se quedaron en un rincón, de pie o sentados, envueltos en sus capas pardas con capucha, silenciosos y enfurruñados, con su gorro colorado calado hasta las orejas. Si el mar seguía pesado, perezoso y liso como el plomo fundido, ¿quién les haría salir de allí? Las velas no se movían. El cura y Colón procuraron darles áni-

mos, y el milagro de la antevíspera se repitió como en un relato de las Escrituras: el mar se agitó de repente sin que soprase ningún viento; las olas rompieron en franjas de espuma blanca, inundaron el puente y llegaron hasta el castillo de popa, y los marineros que aun estaban en el agua subieron apresuradamente a bordo para no ser lanzados contra el casco del barco o arrastrados por la marejada. Los hombres apenas se atrevían a dirigir al almirante una mirada de tímida admiración. Colón con la cara encendida y rejuvenecida bajo su pelo blanco estaba en el timón, envuelto en su gran capa de marino con capucha, que le llegaba hasta los pies, y levantaba la mano señalando el cielo.

Parecía, así, uno de aquellos monjes inspirados por Dios que cruzaban en otros tiempos España y que hacían, hasta de los cobardes, cruzados heroicos. ¡Sin duda había hecho un pacto con las potencias sobrenaturales!

El mismo Cristóbal Colón debió creerlo. En su diario escribía el 23 de septiembre de 1492, como si aludiese al particular: "No se ha visto nunca semejante milagro desde el tiempo de los judíos, cuando Moisés les hizo salir de su cautiverio. Lo mismo que para él entonces, la tempestad era indispensable para mí hoy." Y cuando se hizo de noche y los hombres se encogían en sus camastros, confortados y llenos de remordimientos, cantaron esta estrofa que los grumetes repetían todas las noches al encender el farol de noche:

*La guardia está vigilante,
la arena cae en el reloj
y llevamos un buen viaje
porque nos ayuda Dios.*

XVI

La luz del Nuevo Mundo

El 25 de septiembre por la mañana un bote se destacó de la *Santa María* y minutos después se hallaba al costado de la *Pinta*. Colón subió por la escala y fué saludado por el capitán y la tripulación.

Tres días antes había enviado a Pinzón, a requerimiento de éste, una carta marina dibujada por él según los apuntes de Toscanelli y completada según sus conocimientos. Indicaba en ella algunas islas cuya existencia le habían hecho determinar las numerosas señales que anunciaban la tierra. Creía que se encontraban al Sur y al Norte, y estaba convencido de que había atravesado ya el grupo de islas al que Toscanelli en su mapa daba el nombre de la legendaria "Antilia". No descansaría mientras no estuviese seguro de su posición; pero su meta eran las Indias, el continente del Oeste, o la isla de Cipango, más cercana. Forzosamente llegaría a ambos lugares siguiendo la misma latitud. No quería perder el tiempo barloventeando. "A la vuelta — escribe en su diario — tendremos tiempo para buscar esas islas."

En cambio, al capitán de la *Pinta* le interesaban, como si necesitase un punto de tierra firme en aquel desierto de agua y de cielo para calmar a su tripulación, o porque ardía en deseos de encontrar la "primera tierra al Oeste", que le valdría la recompensa de la reina, aunque el descubrimiento de semejante isla no tuviese nada que ver con la verdadera finalidad del viaje. Colón fué a verle, pues, el día 25 para hacerle desistir de su proyecto.

Pinzón sostenía tenazmente que se encontraban en las cercanías de las islas, poniendo así en una situación delicada a Colón, que no podía decir a su compañero: "Ya pasamos por allí el día 19; hoy estamos mucho más lejos." Ello equivaldría a descubrir su astucia y dar a conocer la existencia de

su diario secreto. La totalidad de las millas que Pinzón calculaba cada día era siempre superior a la del buque almirante. Colón no le desengañó, pero procuró apartar su atención de aquellas islas. Corrientes marinas, aseguraba, habían desviado los barcos hacia el Nordeste y estaban mucho más allá de lo que creían los pilotos. Con eso quería, al parecer, reducir el excedente que obtenían todos los días sobre los dos otros barcos, debido a sus distancias falsas; era preciso que Pinzón se resignase a no ver nunca las islas, puesto que su rumbo les había llevado demasiado lejos de ellas, hacia el Norte. Pinzón no quedó convencido por aquellas explicaciones, pero se dio por satisfecho, y Colón regresó a su barco.

Pronto surgieron nuevas dudas en el espíritu de Colón. El mapa que tenía Pinzón invitaba al marino a ir al descubrimiento por su cuenta, pues las islas que buscaba en aquella región no salían precisamente de su cabeza. Por consiguiente, Colón se puso a navegar lo más cerca posible de la *Pinta* e hizo pedir a su capitán que le devolviese el mapa, con el pretexto de marcar el trayecto que acababan de recorrer. Con la ayuda de una cuerda y de una caja de madera, la carta volvió a sus manos, y Colón se puso a determinar la posición con el auxilio de su piloto y de varios hombres de su tripulación. Aquel día lo hizo públicamente en consideración al humor de sus marineros y al pacto que le unía a ellos. Venía a ser un consejo de soldados, pero en el que se trataba de engañar a los atentos testigos.

Mas aún no habían terminado, cuando se oyó espantosa gritería en la *Pinta*. Todos subieron al puente. Pinzón estaba de pie en el castillo de popa de su barco, agitando los brazos y gritando, loco de alegría, que había visto tierra y había ganado la recompensa. Como no cesaba de repetir que no había duda de lo que había visto, Colón se arrodilló para dar gracias a Dios. Pinzón entonó con su tripulación un solemne *Gloria in excelsis Deo*. La tripulación del buque admirante se unió al coro. Los hombres de la *Niña* subieron a los palos y a los aparejos, y todos aseguraron que se veía, sin género alguno de duda tierra al Sudoeste. Colón también pareció convencido y ordenó dirigirse hacia allí. No podía haber más de

veinticinco millas. Hasta el momento en que llegó la noche todos afirmaron que había una costa en aquella dirección, y en medio de la excitación general se olvidaron por completo de tomar el punto. Colón no dejó de aprovecharse de ello, y aquel día anunció trece millas en vez de veintiuna.

La ilusión se prolongó hasta por la tarde del día 26; luego vino la amarga decepción, y cada cual tuvo que reconocer lastimosamente que la pretendida costa no era más que un grupo de nubes. Colón volvió a tomar rumbo al Oeste, pero las señales precursoras de tierra no desaparecieron en los días siguientes. Los delfines jugaban alrededor de los barcos y hasta algunos se dejaron pescar. Tres o cuatro pájaros pertenecientes a la misma especie gorjearon en los obenques; sus nidos no debían estar muy lejos, pues suponiendo que uno de ellos se hubiese extraviado, el hecho de ser varios probaba que la tierra estaba cerca. Pelícanos y albatros describían grandes círculos en el cielo. Hasta se vió a una fragata persiguiendo a los pelícanos para hacerler caer del buche los peces que llevaban. La fragata es un ave que, como un pirata, no vive más que de la presa que roba a las otras, a las que alcanza rápidamente merced a la velocidad de su vuelo; por consiguiente, no necesita alejarse mucho de la costa.

El 3 de octubre parecía tener que acabar mal. Ya la antevíspera, el piloto Sancho Ruiz llamó la atención a Colón por el hecho de estar en aquel momento a quinientas setenta y ocho millas de Hierro, una de las islas Canarias más avanzadas hacia el Occidente, y su mirada inquieta parecía preguntar: "¿Dónde están las Indias?" Colón volvió a hacer los cálculos desde Gomera, situada un poco más al Este, y anotó quinientas ochenta y cuatro millas en el diario de a bordo. Pero ese mismo día la *Pinta* señaló seiscientos treinta y cuatro millas, y la *Niña* seiscientos cincuenta. Unos días más, y el pacto concertado entre el comandante en jefe y la tripulación sería denunciado. El diario secreto indicaba ya el 1.º de octubre setecientas siete millas, y como los dos últimos días el mar había estado maravillosamente sereno, era menester contar cuarenta y cinco más, lo que hacía un total recorrido real de setecientas cincuenta millas, distancia que se había estipu-

lado. Los hombres volvían a impacientarse. Desde la víspera, la hierba verde iba en el mismo sentido que los barcos, y los marineros sólo querían el viento de frente y la corriente contraria, como prueba de que encontrarían un viento del Oeste que los llevase a su país. Notaron ese día que, a excepción de algunas chochas, no vieron ningún pájaro. ¿Qué se podía deducir de aquello? Colón se lo explicó: aquellas aves procedían sin duda de las islas que habían notado en el mapa y que habían dejado atrás; no podían continuar siguiendo más tiempo a los barcos. “¿Por qué no hicimos escala en esas islas?”, gritaron algunos en tono amenazador. La pregunta que ya le había hecho Pinzón puso a Colón en situación molesta. Contestó disgustado que hubiese sido una locura barloventear y que no podía perder tiempo en rodeos inútiles; su meta eran las Indias, eso era lo esencial. Aquel día Colón no volvió a dejarse ver de la tripulación.

Al día siguiente volvieron los pelícanos, y un grumete abatió uno con una honda. También fué vista una fragata, y varios hombres aseguraron haber visto un ave blanca que era seguramente una gaviota. El 5 de octubre aumentó el número de aves y las algas desaparecieron. Numerosos peces voladores cayeron en el puente, y la tripulación se entretuvo persiguiéndolos.

Pero la inquietud y la tensión no hicieron más que aumentar, pues el viento infló las velas y se adelantó mucho más de lo ordinario. Las setecientas cincuenta millas debían haber sido alcanzadas, y era contrario a todo lo convenido que el capitán hubiese pasado sin más ni más ante islas que no debían de estar muy lejos. El mismo Colón lo reconocía.

Por fin llegó el día decisivo. La tripulación se reunió y quiso forzar al capitán a dar la vuelta. Los acontecimientos no se desarrollaron en forma tan dramática como se cuenta, pues Colón ni siquiera juzgó necesario anotar en su diario del mes de octubre aquella violenta explosión de descontento general. Pero el 14 de febrero de 1493, cuando una tempestad le hacía perder toda esperanza de regreso, Colón en una especie de testamento recuerda este incidente: “La tripulación

estaba unánimemente decidida a sublevarse contra sus órdenes y a dar la vuelta."

Nos lo confirman las declaraciones de los testigos (llevados, es cierto, por el deseo de disminuir el mérito del almirante en provecho de Martín Pinzón) con motivo del pleito que sostuvo Diego Colón, después de la muerte de su padre, con el Estado español, respecto a los derechos que le habían sido reconocidos.

El 6 de octubre, Pinzón se hizo anunciar otra vez. Se habían dejado atrás las islas situadas en mitad del océano. ¡Muy bien! Pero ahora debían estar acercándose a la gran isla de Cipango que había visto en el mapa. No era cosa de no tocar tampoco en dicha isla, y como los barcos habían sido arrastrados algo hacia el Norte, según aseguraba el jefe, era preciso dirigirse hacia el Sudoeste. Pero Colón no quiso saber nada. Si se salía del camino directo, contestó, sería imposible saber cuándo se llegaría a tierra, y si, por el contrario, se dejaba a Cipango al Sur, se llegaría directamente al continente. Las islas estarían en su sitio al regreso. El rumbo no debía ser modificado bajo pretexto alguno.

Si Colón hubiese podido obrar según sus deseos y dar a los barcos un rumbo un poco más hacia el Noroeste en vez del Sudoeste, hubiese ido directamente al continente americano, en la península de Florida. Por desgracia, los acontecimientos del día siguiente le obligaron a acceder a la petición terca y violenta de Pinzón.

Los barcos tenían orden de reunirse al obscurecer y de pasar la noche juntos. Por la mañana empezaban a competir en velocidad, pues cada nuevo día el sol podía brillar sobre el tan deseado país y el que iba delante tenía más probabilidades de ganar el premio de la reina. El 7 de octubre la *Niña* tomó la delantera desde el alba, y de repente se oyó un disparo a bordo; luego se vió izar una bandera en el palo mayor, señal que quería decir: "Tierra a la vista." ¡Por fin, tierra! La *Niña* había ganado, pues, el premio.

Pero por más esfuerzos que se hicieron para escudriñar el horizonte no se vió ni la sombra de una costa, y por la noche, cuando la *Niña* se acercó a los otros barcos, su capitán, Vi-

cente Pinzón, tuvo que confesar que él y su gente habían vuelto a ser víctimas de un espejismo, dejándose engañar por las nubes. En la luz transparente de la noche la línea de unión del cielo y del mar estaba tan pura, que no se veía ningún punto oscuro, nada que pudiese indicar la proximidad de la tierra. Los marineros se indignaron contra sus camaradas, que les habían causado otra decepción.

Mientras tanto, Colón observaba el vuelo de los pájaros, especialmente numerosos aquel día, que en grandes bandadas evolucionaban hacia el Sudoeste. A algún sitio en aquella dirección tenían que ir a pasar la noche aquellos pájaros, a no ser que emigrasen de las regiones del Norte para pasar el invierno en el Sur. ¿No habían descubierto los portugueses la mayoría de las islas que poseían merced al vuelo de las aves? Martín Pinzón también señalaba constantemente al cielo y hasta decía que había visto papagayos volando sobre los barcos. A la presencia de aquellas aves, según afirmaba, obedecía su insistencia de dirigirse hacia el Sudoeste; además, ya se había sobrepasado en doscientas millas la distancia convenida con la tripulación. Pero Colón estaba convencido de que, si no se cambiaba el rumbo, la tierra estaría a la vista muy pronto, y en el acaloramiento de la discusión llegó a garantizarlo con la vida. Sin embargo, ya no podía refutar las objeciones de Pinzón con tanta firmeza como la víspera, pues el vuelo de las aves le hacía dudar: ¿Quizá esas aves eran mensajeros de Dios, encargados de llevarlo por buen camino, y constituían el tercer milagro, después del viento inesperado y la agitación del mar con buen tiempo! Podrían seguir durante dos días el vuelo de las aves. Dió, pues, orden de poner rumbo al Sudoeste. Había que evitar un conflicto con Martín Pinzón durante aquellos días decisivos, ya que le debía muchas atenciones y la tripulación le obedecía con más gusto que a él.

Pronto se percató de haber obrado juiciosamente. Un fuerte viento empujaba los barcos hacia el Sudoeste; el tiempo estaba más claro; aparecían hierbas más frescas que nunca; aves terrestres revoloteaban alrededor de los palos, y se veían patos, grullas y cornejas. Durante toda la noche se oía el batir de alas de los pájaros. Pero la tripulación empezó a

perder la paciencia, se quejó de la excesiva duración del viaje y declaró, excitada, que aquel juego peligroso ya duraba demasiado. Colón procuró sosegar a su gente prometiendo montañas de oro. Y al ver que sus palabras no producían efecto, les dijo sin rodeos que de nada servían sus lamentaciones, que estaba en el camino de las Indias y que no se apartaría de él hasta llegar al fin de su destino con la ayuda de Dios. Los marineros encontraban aún menos apoyo en los dos otros capitanes, que estaban decididos a ir hasta el fin. Martín Pinzón se rió de los que protestaban y parece que dijo al almirante: "Haga su señoría colgar o tirar al mar a media docena, y si no se atreve a hacerlo, nos encargaremos de ello mi hermano y yo." Al oír aquello, una sonrisa asomó al severo rostro del jefe, que contestó: "Con mozos como vos, triunfaremos."

Y triunfaron, en efecto; pues ya clareaba el alba del día en que iba a desaparecer la pesadilla de las zozobras y en que la angustia y la duda se convertirían en alegría y certidumbre.

Durante la mañana del 11 de octubre las olas fueron más grandes que durante todo el viaje. Los síntomas de la proximidad de la tierra se multiplicaban: una rama con hojas verdes pasó al lado de los barcos; los marineros de la *Pinta* vieron cañas y ramas de árbol, y recogieron una que estaba muy bien trabajada con un instrumento que podía ser de hierro. Pero la *Niña* encontró algo aún más sorprendente: una rama llena de flores silvestres. La tierra no podía distar mucho. A cada minuto podía surgir sobre las olas que cerraban el horizonte. Todos los temores se disiparon. Ya nadie quería reconocer que había tenido dudas del feliz término de aquel viaje audaz. Los marineros se miraban unos a otros y movían la cabeza diciéndose: "¡Caramba con el almirante!", y luego hacían con la mano derecha un signo de cómica amenaza, lleno de intención. Ya nadie se impacientaba porque pasasen las horas sin que se divisase tierra: todos presentían la proximidad de la costa.

Al anochecer Colón ordenó aferrar algo las velas para no correr el riesgo de varar durante la noche. Después de la oración de todas las noches, en que los marineros acostumbraban

cantar o recitar el *Salve Regina*, Colón reunió a la tripulación de sus barcos y dió orden a los hombres que estaban de guardia en el castillo de proa de prestar especial vigilancia y de ponerle en seguida al corriente de cualquier circunstancia que observasen, para evitar así a las naves los peligros de aquellas aguas desconocidas. Al primero que viese tierra le regalaría un jubón de seda además de la gran recompensa prometida por Sus Majestades.

Al anoecer el mismo Colón se hizo cargo del timón en el castillo de popa. El mar estaba otra vez en calma y sin un soplo de viento. Un velo de nubes cubría el cielo; no se veía ni una estrella ni la Luna, que estaba en menguante. Del puente subían murmullos y risas; de vez en cuando se oían canciones militares. Eran muy pocos los tripulantes que dormían; la mayoría, apoyados en el empalmetado y en las cuerdas, escuchaban en la obscuridad, como lo hacían el vigía y el almirante, a quien se había visto subir hacia las diez con paso apresurado. Tampoco a Colón se le notaba la desazón y la tensión nerviosa de los días anteriores. Sentíase tan ligero y tan seguro como si fuese un águila que batiera sus poderosas alas en aquel cielo oscuro, satisfecha de la majestad de su vuelo. Sus pensamientos iban hacia Dios, cuya mano protectora le parecía sentir sobre su cabeza. Quiso recitar una oración, pero sus labios sólo pudieron repetir triunfalmente: "¡Tierra! ¡Tierra!"

De repente se puso a temblar. Allí, en el extremo del cielo..., ¿no era una luz aquello? ¡Un fuego rojizo lanzaba un resplandor, desaparecía y volvía a brillar, como una antorcha que se mueve o como una llama que sube y baja! ¡Santo Dios! ¡Una luz, una luz! ¿No le engañarían sus ojos? ¿No era juguete de su imaginación sobreexcitada? ¡Donde había fuego tenía que haber tierra! Llamó a uno de los nobles que aquella noche se había quedado con él: Pedro Gutiérrez, chambelán del rey. También él vió la luz. "Donde hay fuego hay tierra", repetía Colón sin cesar. Se hizo venir a otro testigo, el inspector y tesorero de la flota, Rodrigo Sánchez; pero éste no pudo ver nada, pues no se apoyaba en el empalmetado como Colón y Gutiérrez. Éstos siguieron viendo la luz du-

rante unos instantes; luego parpadeó como una bujía y se apagó del todo.

Las horas pasaron. El reloj de arena, alumbrado por la débil luz del farol del timón, señalaba las dos de la mañana. La silueta del barco, sus palos y sus velas se destacaban en negro sobre el Occidente, y al Este la línea del horizonte ya se dibujaba con claridad. De repente, un resplandor y una detonación. Era la señal: "¡Tierra a la vista!" El tiro no había salido del buque almirante, sino de la *Pinta*, que por casualidad o adrede estaba adelantada. El marinero Rodrigo de Triana, al clarear el alba, acababa de divisar con su vista de halcón una línea esfumada en el horizonte occidental. Al oír la señal, los hombres de los tres barcos treparon a los aparejos o corrieron al castillo de proa. Todos contenían la respiración para mirar mejor. La línea se destacaba cada vez más; aquello no podía ser una ilusión de los sentidos. Era una costa. Como una llama que surge, en medio del silencio general, la voz del sacerdote subió hacia el cielo: *Te Deum laudamus*. Una tras otra las voces se unieron en coro, que creció y rugió como el viento sobre las olas grises. Luego, la tensión general estalló en gritos de alegría, y las tripulaciones lanzaron al aire matinal canciones de mar y de guerra, gritando a cual más y mejor.

En la *Pinta* el tumulto llegó al colmo: un tamboril vasco y algunas gaitas marcaban el compás y, alrededor del palo mayor, los marineros bailaban locos de alegría. Rodrigo de Triana iba de brazo en brazo como una moza garrida a quien se festeja. El capitán Martín Pinzón hizo traer un pellejo de vino y esbozaba una mueca de alegría o de desdén cuando miraba hacia la *Santa María*: su *Pinta* había ganado el premio de la reina. Hasta más tarde no supo que desde el buque almirante se había visto una luz, cuatro horas antes.

Cuando el almirante se presentó en el puente fué saludado con vítores. Los hombres le seguían agitando sus gorros, se acercaban a besarle la mano y, con la alegría y la excitación del momento, más de uno se arrodilló para dar gracias a Dios y a su elegido.

Hasta la aurora, los barcos cambiaron de rumbo lenta-

mente. Luego se largaron todas las velas, y en la mañana del 12 de octubre de 1492, también un viernes, bajo un sol radiante, los barcos se detuvieron ante una costa donde brillaban verdes bosques, espectáculo que los navegantes no habían visto desde hacía cinco largas semanas. Sobre la arena amarilla no distinguieron solamente pájaros; también se veían atezados seres humanos que corrían completamente desnudos. Dominados al parecer por una gran excitación, aquellos seres levantaban los brazos al cielo, lanzaban sonidos agudos e incomprensibles, se tiraban al suelo para levantarse de un salto y arrojar al agua como si pretendieran ir al encuentro de los barcos; luego volvían a tierra y corrían a esconderse entre los matorrales.

Se soltaron las anclas, las cadenas rechinaron, y se lanzaron al agua los botes, que se llenaron de gente armada. La tripulación, parte de la cual se había transformado en tropa, había cambiado el traje de lana negro del marinero por la valona de cuero amarillento y el gorro colorado por el sombrero del soldado. Unos llevaban mosquetes y arcabuces, otros empuñaban ballestas, y las alabardas hacían un gran ruido al chocar unas con otras. El mismo Colón se había transformado en jefe militar: se había puesto un traje de terciopelo oscuro con una estrecha valona, medias de seda moradas y la capa, de rigor en la corte española. En la hebilla de sus zapatos brillaba un pequeño relicario de oro. Descansaba la mano izquierda sobre el puño de su espada y en la derecha llevaba el estandarte real. Los otros dos capitanes llevaban también un estandarte con una cruz verde, a cada lado de la cual figuraban las letras F e I, con una corona encima.

Colón fué el primero que puso el pie en el suelo que acababa de descubrir; se arrodilló, besó la tierra y dió gracias a Dios. Los capitanes, los soldados y los marineros hincaron la rodilla en tierra y permanecieron un momento orando en un silencio sólo roto de vez en cuando por el ruido de las armas. Luego formaron y se dirigieron en solemne cortejo hasta una colina baja, cercana a la ribera. Allí Colón sacó su espada, desplegó el estandarte real y proclamó con voz potente que en nombre del rey y de la reina de España tomaba posesión para

siempre de aquella tierra desconocida que habían descubierto los barcos españoles. El sonido de las trompetas y los gritos de alegría saludaron sus palabras.

Colón hizo acercarse, como testigos del acto, al notario real y secretario general de la flota, Rodrigo de Escovedo, al inspector Rodrigo Sánchez y a los dos capitanes Martín y Vicente Pinzón. Sus nombres fueron estampados en el acta oficial de la toma de posesión. Luego, de acuerdo con el contrato que había concertado con la corona de España, Colón hizo prestar juramento a su gente, pues desde aquel momento era gran almirante del océano Atlántico, virrey y gobernador vitalicio de todas las tierras del Oeste que fuesen descubiertas y ocupadas por él o por cualquiera que siguiese sus huellas.

Desde entonces tenía derecho a llevar el título de "Don", que no se concedía en aquella época más que a los hombres que lo tenían bien merecido, y que le igualaba a la alta nobleza española. La solemnidad terminó con la *Salve Regina*, a la que se unieron los que habían quedado a bordo, cantando a pleno pulmón.

Al aproximarse los botes, los indígenas habían huido hacia el bosque. Escondidos detrás de los árboles y las matas, miraban, asustados, las vistosas cabriolas a que se entregaban aquellos seres abigarrados de dos patas, salidos de unos barcos de fabuloso tamaño y con alas, que sin duda venían directamente del cielo.

XVII

Los primeros hombres

Pronto se vió que la tierra donde desembarcaron los españoles el 12 de octubre de 1492, conducidos por el almirante Don Cristóbal Colón, era una isla que, en el lenguaje de los indígenas, se llamaba Guanahaní. Colón le puso el nombre

de San Salvador. Por su extraordinaria fertilidad, la isla les pareció un paraíso: ríos y torrentes corrían por todas partes; estaba cubierta de árboles y de plantas de especies desconocidas, y no se veían en ella animales feroces o dañinos. Sus habitantes parecían vivir en estado de inocencia original, y Colón, asiduo lector de las Santas Escrituras, los comparó inmediatamente con la primera pareja humana.

Su diario está consagrado desde entonces por entero a la descripción de los indígenas. Constituye, pues, un documento de incalculable valor histórico, por tratarse de pueblos que desaparecieron, como si fueran víctimas de una enfermedad contagiosa, a causa de la civilización venida del Este. Una generación después del descubrimiento no quedaba allí indígena alguno. Como parece que estos fragmentos de las memorias han conservado su forma original, dejamos a Colón que describa los acontecimientos de los días siguientes.

Viernes, 12 de octubre de 1942.

“Yo, para que los indígenas nos tuviesen mucha amistad, porque conocí que era gente que mejor se libraría y se convertiría a nuestra Santa Fe por amor que por la fuerza, les di a algunos de ellos unos bonetes colorados y unas cuentas de vidrio que se ponían al cuello y otras muchas cosas de poco valor, con lo cual hubieron mucho placer y quedaron tan nuestros que era maravilla. Después, los indígenas venían nadando a nuestros navíos y nos traían papagayos e hilo de algodón en ovillos, y azagayas y otras muchas cosas, y nos las trocaban por otras cosas que nosotros les dábamos, como cuentecillas de vidrio y cascabeles. En fin, todo tomaban y daban de aquello que tenían de buena voluntad. Mas me pareció que era gente muy pobre de todo. Andan todos desnudos como su madre los parió, y también las mujeres, aunque no vi más que una muy moza, y todos los que vi eran mancebos, que no vi ninguno de más de treinta años de edad; muy bien formados, de muy hermosos cuerpos y muy buenas caras: los cabellos gruesos, casi como sedas de cola de caballo, y cortos;

llevan los cabellos por encima de las cejas, menos unos pocos que los llevan largos hacia atrás y jamás los cortan; unos se pintan de prieto, y son del color de los canarios, ni negros ni blancos, y otros se pintan de blanco y otros de colorado y otros de lo que encuentran; unos se pintan las caras, otros todo el cuerpo, y otros sólo los ojos y otros sólo la nariz. No traen armas ni las conocen, porque les mostré espadas y las tomaban por el filo, y se cortaban con ignorancia. No tienen ningún hierro: sus azagayas son varas sin hierro y algunas de ellas tienen al cabo un diente de pez y otras de otras cosas. Todos ellos son de alta estatura y buenos gestos, bien hechos; vi algunos que tenían señales de heridas en sus cuerpos y les hice señas que qué era aquello, y ellos me mostraron cómo venía allí gente de otras islas que estaban cerca y les querían tomar y ellos se defendían; y yo creí, y creo, que aquí vienen de tierra firme a tomarlos por cautivos. Ellos deben de ser buenos servidores y de buen ingenio, pues veo que muy presto dicen todo lo que les decía, y creo que se harían cristianos fácilmente, pues me pareció que no tenían ninguna religión. Yo, placiendo a Nuestro Señor, llevaré de aquí al tiempo de mi partida seis a V. A. para que aprendan a hablar. No vi ninguna clase de bestias en esta isla, como no sean papagayos.”

Sábado, 13 de octubre.

“Luego que amaneció, vinieron a la playa muchos de estos hombres, todos mancebos, como tengo dicho, y todos de buena estatura y muy hermosos: no tienen los cabellos crespos, sino lisos y gruesos, como sedas de caballos, y todos de la frente y cabeza muy ancha, más que otra generación que haya visto hasta aquí, y con los ojos muy hermosos y no pequeños, y ninguno es prieto, sino del color de los canarios, ni se debe esperar otra cosa, pues están al Este-Oeste de la isla de Hierro en Canarias (1) en una línea. Todos tienen las

(1) La verdadera situación de esta isla respecto a la de Hierro es: 0,5° SE., 5° N.

piernas muy bien hechas y derechas, y no barriga, salvo muy bien hecha. Vinieron a la nao con almadías, que están hechas del pie de un árbol, como un barco largo, y todo de una pieza y labrado muy a maravilla para estas tierras; son grandes y en algunas venían cuarenta o cuarenta y cinco hombres; y otras eran más pequeñas, hasta haber algunas en que venía un solo hombre. Remaban con una pala como de panadero y anda a maravilla; y si se les vuelcan se echan todos a nadar y la enderezan y la vacian con calabazas que traen con ellos. Traían ovillos de algodón hilado y papagayos y azagayas y otras cositas que sería cansado de escribir, y todo lo daban por cualquier cosa que se les diese. Y yo estaba atento y procuraba saber si había oro, y vi que algunos de ellos traían un pedazo colgado en un agujero que tienen en la nariz, y por señas pude entender que yendo al Sur o dando la vuelta a la isla por el Sur, allí estaba un Rey que tenía grandes vasos de oro, y tenía muy mucho. Procuré que fuesen allá, y después vi que no tenían esa idea. Determiné aguardar hasta mañana por la tarde y después partir para el Sudeste, que según muchos de ellos me enseñaron, decían que había tierra al Sur y al Sudoeste y al Noroeste, y que los del Noroeste los venían a combatir muchas veces, y así ir al Sudoeste a buscar el oro y piedras preciosas. Esta isla es bien grande y muy llana y de árboles muy verdes, y muchas aguas, y una laguna en medio muy grande, sin ninguna montaña, y toda ella muy verde, que es un placer mirarla; y esta gente es muy mansa, y con ganas de tener nuestras cosas, y en vista de que no se les ha de dar sin que den algo, y no lo tienen, toman lo que pueden y se echan luego a nadar; mas todo lo que tienen lo dan por cualquier cosa que les den; que hasta los pedazos de las escudillas y de las tazas de vidrio recatan y hasta vi dar dieciséis ovillos de algodón por tres ceotis (ceutí, moneda de Ceuta que corría en Portugal) de Portugal, que es una blanca de Castilla, y en ellos habría más de una arroba de algodón hilado. Esto lo prohibí y no dejé tomar a nadie, salvo que lo mandara tomar todo para V. A. si hubiera en cantidad. El algodón se produce en esta isla, mas por el poco tiempo no puedo dar del todo fe, y también aquí hay oro que

traen colgado de la nariz; mas para no perder tiempo quiero ir a ver si puedo topar con la isla de Cipango. Ahora cuando se hizo de noche, todos se fueron a tierra con sus almadías."

Domingo, 14 de octubre.

"En amaneciendo mandé aderezar el batel de la nao y las barcas de las carabelas y fuí a lo largo de la isla, en el camino del Nornordeste, para ver la otra parte, que era la de la otra parte del Este, y también para ver las poblaciones, de las que luego vi dos o tres, y la gente que venía a la playa llamándonos y dando gracias a Dios; los unos nos traían agua, otros otras cosas de comer; otros cuando veían que yo no curaba de ir a tierra, se echaban a la mar nadando y venían, y entendíamos que nos preguntaban si éramos venidos del cielo; y vino un viejo dentro del batel, y otros a grandes voces llamaban a los hombres y a las mujeres: "Venid a ver a los hombres que vinieron del cielo; traedles de comer y de beber." Vinieron muchos y muchas mujeres, cada uno con algo, dando gracias a Dios, echándose en el suelo, y levantaban las manos al cielo, y después a voces nos llamaban para que fuésemos a tierra; mas yo temía que hubiese algún gran arrecife de piedras como hay todo alrededor de aquella isla, y en el medio queda hondo y forma un puerto para cuantas naos hay en toda la cristiandad, y la entrada es muy angosta. Es verdad que dentro de esta cinta hay algunos bajos, mas la mar no se mueve más que dentro de un pozo. Y para ver todo esto anduve esta mañana, para poder dar relación de todo a Vuestras Altezas, y también dónde se pusieron hacer una fortaleza, y vi un pedazo de terreno que se hace como una isla, aunque no lo es, en que había seis casas el cual se podría convertir en dos días en una isla; aunque yo no veo que sea necesario, porque esta gente tiene armas muy sencillas, como verán Vuestras Altezas por los siete que yo hice tomar para llevarlos y enseñarles nuestra habla y volverlos a traer, salvo que Vuestras Altezas cuando mandaren pueden llevarlos todos a Castilla; o tenerlos cautivos en la misma isla, porque con

cincuenta hombres los tendrán a todos dominados y les harán hacer todo lo que quisieren. Junto a dicha isleta hay huertas de árboles las más hermosas que yo vi, y tan verdes y con sus hojas como las de Castilla en el mes de abril o de mayo, y mucha agua. Yo miré todo aquel puerto y después me volví a la nao y di la vela, y vi tantas islas que no sabía determinarme a cuál iría primero, y aquellos hombres que yo tenía tomados me decían por señas que eran tantas y tantas que no había número, y nombraron por su nombre más de cien (1). Por endé yo miré por la más grande (2) y me determiné a ir a aquélla y así hago, y estará lejos de ésta de *San Salvador*, cinco leguas y de las otras unas más y otras menos; todas son muy llanas, sin montañas y muy fértiles, y todas pobladas y se hacen guerra la una a la otra, aunque éstos son muy simples y muy lindos cuerpos de hombres.”

Lunes, 15 de octubre.

“Había temporejado esta noche con temor de llegar a tierra a anclar antes de la mañana por no saber si la costa estaba limpia de bajos y en amaneciendo cargar velas. Y como la isla estaba a más de cinco leguas, más bien serán siete, y la marea me detuvo, sería mediodía cuando llegué a dicha isla, y hallé que aquella faz, que es la que da frente a la isla de *San Salvador*, corre de Norte a Sur y hay en ella cinco leguas, y la otra que yo seguí se corría de Este a Oeste y hay en ella más de diez leguas. Y como desde esta isla vi otra mayor al Oeste, cargué las velas para andar todo aquel día hasta la noche, porque aun no pudiera haber andado al cabo del Oeste, a la cual puse nombre de *isla de Santa María de la Concepción* (3) y casi al ponerse el sol anclé cerca de dicho cabo por

(1) La multitud de estas islas indica que deben ser las que forman los Cayos, las *Inaguas chica y grande*, *Mariguana*, y demás que se hallan al Oeste.

(2) Esta isla grande debe ser la que llaman *Gran Cayo* y dista de la primera seis leguas y media.

(3) Esta parece ser la que hoy se llama *Cayo del Norte*; aunque con el nombre de *Santa Marta de la Concepción*, comprendió todo el

saber si había allí oro, porque estos que yo había hecho tomar en la isla de *San Salvador* me decían que ahí traían manillas de oro muy grandes a las piernas y a los brazos. Yo bien creí que eran burlas todo lo que decían para huir. Con todo, mi voluntad era de no pasar por ninguna isla de que no tomase posesión, puesto que tomando de una se puede decir de todas; y anclé y estuve hasta hoy, martes, que en cuanto amaneció fuí a tierra con las barcas armadas, y salí, y ellos que eran muchos, también desnudos y de la misma condición de la otra isla de *San Salvador*, nos dejaban ir por la isla y nos daban lo que les pedíamos. Y porque el viento cargaba a la travesía al Sudeste, no me quise detener y partí para la nao, y una almadía grande estaba a bordo de la carabela la *Niña* y uno de los hombres de *San Salvador* que estaba en ella, se echó a la mar y se fué en ella, y la noche anterior se echó otro a nado y fué tras la almadía, la cual huyó que jamás fué barca que la pudiese alcanzar, puesto que la teníamos muy lejos. Con todo dió en tierra y dejaron la almadía, y alguno de los de mi compañía saltaron a tierra tras ellos y todos huyeron como gallinas, y la almadía que habían dejado la llevamos a bordo de la carabela la *Niña* donde ya venía de otro cabo otra almadía pequeña con un hombre que venía a rescatar un ovillo de algodón, y se echaron algunos marineros a la mar, porque él no quería entrar en la carabela, y lo tomaron; y yo que estaba a la proa de la nao y lo vi todo, envié por él y le di un bonete colorado y unas cuentas de vidrio verdes pequeñas que le puse al brazo, y dos cascabeles que le puse a las orejas y mandé que le devolviesen la almadía que tenía también en la barca, y le envié a tierra; y di luego la vela para ir a la otra isla grande que yo veía al Oeste y mandé largar también la otra almadía que traía la carabela la *Niña* por popa y vi después en tierra al tiempo de la llegada del otro a quien yo había dado las cosas antedichas, y no le había querido tomar el ovillo de algodón, a pesar de que quería dármelo; y todos los otros se llegaron a él, y tenía a gran maravilla y bien le pareció que éramos buenas gentes, y que

grupo de estas islas inmediatas, que se llaman los *Cayos* o *Lucayas*, como se nota más adelante en el día 16 de octubre.

el otro que se había escapado nos había hecho algún daño, y que por eso lo llevábamos, y por esa razón hice eso con él y lo mandé largar, y le di las dichas cosas para que nos tuviesen en esa estima, para que otra vez cuando Vuestras Altezas vuelvan a enviar aquí a alguien, no hagan mala compañía; y todo lo que yo le di no valía cuatro maravedís. Y así partí, a eso de las diez horas, con el viento de Sudeste, y tocaba de Sur, para pasar a esta otra isla, la cual es grandísima, y donde todos estos hombres que traigo de *San Salvador* hacen señas que hay muy mucho oro, y que lo traen en los brazos en pulseras, y en las piernas, y en las orejas, y en la nariz y al cuello. Y había de esta isla de Santa María a ésta otra nueve leguas al Este-Oeste, y se corre toda esta parte de la isla Noroeste al Sudeste y parece que tendrá esta costa más de veintiocho leguas en esta faz, y es muy llana, sin montañas, así como aquellas de San Salvador y de Santa María, y todas sus playas sin rocas, salvo que como en todas hay algunas peñas cerca de tierra debajo del agua, por donde es menester abrir el ojo cuando se quiere anclar, o no anclar muy cerca de tierra, aunque las aguas son siempre muy claras y se ve el fondo. Y, desviado de tierra dos tiros de lombarda, hay en todas estas islas tanto fondo que no se puede llegar a él. Son estas islas muy verdes y fértiles, y de aires muy dulces, y puede haber muchas cosas que yo no sé, porque no me quiero detener para calar y quiero andar muchas islas para hallar oro. Y puesto que éstos dan así estas señas de que lo traen a los brazos y a las piernas, y es oro porque les enseñé algunos pedazos del que yo tengo, no puede errar que yo lo halle donde nace, con la ayuda de Nuestro Señor. Y estando a medio golfo de estas dos islas, es decir de la de Santa María y de esta grande, a la cual pongo por nombre *Fernandina*, hallé a un hombre sólo en una almadía, que se pasaba de la isla de Santa María a Fernandina, y traía un poco de su pan que sería tanto como el puño, y una calabaza de agua, y un pedazo de tierra bermeja hecha polvo y después amasada, y unas hojas secas que debe ser cosa muy apreciada entre ellos, porque ya me las trajeron en San Salvador como presente, y traía un cestillo a su guisa en que tenía un ramalejo de

cuentecillas de vidrio y dos blancas, por las cuales conocí que venía de la isla de San Salvador y había pasado de allí a la de Santa María y ahora se pasaba a la Fernandina, el cual se llegó a la nao; yo lo hice entrar, que así lo demandaba él, y le hice poner su almadía en la nao, y guardar todo lo que él traía; y le mandé dar de comer pan y miel, y de beber; y así le pasaré a la Fernandina, y le daré todo lo suyo, para que dé buenas nuevas de nosotros, para que placiendo a Nuestro Señor, cuando Vuestras Altezas envíen acá, que aquellos que vinieren reciban honra, y nos den todo lo que hubiere."

XVIII

Las islas afortunadas

Martes, 16 de octubre.

"Partí de las islas de Santa María de la Concepción, que sería ya cerca de mediodía, para la isla Fernandina, la cual parece ser grandísima al Oeste, y navegué todo aquel día con buen tiempo; no pude llegar a tiempo de poder ver el fondo para anclar en limpio, porque hay que tener gran diligencia en esto para no perder las anclas; y así temporice toda esta noche hasta el día, que vine a una población, donde anclé y donde había venido aquel hombre que hallé ayer en aquella almadía a medio golfo, el cual había dado tantas buenas nuevas de nosotros, que toda esta noche no faltaron almadías a bordo de la nao, que nos traían agua y de lo que tenían. Yo a cada uno le mandaba dar algo, como cuentecillas de vidrio en un hilo y algunas campanillas de latón que valen en Castilla un maravedí cada una, y algunas agujas, de que todo tenían en grandísima excelencia, y también les mandaba dar para que comiesen cuando venían a la nao miel de azúcar; y después a horas de tercia envié el batel a tierra por agua y

ellos de muy buena gana le enseñaban a mi gente dónde estaba el agua y ellos mismos traían los barriles llenos al batel y se alegraban mucho de agradarnos. Esta isla es grandísima y tengo determinado rodearla, porque según puedo entender, en ella o cerca de ella hay minas de oro. Esta isla está a ocho leguas de la de Santa María al Este-Oeste casi, y este cabo adonde yo vine, y toda esta costa se corre Nornoroeste y Sud-sudoeste, y vi bien veinte leguas de ella, más ahí no acaba. Ahora escribiendo esto di la vela con el viento Sur para navegar alrededor de toda la isla, y hacer todo lo posible para llegar a *Samoet*, que es la isla o la ciudad donde está el oro, que así lo dicen todos éstos que aquí vienen en la nao, y nos lo decían los de las islas de San Salvador y de Santa María. Esta gente es semejante a la de dichas islas y tienen la misma habla y costumbres, salvo que éstos parecen algún tanto más doméstica gente por el trato y por lo sutiles, porque veo que han traído a la nao algodón y otras cositas, que saben regatear mejor el pago que lo hacían los otros; y aun en esta isla vi paños de algodón hechos como mantillos, y la gente más dispuesta, y las mujeres traen por delante de su cuerpo una cosita de algodón que escasamente les cobija su natura. Es una isla muy verde y llana y fertilísima, y no pongo duda que todo el año siembran panizo y lo cosechan y así todas otras cosas; y vi muchos árboles muy distintos de los nuestros y muchos de ellos que tenían las ramas de muchas maneras y todo en un pie, y un ramito es de una manera y otro de otra, y tan diferentes que es la mayor maravilla del mundo cuánta es la diversidad de una manera a la otra, verbigracia, un ramito tenía las hojas a manera de cañas y otro a manera de lentisco; y así en un solo árbol de cinco o seis de estas maneras; y todos tan diversos; y éstos no están injertados, porque se podría decir que el injerto así lo hace, pero los indígenas no se curan de ello y lo que lo hace son los montes. No se les conoce secta ninguna y creo que muy presto se tornarían cristianos, porque son de muy buen entender. Aquí son los peces tan diferentes a los nuestros, que es maravilla. Hay algunos parecidos a los gallos de los más finos colores del mundo, azules, amarillos, colorados y de todos los colores,

y otros pintados de mil maneras; y los colores son tan finos, que no hay hombre que no se maraville y no tome gran descanso al verlos. También hay ballenas; bestias en tierra no vi ninguna de ninguna manera, salvo papagayos y lagartos; un mozo me dijo que vió una gran culebra. No vi ni ovejas ni cabras ni ninguna otra bestia; aunque yo he estado aquí muy poco tiempo, que fué sólo medio día, mas si las hubiese no podría errar de ver alguna. El contorno de esta isla lo escribiré después que yo la hubiere rodeado.”

Miércoles, 17 de octubre.

“A mediodía partí de la población donde estaba anclado y donde tomé agua para ir a dar la vuelta a la isla Fernandina y el viento era Sudoeste y Sur; y como mi voluntad era de seguir la costa de esta isla desde donde yo estaba hacia el Sudeste, porque así se recorre toda de Nornoroeste a Sudsudoeste y quería llevar dicho camino de Sur y Sudeste porque hacia aquella parte todos los indios que traigo y otro de quien tuve referencias dicen que en esta parte del Sur está la isla que ellos llaman Samoet, donde está el oro; y Martín Alonso Pinzón, capitán de la carabela *Pinta*, en la cual yo mandé a tres de estos indios, vino a mí y me dijo que uno de ellos, muy claramente, le había dado a entender que por la parte del Nornoroeste daría más rápidamente la vuelta a la isla. Yo vi que el viento no me ayudaba por el camino que yo quería llevar, y era bueno por el otro y di la vela al Nornoroeste y cuando estuve cerca del cabo de la isla, a dos leguas, hallé un muy maravilloso puerto con una boca, aunque se puede decir que eran dos, porque tiene un islote en medio, y son ambas muy angostas, y dentro muy ancho para cien navíos si fuese profundo y limpio, y profunda la entrada; parecióme razón mirarlo bien y hacer sondeos y así anclé fuera y fuimos con todas las barcas de los navíos y vimos que no había fondo. Y como pensé cuando lo vi que sería la desembocadura de algún río, había mandado llevar barriles para tomar agua, y en tierra hallé unos ocho o diez hombres que

luego vinieron hacia nosotros y nos mostraron allí cerca la población, donde yo envié la gente por agua, una parte con armas y otra con barriles, y así la tomaron; y como era algo lejos me detuve por espacio de dos horas. En este tiempo anduve por los bosques que era la cosa más hermosa de ver que nunca se haya visto; viendo tanto verdor en tanto grado como en el mes de mayo en Andalucía, y los árboles todos son tan distintos a los nuestros como el día de la noche; y lo mismo las frutas, y lo mismo las hierbas y las piedras y todas las cosas. Verdad es que algunos árboles eran de la naturaleza de otros que hay en Castilla, pero así y todo había gran diferencia, y los otros árboles de otras maneras eran tantos que no hay persona que lo pueda decir ni comparar a otros de Castilla. Toda la gente era igual a los otros ya dichos, de las mismas condiciones, y lo mismo desnudos y de la misma estatura y daban de lo que tenían por cualquier cosa que les diesen; y aquí vi que unos mozos de los navíos les trocaron azagayas por unos pedazos de escudillas rotas y de vidrios, y los otros que fueron por el agua me dijeron que habían estado en sus casas y que eran por dentro muy barridas y limpias y sus camas y paramentos de cosas que son como redes de algodón; las casas son todas a manera de alfaneques y muy altas y con muy buenas chimeneas; mas no vi entre las muchas poblaciones que vi ninguna que pasase de doce o quince casas. Aquí hallaron que las mujeres casadas traían bragas de algodón, las mozas no, salvo algunas que eran ya de edad de dieciocho años. Y ahí había perros mastines y branchetes, y encontraron a un hombre que tenía en la nariz un pedazo de oro que sería como la mitad de un castellano, en el cual vieron letras; reñí yo con ellos porque no se lo rescataron y dieron cuanto pedía, por ver de qué moneda se trataba, y ellos me contestaron que no se habían atrevido. Después de tomada el agua, volví a la nao, y di la vela, y salí rumbo al Noroeste tanto que yo descubrí toda aquella parte de la isla hasta la costa que se corre Este-Oeste, y después todos estos indios tornaron a decir que esta isla era más pequeña que la isla de *Samoet* y que sería bien volver atrás para llegar a ella más presto. Luego el viento se calmó y comenzó a ventear del

Oestenoroeste, que era contrario para donde habíamos venido, y en vista de ello di la vuelta y navegué toda esta noche pasada al Estesudoeste, unas veces al Este y otras a Sudoeste y esto para apartarme de la tierra, porque había mucha cerrazón y el tiempo estaba muy cargado; el viento era escaso y no me dejó llegar a tierra para anclar. Así que esta noche llovió muy fuerte después de medianoche hasta casi el día, y aun está nublado para llover; y estamos al cabo de la isla de la parte del Sudeste, donde espero anclar hasta que aclarezca para ver las otras islas donde tengo que ir. Lo mismo ha ocurrido todos los días desde que estoy en estas Indias, ha llovido poco o mucho. Crean Vuestras Altezas que es esta tierra la mejor y la más fértil, y templada y llana, y buena que haya en el mundo.”

Jueves, 18 de octubre.

“Después que amaneció seguí el viento y fuí en derredor de la isla cuanto pude y anclé al tiempo que ya no era de navegar, mas no fuí a tierra y cuando amaneció di la vela.”

Viernes, 19 de octubre

“Al amanecer levanté las anclas y envié la carabela *Pinta* al Este y al Sudeste y la carabela *Niña* al Sudoeste y yo con la nao fuí al Sudeste y di orden que llevasen aquel rumbo hasta mediodía, y después que ambas cambiasen la derrota y se recogieran hacia mí; y antes de haber andado tres horas vimos una isla al Este, hacia la cual nos dirigimos y llegamos a ella los tres navíos antes de mediodía a su punta Norte, donde hay un islote y un arrecife cerca de ella al Norte y otro entre éste y la isla grande, la cual llamaron estos hombres de *San Salvador*, que yo traigo, la isla *Samoet* y a la cual puse el nombre de la *Isabela*. El viento era Norte y dicho islote quedaba en derrota de la isla *Fernandina*, de donde yo había partido, Este-Oeste, y se corría después la costa desde el islote al Oeste, y había en ella doce leguas hasta un cabo, al

cual llamé *Cabo Hermoso*, que está del lado del Oeste; y así es, hermoso, redondo y muy hondo, sin bajos en sus alrededores y al comienzo de piedra y bajo, y más adentro es playa de arena como casi toda la costa: allí anclé esta noche del viernes hasta por la mañana. Toda esta costa y la parte de la isla que vi es casi toda playa y la isla más hermosa que he visto; que si las otras son muy hermosas, ésta lo es más; tiene muchos árboles y muy verdes y muy grandes; y esta tierra es más alta que las de las otras islas halladas y en ella hay algún altillo, que aunque no se le pueda llamar montaña, hermosea lo otro y parece que en el medio de la isla hay mucha agua; en esta parte al Nordeste hace una gran angla y tiene muchas arboledas, muy espesas y muy grandes. Yo quise ir a surgir en ella para saltar a tierra y ver tanta hermosura, mas había poco fondo y no podía anclar como no fuese lejos de tierra, y el viento era muy bueno para ir a ese cabo, adonde surgí ahora y al cual puse el nombre de *Cabo Hermoso*, porque lo es; y es así cómo no anclé en aquella angla, porque desde allí vi este cabo tan verde y tan hermoso, así como las otras cosas y tierras de esta isla que no sé adónde ir primero, ni me canso de ver tan hermosas verduras y tan diversas de las nuestras y aun creo que hay en ella muchas hierbas y muchos árboles que valen mucho en España para tinturas y para medicinas de especiería, mas yo no los conozco, lo cual me causa mucha pena. Y al llegar a este cabo vino un olor tan bueno y suave de flores o árboles de la tierra, que era la cosa más dulce del mundo. De mañana antes de que me vaya de aquí, iré a tierra a ver qué hay aquí en el cabo; no hay población, salvo más adentro, donde dicen los hombres que yo traigo que está el Rey, el cual tiene mucho oro; y yo de mañana quiero ir hasta que halle la población y vea o haya lengua con este Rey, que según éstos dan la seña, señorea todas estas islas comarcanas, y va vestido, y trae sobre sí mucho oro; aunque no doy mucha fe a sus decires, tanto por no entenderlos bien como por darme cuenta de que ellos son tan pobres de oro que por poco que traiga este Rey les parece a ellos mucho. Este que yo llamo *Cabo Hermoso* creo que es la isla apartada de Sa-

moet y aun hay otra entremedias pequeña; yo no curo de ver tanto por menudo, porque no lo podría hacer en cincuenta años y porque quiero ver y descubrir lo más que pueda para volver al lado de vuestras Altezas, Dios mediante, en abril. Verdad es que hallando donde haya oro y especias en cantidad me detendré hasta que tenga de ello todo lo que pueda y por eso no hago más que andar para ver de topar con ello."

Sábado, 20 de octubre.

"Hoy al salir el sol levanté anclas de donde estaba surgido con la nao en esta isla de *Samoet* hacia el cabo del Sudoeste al que llamé *Cabo de la Laguna* y a la isla la *Isabela*, para navegar al Nordeste y al Este de la parte del Sudeste y Sur, donde entendí de estos hombres que yo traigo que estaba la población y su Rey; y hallé tan bajo el fondo que no pude entrar ni navegar y vi que siguiendo el camino del Sudoeste era un rodeo muy grande y por eso determiné no volver por el camino que yo había traído del Nornordeste de la parte del Oeste y rodear esta isla para reconocerla, el viento me fué tan escaso que no pude llegar a tierra a lo largo de la costa hasta por la noche; y como es peligroso surgir en estas islas, como no sea de día en que se ve dónde se echa el ancla, me puse a temporizar a la vela toda esta noche del domingo. Las carabelas surgieron porque se hallaron en tierra temprano y pensaron que a sus señas, que había costumbre de hacer, iría a surgir, mas no quise."

Domingo 21 de octubre.

"A las diez horas llegué aquí a este cabo del islote y surgi y asimismo las carabelas; y después de haber comido fuí a tierra, adonde aquí no había más población que una casa, en la cual no hallé a nadie y creo que habían huído por temor, porque en ella estaban todos los aderezos de casa. Yo no dejé tocar nada y me fuí con los capitanes y gente a ver la isla,

que si las otras ya vistas son muy hermosas y fértiles y verdes, ésta lo es mucho más y con grandes arboledas y muy verdes. Aquí hay unas grandes lagunas y sobre ellas y a su alrededor hay unas arboledas que es maravilla y aquí y en toda la isla son todas verdes y las hierbas como en abril en Andalucía; y el cantar de los pajaritos, que parece que el hombre nunca se querría ir de aquí, y las manadas de los papagayos obscurecen el sol; y aves y pajaritos de tantas maneras y tan diferentes de los nuestros que es maravilla; y además hay árboles de mil formas y todos con su fruto y todos huelen que es maravilla, que yo tengo la mayor pena del mundo por no conocerlos, porque estoy bien cierto que todos son cosa de valía, por lo cual llevo muestras de ellos y de las hierbas. Andando así alrededor de una de estas lagunas vi una serpiente, la cual matamos y llevo el cuero a Vuestas Altezas. La serpiente cuando nos vió se echó al agua y nosotros la seguimos dentro porque no hay mucha profundidad, hasta que con lanzas la matamos; es de siete palmos de largo; creo que en esta laguna hay muchas iguales. Aquí encontré el áloe y mañana he determinado de hacer llevar a la nao diez quintales, porque me dicen que vale mucho. También, andando en busca de buen agua, fuimos a una población muy cerca, a media legua de donde estoy surto; y la gente de ella cuando nos sintieron dieron todos en huir, y dejaron las casas y escondieron su ropa y lo que tenían por el monte; yo no dejé tomar nada, ni lo que valiese un alfiler. Después se acercaron a nosotros unos hombres y uno se llegó del todo y yo le di unos cascabeles y unas cuentecillas de vidrio y se quedó muy contento y muy alegre y para que la amistad creciese más y los requiriese algo le hice pedir agua y ellos después que fui a la nao vinieron con sus calabazas llenas y se alegraron mucho de dárnosla y yo les mandé dar otro ramalejo de cuentecillas de vidrio y dijeron que mañana volverían. Yo quería llenar aquí todas las vasijas de los navíos de agua y además si el tiempo me da lugar luego partiré a dar la vuelta a la isla hasta que haya lengua con este Rey y ver si puedo conseguir el oro que trae y después partir para otra isla mucho más grande que creo que debe de ser *Cipango*,



5.—PARTIDA DEL PUERTO DE PALOS.

Cuadro de A. Gisbert. (Foto Ruiz Vernacci.)



6. — LOS REYES CATOLICOS RECIBEN A COLON EN BARCELONA
A SU REGRESO DE AMERICA.

Cuadro de R. Balaca. (Foto Ruiz Vernacci.)

según las señas que me dan estos indios que yo traigo, a la cual ellos llaman *Colba* (1), en la que dicen que hay naos y muchos marcantes y desde esa isla a otra que llaman *Bosio* que también dicen que es muy grande, y las que están en el camino las veré de pasada y según yo hallaré recaudo de oro o especias determinaré lo que he de hacer. Mas todavía tengo determinado ir a la tierra firme y a la ciudad de *Guisay* y dar las cartas de Vuestras Altezas al *Gran Kan* y pedir respuesta y venir con ella."

XIX

El desembarco en Cuba

Sin embargo, el rey que decían que residía en el interior de la isla no apareció. Sus súbditos parecían muy pobres. Por otro lado, a causa del viento y de la lluvia era difícil dar la vuelta a la isla, según se habían propuesto. Por consiguiente, Colón mandó cargar la madera de áloe y el 24 de octubre zarpó hacia el Sudoeste. Era en esa dirección donde estaba, según decían los indígenas, la grande y rica isla de Cuba, que seguramente era Cipango (Japón). Después de varios rodeos por islas más pequeñas que se hallaban al pasar, Colón se encontró el 28 de octubre delante de una costa que se extendía a lo lejos de Sudeste a Noroeste. La desembocadura de un río ofrecía un puerto seguro y allí se ancló. Colón llamó a ese puerto San Salvador, pero los historiadores no han podido identificar con exactitud el sitio donde desembarcó. Parece, sin embargo, que fué en las cercanías del puerto actual de Nipe, al Noroeste. Con las ceremonias de costumbre, Colón bautizó la isla con el nombre de Juana, en honor del infante Don Juan. La jerarquía, pues, había sido respetada en los nombres dados a las islas: primero, el Sal-

(1) Cuba.

vador; luego, la Virgen, el rey, la reina, y por fin, el príncipe heredero.

El nuevo país daba, como los demás, una impresión de fertilidad y de belleza mágicas. La exuberancia tropical de los palmerales sobrepasaba todo cuanto Colón había visto hasta entonces, y las montañas de Cuba le recordaban a Sicilia. A la vista de los barcos y a la llegada de los extranjeros los indígenas huyeron, espantados, a los bosques. En las chozas abandonadas aún había fuego en los hogares. Por todas partes había pertrechos de pesca: redes de cordel o de fibra de palmera, anzuelos o arpones de hueso, todo ello confeccionado con cuidado y habilidad. Dentro de las chozas, limpias y cubiertas con corteza de palmera, hasta encontraron muebles y objetos de arte rudimentarios, como estatuas de madera con cara femenina y caretas esculpidas que servían quizá para fines religiosos. Pájaros domesticados volaban alrededor de las chozas, y por el pueblo vagabundeaban perros que no emitían ningún sonido, pues no podían ladrar. Vivía allí una reducida población trabajadora que, según las deducciones de Colón, se dedicaba a la pesca en gran escala y la iba a vender al interior. Por consiguiente, no lejos de allí debía haber una ciudad importante.

Cuando al día siguiente los barcos remontaron otro río situado más al Noroeste, los hechos confirmaron tal suposición. Los indios que iban a bordo, muy a sus anchas, en su papel de intérpretes y de guías, aseguraron que serían necesarios veinte días para dar la vuelta a la isla, pero que en diez días podrían llegar al continente. Según decían, muchos barcos del Gran Kan frecuentaban aquellos puertos y atemorizaban a los indígenas, y por eso éstos huían en cuanto veían a los españoles.

Después de haber discutido mucho tiempo con los indios respecto a sus afirmaciones contradictorias, Martín Pinzón fué al encuentro del almirante y le expuso la situación. Según él, todo estaba aclarado; lo que habían creído hasta entonces que era la isla de Cipango era en realidad el Continente que se buscaba y Cuba la más cercana gran ciudad. Por otra parte, era preferible no preguntar allí demasiado por el

Gran Kan, pues parecía que estaba en guerra con el rey de aquella provincia.

Estas deducciones coincidían tanto con las observaciones del almirante, con sus ardientes deseos y con todo el programa del viaje, que Colón se dejó convencer de que ya había pisado el suelo del continente asiático y de que se hallaba a algunos cientos de millas de las ciudades de Zaitún o de Quinsay, señaladas en el mapa de Toscanelli. Cipango era sin duda alguna de las islas que habían dejado atrás. Semejante suposición fué corroborada por el hecho de que el 30 de octubre, al tomar la situación, sufrieron un error (a no ser que Las Casas se equivoque). Explicaba el pánico de los indígenas el robo de esclavos a que sin duda se entregaban por aquellos parajes los barcos del Gran Kan.

Lo que más prisa corría, por consiguiente, era ponerse en contacto con el mismo Gran Kan o con el príncipe de la provincia donde se había desembarcado. Pero era difícil realizar ningún plan sin entrar en relaciones con los indígenas. Uno de los marineros que había estado en Guinea y que había llevado a cabo con éxito diligencias parecidas, que encerraban algún peligro, se ofreció a ir al encuentro de los indígenas. Pero los indios que debían acompañarle y servirle de intérpretes pusieron una condición: el almirante los llevaría después a su patria, Guanahani. Seguían manifestando un gran miedo supersticioso al oír hablar del Gran Kan.

El 1.º de noviembre, al amanecer, Colón mandó dos botes a tierra, pero los marineros no encontraron a nadie. Habían recibido orden expresa de no tocar nada en las chozas. Esperaron unos momentos y vieron a un indio que parecía estar observando a los extranjeros desde lejos. Éstos, de acuerdo con las instrucciones recibidas, volvieron a embarcar y regresaron a los buques. Por la tarde los indígenas parecieron haber dominado su temor y algunos se aventuraron a salir cerca de la playa. Ya no huyeron cuando un bote volvió a acercarse y uno de los indios que venían en él les llamó; no debían temer nada, los españoles eran gente pacífica, que no tenían nada que ver con el Gran Kan y que iban repartiendo por todas partes magníficos regalos. Luego se tiró al agua y

fué a nado hasta la costa. Dos nativos le tomaron del brazo y lo llevaron a una choza. Allí le interrogaron concienzudamente, y al poco tiempo la playa se llenó de hombres desnudos y morenos. De las malezas que rodeaban la ribera sacaron muchas embarcaciones, las botaron al agua y pronto se entabló una competición para ver quién llegaba primero a los barcos.

Los salvajes contaban hacer cambios con los extranjeros. Ya habían enviado al interior mensajeros encargados de anunciar la llegada de los barcos maravillosos a un rey que vivía a cuatro días de marcha. Dentro de tres días esperaban la llegada de mercaderes, a quienes podrían vender lo que hubiesen recibido de los barcos. Ocultaron su decepción al ver que sus deseos no podrían verse satisfechos, pues sólo disponían de algodón y baratijas sin valor, y el almirante había prohibido todo comercio en que no se pagase con oro, y los indígenas no tenían "nucay", que así llamaban al oro. Sólo uno de ellos llevaba como adorno en la nariz una barrita de plata. En general eran seres dulces y pacíficos que, una vez confiados, se hallaban a sus anchas en los barcos de los extranjeros y no se cansaban, como si fuesen niños, de admirar y tocar todas aquellas maravillas que no podían menos de venir del cielo.

¿Convenía esperar la llegada del rey o de los mercaderes? De todos modos, era mejor ir a la residencia de ese monarca, aunque no fuese un potentado de los más considerables. El almirante no podía dejar la flota. Por consiguiente, mandó a dos hombres como embajadores: Rodrigo de Jerez y Luis de Torres, judío converso que sabía el hebreo, el caldeo y algo de árabe, idiomas que facilitaban las relaciones en los puertos de Levante. Eran portadores de regalos para el rey y una carta de recomendación de Sus Majestades españolas dirigida a los soberanos extranjeros, expresando el deseo de entrar en relaciones amistosas. También llevaban muestras de especies para ver si las había en el país y cuentas de cristal y otras bagatelas que cambiarían por alimentos. Colón les recomendó que de un modo especial se enterasen de la situación geográfica, de las fronteras, de las distancias que había entre las provincias y las ciudades, de los ríos y de los

puertos. Les dió también una lista de los nombres que ya conocía. Uno de los indios intérpretes y un habitante de la aldea de pescadores los escoltaban. Debían estar de vuelta al cabo de seis días.

Mientras tanto, Colón hizo atracar los barcos, uno tras otro, para calafatear. Recorrió personalmente los alrededores con el fin de orientarse y de conocer los productos de valor del país. Pero los espesos bosques de que estaban cubiertas las colinas impedían ver desde ellas grandes extensiones. Los canelos que un marinero de la *Pinta* decía haber visto no eran más que una ilusión. Allí no había más que mamey, árbol cuyo fruto tenía un sabor parecido al de la castaña, y muchos algodóneros. No se veían cultivos por parte alguna. Todo estaba entremezclado en abundancia salvaje: la primavera y el otoño, las flores y los frutos se juntaban en el mismo árbol. Como en las otras islas, encontraron también áloes y lentiscos mucho más hermosos que los que Colón había visto en Chío durante uno de sus viajes por el Mediterráneo. Los indios empleaban la resina para los dolores de estómago.

Cuando enseñaron a los indios pimienta y canela, dijeron que encontrarían grandes cantidades de ambas especias hacia el Sudeste, y cuando vieron oro y perlas indicaron la misma dirección; allí se llevaban esos adornos en la nariz, en las orejas, en el cuello, en los brazos y en las piernas. Pero nadie se atrevía a ir por aquellas tierras habitadas por caníbales de un solo ojo y una boca de perro, que cortaban la cabeza a todo el mundo y bebían sangre. La palabra "Bohío" se repetía constantemente en sus relatos; era el nombre de una isla o de una provincia donde había todos los objetos preciosos que se anhelaban. Colón decidió buscar aquella tierra de promisión en el caso en que el informe de los mensajeros no fuese muy favorable y no coincidiese con las afirmaciones de Marco Polo. Por consiguiente, dejaría el camino del Noroeste. En cuanto a los caníbales, se les reduciría, suponiendo que no se tratase de una leyenda.

El 6 de noviembre, en la fecha convenida, los enviados regresaron y dieron cuenta de su expedición. Después de andar doce millas habían llegado a un pueblo de unas quince

grandes chozas y de unos mil habitantes que recibieron a los desconocidos viajeros muy solemnemente. Los dos españoles fueron conducidos a la mayor de las chozas. Les hicieron sentar allí, y todos los hombres de la aldea se acomodaron en el suelo a su alrededor. El intérprete indio pronunció entonces un discurso ponderando, entre otras cosas, la bondad de los extranjeros. Torres intentó en vano sostener una conversación en hebreo, en caldeo o en árabe. Luego los hombres hicieron sitio a las mujeres, pues también ellas querían enterarse. Hombres y mujeres se apiñaban alrededor de los mensajeros para besarles las manos y los pies, creyendo que bajaban del cielo. Pasaban constantemente las manos por la barba y la ropa de los españoles para convencerse de que tenían ante ellos hombres de carne y hueso.

¿Había allí pimienta o canela? No, no la había, pero la encontrarían más lejos, en el Sudeste. No hacía falta preguntar por el oro, las perlas y los vestidos de seda, pues todos andaban desnudos y parecían tan pobres como los pescadores de la costa. Pero se apresuraron a traer cuantos alimentos tenían para ofrecerlos a sus huéspedes. Plantaban mamey y recolectaban algodón, con el cual hacían redes y hamacas. En las casas vieron grandes cantidades de algodón en bruto, hilado o trabajado. Los emisarios no vieron ningún cuadrúpedo, salvo los perros mudos. En cambio, vieron gansos, perdices y pájaros en abundancia. Los indígenas no habían oído hablar nunca de Zaitún, ni de Quinsay, ni de Catay, y tampoco conocían al Gran Kan.

Los dos españoles visitaron después otros pueblos que sólo se componían de algunas chozas construídas en medio de los bosques. Como no había indicios de ciudad alguna, volvieron por donde habían ido, aunque los habitantes del pueblo grande les suplicaban que se quedasen algunos días con ellos. La mayoría de los indios querían irse al cielo con los españoles, pero éstos no lo permitieron. Sólo el jefe con su hijo y algunos servidores los acompañaron hasta los barcos. Colón le interrogó durante mucho tiempo respecto al país y sus habitantes. Con gusto hubiese llevado a España a un indígena, que evidentemente era más inteligente que los demás y que

parecía prestarse al viaje; pero al anochecer empezó a sentirse molestó en la proximidad de los barcos, y se despidió diciendo que volvería al día siguiente, sin que lo volvieran a ver. Hubiese sido imprudente retenerlo a la fuerza, porque los barcos estaban varados en la playa para calafatear.

Contaron también los emisarios que habían encontrado por el camino indígenas que llevaban en la mano algo parecido a un pedazo de madera medio calcinado; era hojas arrolladas que chupaban hombres y mujeres. El obispo Las Casas, que encontró esa nota en el diario del almirante, añadió por su cuenta: "Son plantas secas que están envueltas en una hoja ancha, también seca, como los caramelos que se regalan a los niños en España por Pascua de Pentecostés. Se las enciende por una extremidad, se chupan y se viene como a beber el humo aspirando. Eso embriaga, duerme y refresca a la vez. Se llama tabaco. Muchos españoles lo emplean también, y cuando les he reprochado esa costumbre salvaje, me han contestado que era imposible prescindir de ese placer en acostumbrándose a él. No llego a comprender qué provecho se saca de eso."

De manera que el único resultado de la embajada al jefe indio fué el de dar a conocer por primera vez a los europeos el tabaco y comunicarles ese hábito (o vicio) nuevo.

XX

Martín Pinzón se va por su lado

Ya estaban los barcos calafateados, pero la calma duró aún algunos días. Hasta el 12 de noviembre Colón no se pudo hacer a la mar. La víspera había hecho retener a bordo cinco jóvenes indios, para tener gente del país que le enseñase el camino, que le sirvieran también como intérpretes y a quienes más tarde poder llevarse a España. Era la mejor manera de establecer contacto entre los futuros funcionarios

del gobierno y los habitantes de todas aquellas islas. Esto parecía un problema más fácil de resolver que en Guinea, pues los cubanos hablaban poco más o menos el mismo idioma que la gente de Guanahaní, mientras que cada tribu negra hablaba distinto dialecto y no comprendía el de la tribu vecina.

La experiencia de los barcos negreros portugueses demostraba a Colón que los hombres arrancados a la fuerza de su país no se aclimatan si no es con mujeres. Colón tomó, pues, siete mujeres y muchachas de la costa de Cuba; una de ellas estaba casada y tenía tres hijos. Durante la noche, el marido fué a bordo con toda la familia y pidió con tanta insistencia que le dejaran ir, que el almirante accedió. La experiencia había enseñado que las mujeres se prestaban más para aprender el idioma que los hombres. Eran más habladoras y sostenían con gusto conversaciones con los españoles, mientras que los hombres se mostraban más taciturnos.

Colón no quería seguir navegando hacia el Norte mientras no tuviese informes precisos respecto al Gran Kan. Temía que el invierno lo sorprendiese en aquellas regiones. Si sus instrumentos, que en verdad parecían haberse descompuesto un tanto, no le engañaban, se encontraba mucho más al Norte de lo que había creído hasta entonces. Era imposible saber si por aquel lado la tierra no le obstruiría el camino. Según él, Cuba era una península que salía del continente asiático hacia el Sudeste. Si se quedaba en el Sur y la bordeaba, seguramente encontraría otro camino hacia la ciudad de Zaitún, que en el mapa de Toscanelli se encontraba al Sur. En resumen, la finalidad de su viaje era ponerse en relación con el Gran Kan.

Además, hacia el Sudeste estaba el país o la isla de Bohío. Cuando se pronunciaba esa palabra, los intérpretes daban pruebas de un verdadero terror: allí estaba la muerte segura; los caníbales les devorarían irremisiblemente. Donde también se encontraría oro, hasta en mayor cantidad, era en la isla de Babeca. Esta isla se encontraba directamente hacia el Este y estaba mucho más cerca; allí los indígenas se reunían durante la noche y a la luz de las antorchas y con grandes martillos trabajaban el oro. Fué entonces cuando por primera vez el

almirante oyó pronunciar la palabra "Caniba", que en seguida le hizo pensar en el Gran Kan; se trataba, sin duda, de súbditos suyos. Colón no creía en los antropófagos; esos caníbales eran sin duda una población menos tímida, más inteligente, más guerrera y más civilizada que las que habían encontrado hasta entonces; y que debía recorrer las costas haciendo prisioneros que se llevaría como esclavos, lo cual originaría la leyenda de los antropófagos. ¿No habían acusado a los españoles y a él mismo de caníbales porque retenían a bordo a algunos indígenas? Sin embargo, como Martín Pinzón no cesaba de hablarle de la isla de Babeca que estaba llena de oro, Colón acabó por consentir en que se intentase llegar allá. Los cubanos que habían sido hechos prisioneros últimamente habían sido alojados en la *Pinta*. Cuando Martín Pinzón les enseñaba el oro, siempre empezaban a gritar "Babeca" y señalaban hacia el Este; pero tenían tanto miedo a esa región como la gente de Guanahani.

Las corrientes marinas y los vientos fueron tan desfavorables, que, dos días después, los barcos tuvieron que regresar a las costas de Cuba, y hasta el 20 de noviembre Colón navegó luchando constantemente con la tempestad y las olas. En vez de avanzar, empujado hacia atrás y hasta arrastrado en dirección Norte, volvió a encontrarse en los alrededores de la Isabela. Hubiese anclado con gusto allí, pero Guanahani estaba muy cerca, y temía que los intérpretes aprovecharan la ocasión para huir, pues sentían mucha nostalgia de su aldea. Habían seguido a bordo de buen grado hasta entonces, pues creían, al parecer, que les dejarían irse una vez que hubiesen conducido a los españoles a una costa rica en oro. Algunos de los cubanos de la *Pinta* habían conseguido escapar el 17 de noviembre en forma inexplicable. Al parecer, Pinzón no les había guardado bien.

El 20 de noviembre, el almirante tuvo que convencerse de que su proyecto de ir a Babeca era irrealizable y optó por abandonarlo. Por consiguiente, dió orden de permanecer en las cercanías de la costa de Cuba, donde en caso de tempestad era fácil encontrar un puerto, al mismo tiempo que se dirigían hacia el Sudeste, camino de la misteriosa tierra de Bohío.

Sin embargo, el capitán de la *Pinta* no pareció dispuesto a obedecer. Avanzó, dejando atrás a los demás barcos, y tomó rumbo al Este, con la firme resolución de llegar a la isla de Babeca contra viento y marea. Las afirmaciones de los indios habían excitado su codicia y le habían hecho perder la cabeza. Pinzón mandaba un barco que no le pertenecía y que estaba cargado de bienes suministrados por la corona. Además tenía que someterse a las órdenes del almirante y había prometido obedecerle. No cabe duda de que su ambición se había despertado desde hacía mucho tiempo y de que la entusiasta amistad del principio hacia Colón se había cambiado en irritación recíproca como consecuencia de más de un desacuerdo. ¿Se hubiese podido llevar a cabo la empresa sin él? ¿No había pagado la *Niña* con su dinero? Las posibilidades que tenía de salvar ese capital hasta ahora eran muy remotas. Esa busca del Gran Kan que obsesionaba al almirante no daba ningún resultado. Podía prescindirse de semejante potentado.

Pinzón no sólo no quería tener pérdidas, sino que también quería demostrar al almirante lo que era capaz de hacer. Los cubanos debían saber a qué atenerse, y Pinzón olvidaba que las aseveraciones de los indios habían sido siempre desmentidas por los hechos y que los indígenas siempre estaban obsesionados por el deseo de retener a los barcos en las proximidades de su patria, con el fin de escapar en cuanto se les presentase la ocasión. Pero Pinzón tenía ahora tal seguridad de estar en lo cierto, que se decidió a ir por su cuenta y riesgo a Babeca.

El 21 de noviembre, la *Pinta* desapareció en el horizonte hacia el Este, y por más que Colón mandó hacer señales luminosas durante toda la noche, al día siguiente tampoco se la vió. ¿Volverían a encontrarse con la *Pinta*? Se podía esperar cualquier cosa de Pinzón, ahora que se había vuelto a apartar del camino señalado, dando pruebas de su espíritu de rebeldía y de desafío. No era posible esperarle allí. La *Pinta* podía naufragar en la costa de Babeca y, por otra parte, si Pinzón deseaba reunirse al barco del almirante, sabía dónde lo podía encontrar. No había otra cosa que hacer, como no fuese seguir navegando hacia el Sudeste, a lo largo de las costas de

Cuba, según las órdenes recibidas por los tres barcos. Entonces se vería si Pinzón había infringido las órdenes de su jefe para tomar un camino más corto, o si se había emancipado por completo de la autoridad del almirante.

La desertión de Pinzón colocaba a Colón precisamente en la situación que había querido evitar al incorporar la *Niña* a la expedición: su flota sólo se componía ahora de dos barcos, lo que restringía mucho su libertad de acción. Si naufragaban, era de suponer lo que sucedería a toda la expedición.

Colón redobló, por consiguiente, la prudencia y continuó su camino, pero a veces no se atrevía a acercarse a la costa por temor a poner en peligro los barcos. Los indios se impacientaban cada día más al ver a los buques alejarse hacia el Sudoeste, y su temor no carecía de razón. El día 27, cuando quisieron atracar en el cabo Campana, en las cercanías de una gran aldea, los indígenas dieron pruebas de enojo y quisieron atacar a los extranjeros. Algunos españoles, armándose de valor, saltaron de los botes y llegaron a tierra, dirigiendo palabras tranquilizadoras a los indios; pero éstos se fueron, se negaron a tratar con ellos, y la aldea quedó vacía. Desde los barcos se veían nubes de humo en varias partes, lo que sin duda eran señales para avisar a los demás habitantes de los alrededores.

Cuando, dos días después, los españoles se aventuraron a visitar una de las aldeas abandonadas, notaron que en los montantes de las puertas había varios canastos de mimbre. Al acercarse, vieron que cada uno contenía una cabeza humana bien empaquetada.

Colón procuró tranquilizar a su gente explicándole que eran seguramente las cabezas de jefes difuntos que habían estimado mucho y que se conservaban en esa forma para honrar su memoria. Aquel día consiguieron alcanzar a un anciano a quien su edad impedía huir con la misma velocidad que los demás y le volvieron a soltar cargado de regalos para sus convecinos. Pero en todas las partes en que aparecían los barcos, y los marineros bajaban a tierra en busca de agua y de madera o para colocar una cruz en señal de posesión, los indios no se dejaban atraer por regalos. Aunque la población

de aquellas regiones era muy densa, como lo probaban las numerosas aldeas y los campos bien cultivados, todos se dejaban dominar por el pánico en cuanto veían a los españoles.

La casualidad permitió que el 3 de diciembre se encontrasen con los cubanos. Un temporal obligó a los barcos a anclar en una bahía, y Colón aprovechó la ocasión para visitar la región con algunos compañeros. En la playa vieron unas piraguas muy bonitas, y al penetrar bajo los árboles descubrieron una especie de taller de carpintería en el cual estaba a medio construir una piragua. Se quedaron sorprendidos ante la prolijidad del trabajo, así como al ver unas muy hermosas esculturas que adornaban la embarcación.

Los españoles subieron a una colina, y de repente se encontraron ante una aldea indígena, construida sobre una gran planicie cubierta de campos y de jardines. Los habitantes recibieron una gran sorpresa al ver a los extranjeros llegar por aquel lado y huyeron como locos hacia los bosques. Pero Colón se había hecho acompañar por uno de los indios, y éste consiguió calmar a aquella gente, y cuando les enseñaron bolas de vidrio abigarrado, anillos de cobre y otros adornos, algunos se acercaron y parecieron tomar confianza. Estaban tan desnudos y tan pobres como los habitantes de la costa. No llevaban adornos de oro, sino lanzas con la punta endurecida al fuego. Colón compró algunas.

Pero en vista de que una creciente multitud se reunía alrededor de aquellos pocos españoles, Colón juzgó prudente retirarse. Un número considerable y algo intranquilizador de indios los siguió, y, cuando hubieron subido a los botes en la ribera, uno de los indios entró en el agua, se acercó a la popa de la embarcación y pronunció un discurso que el almirante tomó por un saludo. Los que se habían quedado en la playa acompañaron con gritos las palabras de su jefe; luego éste levantó hacia el cielo una mano amenazadora. Colón seguía sin desconfiar de nada, pero de repente vio que el intérprete indio se ponía blanco como la nieve y temblando de miedo trataba de hacerle comprender que aquello era una declaración de guerra y que querían matarlos a todos.

Entonces Colón cogió una ballesta que uno de los marineros tenía lista, enseñó el arma a los indios y les dió a entender que tenía largo alcance y que podría matarlos a todos con ella. Luego sacó su puñal e hizo un gesto amenazador, en vista de lo cual todos los indios huyeron. Colón remontó en su bote el río que desembocaba en la bahía, y esta temeridad pareció impresionar a los indios. Luego atracó cerca de una aldea, y los indígenas se acercaron con intenciones más pacíficas.

“Me acerqué a ellos y les di algunos bocados de pan. Les pedí las flechas, y en cambio les regalé a unos campanillas, a otros adornos de metal y a otros perlititas de cristal. De este modo todos se tranquilizaron, se acercaron a los botes y nos dieron todo cuanto tenían, pues deseaban obtener regalos. Los marineros habían matado una tortuga cuya caparazón hecha pedazos estaba en el bote. Los grumetes les daban pequeñísimos trozos, y los indios les entregaban un puñado de flechas. Son hombres como los que había visto ya antes. También creían que habíamos venido del cielo. Daban en seguida todo cuanto tenían por cualquier cosa, sin quejarse de que era poco. Creo que sucedería lo mismo con el oro y las especias si las tuviesen. He visto una bonita casa con dos puertas, pues todas son así. Entré en ella y me encontré con una obra admirable: techos hechos en una forma que no puedo describir y de los cuales cuelgan conchas y otras cosas. Creyendo que se trataba de un templo, los llamé y les pregunté por señas si oraban. Me contestaron que no, y uno de ellos quiso darme todo lo que había allí, de lo cual tomé algo.”

Los indios de esta región no eran, pues, tan cobardes, tan inofensivos como los del Oeste y de las demás islas. En todo caso, no ignoraban que algunos de sus iguales que estaban de visita en los barcos extranjeros no volvieron a ser vistos. Este primer encuentro con los indios enemigos había terminado bien, pero era conveniente no volver a alejarse imprudentemente de los barcos.

El 5 de diciembre, Colón llegó al extremo de Cuba. La costa doblaba entonces hacia el Sur y parecía prolongarse luego hacia el Sudoeste. Era menester tomar una determina-

ción. No se había vuelto a saber nada de la *Pinta* desde su desaparición.

Si Colón continuaba hacia el Sur a lo largo de la costa de Cuba, y daba la vuelta de ese país que creía era una península, con la esperanza de descubrir el continente mismo, ello era renunciar a la posibilidad de volver a reunir a los tres barcos. En caso de que la *Pinta* no regresase, no habría manera de alcanzar la meta principal de la expedición, o sea la visita al Gran Kan. Colón se decidió, pues, a ir a Babeca con el objeto de alcanzar a la *Pinta*. Pero de nuevo los vientos y la tempestad parecieron haberse conjurado para impedir que llegasen a Babeca, y tuvo que renunciar a ese nuevo intento. En tales circunstancias no le quedaba más remedio que seguir una línea recta en la dirección en que quizá lo buscase Pinzón. Otra gran isla apareció al Este, y se dirigió hacia allá.

El 6 de diciembre de 1492 llegó a Haití, a la cual llamó La Española. Según decían los indios, aquél era el terrible país llamado Bohío. Los indígenas manifestaron tal terror, que no se podía contar con ellos para entablar relaciones con los que decían eran caníbales. Colón permaneció un día en un puerto al que llamó San Nicolás; navegó por la costa occidental de la isla que acababa de descubrir; luego se dirigió hacia el Norte y más tarde hacia el Este a lo largo de la costa septentrional. Si no se encontraba a la *Pinta*, el regreso era inevitable.

Los dos barcos pasaron de un cabo al otro, haciendo minuciosas exploraciones en aquellas aguas desconocidas, sin encontrar rastros de la *Pinta*, y, en vista de que por la mañana del 7 de diciembre se desencadenó una tempestad con lluvias torrenciales, el almirante dió orden de ir a anclar, en espera de que mejorase el tiempo, en un gran puerto que llamó Puerto de la Concepción.

XXI

Altas personalidades a bordo

La lluvia y los vientos contrarios obligaron a Colón a permanecer hasta el 16 de diciembre en el Puerto de la Concepción. Era una buena oportunidad para explorar los alrededores y entablar relaciones con los indígenas, que parecían tan salvajes y desconfiados como los cubanos de la última escala. Ninguna de las siluetas morenas que se veían deslizarse a lo lejos se acercó a la ribera a saludar a los extranjeros. Algunos indios que estaban al acecho, cuando vieron a los españoles acercarse desaparecieron en las profundidades de la selva virgen. Se hacían señales con humo durante el día desde las montañas y en la obscuridad de la noche brillaban fuegos cual ojos de fantásticos animales de presa.

Campos bien cultivados se extendían hasta muy cerca del puerto, pero algunas chozas que había allí estaban deshabitadas. Las aldeas debían estar en el interior. El miedo que experimentaban los indios que acompañaban al almirante ¿se debía a otras causas que al deseo de regresar pronto a sus casas? Aquella selva virgen, inmensa y silenciosa, que cubría los valles y se extendía por las laderas de las montañas como un océano de verdor, ¿escondía verdaderamente en sus profundidades los monstruos que hacían temblar y palidecer a los pacíficos indios de San Salvador?

Emisarios armados que el día 10 y el día 11 de diciembre se internaron a algunas millas de la bahía no encontraron más que hogares abandonados y una vegetación exuberante, atravesada, sin embargo, por anchos caminos que conducían hacia el interior. El día 12, Colón hizo levantar una gran cruz en la entrada oriental de la bahía, en señal de toma de posesión. Luego envió a tres hombres para que se apoderasen de algunos indígenas por astucia o por fuerza. Aquéllos encontraron un grupo de indios, pero sólo pudieron alcanzar a

una mujer a la que sus compañeros habían dejado atrás. Era joven y hermosa, y llevaba en la nariz un pequeño adorno de oro. Sus temores se desvanecieron cuando se encontró en el barco del almirante con los cubanos que hablaban su idioma. Colón le dió ropa, perlas de cristal, anillos y campanillas de hojalata; luego la hizo volver a su aldea escoltada por tres indios y tres marineros. Éstos regresaron a medianoche; no se habían atrevido a acercarse a la aldea de la mujer; pero, según contaron, la india se había interesado tanto por los barcos, que hubiese regresado muy gustosa con ellos. No había puesto dificultad alguna para enseñarles el camino de su aldea, y había que esperar al día siguiente numerosos visitantes del país, pues así lo había prometido la joven.

El almirante tenía grandes deseos de conocer las riquezas de la isla y de entablar amistad con sus habitantes. Para invitarlos a reconocer su soberanía, envió otra embajada a la aldea, compuesta por nueve hombres en cuya habilidad confiaba, acompañados de un intérprete. Después de varias horas de marcha, los españoles llegaron a una aldea de más de mil chozas, pero, en cuanto les vieron, los habitantes huyeron precipitadamente al bosque cercano. El intérprete corrió detrás de ellos gritando que no tenían que temer nada, que los extranjeros no venían de Caniba, sino del cielo, y que traían regalos maravillosos. Estas palabras produjeron efecto. Al poco rato, cerca de dos mil salvajes rodeaban a los españoles y les tocaban la cabeza, aunque con cierto temor, en señal de amistad. El intérprete seguía hablando, y cuando hubieron dominado por completo su miedo corrieron hacia sus chozas y regresaron cargados de cuantos alimentos tenían, entre otras cosas, pescado y pan hecho con tubérculos de ñame, que cultivaban en gran cantidad.

Cuando el intérprete les dijo que el almirante de los barcos en los cuales venían los blancos tenía deseos de un pagayo, trajeron un gran número de estos pájaros y los distribuyeron generosamente. Si los blancos querían pasar la noche allí, les darían otras muchas cosas que irían a buscar a la montaña. Luego llegó un gran grupo de indios que traían en triunfo a la mujer que había estado a bordo. Su marido se

encontraba entre ellos, y todos dieron pruebas de agradecimiento por los regalos que habían recibido del almirante. En una palabra, los españoles quedaron encantados de la generosidad y de la bondad de aquellos indios que, según aseguraron al almirante, parecían mucho mejores y más dignos de confianza que todos cuantos indígenas habían visto hasta entonces; eran también más hermosos, lo mismo las mujeres que los hombres; entre las mujeres había dos cuya cara era tan blanca, que cualquiera las hubiese tomado sin duda por españolas.

Este relato pareció un poco exagerado a Colón, que ya estaba muy escarmentado de los indios. No por eso dejó de escuchar complacido lo que contaban sus gentes respecto a la belleza y fertilidad de la isla, su riqueza en flores y en frutos, en lentiscos, áloes y algodonereros, en pájaros, pescado y aguas cristalinas que regaban los valles. No había comparación con ninguna de las provincias de España. ¿Y el oro? En verdad no lo habían visto, pero ¿qué más podía esperarse de tan rápida visita?

Sin embargo, esperaron en vano la llegada de los indios, y cuando Colón, dos días después (el día 14 había ido él mismo hacia el Norte, a la isla de la Tortuga), intentó remontar en bote el río cerca del cual estaba situada la aldea, los pocos indígenas que vio huyeron atemorizados.

Colón zarpó el día 16 antes de amanecer y se dirigió hacia la salida del puerto empujado por un fuerte viento del Este. Entonces vio una piragua en la que iba un indígena que fué izado con su piragua a bordo, pues había marejada. Hizo los regalos de costumbre a aquel hombre, perlas de vidrio, campanillas y anillos de hojalata, y lo llevó hasta frente a una aldea situada cerca de la ribera y que parecía recién construída, pues las chozas eran todas nuevas. Allí ancló Colón. El indio remó hasta tierra y fué a contar, loco de contento, lo que le había sucedido.

En aquella aldea ya habían oído hablar de la bondad de los extranjeros llegados en grandes barcos, y al poco rato centenares de indígenas acudieron a la playa. Uno de ellos, más valiente que los demás, subió a bordo; pronto lo siguió otro,

y, momentos más tarde, todos se fueron aproximando a nado por grupos. No traían regalos, pero algunos llevaban en las orejas y en la nariz pepitas de oro que entregaron gustosos. Colón se cuidó de que fuesen bien recibidos, considerándolos ya, según dice en su diario, como súbditos de Sus Majestades españolas y como futuros cristianos. Cuando se enteró de que su rey estaba en la playa, le envió un regalo que fué recibido con toda solemnidad.

El rey era un joven de unos veinte años. Tenía a su lado a su anciano preceptor y a otro consejero; ambos le informaban y contestaban por él, pues no abrió más que raras veces la boca. Uno de los indios que Colón mandó a tierra dijo al monarca que los cristianos que estaban en aquellos barcos habían venido del cielo, que buscaban oro y que con ese fin se dirigían a Babeca. "Muy bien, contestó el rey, allí hay mucho oro", e indicó al español que le había traído el regalo en qué dirección tenía que ir. Los barcos podrían llegar en dos días, y caso de que necesitasen productos de su país, los ponía con gusto a su disposición. El rey y todo su séquito, hombres y mujeres, iban completamente desnudos, sin que ninguno pareciese tener vergüenza de ello. Si hubiesen estado vestidos y protegidos de la intemperie, no se hubiesen distinguido de los españoles por el color de su piel. Eran más fornidos que los indios de las otras islas y su voz era armoniosa. No se observó que tuviesen ninguna clase de religión.

Por la tarde, el rey subió a bordo del buque almirante. Colón le recibió con todos los honores que correspondían a su jerarquía y le hizo explicar que era enviado por los reyes de Castilla, los príncipes más poderosos de la tierra. Pero ni el rey ni los indios que servían de intérpretes le quisieron creer. Estaban firmemente convencidos de que los extranjeros bajaban del cielo y que el reino de Castilla no estaba en este mundo. Colón hizo servir platos europeos a su invitado. Éste no probó más que un bocado de cada uno y el resto lo dió a sus consejeros. La visita se realizó en forma tan amistosa, que Colón quedó convencido de que un destacamento español con "un teniente y diez hombres" bastaría para reinar, por decirlo así, sobre toda la isla. Aquella noche escribía en su

diario: "Los indígenas parecen hechos para dejarse dirigir y entregarse a los trabajos del campo o cualquier otro. Aquí sólo hace falta construir ciudades, acostumbrar a la gente a ir vestida y hacerles conocer nuestras costumbres."

Al día siguiente, el viento impidió también que se continuase navegando. El almirante hizo que se pescase con red, y los indios ayudaron muy gustosos a los marineros. Luego envió a la aldea a su representante con un secretario y algunos más. Éstos consiguieron obtener, a cambio de perlas, varias placas de oro que les dió el cacique, el cual les enseñó una chapa de oro tan grande como la palma de la mano, con ánimo de venderla. Pero cuando iba a iniciarse el trato, se metió de repente en su choza y cortó la chapa en pedazos. Volvió con un trozo que vendió, volvió por otro, y así sucesivamente, entrando y saliendo en su choza a cada venta. Cuando lo hubo vendido todo, dió a entender que iría a buscar más oro y que lo llevaría al día siguiente al barco.

Este cacique parecía ser un hombre muy poderoso. En efecto, aquella tarde atracó una gran piragua que venía de la isla de la Tortuga con cuarenta hombres. Los habitantes de la aldea que se encontraban en la playa formaron en seguida un amistoso círculo a su alrededor. Entonces el cacique se levantó y con voz amenazadora ordenó a los recién llegados que volviesen a su piragua. Luego cogió unas cuantas piedras y las tiró al agua. Los forasteros le escucharon en profundo respeto y se fueron. El cacique puso también una piedra en la mano del representante de Colón para que la tirase al agua, pero éste se negó, no comprendiendo lo que aquello significaba. Aquella invitación a tomar parte en un acto indudablemente oficial era seguramente una prueba de honor por parte del cacique hacia el almirante.

Aquel día se encontró algún fundamento a los temores de los intérpretes indígenas. Los marineros vieron en la aldea flechas con una punta muy afilada y endurecida al fuego. Les dijeron que aquellas flechas eran las que usaban los caníbales y también les enseñaron algunos hombres con grandes cicatrices que parecían mordeduras de los antropófagos. Al oír este relato el almirante movió la cabeza incrédulo.

El 18 de diciembre, día de la Virgen, Colón hizo engalanar los barcos con gallardetes, escudos y colgaduras de variados colores, y se hicieron salvas. Como no soplaba viento, todavía no podía zarpar. Claro que también le habían hablado del misterioso cacique que había quedado en traer oro. Seguramente que la cantidad no sería muy grande, pues no era probable que hubiese allí minas de oro, pero al menos quizá podría enterarse de dónde salía.

En las primeras horas de la mañana vinieron a anunciarle que el rey había salido al amanecer para su residencia, que se encontraba a unas cinco millas de allí. Cuando, por la tarde, Colón mandó a preguntar a la aldea dónde estaba el cacique, le contestaron que el rey había vuelto con cuatro servidores y escoltado por doscientos hombres. Acababa de sentarse el almirante a la mesa en el castillo de popa, cuando su morena Majestad se acercó al barco con todo su séquito. "Cuando el rey subió a bordo, dice el almirante, yo estaba comiendo en el castillo de popa. Sé dirigió hacia mí a grandes pasos, sin darme tiempo a ir a su encuentro ni a levantarme siquiera, y me obligó a que continuase mi comida. Creí que le agradaría probar nuestros alimentos e hice servirle de comer. Cuando entró en el castillo de popa hizo señas a todos los que le seguían que esperasen afuera. Obedecieron en el acto con mucho gusto. Se sentaron todos en el puente, excepto dos hombres de edad avanzada que me parecieron ser su consejero y su intendente. Éstos se sentaron a sus pies. El rey sólo comía un bocado de los alimentos que le hacía servir y el resto lo daba a sus acompañantes. Lo mismo hizo con las bebidas, que sólo llevaba a sus labios y las daba luego a los demás. Todo esto lo hacía con maravillosos modales y con pocas palabras. Éstas, según lo que pude entender, estaban llenas de prudencia y de cordura. Los otros dos personajes seguían con la vista todos sus movimientos, hablaban por él o le contestaban con el mayor respeto. Después de la comida, un escudero trajo un cinturón cuya hechura recordaba a los de Castilla. Me lo regaló, como también dos placas de oro forjado muy finas. Creo que aquí no hay mucho oro, por más que esté cerca el país donde lo hay en gran cantidad.

"Noté que un adorno de mi cama le gustaba y se lo regalé, como también unos muy hermosos trozos de ámbar que yo llevaba al cuello, unos zapatos colorados y un frasco de agua de azahar. Se puso tan contento, que era una maravilla. Tanto él como su intendente y sus consejeros lamentaban muchísimo que no nos pudiésemos comprender. A pesar de ello, se que me dijo que, si algo de aquí me gustaba, toda la isla estaba a mi disposición. Mandé a buscar una cadena de la que colgaba una moneda de oro con la efigie de Sus Altezas. Se la enseñé y volví a decirle que Sus Altezas gobernaban y reinaban sobre lo mejor que había en el mundo y que no había príncipe más grande. Le enseñé los estandartes reales y los otros que llevan una cruz. Los admiró con mucha consideración. "¡Qué grandes señores deben ser Sus Altezas que le han enviado desde tan lejos, desde el cielo!", decía a sus consejeros refiriéndose a mí. Muchas otras cosas sucedieron, las cuales no entendí, pero me daba cuenta de que lo tenían por maravilloso."

El rey no se fué hasta la noche, y el almirante lo hizo llevar en su bote y dió orden de que hiciesen una salva. Una vez en la playa, el rey se subió a su litera y se fué con sus doscientos hombres. Un alto dignatario le precedía con los regalos recibidos; algunos pasos detrás, otro funcionario real llevaba al pequeño príncipe heredero sobre sus hombros. El que cerraba la marcha, según contó un marinero que presencié el desfile del cortejo, era el hermano del rey; iba a pie, pero se apoyaba en el brazo de dos cortesanos que iban a su lado. Una gran cantidad de indígenas corrían detrás de ellos. Por expresa orden del rey, los marineros, hasta el último de los grumetes, fueron tratados en todas partes con toda clase de honores y obsequiados con generosidad.

Más tarde, el hermano del rey fué también a hacer una visita al almirante y recibió los regalos de costumbre, como perlas de cristal, etc. Colón se enteró por él que el joven príncipe también se llamaba cacique en la lengua de los indígenas. Por consiguiente, el rey y el prudente cacique, cuyo regreso se había esperado en vano, eran la misma persona.

XXII

El buque almirante encalla

Un viejo indio del séquito del rey (o cacique) dió al almirante indicaciones tan claras y alentadoras respecto a la proximidad y a la riqueza fabulosa de ciertas islas situadas hacia el Este, que Colón ya no tuvo sosiego. De buena gana hubiese llevado por la fuerza al viejo hablador para que le sirviese de guía, pero temió arriesgarse con semejante acto a perder la amistad de un rey que tenía tanto poder en aquellos parajes. Por consiguiente, el 19 de diciembre zarpó. Pero al poco tiempo el viento del Este se convirtió en tempestad, y los barcos apenas pudieron salir del brazo de mar que separaba la isla de Haití de la de la Tortuga. Tuvieron que volver a refugiarse en uno de los excelentes puertos que abundan en la costa septentrional de Haití, cuyo número causaba al virrey gran alegría, pensando en la administración futura de sus nuevas posesiones. El puerto en que los barcos anclaron hasta el 23 de diciembre era tan grande, que Colón lo llamó "mar de Santo Tomás", cuya fiesta se celebraba el 21 de diciembre.

Colón mandó reconocer con botes toda la costa. La noticia de la milagrosa llegada de los habitantes del cielo se había propagado por todas partes y por doquier acudían los indígenas a su encuentro, llenos de confianza desde que se había disipado el temor que les daba el aspecto de aquellos extranjeros que llevaban vestidos y sombreros. Traían todo cuanto tenían: pan, que hacían con la raíz del ñame y que llamaban "ajes", pescado, agua potable, plantas, granos y hasta papagayos, sin exigir nada a cambio de todo eso. Hasta daban por bagatelas los pocos trocitos de oro que tenían y que tanto estimaban los extranjeros.

En estas expediciones siempre tomaba parte el secretario de la flota o algún representante del almirante, que vigilaba

y ponía gran cuidado en que cada regalo tuviese su compensación, pues la codicia y la falta de escrúpulos de los marineros sobrepasaban todos los límites; si les hubiesen dejado por su cuenta habrían tomado todo lo que les ofrecían sin pagar nada en cambio. Ellos eran los conquistadores, los nuevos amos, y las hermosas indias les ponían en un estado de excitación tal, que eran de temer lamentables violencias. Contrariamente a las demás islas en que las mujeres eran celosamente ocultadas a la mirada de los extranjeros, aquí gozaban de una libertad excepcional, tomando parte en los trabajos del campo y siendo las primeras en llevar víveres o en invitar a los visitantes para que se quedasen en la aldea. En general reinaba allí la monogamia, y únicamente el jefe tenía un harén con numerosas esposas, que no podían pasar de veinte. Para Colón todos aquellos indígenas eran ya súbditos de la corona de España y piadosos cristianos, cuya salvación le importaba más, como virrey, que la grosera satisfacción de sus necesidades viriles. Por consiguiente, prohibió que se molestase a los indios y que se les diese motivo de queja.

Cuando los españoles iban a tierra, les conducían a las aldeas, les obsequiaban y les hacían regalos. Los indígenas les llevaban en hombros para cruzar los campos o los ríos, y cuando los blancos se despedían se oían grandes lamentos, no querían dejarlos marchar y les suplicaban que se quedasen. Les escoltaban a nado hasta los barcos, y flotillas de piraguas iban y venían constantemente. Hombres, mujeres y niños subían al puente, no sin mostrarse llenos de secretos temores. Los jefes enviaban emisarios o iban ellos mismos a rendir homenaje al almirante, y no se presentaban nunca sin regalos, como víveres, granos de los que extraían cierta bebida, o trocitos de oro. Hasta llevaron un día a bordo gansos cebados.

Los indígenas de aquel lugar eran muy hermosos y fuertes. Aunque para protegerse del sol, pues iban completamente desnudos, untaban su piel morena con colores brillantes y a veces espantosos. Aquellos inocentes hijos de la Naturaleza observaban una forma de vivir ordenada y burguesa. Los campos estaban admirablemente cultivados, y las guerras debían

ser tan raras que hasta carecían de las armas más primitivas. En los diferentes distritos, que sólo comprendían una aldea con sus alrededores y la playa que estaba frente a ella, reinaban jefes o caciques que gozaban de un prestigio real y cuyos más insignificantes gestos equivalían a una orden.

La isla estaba al parecer dividida en diminutos Estados donde las penas y los dolores eran desconocidos. La fertilidad del suelo era extraordinaria, y la carencia de necesidades de los indígenas les permitía vivir en armonía con sus vecinos, igualmente pacíficos. Sólo de cuando en cuando se oía hablar de salvajes sanguinarios que venían a asolar la costa y se comían a sus prisioneros. Era la única nube negra en el cielo azul de su feliz existencia. No tenían idea de la propiedad ni del valor de la fuerza, y sólo se servían de ella para satisfacer su afición al juego. Desconociendo la religión, encontraron maravillosos los relatos que les hicieron los extranjeros, por medio de los intérpretes, de un Dios de los cristianos que vivía en el cielo y de los diferentes santos. Los españoles habían levantado en varios sitios grandes cruces, ante las que el cura de a bordo celebraba la misa al aire libre, y cuando la tripulación masculaba oraciones o se persignaba, los indios no se quedaban atrás: imitaban fielmente los gestos piadosos que veían hacer, creyendo que con eso eran gratos a sus visitantes y sobre todo al poderoso almirante.

Uno de los jefes o caciques, llamado Guacanagari, que vivía en la costa más al Este, invitó con mucha insistencia al almirante, mandándole un cinturón artísticamente adornado con piedras incrustadas y huesos, del que colgaba a modo de escarcela una careta con los ojos, la nariz y la lengua de oro granulado. Colón envió a su secretario con una escolta, para agradecer al jefe su invitación y el regalo. Los emisarios fueron recibidos con especial atención en la capital del cacique, una aldea de mucha importancia. Trajeron de allí tejidos de algodón con que se vestían las mujeres — señal de una cultura bastante adelantada —, papagayos y pepitas de oro, y la noticia de la próxima visita de una multitud de indios ganosos de ver los barcos. Pero Colón tenía prisa por marcharse, ya que unos indígenas le hablaron de una mina de oro que

se encontraba en el mismo Haití, en un lugar llamado Cibao. El día 24 zarparon los barcos. No cabía duda de que Cibao era el anhelado Cipango que buscaban desde hacía tanto tiempo.

La *Santa María* y la *Niña* salieron, con un tiempo espléndido y una suave brisa del Oeste, de la gran dársena de Santo Tomás, rumbo al Este, hacia alta mar. Hacía dos noches que el almirante no se acostaba, a causa de ciertos quehaceres urgentes y de las numerosas visitas, muchas veces inoportunas, de los indígenas, y creyó llegado el momento en que podría descansar. El paso ya había sido sondeado por la tripulación al acompañar en bote por el mismo camino al cacique Guacanagari. Nadie creyó necesario recomendar más prudencia. El mar estaba tan tranquilo como un lago y la noche era de una dulzura sin igual. El timonel conocía bien su oficio; el segundo de a bordo estaba de guardia. No veía inconveniente en confiarles el barco durante algunas horas. A las once Colón ya estaba profundamente dormido.

El timonel esperaba que llegase ese momento. A efectos del cansancio del día, sus ojos se cerraban a pesar de sus esfuerzos. Aquella noche no era de temer la vigilancia que el almirante ejercía casi constantemente. Llamó, pues, en voz baja a un grumete, le dijo cómo tenía que llevar el timón y se fué a acostar en su camastro. El piloto de guardia no se dió cuenta de nada o no quiso darse por enterado, aunque semejante falta de disciplina era castigada enérgicamente. El incidente es una prueba de lo poco que Colón podía confiar en su tripulación. El mal ejemplo de Martín Pinzón había minado la autoridad del almirante, como éste comprobaba en varias ocasiones. Ello nos explica su constante inquietud. Era preciso estar alerta día y noche y hasta renunciar al descanso.

La corriente relativamente fuerte fué empujando a la *Santa María* hacia un banco de arena sobre el cual, a pesar de su gran calado, hubiese podido pasar con toda facilidad si la marea hubiera estado alta. La resaca era tan grande que se oía a una milla de distancia y de día se la hubiera podido ver. Pero el grumete no notó nada, la marea estaba baja, y en cuanto al hombre que estaba de guardia, sin duda

se había dormido también. El barco entró con tal suavidad en el banco de arena, que nadie lo advirtió. Hasta que el grumete se percató de que el timón estaba agarrotado no llamó al oficial de guardia, y como nadie le contestase, empezó a gritar presintiendo una desgracia.

Sus gritos despertaron al almirante, que fué el primero en llegar al puente. En seguida se dió cuenta de que el barco estaba hundido de costado en un banco de arena y a punto de zozobrar. El segundo de a bordo, que tan mal había hecho la guardia, acudió entonces seguido de toda la tripulación asustada por el toque a rebato y por los gritos de "¡Todos al puente!" ¿Había peligro de muerte? En la obscuridad nadie se podía dar exacta cuenta de lo sucedido y el pánico no tardó en apoderarse de todos los marineros. Colón dió inmediatamente la orden de echar al agua el bote de popa y de echar el ancla del barco mucho más atrás. Quizá tirando del barco por la popa se llegaría a moverlo y a desvararlo. El contra-maestre y los marineros bajaron a toda prisa el bote, largaron un ancla y, en vez de seguir cumpliendo las órdenes recibidas, se alejaron a fuerza de remos, sin preocuparse del almirante y de los demás, para ir a buscar refugio en la *Niña*, que estaba un poco más afuera. El capitán Vicente Pinzón se comportó como debía y no les dejó subir a bordo. Tuvieron que volver, pues, al barco encallado, en cuya ayuda acudía ya la lancha de la *Niña*.

Abandonar sin escrúpulos el barco en un momento de gran peligro es como entregar la bandera al enemigo, el mayor crimen que pueden cometer los marinos y los soldados. No había manera de obligar a los marineros a obedecer, ni de castigarlos, pues ello equivaldría a desencadenar la rebelión, cuyo camino había señalado Martín Pinzón. Colón tuvo que recurrir a toda su voluntad, a todo su orgullo, para ahogar la ira y la vergüenza y no perder la cabeza en tan críticos momentos. Antes de que llegase el bote de la *Niña*, ya estaba decidida la suerte de la *Santa María*. Colón intentó un postrer recurso: mandó abatir el palo mayor y aligerar el barco tirando al agua una parte de la carga. ¡Todo fué inútil! El barco estaba profundamente hundido en la arena; el agua

sólo mojaba su proa y ya no se notaba corriente alguna. El navío se inclinaba cada vez más sobre el costado. Luego las escotillas se abrieron, como para dejar entrar la próxima marea. No obstante, el barco, en general, quedó intacto. Como era noche cerrada y en la obscuridad no se podía calcular la extensión del banco de arena, no le quedó más remedio al almirante que trasladarse a la *Niña* y mandar que transportasen allí su equipaje, en espera del nuevo día.

Ya había mandado una delegación a tierra, en un bote, para comunicar al cacique Guacanagari la desgracia que había ocurrido y pedirle ayuda. La residencia del jefe estaba sólo a milla y media del lugar del siniestro. Cuando el cacique se enteró de lo sucedido se echó a llorar, según refirieron los mensajeros, y en seguida hizo llamar a todos los habitantes de la aldea para que tomasen parte en el salvamento. Cuando Colón, al amanecer, volvió al lugar del desastre y subió a bordo del barco encallado, una imponente flotilla de piraguas salía de la desembocadura de un río próximo y se dirigía hacia la embarcación naufragada para descargarla. Lo primero que se hizo fué despejar rápidamente el puente. El cacique, sus hermanos y sus parientes tomaron también parte en la faena y custodiaban la carga que se desembarcaba. Guacanagari había designado dos de las mayores chozas más próximas a la costa para que en ellas se albergasen los náufragos y sus bienes, y, mientras las desocupaban, hizo amontonar al aire libre, rodeados de guardianes, todos los objetos que su gente traía.

La rapidez con que el cacique acudió en auxilio de los españoles, sus cuidados y su honradez fueron tales, que toda la carga, hasta el último clavo, fué llevada a lugar seguro sin que se perdiere ni el objeto más insignificante. De vez en cuando enviaba a alguno de su séquito para consolar al almirante, pues éste, ante la magnitud de su desgracia, estaba desesperado y no podía contener las lágrimas. ¡Pero los indígenas le repetían constantemente que no se disgustase y que considerase como propio todo cuanto poseía Guacanagari! No es, pues, extraño que el almirante, al narrar en su diario los acontecimientos de aquella Nochebuena de 1492, no se cansase

de alabar la bondad, la honradez y la habilidad de sus salvadores, la eficacia de su organización, y la nobleza y la despierta inteligencia de su jefe. Colón llegó a afirmar que nunca en las costas de Europa hubiera podido desarrollarse semejante escena.

Los acontecimientos del día siguiente fueron importantes también. El cacique hizo una visita al almirante, que estaba hondamente preocupado por las consecuencias que podría tener la encalladura. El cacique puso a su disposición todas las piraguas y todos los hombres que pudiese necesitar, y si las dos casas no bastaban, Colón no tenía más que ordenarlo y se habilitarían otras. Mientras el cacique hacía estos ofrecimientos, una lancha forastera que venía de otra dirección se acercó a la *Niña*. Sus ocupantes no cesaban de gritar: "¡Chuk! ¡Chuk!", mientras levantaban sus brazos morenos y hacían brillar bajo el sol de la mañana pedacitos de oro. Lo que ellos llamaban "chuk" eran los cascabeles que regalaba Colón, que los indígenas apreciaban mucho, y que los forasteros querían comprar con su oro, a lo que el almirante no se negó, ni mucho menos.

El cacique Guacanagari, que presenció la escena, rogó al almirante, cuando la piragua se hubo retirado, que le guardase uno de aquellos cascabeles hasta el día siguiente, y que le traería a cambio muchas pepitas de oro; algunas de las cuales eran tan grandes como su mano. El almirante pudo disimular a duras penas su alegría y su sorpresa, y no dejó de extrañarse y alegrarse al saber por un marinero de que en tierra se estaban haciendo numerosos cambios de insignificantes baratijas por pedazos de oro de indudable valor y que los indígenas prometían traer más dentro de pocos días. Cuando el cacique se dió cuenta del agrado del almirante ante la perspectiva de un valioso botín de oro, le hizo comprender por señas que sabía dónde se encontraba aquel metal en grandes cantidades. ¡Que Colón estuviese tranquilo, pues tendría cuanto oro quisiese! En Cibao (otra vez volvía a oír esa palabra que el almirante confundía con Cipango) había tal cantidad de oro, que no se le daba valor alguno. En cambio, allí, en Bohío (era el nombre indígena de La Española), aunque tam-

bién lo había, como en la provincia de Caribata, no era tan abundante.

¡Ya no cabía ninguna duda! A pesar de todo, habían conseguido dar con el país del oro, buscado con tanto empeño. Si la indisciplina del timonel no les hubiese hecho varar en aquellas costas, hubiesen pasado por delante de ellas sin detenerse siquiera.

El cacique fué invitado a comer a bordo de la *Niña*. Luego Colón le acompañó a tierra, donde fué recibido solemnemente. Allí le obsequiaron con caza, mariscos, varias clases de legumbres, una gran variedad de frutas y una especie de pan que llamaban "Kasabi". El cacique comió con tanta distinción y con tanta pulcritud, que, según manifestaba Colón, se veía que era hombre de abolengo. Después de la comida permanecieron un gran rato de sobremesa; los servidores trajeron unas hierbas con las que el cacique se frotó las manos, sin duda para suavizar su piel, y agua para que Colón se lavase.

Luego el cacique llevó a su huésped a los bosques de palmeras que rodeaban su casa, y durante el paseo les daban escolta más de un millar de indios completamente desnudos; en cambio, el cacique llevaba puesta una camisa y unos guantes que Colón le había regalado; estaba loco de contento con los guantes.

Cuando llegaron a la playa, Colón mandó traer una ballesta turca y algunas flechas, y uno de sus hombres hizo una demostración de cómo se usaba. El cacique no era entendido en armas, pero admiró la destreza del tirador. También dió a entender que aquello era conocido de los canibas, llamados también caribes, que iban a veces por aquellos parajes a hacer prisioneros. Aquellos indios tenían también flechas y arcos, pero sin hierro, pues ese metal no era conocido en aquella comarca, donde sólo había oro y algo de cobre. Colón procuró hacerle comprender que llevaría a esos caribes, atados de pies y manos, a postrarse ante el rey de España y que los exterminaría. Con el fin de demostrarle que los españoles eran fuertes y su amistad deseable, hizo disparar un mosquete y un cañón. El poder de percusión del cañón produjo gran asombro al

cacique. En cuanto a sus valientes súbditos, el ruido del cañonazo les aterrorizó y todos se tiraron al suelo.

Al marchar el almirante fué obsequiado con una careta cuyos ojos y orejas eran de oro. El cacique adornó la cabeza y el cuello de su huésped con gran cantidad de trozos de oro, y los compañeros de Colón también recibieron su parte.

Cuando el almirante regresó aquella noche a la *Niña*, su corazón rebosaba intensa alegría. Aquello que por la mañana le sumiera en una desesperación inmensa, lo que le pareciera una desgracia irreparable, se había convertido, por la gracia de Dios, en una maravillosa felicidad. Un poder superior había hecho cambiar otra vez su sino. Ciertamente que el buque almirante yacía encallado en un banco de arena, pero detrás de él se extendía el país del oro, del oro que ya no creían encontrar. El pensar que no podría volver a España con toda su tripulación, puesto que sólo disponía de la *Niña*, había hecho llorar aquella mañana a Colón. Era preciso dejar allí una gran parte de su gente y proveerla de todo lo necesario, puesto que había de quedarse por lo menos un año. “Éste es un buen sitio — le había hecho entender el Señor —. ¡Construid vuestras casas aquí!” Pero él, hombre de poca fe, sólo entonces comprendió lo que aquellas palabras querían decir. ¡Había llegado a la meta, a la meta tan deseada!

XXIII

El primer establecimiento en el Nuevo Mundo

Al día siguiente (27 de diciembre) reinaba en la *Niña* una alegría inmensa. Al amanecer, Colón comunicó a la tripulación, reunida para oír misa, que estaba decidido a fundar el primer establecimiento español en el país del amable y generoso cacique Guacanagari, rico en oro, y a volver con la *Niña* y el resto de la tripulación a España para dar cuenta a Sus

Majestades del feliz resultado de la expedición. Dentro de un año a más tardar estaría de vuelta con una gran flota. Habían de hacerse cargo de que la *Niña*, el más pequeño de los tres barcos, no podía llevarlos a todos y, por lo tanto, parte de la tripulación tenía que quedarse. Se les confiaba una honrosa misión: como fieles y valientes servidores de Sus Majestades, tendrían que consolidar y extender la dominación española en aquel mundo que acababan de descubrir, procurar que la segunda expedición fuese bien recibida por todas partes y conseguir a cambio de las baratijas que aun quedaban la mayor cantidad de oro posible. Los víveres y los instrumentos y utensilios indispensables que les dejarían serían más que suficientes para un año y además la inagotable fertilidad de aquella comarca les proporcionaría cuanto necesitasen. Aquel mismo día se empezaría a construir una casa fortificada para resistir cualquier peligro y para auxiliar al cacique si los caribes o caníbales volvían a aparecer por aquellos parajes. En cuanto el fuerte se construyese, Colón se iría, pues ya no estaba tranquilo. De haber dispuesto de la *Pinta*, la hubiese enviado a España a reclutar más barcos y más hombres. Tal como estaban las cosas, no podía arrostrar la responsabilidad de exponer a su único barco a los peligros probables de nuevos viajes de descubrimiento. ¿Cuáles eran los marineros que estaban dispuestos a quedarse allí?

No había terminado de hacer esa pregunta y ya le contestaban gritos y aclamaciones entusiastas. Fueron tantas las manos que se levantaron, que el almirante tuvo que renunciar a elegir voluntarios. Sólo querían regresar aquellos a quienes con más fuerza les latía el corazón al pensar que pronto volverían a ver su patria. Cuando llegó el cacique aprobó con gran alegría la decisión del almirante y ofreció madera y lo que se necesitase, pero sufrió una gran decepción al saber que Colón se marchaba, pues le había cobrado gran afecto y ya había dado orden para que trajesen una cantidad de oro tal, que su amigo quedaría cubierto de él de pies a cabeza.

Cuando el cacique iba a retirarse, un indio llegó con la noticia siguiente: en un río, en la otra parte del país, habían visto un gran barco alado como el del almirante. No podía

ser más que la *Pinta*. El cacique envió a su encuentro una piragua en la que iba un marinero con los indígenas.

Todos los tripulantes libres de servicio en la *Niña* saltaron a tierra y empezaron inmediatamente a derribar árboles y a hacer excavaciones, dando así principio a la construcción del fuerte.

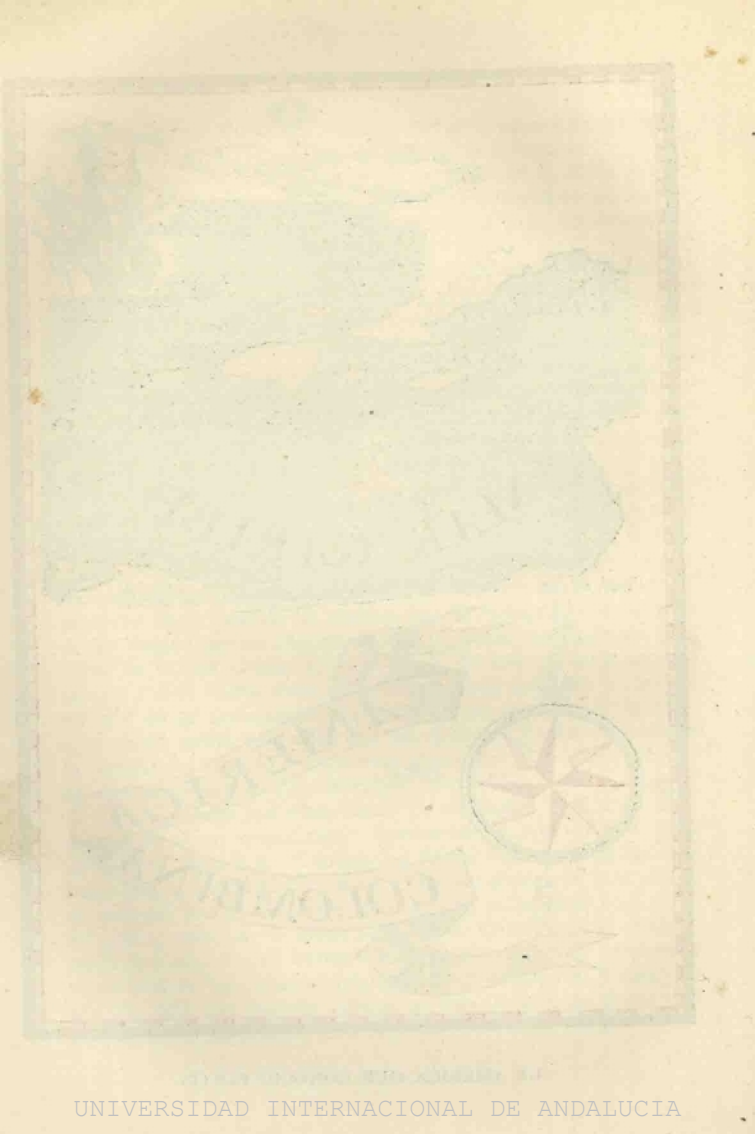
El probable regreso de la *Pinta* no variaba la resolución del almirante. No le cabía duda de que Pinzón estaba cruzando aquellos mares, si no había tenido ningún contratiempo; pero no se podía contar con él para nada. ¿Quién le garantizaba que estuviese dispuesto a obedecer las órdenes del jefe de la expedición? Tres días después, un indio vino a decir que había visto la *Pinta* en un puerto situado más al Este, pero el 1.º de enero regresó el marinero sin haber encontrado en parte alguna ni rastros del barco.

La repentina aparición de la *Pinta* y luego su desaparición sumieron al almirante en una inquietud que cada día fué en aumento. ¿Estaba Pinzón en viaje de regreso? ¿Pretendía volver antes que el buque almirante? Si no quería ser recibido en España como desertor, sería preciso inventar un pretexto para explicar el motivo que le indujera a separarse de los demás barcos. Aquello podía provocar un equívoco que haría de él, de Colón, el hazmerreír de sus antiguos adversarios. Colón había visto de cerca y observado con la aguda mirada de la desconfianza las cábalas de la corte, y de ningún modo podía consentir que un desertor llevase a España la noticia del triunfo e informase antes que él del feliz descubrimiento de tierras desconocidas.

Colón pasaba los días, desde la mañana a la noche, dirigiendo la obra. Guacanagari aprovechó la oportunidad para colmar de regalos a su amigo, en forma realmente delicada e ingeniosa. Cuando el día 28 se dirigía el almirante a la aldea, el cacique, que le vió venir desde lejos, no salió al encuentro de Colón, sino que se metió en su casa. Quien recibió al almirante fué uno de los hermanos del cacique, que lo acompañó hasta una de las casas ocupadas por los españoles, y una vez allí, le rogó que tomase asiento en una especie de trono que habían construido sobre una tarima.



LA AMÉRICA QUE CONOCIÓ COLÓN



Luego hizo anunciar la visita por un servidor, y el cacique acudió apresuradamente, fingiendo sorpresa. Ése era el resultado de su primer contacto con la etiqueta europea. Traía una joya de oro de gran tamaño, que puso al cuello de su amigo. Al día siguiente, le envió una gran careta de oro macizo y pidió en cambio una jofaina y una jarra.

El día 30 de diciembre, Colón fué a visitar al cacique en su residencia y allí encontró reunidos a otros cinco jefes, vasallos de Guacanagari. Como distintivo de su dignidad real cada uno llevaba un aro de oro ceñido a la cabeza. Todos accionaban con tanta mesura como si estuviesen en la corte de España. En aquella ocasión, Guacanagari acudió presuroso al encuentro del visitante y le ofreció su brazo para conducirlo hasta la casa de los españoles, y Colón tuvo que subir otra vez a la tarima; luego el cacique se quitó el aro de oro que se había puesto aquel día y lo colocó sobre la cabeza del almirante, honor que Colón interpretó como un reconocimiento voluntario de la autoridad española y al cual correspondió como procedía; se sacó del cuello una cadena con perlas y piedras de varios colores y se la puso al cacique; se despojó luego de su capa de terciopelo escarlata y la puso sobre los hombros de Guacanagari; hizo que le trajesen unos zapatos de vivos colores, y por fin le puso un gran anillo de plata en un dedo. Sabía por uno de los marineros que el cacique, al ver aquellos anillos, había manifestado un gran deseo de poseer uno. Guacanagari estaba radiante de felicidad. Dos de los jefes presentes entregaron al almirante una gran fuente de oro cada uno.

Durante la fiesta de despedida, que tuvo lugar el día 2 de enero, el almirante oyó decir a un confidente del cacique que éste le había ordenado que trajese durante los diez días siguientes todo el oro necesario para hacer una especie de estatua de tamaño natural del almirante.

Colón había notado, por otra parte y en varias oportunidades, que el cacique quería reservarse, como si fuese un secreto de Estado, el nombre del sitio en que se encontraban las minas de oro y que tenía mucho interés en que los trueques se efectuasen únicamente con él, evitando con ello el

contacto directo con las tribus vecinas. El 29 de diciembre un sobrino de Guacanagari había ido a bordo a visitar al almirante; era un joven inteligente y despierto que se dejó interrogar gustoso respecto a las minas de oro que había en el país. Colón apuntó cuidadosamente sus indicaciones y se las confió al comandante del fuerte. Más tarde supo que el joven había sido enérgicamente reprendido por su padre por haber hablado demasiado. Como hombre de Estado prudente, Guacanagari quería, aparentemente, reservarse para él y para su país la fuente de abundantes recursos que suponía el comercio del oro.

En pocos días, la ciudadela de los españoles quedó terminada. Era un blocao cuadrangular; en su parte alta tenía una torre rechoncha que sobresalía en medio de un patio rodeado de una sólida barrera de madera. Por las troneras asomaban las bocas de los cañones del barco encallado, con cuyos restos se había amueblado la casa. Al proceder al salvamento de la *Santa María*, había sido preciso arrancar hasta la armazón para llegar a los toneles de agua. El barco seguía en el mismo punto del banco de arena, abandonado, vacío y triste. Su depósito de víveres, las baratijas para los cambios y todas sus municiones habían sido almacenados en el sótano de la fortaleza. Había trigo para más de un año y parte de él se destinaría a la siembra; a las paredes fueron arrimados varios barriles llenos de carne salada, pescado seco, tocino, grasa, aceite, galleta, etc. Cajas más pequeñas contenían las especias necesarias, como sal, azúcar, pimienta y otras, y, además, algunas golosinas. La llave de ese recinto, lo mismo que la de la bodega, donde había una buena cantidad de toneles con vino de España, estaba en poder del jefe del fuerte. Por otra parte, los españoles ya se habían acostumbrado a los productos vegetales que constituían la base alimenticia de los indios.

Para guarnición del fuerte Colón eligió treinta y nueve hombres, cuya mayor parte había solicitado aquel puesto con una insistencia sospechosa: la perspectiva de aventuras y la sed de oro brillaban en sus ojos. Habían trabajado en la construcción de la ciudadela con extraordinario celo, como si esperasen con impaciencia el momento en que el almirante,

tan aficionado al orden y a la estricta disciplina, les volviese definitivamente la espalda y las velas de la *Niña* desapareciesen en el horizonte. Entre aquellos hombres estaban representados los oficios más necesarios: un carpintero, un tonelero, un calafate para la lancha, un buen artillero y un médico. Todos eran marinos consumados. Colón nombró comandante del fuerte a Diego de Arana, segundo jefe al chambelán real Pedro Gutiérrez, y como tercer oficial a su secretario, Rodrigo de Escovedo.

El 2 de enero de 1493 todo estaba listo, y el almirante fué a despedirse del cacique. Durante la comida de despedida Colón recomendó insistentemente, al jefe de los indígenas, que atendiese a sus tres oficiales y a sus hombres. Una vez terminada la comida, el almirante llevó a Guacanagari, que estaba muy emocionado por la despedida, a presenciar la última y aparatosa parada militar. Hizo tirar unos cuantos cañonazos desde el fuerte sobre la *Santa María*; los proyectiles penetraron en el casco del barco y una gran cantidad de agua se elevó a gran altura; luego la tripulación hizo un simulacro de combate con ballestas y mosquetes. Era menester que Guacanagari conociese y temiese el poder de las armas españolas para que apreciase el valor de la alianza. Colón le repitió por medio de los intérpretes que quedaba bajo la protección de los españoles y nada tenía que temer de los caníbales, pero ese consuelo no consiguió hacer olvidar al buen cacique que el almirante, su celestial amigo, partía.

En el fuerte Colón dirigió palabras de aliento y de advertencia a la guarnición. Apeló a su orgullo y a su fidelidad al rey y al país, hablándoles de la honrosa misión que cada uno cumplía allí. Su primer deber era obedecer ciegamente a sus jefes, y cualquier falta de disciplina sería la pérdida de todos. Recomendó muy especialmente a los oficiales y a los soldados que tratasen con la mayor consideración a los indígenas, que eran, como ellos, súbditos de los reyes de España. La más importante de sus tareas había de ser la de extender e intensificar la amistad con Guacanagari y sus gentes, a fin de preparar a los paganos para el bautismo. Además era preciso reunir la mayor cantidad posible de oro, lo que no resultaría

difícil a juzgar por los acontecimientos de los últimos días. Merced a la gran cantidad de baratijas que les quedaban, los españoles podrían llenar un gran tonel del precioso metal antes del regreso de Colón dentro de un año. La lancha les permitiría hacer exploraciones por la costa y quizá descubrir las minas de oro, pero más importante aún que el oro era descubrir las especias que había en la isla. En sus exploraciones tenían también que elegir un punto de la costa donde pudiera construirse una ciudad en las cercanías de un buen fondeadero. El mismo Colón, antes de alejarse, recorrería la costa septentrional de la isla para ver hasta dónde se extendía hacia el Este, pues cuanto más se prolongase hacia Oriente más cerca estaría de España.

Por fin, entregó el fuerte al comandante y a los otros oficiales, haciéndolos responsables de los hombres a su mando y de los bienes reales, así como de cuanto dependía de la ciudadela. Este primer establecimiento español fué llamado "La Navidad" para recordar a perpetuidad el día que había decidido fundarlo. Luego Colón habló de la alegría que produciría a todos volver a encontrarse el próximo año, deseando a los hombres de la guarnición que no hubiese novedad alguna, lo cual dependía de su prudencia y de la corrección de su conducta, y terminó su discurso dando vivas a España y a la casa real. Desde la torre del fuerte se hicieron salvas y la *Niña* contestó en la lejanía. Acompañado por toda la tripulación, Colón atravesó las apretadas filas de indígenas, aun asustados por el tronar del cañón, y se dirigió a la playa, donde le esperaba su bote. Después del postrer apretón de manos a los oficiales y al cacique, por cuyas mejillas corrían abundantes lágrimas, el almirante se embarcó. Los marineros empezaron a remar, y el bote se alejó velozmente hacia la *Niña*, que debía zarpar al amanecer del día siguiente.

XXIV

Los rivales

La marcha se aplazó un día a causa del mal tiempo. En la mañana del 4 de enero, un fuerte viento oeste impulsó la *Niña* hacia el Este. El propósito era regresar a España lo antes posible, sin detenerse más que cuando fuese imprescindible para cargar leña o agua potable, pues los víveres eran escasos, ya que todo cuanto no era absolutamente necesario quedaba en la ciudadela.

Colón deseaba de paso recorrer la costa norte de Haití, con el fin de poder atracar más fácilmente cuando regresase. Luego se haría rumbo directamente hacia España. La desaparición de la *Pinta* le obligó a precipitar su viaje, pues su plan al principio era permanecer en aquellos parajes hasta el mes de abril, para llevarse una idea más exacta de aquel laberinto de islas innumerables. Tenía la seguridad de haber descubierto la isla de Cipango (Japón) — así llamaba a Haití o La Española —, y lo poco que vio de Cuba le indujo a creer que sólo podía tratarse de una prolongación hacia el Este del continente asiático. Pero no había llegado al país del Gran Kan. Ya no se atrevía a ir en su busca, y el fracaso le llenaba de rabia contra Martín Pinzón que había tenido la osadía de abandonarle, desbaratando así la obra de descubrimiento encomendada a la flota real. Suponiendo que Pinzón hubiese regresado a España en la *Pinta* y que, de acuerdo con la ley marcial, el gobierno español le sometiese a un juicio, no por eso se repararía el daño. Al pensar en ello, Colón sentía encenderse el rostro y crispársele los puños de ira. Bien es cierto que no regresaba con las manos vacías, pero sus adversarios de España ¿no tendrían derecho a objetarle sarcásticamente?: “Perdonad, señor Don Cristóbal pero, a pesar de todas vuestras hermosas islas, el fin que os proponíais ha resultado ser un sueño. ¿No es eso lo que nosotros habíamos

previsto? Volvéis con las cartas dirigidas al Gran Kan sin haberlas entregado a su destinatario. No nos consta que hayáis ejecutado estrictamente las órdenes de Sus Majestades, señor Gran Almirante y Virrey, ni que hayáis merecido los grandes honores, en nuestra opinión exagerados, que debían ser vuestra recompensa.”

Nadie tenía aún la menor sospecha, y Colón menos que nadie, de que los descubrimientos de su primer viaje eran mucho más importantes que los que el contrato del almirante con el gobierno español había previsto, y que se había dado con uno de los extremos de un mundo completamente nuevo. Colón pensaba que había llegado a la costa oriental de Asia. Pero ¿cómo podía probarlo? En efecto, las regiones en que había puesto el pie sólo contenían una de las maravillas vistas por Marco Polo y prometidas por Toscanelli: el oro. Y en vez de palacios con techos dorados, de elefantes con relucientes trompas y de hombres vestidos con suntuosas sederías, no había visto más que chozas pobrísimas, papagayos de variados colores y salvajes desnudos. ¿Le sería posible volver a hacer otro viaje? El favor de los príncipes era más inestable y más caprichoso que un fuego fatuo. Ahí estaba el ejemplo de Bartolomé Díaz; hacía seis años, después de haber descubierto la punta meridional de África, Díaz había experimentado la ingratitud del rey de Portugal, que no le permitió proseguir el camino triunfal abierto por él hacia las Indias.

Ya en Palos, Colón no siempre aprobaba las disposiciones tomadas por los hermanos Pinzón. No cabe duda de que éstos ardían en deseos de partir como él lo antes posible, pero su negligencia respecto al equipo de los barcos destinados a un viaje lleno de riesgos había hecho nacer en él grandes preocupaciones. Colón no tuvo más remedio que cerrar los ojos, pues necesitaba su ayuda y hasta había pedido dinero prestado a Martín Pinzón para poder participar en los gastos de la expedición. ¿No tuvo la *Pinta* una avería de importancia antes de llegar a las islas Canarias? Durante la travesía sostuvieron discusiones cada vez más tirantes respecto al camino a seguir, cuyas causas eran la manía de Pinzón de querer siempre estar más enterado que los demás; su constante ten-

dencia, mal disimulada, a querer navegar solo; la insensata lucha de las dos carabelas, deseosas de adjudicarse el premio prometido por la reina a quien viese primero una isla y, por fin, el triunfo de Pinzón cuando encontraron tierra en la dirección que casi había impuesto él a la flotilla.

De aquella manera se había malogrado la meta verdadera que estaba directamente al Oeste. Entonces fué cuando se debió recordar a Pinzón que era Colón quien mandaba la flota, pero Colón no se había atrevido a irritarle aún más. ¿Qué sucedería si se llegaba a un rompimiento completo y los tres hermanos hacían causa común? Vicente Pinzón, el capitán de la *Niña*, no era tan terco como su hermano Martín y era menos autoritario y violento, pero su reserva no dejaba adivinar nunca su verdadera intención. Si su hermano lo tomaba todo por las bravas, ¿podría contarse con él? Martín Pinzón, al parecer, acariciaba la idea, en su ambición, de tomar el mando de la flotilla y de servirse de ella en provecho propio, y es muy probable que no participase en la expedición sino para hacer buenos negocios.

Martín Pinzón se dió cuenta en seguida de que no había mucho que sacar de la primera isla que descubrieron; su ambición le abría los ojos. ¿Por qué el almirante se obstinaba en seguir navegando por aquellos parajes? ¿Qué podía hacerse con los hermosos árboles y con los pobres salvajes, que ni siquiera dejaban salir a sus mujeres? Además, sobre este punto el almirante no quería saber nada: ¡era un filisteo y un santurrón! ¿A qué tanto cumplido y ridícula sensibilidad con semejantes negros? ¿Iba a hacerse de ellos ciudadanos del reino? ¡No faltaría más! España no necesitaba para nada aquella chusma que ni siquiera se sabía si eran hombres. Lo único que se podía decir a semejantes seres era que se apresurasen a entregar el oro, y nada más. Y el oro no debía emplearse de ninguna manera en nuevas cruzadas a Jerusalén, que ya estaban pasadas de moda. El soñador italiano no sabía lo que traía entre manos y desconocía los negocios. ¿Por qué no se había quedado tranquilamente en casa?

Pinzón debió expresarse por el estilo ante su tripulación, lo que había llegado a oídos del almirante. Los marineros se

preguntaban en voz baja: "¿Cómo acabará todo esto?" Y si el almirante tomaba medidas enérgicas, desencadenaría una revuelta y en tal caso no podría confiar mucho en su misma tripulación. Para mozos audaces a quienes se prometía pagar bien, era un juego de niños hacer desaparecer en la costa a Colón y a los demás funcionarios molestos. Por consiguiente, el almirante tuvo que hacer la vista gorda hasta que Pinzón, después de convencer a su tripulación con promesas generosas, intentó dar el paso definitivo: el 21 de noviembre desapareció. ¿Dónde estaría?

El 6 de enero de 1493 esta pregunta tuvo una contestación imprevista. La *Niña* acababa de doblar un cabo muy adelantado de la costa septentrional de Haití, cuando el vigía dió la voz de: "¡Barco a la vista!" No podía ser más que la *Pinta*; efectivamente era ella, y se la vió acercarse lentamente. Pinzón se había enterado, sin duda, por los indios de que la *Santa María* había encallado y que parte de la tripulación se había quedado en La Navidad; por consiguiente, no le sorprendió ver ondear la insignia de almirante en el palo mayor de la *Niña*; lo que le preocupaba era saber si, en caso de que el almirante hubiese tomado a mal su huída, su hermano Vicente estaría en condiciones de poder influir sobre la tripulación de la *Niña*. Un bote condujo a Pinzón a bordo del buque almirante, y en seguida se presentó al jefe de la expedición.

No fué larga la entrevista. Simulando una sinceridad y una seguridad de las que dependía su suerte, Pinzón explicó que solamente el azar o un poder superior le habían obligado a separarse de la flota. Habiendo, sin duda, interpretado mal una orden del almirante, había tomado un rumbo equivocado, luego no había visto las señales de la *Santa María*, y, al levantarse bruscamente el viento, se había desviado tanto, que acabó por perderse por completo. Desde entonces había navegado por una y otra parte en busca del barco almirante, y con ese fin hacía seis días que recorría la costa de La Española. En cuanto al oro que había conseguido con los trueques era muy poco. Sin embargo, tenía una gran cantidad de objetos que podrían tener algún valor para el almirante.

La verdadera fuente del oro no era La Española; en cambio, al sur de Cuba, en la isla de Yamaya (Jamaica), había pedazos de oro tan grandes como huevos de gallina. Desde allí se podía ir en diez días a un continente donde la gente iba vestida. ¡Cuánto lamentaba no haber podido comunicar todas esas noticias antes al almirante! ¡Pero todavía estaban a tiempo! En pocos días podrían llegar allí.

Sin decir palabra, Colón le dejó hablar: su mirada no se apartaba de los ojos huidizos de Pinzón. Su cara estaba tan seria y las arrugas de su frente tan amenazadoras, que el culpable, que se defendía con fingida desenvoltura, acabó por no saber qué decir. El almirante le contestó lisa y llanamente que todo aquello no eran más que pretextos y mentiras, pero que se negaba a entrar en discusión para evitar el tener que salirse de sus casillas recordando el sinfín de disgustos que le había dado Pinzón. La influencia de Satán había estado presente durante todo el viaje, pero era menester evitar que el Maligno se regocijase con el triunfo completo.

Al oír aquellas palabras pronunciadas con violencia, Pinzón se puso blanco como la nieve. Sin embargo, a sus labios asomó una sonrisa irónica, saludó con sequedad y regresó a su barco después de haber celebrado con su hermano una breve entrevista.

Al almirante le había costado gran trabajo contenerse; de buena gana se hubiera arrojado al cuello del embustero cuya traición le había impedido alcanzar el objeto principal de su viaje. ¿No había sonreído socarronamente al hablar de un cercano continente hacia el Oeste? Ya era demasiado tarde para ir en busca de aquella región, y la *Pinta* representaba, más que una ayuda, un verdadero peligro. Lo único que había que hacer era regresar cuanto antes a España para deshacerse de los Pinzones y de su gente, y terminar con ellos de una vez para siempre.

Los informes que Colón obtuvo en los días siguientes respecto a las actividades de Pinzón no hicieron más que confirmar sus sospechas. Uno de los indios de San Salvador que viajaba en la *Pinta* había dicho al capitán que la isla de Bahéca estaba llena de oro, y aquella noticia precipitó la decisión

de Pinzón. Encontró la isla, pero no el oro. Los indígenas de Babeca le hablaron de La Española como tierra del oro, y allí llegó ocho días después de Colón. A mediados de diciembre ancló a unas quince millas de La Navidad; por consiguiente, lo que habían contado los indígenas de Guacanagari era cierto.

En la costa de Haití, Pinzón se había entregado a un comercio activo. Allí por un trozo de correa los indios daban grandes pedazos de oro. Pinzón pagaba con las baratijas proporcionadas por la corona, pero prefería no pagar absolutamente nada, y repartía las adquisiciones con su tripulación: la mitad para él, la otra mitad para sus hombres. En cierto puerto donde los dos barcos anclaron el 10 de enero, Pinzón estuvo dieciséis días esperando que le trajesen oro. Durante aquel tiempo, insectos destructores de madera, que abundaban en el país, atacaron el barco de tal modo que apenas podía aguantarse a flote. Al enterarse de que el almirante navegaba por aquellas costas decidió ir a su encuentro, pero antes hizo jurar a su tripulación que diría que sólo habían permanecido seis días en aquel puerto. Lo más grave de todo era que había arrebatado cuatro indios y dos jóvenes indias en la costa donde el cacique Guacanagari recibiera al almirante con tanta consideración y donde quedaban parte de los tripulantes. La noticia de aquellas violencias se propagaría rápidamente por toda la isla, la confianza que habían inspirado los españoles se resentiría, la primera colonia estaría expuesta a peligros y no era fácil prever las consecuencias que todo aquello podría acarrear. Colón hizo unos cuantos regalos a los indígenas y los hizo desembarcar; Pinzón acató la orden de mala gana. No por eso se borraba el daño cometido, como lo iban a demostrar los acontecimientos.

El 13 de enero, unos marineros que bajaron a tierra a buscar agua encontraron a unos indios armados, muy desagradables, con rostros ennegrecidos con carbón de leña. Llevaban largas cabelleras recogidas en un moño adornado con plumas de papagayo. Se consiguió entenderse con ellos en seguida mediante el intérprete. Los marineros les compraron dos arcos y algunas flechas de un metro de largo y cuyas puntas estaban muy afiladas. Se les preguntó si querían subir

a bordo, y uno de los indios que accedió fué conducido a presencia del almirante. No cabía duda de que estaban en el país de los temidos caribes, y Colón examinó con mucha atención al caníbal, pero éste negó que formase parte de los indios antropófagos; éstos vivían más al Este, donde había montones de oro tan altos como el castillo del barco. Colón hizo que le sirviesen miel y galleta, le regaló una gran cantidad de perlas de vidrio y tejidos colorados y verdes, y lo mandó a tierra, prometiéndole muchos más regalos si traía oro.

Pero cuando los marineros se acercaron a la ribera vieron, escondidos detrás de los árboles, a unos cincuenta indígenas que los espían, armados con arcos, flechas y grandes cachiporras de madera. El indio que había estado a bordo les gritó que dejaran las armas y se acercasen, y algunos avanzaron indecisos. Pero cuando los españoles pretendieron comprarles sus arcos, los salvajes corrieron a buscar sus armas y atacaron a los extranjeros. Incluso llevaban lazos para atar a los prisioneros. Afortunadamente, los marineros estaban prevenidos, y cuando uno de los indios cayó herido de un tiro y otro de un sablazo, los demás arrojaron sus armas y huyeron.

Aquel primer encuentro hostil con los indígenas molestó mucho al almirante, pero, a juzgar por el indio que había estado a bordo, no se podía esperar otra cosa. Tal vez este nuevo contratiempo tendría, también, consecuencias felices. Al menos, la guarnición de La Navidad estaría prevenida si visitaba con su lancha aquellas costas. No por eso Pinzón era menos culpable, pues había atacado a indios pacíficos y no a aquellos temibles y belicosos salvajes. Por otra parte, Colón hubiese querido llevar a España a uno de éstos.

Cuando, al día siguiente, la lancha se acercó a tierra, la ribera estaba llena de indios. El que había estado a bordo la víspera se adelantó al encuentro de los extranjeros y les entregó perlas de parte del rey, en señal de amistad. Luego el rey y tres hombres de su séquito embarcaron en la lancha y subieron a bordo, donde fueron muy bien recibidos y colmados de regalos, como de costumbre. Se retiraron muy contentos, y el rey, al marchar, prometió traer al día siguiente una careta de oro. No se presentó al día siguiente, pero envió

a su gente para hacer un regalo consistente en un aro de oro. Cuatro de los mensajeros eran jóvenes valientes e inteligentes que conocían muy bien la isla y sus alrededores, y el almirante, juzgando que llegaban en buen momento, los convenció para que se decidiesen a ir a España.

Hasta enero de 1493 Colón no anotó en su diario ninguna palabra violenta en contra de los Pinzones. La misma marcha de Martín, el 21 de noviembre, fué apuntada como una desgraciada circunstancia. Pero el encuentro del 6 de enero parece haber despertado los resentimientos de Colón, el cual, en términos vehementes, atribuye todos los fracasos de su viaje al espíritu rebelde de los Pinzones, a su traición, su ingratitud y su codicia. Llega hasta atribuirles no solamente el haberse querido apoderar de la mayor parte del oro, sino también el pretender poner en duda la gloria de su gran éxito. Sus sospechas eran fundadas, y el desenlace de la lucha entre dos rivales igualmente ambiciosos demostró que Colón no desconfiaba de Pinzón sin motivo.

La tendencia de Pinzón a navegar siempre adelantado había menguado un tanto, pues la *Pinta* estaba en tan malas condiciones que hasta se iba rezagando. Los dos barcos no llegaron juntos a España. A la altura de las Azores fueron sorprendidos por una gran tempestad y durante varios días fueron juguete de las olas. Los dos barcos se vieron obligados a entenderse por señales luminosas hasta que, inesperadamente, la *Pinta* volvió a desaparecer. Pinzón tenía bastante valor y habilidad para jugarse su suerte a la última carta. Si era cuestión de vida o muerte, ¡que se salvase el que pudiera! Fué, pues, el primero que llegó a la costa española, al norte de Portugal, y desde el puerto de Bayona mandó inmediatamente un correo a la corte dando cuenta de su llegada. Entretanto se había recibido la noticia de la llegada de Colón a Lisboa, y se contestó lacónicamente a Pinzón que se presentase a su almirante. Esta orden fué para él como un mazazo. ¡De modo que Colón había llegado antes que él, y por obrar a la ligera había perdido la amistad del almirante, que no le trataría con ningún miramiento! Ya sabía lo que le esperaba.

Obedeciendo a la orden del rey, Pinzón salió para Palos; tal vez podría obtener el perdón si llegaba el primero, pero cuando dobló la barra de Saltes la *Niña* ya estaba allí. ¡Había llegado tarde por algunas horas! Ni siquiera se atrevió a dejarse ver, pues sus amigos le enteraron de que Colón quería hacerle detener para mandarle como desertor a Barcelona. En vista de esto, Pinzón se escondió en una casa cercana a Moguer. La desesperación, la rabia, la desgracia le postraron en cama; por otra parte, la tempestad que acababa de sufrir había quebrantado su resistencia física. Fué transportado al cercano convento de La Rábida y allí murió algunos días después.

XXV

La tempestad

El 16 de enero de 1493, Colón salió de la costa de Haití. El mal estado de los barcos y la falta de víveres obligaban a apresurar la marcha. Además, la tripulación estaba descontenta y deseaba que se aprovechara para el regreso el viento favorable que soplabá entonces. Los dos buques ganaron el largo y los incidentes de la ida volvieron a producirse. El tiempo fué muy favorable para el regreso. Pero después que cruzaron el mar de los Sargazos, y a medida que se acercaban a las costas de Europa y de África, el mar empezó a agitarse cada vez más y el 14 de febrero se desencadenó una fuerte tormenta. Las olas se levantaban por ambos costados a la vez y caían en el puente barrido por la espuma. Ninguna vela aguantaba el huracán, y la tarea del piloto se limitaba a ofrecer la menor resistencia posible al viento y a las olas, dejándose llevar en medio de la noche iluminada por los rayos, bajo la lluvia y las nubes.

Los viejos lobos de mar lloraban y gemían, oraban y juraban, llamaban a gritos a sus padres, sus mujeres y sus hi-

jos, que ya no contaban volver a ver, maldiciendo al almirante a quien no habían obligado a salir antes, o yacían en sus camastros, en la obscuridad, completamente desesperados. Los indios estaban agrupados en un rincón sin dar señales de vida. Para avanzar unos metros era menester ir a gatas, y después de haber cruzado aquel caos de relámpagos, de tinieblas, de lluvia y de olas desencadenadas, se regresaba empavorecido y chorreando. El agua lo cubría todo y ya nadie tenía ropa seca que ponerse. Todas las velas quedaron aferradas, las maromas se habían roto y de un momento a otro se esperaba ver quebrarse con un ruido seco el palo mayor arrastrando las velas y los aparejos. Luego debió abrirse una escotilla y un torrente de agua se precipitó por la escalerilla de madera. Entonces apareció una débil luz, y el almirante, envuelto en su gran capa oscura, descendió por los resbaladizos peldaños con una linterna en la mano. Después de haber tapado cuidadosamente la escotilla, se acercó a los marineros dando traspiés. Fué acogido por caras contraídas, ojos amenazadores y puños cerrados. Colón se puso a hablar, pero con el rumor ensordecedor de las olas y de los truenos no se le oía ni una palabra. Les gritaba al oído frases de consuelo: su salvación estaba en manos de Dios y de los santos. "Vuestra vida depende del Todopoderoso. Elevad a Él vuestras almas e invocad la ayuda divina. Haced el voto de una peregrinación a Santa María de Guadalupe; ofreced una vela de cinco libras y aquel que designe la suerte se comprometerá solemnemente a llevarla. ¡Echemos suertes! ¡Id a buscar un puñado de garbanzos!" Uno fué en busca de los garbanzos y volvió con una taza llena. "Mirad, señalo uno de los garbanzos con una cruz. ¡Y ahora tú, grumete, sacude la taza y hazla pasar!" El grumete ofreció la taza al almirante, éste metió la mano y sacó... el garbanzo señalado con una cruz.

"¡Otra vez, hagamos otra peregrinación! Podría ser a Nuestra Señora de Loreto, donde la Santísima Virgen ha hecho y hace muchos milagros." Esta vez le tocó a un marinero. "Te pagaré los gastos de tu peregrinación, pero es preciso que vayas, ya que lo has prometido. Ahora, ¡otra vez!

¡Una noche de vela en Santa Clara de Moguer y una misa!
¡A ver a quién le toca!”

Por segunda vez le tocó al almirante, y tan extraordinario azar llamó la atención a todos, como si fuese una advertencia divina. “Haremos todos una peregrinación, exclamaron varios. En la primera escala que hagamos, dondequiera que haya un templo consagrado a la Virgen iremos descalzos. ¡Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros!” Y cada cual hizo un voto por su cuenta.

Tan buenos propósitos reanimaron un poco a los hombres, y Colón volvió al castillo de proa. Sobre su mesa de trabajo estaban desparramados unos pergaminos. A la luz vacilante de la linterna, y agarrándose a la mesa con la mano izquierda, se puso a escribir. Si Dios no les creía dignos de un milagro, la muerte de todos era cosa segura. El barco se iría a pique arrastrándoles bajo las olas, y la noticia de su éxito y de sus grandes descubrimientos se perdería como un grito de auxilio en aquel océano desencadenado. Cada minuto podía ser el último. Tal vez Colón tuviese aún tiempo de escribir algunas palabras que llegasen a conocimiento de los hombres, si el cielo no lo había abandonado por completo. Era menester que el mundo entero, sus adversarios y sus enemigos principalmente, no ignorasen lo que él y sus gentes habían hecho por España. Si sus dos hijos quedaban huérfanos, el reino de Castilla tendría con ellos una deuda de gratitud. Y su pluma corría...

En medio de la lucha de los elementos, hizo con frases rápidas el informe del viaje y de los acontecimientos más sobresalientes, y firmó la última página con estas dos palabras: “El Almirante.” Luego dobló los pergaminos, los envolvió en una tela encerada, tapó todos los resquicios con cera que derretió sobre la linterna y mandó al piloto, que estaba tendido en un rincón, en busca del barrilito más resistente que encontrase. Colocó en él el documento, cerró la tapa con mucho cuidado y llamó a dos marineros, que estaban en el puente de proa, para que le ayudasen a tirar el barril por la borda, lo más lejos posible del barco.

Los dos marinos, supersticiosos como todos los de su pro-

fesión, vieron en esto el último recurso mágico para aplacar la tempestad. Se asieron a los aparejos, se sujetaron fuertemente al almirante, que se erguía entre ellos como un mago, y el barril salió como una bala por la borda. ¡Acaso las olas lo llevaran a alguna playa! Colón había metido en el barril un papel prometiendo una fuerte recompensa al que lo encontrase y llevase los documentos que contenía al rey. Agotado por la tensión excesiva de sus nervios y de su voluntad, Colón fué a tenderse sobre su cama y permaneció inmóvil un momento. Sólo se movían sus labios, mascullando oraciones; pero su corazón estaba tranquilo... Su vida podía darse por terminada.

Al anochecer, la tempestad pareció calmarse un poco. El cielo se aclaró hacia el Oeste. Las olas seguían siendo tan altas como casas, y el barco, poco cargado, se balanceaba de un lado a otro como un cascarón de nuez. La *Pinta* había desaparecido. El tiempo siguió mejorando, poco a poco toda la tripulación fué recobrando ánimos y se aventuró a largar una vela. El mismo Colón tomó el timón y permaneció en su puesto tres días y tres noches sin interrupción, hasta que el frío y el cansancio le agotaron.

El día 15 por la mañana se vió tierra al Nordeste. ¿Qué podía ser aquella tierra? Madera, opinaba el piloto; las rocas de Cintra, cerca de Lisboa, aseguraba otro. En cuanto a Colón estaba convencido de que tenía ante él una de las Azores, islas que pertenecían a Portugal. La vecindad de la tierra era causa de nuevos peligros, pues la tempestad seguía su curso, aunque con menos violencia, y no se podía pensar en acercarse a unas costas cubiertas de rocas, por lo cual tuvieron que seguir navegando en alta mar durante dos días. Por la tarde del día 17 Colón intentó anclar, pero apenas fueron largadas las anclas las olas cortaron la maroma. El almirante tuvo que seguir navegando toda la noche hasta que, por fin, por la mañana del día 18 pudo anclar en una bahía y enviar el bote a tierra. Sus cálculos eran exactos, estaban en Santa María, una de las Azores.

¡Ya era hora! Su salvación llegaba a tiempo, pues ya habían empezado el último tonel de galleta y la terrible lucha

contra el viento y las olas les había agotado a todos. Cuando Colón pasaba ante la tripulación, los marineros se separaban respetuosamente dándose con el codo; el más incrédulo tenía que acabar reconociendo que el almirante era verdaderamente el elegido del Señor.

XXVI

El ardid portugués

Los habitantes de la costa habían observado durante dos días el barco extranjero con inquietud, creyéndolo ya perdido. Nunca habían visto tempestades como las de aquel invierno, y era un increíble milagro el que aquel pobre barco hubiese podido aguantar el huracán de los últimos días. ¡Y aquellos españoles venían de las Indias y decían que habían descubierto países desconocidos! ¿Las Indias? ¿No hacía tiempo que pertenecían al rey de Portugal? Y, como reguero de pólvora, la noticia se propagó por la isla.

Al anochecer tres hombres aparecieron en la ribera y llamaron a la *Niña*. El almirante mandó un bote a tierra. Aquellos hombres traían pan fresco, aves y toda clase de golosinas que el gobernador de la isla, Juan de Castañeda, mandaba al almirante, con sus respetos. Él mismo iría al día siguiente a saludar al almirante, del cual era antiguo conocido, y volvería a llevar víveres. Había retenido en tierra a los tres españoles que habían ido en busca de provisiones, para que le contasen sus extraordinarias aventuras. Colón sintió una gran alegría y gratitud. Trató con la mayor consideración a los enviados del gobernador, por más que no recordaba dónde le conociera, y les rogó que pasasen la noche a bordo, invitación que fué aceptada con mucho gusto.

Al día siguiente la tripulación cumplió su promesa y fué en peregrinación a la más próxima capilla dedicada a la Virgen. No lejos del sitio donde estaban anclados, detrás de unas

rocas, había una pequeña ermita consagrada a Santa María, según dijeron los emisarios del gobernador. Al amanecer la mitad de la tripulación salió en la lancha y pronto se vió en la playa una procesión de hombres con banderas que se dirigía hacia el punto indicado y que no tardó en desaparecer detrás de unas rocas. Colón deseaba descansar un rato más y se quedó para ir con la otra parte de la tripulación. ¡De buena escapó!

A las once el primer grupo no había vuelto todavía. Desde el barco no se veía a nadie en la playa; la lancha debía estar atracada detrás de algún peñasco. ¿Qué significaba aquello? El almirante se impacientaba cada vez más. En vista de que tampoco llegaba el gobernador, como prometiera, Colón dió orden de zarpar y de ir costeano. De repente vió la lancha tras unas rocas. ¡Pero no era su gente! La embarcación enarbolaba la bandera de Portugal, y los que estaban embarcados eran soldados portugueses armados. Detrás de las rocas la ribera estaba llena de soldados a pie y a caballo. ¿Estaban los españoles en territorio enemigo? ¿Acaso España estaba en guerra con Portugal?

La lancha se acercaba y, cuando estuvo al alcance de la voz, uno de los que la ocupaban, que llevaba un uniforme reluciente de oro, se levantó y gritó con una bocina: "El gobernador de Santa María desea hablar con el almirante, pero desea que se le garantice su seguridad personal y la de su escolta."

Colón contestó inmediatamente: "En lo que a mí respecta, no tengo ninguna razón para negarme a garantizar la seguridad personal del gobernador. Pero ¿por qué ninguno de mis hombres está en la lancha? ¿Se atreverían a retenerlos en tierra? Todos los portugueses están en su casa en España como si estuviesen en Lisboa. El que ataque a mis gentes lo pagará caro. Si el gobernador quiere subir a bordo, yo, almirante del Océano y virrey de las Indias, que ahora pertenecen a la corona de España, le enseñaré mis credenciales con las firmas del rey y de la reina. Regreso a Castilla y nadie me obstruirá el camino. Todavía tengo bastante gente a bordo. Estamos al servicio de Sus Majestades españolas, que sabrán vengar esta afrenta."

Durante un momento, en la lancha hubo un profundo silencio. Colón estaba firmemente resuelto a retener como rehén a bordo al gobernador si se arriesgaba a subir a la *Niña*. Pero los portugueses desconfiaban. Los remos permanecieron inmóviles y se volvió a gritar con la bocina: "El gobernador de Santa María y sus soldados no reconocen al rey y a la reina de España. Aquí estamos en territorio portugués, que pertenece al rey Juan II, y si el almirante no lo sabe, pronto se va a enterar de ello."

Colón contestó: "Que yo sepa no hay guerra entre España y Portugal, y el almirante y virrey no consiente que se le hable en ese tono."

El otro no se dió por satisfecho: "El gobernador de Santa María cumple las órdenes de su rey y señor, y exige que el almirante se dirija al puerto más cercano. Luego se resolverá."

Entonces Colón perdió los estribos. Ya iba a dar al artillero orden de disparar, pero se contuvo a tiempo y puso fin a la conversación con la declaración siguiente: "El almirante no irá a tierra ni abandonará su barco antes de haber aniquilado a toda la población de Santa María y tener a bordo cien portugueses prisioneros." Luego ordenó a la gente que se agrupaba a su alrededor, escuchando aquella extraña conversación, que volviera al sitio donde habían anclado al principio. Como la tempestad seguía sin calmarse, no había otra cosa que hacer por de pronto.

A pesar de la firmeza de sus contestaciones, Colón estaba profundamente contrariado por la hostilidad de las autoridades portuguesas. En efecto, los mejores de sus hombres estaban retenidos por los portugueses. No le quedaban más que tres que conociesen un poco aquellos mares, y en aquellas condiciones no sabía cómo arreglárselas para llegar a Palos. Él mismo estaba extenuado. Era desde luego una dolorosa sorpresa para Portugal que hubiese llegado a las Indias y tomado posesión de ellas en nombre de España. Pero ¿se atrevería el rey Juan a disputar aquella conquista a España? A la ida, buques portugueses ya habían estado acechando a los tres barcos en las cercanías de las islas Canarias por orden

expresa del rey, y sin duda lo que sucedió antes volvía a suceder ahora. El almirante podía amenazar con emplear la fuerza, pero era demasiado débil para llevar a cabo sus amenazas, y allí parecían dispuestos desde hacía tiempo a afrontar un conflicto por serio que fuese.

La *Niña* no podía permanecer donde estaba, pues durante la noche había empezado a ir a la deriva; aprovechando la obscuridad, la gente del gobernador había cortado la maroma del ancla sin que el vigía notase nada; lo que se pretendía sin duda era que el barco fuese a encallar a cualquier parte, pues la tempestad no amainaba. Colón intentó entonces ir a refugiarse a la cercana isla de San Miguel, y navegó durante todo el día sin poder ver nada, pues había una espesa niebla, y por la noche regresó al sitio donde fondeara la víspera.

Apenas había llegado, oyó gritar desde un promontorio que no avanzase más. Luego apareció la lancha en dirección a la *Niña*. Sólo traía cinco marineros, dos sacerdotes y un notario, y no ofrecía un aspecto tan guerrero como la otra vez. Los curas y el notario subieron a bordo, y Colón les recibió con exquisita cortesía, y como la noche se acercaba, les invitó a quedarse a bordo. Al día siguiente lo único que pidieron fué que les enseñase las credenciales reales. Por lo visto el gobernador se había dado cuenta de que se había precipitado un tanto y de que el conflicto podía terminar mal. A Colón le convenía proporcionarle una rectificación honrosa y enseñó los documentos que deseaban ver. Los emisarios declararon que estaban completamente satisfechos, mascullaron algunas palabras dando a entender que se trataba de un error y regresaron a tierra. Un poco más tarde la lancha volvió otra vez con todos los peregrinos, a quienes su cancerbero había tenido que proporcionar mantas y ropa, pues habían pasado mucho frío.

El almirante se enteró entonces por ellos de lo ocurrido. Habían llegado sin ningún contratiempo a la ermita y se habían puesto a rezar, cuando de repente soldados armados los rodearon; el gobernador, que iba al frente de la tropa, ordenó que los llevasen a la localidad cercana, donde sufrieron groserías y malos tratos. Si les habían puesto en libertad se debía

a que el gobernador no pudo apoderarse de toda la tripulación y del mismo almirante. Si éste hubiese caído en sus manos, nunca lo hubiesen soltado, y, según aseguraban, todo ello se debía a órdenes expresas recibidas del rey de Portugal. Gracias a una feliz coincidencia, el ratón no había caído en la trampa.

Por fin, el 23 de febrero, la *Niña* pudo zarpar, después de haber tomado el lastre conveniente y de haber llenado de agua sus barricas. Pero los contratiempos no habían terminado. Cuanto más se acercaba el barco a España tanto más se desencadenaban los elementos. Estaban llegando a la meta sin poder alcanzarla. El 3 de marzo un huracán arrancó todo el velamen. Se hicieron nuevas promesas de peregrinación y una vez más la suerte favoreció al almirante. La *Niña* fué tan desviada hacia el Norte, que Colón tuvo que darse por contento, a pesar de la acogida que le hicieron en Santa María, cuando consiguió refugiarse en la costa portuguesa, en el puerto de Cintra.

Volvía, pues, a encontrarse en territorio portugués, pero se metió sin temor en la boca del león. Remontó el Tajo, y al llegar a Rastelo hizo pedir permiso al rey de Portugal para ir en su barco a Lisboa, a aprovisionarse, haciendo saber al rey que volvía de las Indias, de Cipango y no de Guinea, que no había ofendido la soberanía portuguesa y que no quería correr el riesgo de ser atacado en cualquier puerto aislado de la costa por bandidos al acecho de posibles tesoros. Este paso del almirante fué tan audaz como hábil. En el continente no era posible hacer lo que se había intentado en las Azores, es decir, desembarazarse de él, de su tripulación y de su barco, con el fin de terminar de una vez con las pretensiones de España sobre las Indias. La noticia del regreso de uno de los tres barcos que siete meses antes habían salido hacia el Oeste para llegar a la costa oriental de Asia, se propagó con gran rapidez. De todas partes acudían curiosos para convencerse del milagro y para felicitar a los marinos por haber escapado a la efervescencia mágica del océano en aquella ridícula cás-carra de nuez que no valía la pena de calafatearla de nuevo.

Al día siguiente de su llegada a Rastelo, Colón volvió a

recibir una visita oficial. El segundo jefe del mayor barco de guerra portugués que estaba anclado cerca de allí, listo para el combate, subió a bordo de la *Niña*. Esta vez se trataba realmente de un conocido del almirante: Bartolomé Díaz, el famoso navegante con quien Colón se había entrevistado cinco años antes. Pero Díaz traía una misión oficial. Notificó al almirante la orden que tenía de acompañarlo en el bote a presentar sus credenciales al jefe militar del lugar y al capitán del buque de guerra. Colón le contestó que sentía no poder obedecer: era almirante del rey de España y no tenía que dar cuentas a nadie. Díaz le insinuó que se hiciese representar por su segundo. "Eso vendría a ser lo mismo, contestó Colón; ni yo ni ninguno de mis hombres saldremos del barco para ir a bordo de una lancha extranjera." "Por lo menos, ¿no me enseñaréis vuestras credenciales?" Colón presentó gustoso sus documentos. Díaz le dió las gracias, se despidió de él y regresó al buque de guerra, donde a su llegada se produjo una gran agitación. La lancha volvió otra vez, pero el que entonces iba en ella era el propio capitán del buque, don Alonso de Acuña, acompañado de toda la plana mayor y de la banda de a bordo. Don Alonso de Acuña saludó entusiasmadamente al almirante, lo felicitó por su viaje, de cuya importancia se había dado inmediatamente cuenta, y dió orden de que los tambores, pífanos y trompetas tocasen una alborada de bienvenida tal, que las planchas de la *Niña* temblasen.

Durante tres días el barco fué asaltado por visitantes de Rastelo, de Lisboa y de todos los alrededores. Lo que más llamaba la atención eran los indios.

El 8 de marzo un ayudante del rey trajo la contestación a la petición de Colón: el rey invitaba a éste a ir a su residencia de Valparaíso, y ordenaba a todos los funcionarios que facilitaran gratuitamente al almirante, a su tripulación y al barco todo cuanto necesitasen. La invitación no le hizo mucha gracia a Colón, pues Valparaíso estaba a nueve horas de Lisboa; pero el tiempo seguía siendo malo y la *Niña* no podía hacerse a la mar, y, además, cualquier duda podría ser tomada como sospechosa.

Por consiguiente, el almirante fué a Lisboa, desde donde

envió un correo a Sevilla con un escrito para los reyes de España y dos cartas detalladas que ya había redactado el 15 de febrero, después de la tempestad, dirigidas a sus protectores, el tesorero, Rafael Sánchez, y el ministro de Hacienda, Santángel. Luego, acompañado por su piloto, salió para Valparaíso, adonde no llegó hasta el día 9 a causa de la lluvia y del mucho barro que había en los caminos. El rey tuvo para su huésped una consideración inusitada, lo obligó a sentarse, a lo cual sólo estaban autorizadas las personas que tenían título de príncipes, y no se cansó de interrogarle con obstinada meticulosidad respecto a sus aventuras y descubrimientos. Encontró especialmente extraño que los indígenas que traía fuesen morenos en vez de negros como en Guinea. Colón tuvo que detenerse allí dos días, y el tercero fué a presentarse a la reina, que residía en el convento de San Antonio, cerca de Villafranca. Por todas partes se vió colmado de honores, como si ya estuviese en la corte de sus soberanos, en Sevilla.

Juan II se mostró encantado del valor del almirante, del feliz éxito del viaje y de todos los nuevos descubrimientos. Hizo notar a Colón de paso que no hubiesen podido hacerle mayor servicio, puesto que todos aquellos países pertenecían indudablemente a Portugal; un tratado concertado en 1479 entre él y el gobierno español así lo establecía. El almirante contestó modestamente que no conocía ese tratado; lo único que había hecho era cumplir las órdenes del rey, que le había dicho que fuese a las Indias pasando por el océano y procurando evitar con el mayor cuidado los territorios portugueses. El rey se sonrió. Sobre el particular se pondrían fácilmente de acuerdo, pues los dos gobiernos amigos no tendrían necesidad de árbitro. Hasta llegó a sugerir al almirante que fuese por tierra a España y le ofreció cuantos caballos y coches necesitase; no obstante, comprendía que Colón no quisiese abandonar su barco y desease atracar en el puerto del que había salido.

Por la tarde del 12 de marzo el almirante estaba de nuevo a bordo, y a la mañana siguiente la *Niña* zarpaba por última vez. Dos días después, enarbolando todas sus banderas, al

salir el sol llegaba a la barra de Saltes, y, empujado por la marea, el Almirante del océano, alrededor de las doce, entró en el puerto de Palos, del cual había zarpado el 3 de agosto de 1492.

XXVII

El triunfador

Cuando por las calles se oyó gritar: —“La *Niña* ha vuelto”, todo Palos acudió al puerto, y cuando, algo más tarde, entró la *Pinta* la alegría se desbordó. Ya se creía perdidos a todos los que se habían lanzado a la temeraria empresa. La mayoría de los que habían marchado estaban de regreso y los demás estaban seguros en tierra firme. Ninguno había muerto. Por el contrario, aquel clima les había sentado maravillosamente bien y sus aventuras eran mucho más asombrosas que las leyendas del mar con que las mujeres entretenían a los niños. Las pruebas irrefutables de la veracidad de sus relatos allí estaban: hombres de carne y hueso, de piel morena y con la cara tatuada, y que sólo llevaban un delantal, ya que en su país iban desnudos. También se podían ver sus arcos y sus flechas, sus hamacas y los utensilios que usaban. Se admiraban también papagayos de variados colores, plantas como no se habían visto nunca, mil otras cosas maravillosas, y por fin oro, oro verdadero, que allí se daba a cambio de una baratija. Algunos marineros echaban a su esposa una mirada de inteligencia: ¡cuidado con lo que hablase, pues nadie debía saber lo que pesaba su equipaje!

Una ola de asombro recorrió toda Europa. Sobre todo el largo camino que va de Palos a Barcelona, por Sevilla y Córdoba, no había más que campanas al vuelo y aclamaciones, oficios de acción de gracias y festejos. Los campesinos se pasaban días y noches esperando en los caminos para ver pasar a los hombres morenos, a los carros y a los caballos car-

gados de fardos misteriosos, a los pájaros de voz disonante y al gran almirante de cara seria. El mundo se había vuelto de repente tan grande, tan grande, que daba vértigo pensarlo...

En las localidades donde la caravana se detenía para pasar la noche había una afluencia de gente, unos gritos y unos empujones como no se veían ni en las mayores ferias del año. Nunca la iglesia había estado tan llena como en aquella misa de alba a la que iba el almirante. El alcalde invitaba a todos los músicos a que acompañasen el cortejo al son de sus tambores y trompetas hasta el pueblo próximo. La Santa Hermandad y la policía estaban de guardia día y noche, pues mendigos cada vez más numerosos se unían al cortejo, y cuando en las regiones despobladas era menester pasar la noche al aire libre, una chusma rondaba por los alrededores del campamento olfateando alguna buena presa.

Al llegar a Barcelona, a mediados de abril, el cortejo se formó correctamente. La ciudad envió a unas leguas de distancia un destacamento de hombres con una banda de tambores y pífanos a recibir a la caravana, y una multitud inmensa se unió a la comitiva. Los que iban a caballo tenían que galopar a través de los campos para poder pasar a los peatones. Nobles y cortesanos iban al encuentro de los expedicionarios. Todos querían ser los primeros en saludar al almirante; todos deseaban estrecharle la mano.

Cuando se encontraron con el cortejo, los soldados se pusieron en vanguardia para despejar el camino con sus alabardas. Luego venía la música, a continuación iban los seis indios (otros tres habían tenido que quedarse en Palos, enfermos, y uno había muerto en alta mar). Sus hermosos cuerpos morenos causaban sensación, así como su larga cabellera de un negro azulado, adornada con plumas de papagayo, los colores vivos con que se pintaban, los aros de oro que llevaban al cuello, en los brazos y en las piernas, y los trozos de oro que tenían en la nariz y en las orejas. Eran criaturas de otro mundo, de las que no hablaban ni la Biblia ni ningún Padre de la Iglesia.

Los indios iban seguidos por una larga fila de hombres a pie y a caballo, cargados con las muestras de las riquezas que

había en aquel mundo recientemente descubierto: oro en pequeñas y grandes pepitas, coronas de oro de confección primitiva, caretas grotescas cuyos ojos, nariz y lengua eran de oro; grandes cantidades de arcos, flechas y lanzas; instrumentos de pesca y utensilios domésticos utilizados por aquellos pueblos; papagayos vivos y pájaros disecados de brillantes colores; enormes fardos de algodón en bruto e hilado; ramas secas de plantas desconocidas; grandes carros cargados con troncos de maderas nunca vistas; y, por fin, cofres y cajas llenos de maravillas de aquellas Indias que el ojo profético del navegante había adivinado al otro extremo del globo terráqueo.

Colón seguía a caballo entre sus dos hijos, que se habían unido a él en Córdoba; Diego ya era un joven de arrogante porte; Fernando sólo tenía cinco años. Detrás iban algunos de sus pilotos y oficiales, y luego, en larga fila, los nobles y los dignatarios de la corte, escolta verdaderamente regia. Un destacamento de hombres armados cerraba la marcha.

Así hizo Colón su entrada en Barcelona. Con seria expresión, pero con los ojos encendidos de alegría y de orgullo, acogía las aclamaciones delirantes de la muchedumbre que llenaba calles, casas y palacios, de cuyos balcones y ventanas colgaban tapices y telas de variados y brillantes colores.

Por fin llegó a la residencia real. El rey Fernando y la reina Isabel le recibieron en una gran sala, acompañados de caballeros y damas de la corte con vistosos y ricos vestidos. De repente el murmullo de la multitud cesó, y en medio de un profundo y respetuoso silencio el almirante, con traje oscuro de gran gala y seguido por los indios, se dirigió hacia el trono. Todos los asistentes, fuesen o no favorables a esa gloria naciente, se daban perfecta cuenta de la importancia inmensa de aquel instante. Los reyes se adelantaron al encuentro de Colón, y cuando éste se inclinaba para besarles la mano, los soberanos le levantaron y le condujeron hacia un sitio cubierto con un dosel. Allí era donde había de sentarse — honor nunca visto — para hacer su relato. Aunque estaba casi aturdido por la alegría y la emoción de aquel momento, y le fallase la voz, empezó a hablar.

No venía, en verdad, con las manos vacías. Traía a Sus Majestades españolas el dominio de un reino de islas que, según sus apreciaciones, debía ser mayor que el de Fernando e Isabel. Les traía además la seguridad de que allí había incalculables riquezas en oro puro y en productos del país, numerosos y variados, y además millones de seres cuya existencia nadie sospechaba y cuya cristianización premiaría el cielo con infinitos goces en este y en el otro mundo. Allí estaban aquellos hombres nuevos, casi en estado de primitiva inocencia, los cuales con sus grandes ojos asustados contemplaban aquel paraíso donde les habían llevado los barcos de los extranjeros. También traía oro y muchísimas muestras de los tesoros de las Indias. Era cierto que no había llegado al reino del Gran Kan, pero había descubierto cientos y cientos de millas de una tierra completamente desconocida, y todo eso no era más que un principio.

Exaltado por su felicidad y por su entusiasmo, Colón hizo una descripción de la maravillosa belleza de aquellas nuevas regiones. Orgullosamente consciente de la grandeza de su obra, no titubeó en subrayar la importancia de lo que había hecho y de lo que tenía la intención de hacer por la corona de España. "El Señor, escribía Colón en su carta al tesorero Sánchez, ha concedido a los hombres lo que no se imaginaban que podrían conseguir, pues Dios ayuda a sus servidores y a los que escuchan su palabra hasta en lo que parece imposible. Es lo que me sucedió a mí, que he tenido buen éxito en una empresa que ningún mortal había realizado antes. Si hay muchos que han escrito y hablado respecto a esas islas, lo han hecho por conjeturas y con reservas; nadie decía que las había visto. Por eso las tenían por fabulosas. Por consiguiente, ¡que el rey, la reina, los príncipes y sus felices reinos, así como la Cristiandad entera, den gracias a nuestro Señor Jesucristo, el Salvador, que les ha concedido tan gran victoria y tan grandes éxitos! ¡Que se hagan procesiones, que se celebren fiestas solemnes y que los templos sean adornados con ramas y flores! ¡Que tanto en la tierra como en el cielo se regocije Jesús al ver la próxima salvación de los pueblos entregados hasta ahora a la perdición! ¡Alegrémonos de la exal-

tación de nuestra fe y del aumento de nuestros bienes temporales, de los que no sólo participará España, sino toda la cristiandad!"

Después de hablar de este modo se prosternó e inclinó humildemente su blanca cabeza, y el rey y la reina cayeron de rodillas a su lado. Un solemne *Te Deum laudamus*, ejecutado por la banda real, convirtió la gran sala en un santuario divino en el cual la gratitud y el recogimiento llenaban todos los corazones.

Todo lo que se había prometido en el contrato a Colón fué cumplido; la reina sobre todo colmó de honores al navegante, pues admiraba sinceramente a aquel hombre que no sólo había realizado grandes cosas, sino que estaba dotado del valor suficiente y del dominio de sí mismo para perseguir durante veinte años su fin con inflexible fe y noble tenacidad. Lo mismo que San Cristóbal, había soportado la duda general, el desprecio público, los sarcasmos más crueles y las más injuriosas sospechas.

La orden real por la que se llamaba a Colón para que fuese a Barcelona llevaba el siguiente sobrescrito: "A Don Cristóbal Colón, nuestro almirante del océano, virrey y gobernador de las islas descubiertas en las Indias." El nuevo grande de España no tardó en recibir de los reyes su escudo (30 de mayo de 1493): en los cuatro cuarteles se veían la torre y el león de Castilla y de León, las armas de los antiguos Colombi y un grupo de islas doradas rodeadas de olas espumosas y haciendo frente a un continente de oro. Este último cuartel viene, pues, a ser como el primer mapa de las islas descubiertas por Colón, a las que no tardó en darse el nombre legendarío de Antilia, hoy Antillas.

En cuanto a la recompensa que la reina había prometido al que primero viese tierra, según el deseo expresado por la misma reina, fué concedida al almirante, el cual durante la noche del 11 al 12 de octubre de 1492 había visto luces en la costa. El que Colón no renunciase generosamente a esa recompensa se debió, sin duda, además de su deseo de reservarse toda la gloria del descubrimiento, al rencor que tenía a su rival. Se dice que el marinero de la *Pinta* se indignó tanto

por esta decisión, que emigró, abjuró del cristianismo y se pasó al islamismo. ¡Por un alma perdida, seis encontradas! Los seis indios ingresaron en seguida en el seno de la Iglesia, y fueron bautizados solemnemente por el cardenal primado de España.

El hijo mayor del almirante, Diego, recibió un empleo en la corte: fué nombrado paje del joven príncipe heredero Juan, que contaba quince años de edad y que murió cuatro años después. Colón llamó en seguida a su hermano menor, Giacomo, que estaba en Génova, el cual, desde entonces, se llamó Diego y tomó parte en el segundo viaje del almirante.

Durante algunas semanas, Colón fué el centro de la corte real. Se le vió pasear a caballo con el rey y con el infante; pasaba largas horas con la reina, leyéndole sus notas de viaje y planeando nuevos proyectos. Sus adversarios estaban completamente derrotados y la envidia todavía no se atrevía a levantar la cabeza. Nadie osaba negar al favorito de los reyes los honores que se le debían, por mucha humillación que sufriesen los grandes de España al tolerar como un igual a un hombre que carecía de alcurnia. Los que en otro tiempo se reían de las locuras del navegante italiano y calificaban la empresa de insensata temeridad, cambiaron de actitud; pero cuando estaban a solas se encogían de hombros medio despectivos y medio compadecidos, y decían: "Mucho ruido y pocas nueces." La aventura para muchos no era tan extraordinaria como se pretendía, y más de un hidalgo, dando un puñetazo en la mesa, aseguraba: "¡Yo lo hubiese hecho mucho mejor que él y, después de todo, el mismo Pinzón era más capaz que Colón!"

No faltaban zorros que esperaban, riéndose para sus adentros, el giro que tomasen las cosas. Entre esos círculos se propagó una anécdota que debemos reproducir aquí, sea cierta o falsa, por lo mucho que se relaciona con Colón. El hecho habría ocurrido durante los festejos celebrados en Barcelona con motivo del recibimiento, y un cronista del siglo xvj lo cuenta en la siguiente forma: "Colón asistía a un banquete o a una recepción y estaba sentado entre muchos españoles de prestigio. Se había empezado a hablar, como ya era costumbre, de

las nuevas Indias, y uno de ellos dijo: "¡Señor Don Cristóbal, si vos no hubieseis descubierto las Indias, seguramente que hubiera habido en nuestra España, donde nunca se careció de sabios, de cosmógrafos y demás hombres ilustres, alguien que las hubiese descubierto!"

Colón no contestó ni una palabra, pero mandó que le trajesen un huevo, que hizo pasar de mano en mano, y dijo: "Pues bien, señores míos, apuesto con ustedes esta comida al que consiga hacer lo que me propongo: Que este huevo se sostenga derecho, solo y sin apoyo." Todos lo intentaron, pero ninguno lo consiguió.

Después que el huevo hubo dado la vuelta a la mesa, cuando volvió a poder de Colón, éste golpeó con fuerza contra la mesa una de sus puntas, y así logró que se sostuviese solo. En vista de lo cual todos los presentes se pusieron colorados de vergüenza, pues comprendieron lo que quería decir en forma velada, o sea, que se había atrevido a hacer el primero lo que luego todos consideraban como fácil.

XXVIII

El reparto del mundo

Poco importaba ya que las islas descubiertas por Colón fuesen o no fuesen las avanzadas de las Indias y del reino del Gran Kan. Un hecho era cierto: ninguna de las potencias mundiales de entonces reinaba sobre aquellas tierras. Aquellas islas pertenecían, pues, según el derecho del más fuerte, que es el que impera en materia política, al feliz mortal que las había descubierto y tomado posesión de ellas. No cabe duda de que se hubiera visto tratado de loco quien hubiese salido entonces en defensa de los primeros habitantes de aquellas regiones pretendiendo que se les reconociese su derecho de propiedad sobre ellas. ¿Se trataba de cristianos? No. Entonces...

Se ofrecían a aquellos paganos dos valiosos bienes: el cristianismo y la civilización europea, que no podían ser introducidos en sus territorios sin gastos considerables. Para resarcirse de éstos era menester apoderarse del suelo y sus productos, de todos los bienes materiales y del fruto del trabajo ajeno. En primer término venían los conquistadores. Luego seguía el ejército de los mercaderes de todos los países, parecidos a las hormigas: unos, colonos bajo la vigilancia del Estado; otros, piratas que trabajaban por su cuenta. El fin perseguido por los promotores era sin duda digno de alabanza, pero la realización de la idea no siempre dependía de ellos.

En cuanto a descubrimientos, Portugal iba a la cabeza. El objeto principal de todas sus empresas había sido las Indias. Con perseverancia y obstinación los portugueses habían seguido a tientas la costa occidental de África hasta el día en que Díaz llegó al cabo de Buena Esperanza en 1486. Al año siguiente un barco portugués que salió de Egipto cruzó el mar Rojo y el golfo de Adén y llegó a la India anterior, y para cerrar el triángulo sólo les faltaba seguir la línea recta que va del cabo de Buena Esperanza a Calcuta, asegurándose así la posesión de un inmenso campo de acción que las demás potencias no le podrían disputar fácilmente después de la aprobación papal pronunciada en 1459. Además, Portugal se había establecido en las Azores. Pero, con un audaz salto de pantera, España había ido más allá, hacia el Oeste. Colón no dejaba de adivinar, con su certera visión, que Portugal reaccionaría al momento, como pudo observar. Pero no lo sabía todo. Tanto en Lisboa como en Valparaíso su vida no había estado tan segura como creía. Historiadores portugueses han probado que en Valparaíso, en la corte de Juan II, un poderoso partido pedía la desaparición del navegante.

Se trataba de improvisar caballeramente un azar desgraciado, una discusión a propósito de sus relatos, una discusión violenta seguida de un duelo, del que se tendría buen cuidado que no saliese con vida. Una flota saldría inmediatamente hacia las regiones de donde él venía. Sin embargo, después del fracaso de las Azores, aquel acto de bandolerismo le pareció

demasiado peligroso al rey; pero de todos modos mandó equipar su flota e hizo correr el rumor de que iba a África.

En el juego de ajedrez de la política el más diestro entre los reyes del tiempo era Fernando. En tal caso el árbitro era el papa. Los salmistas habían prometido a la Iglesia "los paganos como herencia y los extremos de la tierra como propiedad". Como la Iglesia misma no podía tomar posesión de los países situados al otro lado del océano y defender su conquista con las armas, su jefe distribuyó aquellas tierras entre las potencias que le parecieron más dignas. Las relaciones entre Roma y Castilla no eran entonces muy cordiales, aunque el papa Alejandro VI era de origen español y súbdito del rey Fernando. Pero Castilla acababa de poner fin a la dominación árabe en Europa, había expulsado a los judíos y en 1480 ya había instituido la Inquisición, y el papa no pudo hacer otra cosa que decidir en favor de España cuando se trató del reparto de los países recientemente descubiertos.

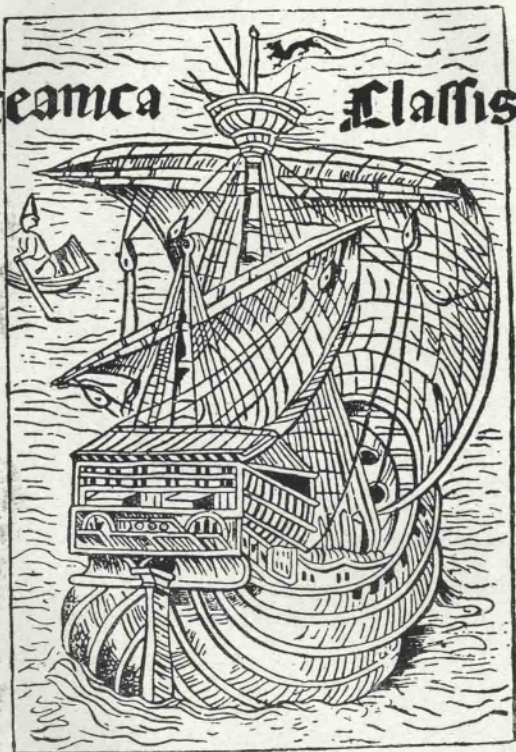
Fernando e Isabel ni siquiera esperaron el regreso del almirante. Las cartas de éste a Sánchez y a Santángel bastaron. Inmediatamente salió para Roma una embajada y tan bien se desempeñó, que el 4 de mayo de 1493 una bula papal (o más bien dos, las del 3 y 4 de mayo) resolvía que "las islas y los continentes que ha descubierto nuestro muy amado hijo Cristóbal Colón serán concedidos al rey y a la reina de Castilla y de León; éstos gozarán perpetuamente sobre esos países los mismos derechos y privilegios que los otorgados por los papas a los reyes de Portugal" (en los años 1438 y 1459 para las tierras que se extendían desde el cabo Mogador a las Indias anteriores). La bula del 4 de mayo determinaba, además, que todos los países situados entre Europa y las Indias, al Oeste de una línea de demarcación que iba de un polo al otro y pasaba a cien millas aproximadamente de las Azores o de las islas de cabo Verde, pertenecían al reino de España.

Los soberanos de este feudo tenían la obligación de convertir al cristianismo a los habitantes de sus nuevas posesiones. La bula del papa hacía distinguir entre los "hombres pacíficos, desnudos, que se abstenían de alimentación animal, que creían en un Dios, creador del cielo y de la tierra", y



7. — MUERTE DE COLON.
Cuadro de F. Ortego.

Oceanica Classis



8. — LA CARABELA DE COLON.

Grabado en madera de 1493.

fáciles de convertir, y los “pueblos bárbaros”, cuya “humillación” sería muy grata al corazón del papa. Esta diferencia es prueba de que había llegado a Roma copia de las cartas de Colón a Sánchez y a Santángel, en las que mencionaba especialmente la dulzura y espíritu pacífico de los indios. En esas cartas no decía expresamente que fuesen vegetarianos, pero ello podía deducirse por la carencia de armas y por el resto de la descripción; en cambio, aseguraba que no eran idólatras y que estaban firmemente convencidos de que todo lo que era fuerte, poderoso y bueno — ¡como los barcos de los españoles! — venía del cielo. El mismo Colón no había visto nunca aquellos “brutos” con forma humana, aquellos devoradores de hombres, pero había oído hablar de ellos. Y como no era probable que éstos estuviesen dispuestos a plegarse al cristianismo, sería preciso emplear con ellos la “humillación”, expresión diplomática que encerraba varios significados y justificaba las medidas de fuerza que hubieran de adoptarse. La bula papal contenía, pues, una exposición de la manera de tratar a los indígenas, exposición que correspondía enteramente al concepto de la época relativo a los no-cristianos y que señalaba la conducta que el almirante había de observar en lo sucesivo.

Por consiguiente, Portugal quedaba derrotado. Fernando estaba firmemente resuelto a hacer reconocer sus posesiones de ultramar como quiera que fuese, y su representante en Roma no lo ocultaba. Por otra parte, no era de temer que Portugal no acatase la decisión de Roma, pues el papa prohibía a todas las demás naciones que se dirigiesen hacia las islas descubiertas o por descubrir y vedaba tener relaciones comerciales con ellas sin la autorización de España; el que no lo cumpliese así sería excomulgado, y este castigo, entonces tan temido, pondría en peligro todo el imperio colonial de Portugal.

No quedaba a las dos naciones más que ponerse de acuerdo respecto a la línea de demarcación. La bula papal concedía a España el derecho de determinar desde qué punto había que contar las cien millas, puesto que las Azores y las islas de cabo Verde no estaban en la misma longitud. Naturalmente,

Colón tomó parte en los debates, y es de suponer que fué él quien señaló esa cláusula, pues era a cien millas de distancia donde colocaba la línea detrás de la cual estaba "la nueva tierra" de que hablaba el profeta y que se distinguía por un clima más suave y por "un gran cambio en el cielo y en los astros". En cada uno de sus viajes volvió a hacer la misma observación y la hizo notar en diversas ocasiones.

Parece que se tuvo en un principio la intención de mandar al mismo Colón a Roma, para dar a la petición presentada a la Santa Sede especial importancia. Colón habló más tarde, en una carta dirigida en febrero de 1502 al papa Alejandro VI, de un proyecto de viaje a Roma inmediato a su primer regreso.

Los preparativos que ya había iniciado para su segundo viaje le obligaron a renunciar a su propósito. En todo caso, el rey Fernando envió a Roma otra embajada que llevó el trazado de la línea de demarcación y una noticia que habría de producir sensación: el almirante había prometido reservar una parte de lo que le produjesen sus descubrimientos para la conquista y la liberación del Santo Sepulcro y para sostener durante siete años un ejército de cincuenta mil hombres de a pie y cinco mil de a caballo. En su carta del mes de febrero de 1502 dirigida a Alejandro VI, Colón atribuye a la intervención de "Satán" el hecho de que no pudiese cumplir su promesa. El envío de la segunda embajada nos explica por qué la determinación de la línea de demarcación sólo figura en un apéndice, la bula del 4 de mayo; la primera bula ya estaba redactada.

El acuerdo con Portugal no se hizo con tanta facilidad. La cuestión esencial era la siguiente: ¿En qué forma se podía trazar la línea de demarcación para conseguir que las Indias tuviesen la mayor extensión posible? El 5 de septiembre la reina Isabel escribía a Colón: "Al parecer, de este lado del cabo de Buena Esperanza, en el camino de la Costa del Oro y de Guinea, hay hacia el Este unas islas riquísimas, lo cual sabe mejor que nadie el almirante. Quisiéramos, pues, saber si no se puede mejorar en algo la bula del papa." Así es que España había tomado gusto a las conquistas y quería quitar

a los portugueses las Indias, a las que iban dirigidas todas las expediciones de éstos a lo largo de la costa de África.

España consiguió sus propósitos. Por el tratado de Tordesillas (7 de junio de 1494) se convino que la línea de demarcación sería trazada a 370 millas (2.770 kilómetros) al Oeste del cabo Verde; por consiguiente, mucho más al Occidente de lo que se había estipulado en un principio. Aparentemente era una gran concesión a favor de Portugal; esta nación obtuvo, en efecto, una gran ventaja, puesto que gran parte de América del Sur correspondía de ese modo a los portugueses, pero entonces no se sospechaba la existencia de América del Sur. España creía ganar con la posesión de más tierras del otro lado de la esfera terrestre, según se figuraban entonces que era. La zona de influencia española se extendía de este modo más al Oeste, sobre las "ricas islas" del Extremo Oriente, que era de lo que se trataba. La tierra estaba dividida en dos mitades, una para España, otra para Portugal, y este juicio de Salomón fué durante tres siglos el origen de un sinnúmero de conflictos entre las dos potencias marítimas.

España dió largas al asunto, pues se deseaba tener informes respecto a las tierras de Occidente mediante otra expedición que se preparaba a toda prisa.

Colón no contestó a la carta de la reina del 5 de septiembre hasta que estuvo en La Española el 30 de enero de 1494. Esa carta ha desaparecido.

Mientras tanto los resortes diplomáticos funcionaban sin descanso entre España y Portugal, procurando cada cual minar la posición de su adversario. Pagando grandes sumas de dinero, Portugal consiguió comprar a varios de los consejeros del rey Fernando y de este modo conocer los propósitos del gobierno español. Los traidores no pudieron ser descubiertos. En Barcelona los reyes se sentían rodeados por todas partes de espías invisibles, lo cual era cosa corriente, pues se estaba constantemente en acecho de nuevos descubrimientos. Cada gobierno tenía su sistema de espionaje y consideraba como un secreto de Estado todo lo que se refería a las expediciones. Esto nos explica por qué los descubrimientos de Colón, aunque causaban sensación en las esferas diplomáticas y comer-

ciales, llegaron más lentamente al dominio público. La carta de Colón dirigida a Sánchez fué publicada en 1493 en Roma, traducida al latín. Sin duda fué llevada allí por la embajada que se envió al papa. En dos años fué reeditada nueve veces. La versión alemana no se publicó hasta 1497. ¿Quién entendía entonces el latín? Es más, ¿quién sabía leer? Los gobiernos, que eran los únicos bien informados de todos aquellos acontecimientos, estaban muy poco dispuestos a hacerlos conocer del público. Cada nuevo descubrimiento empezaba siendo el monopolio de un Estado que guardaba celosamente el secreto. Portugal castigaba con la pena de muerte al que hacía salir del país cartas marinas relativas a las Indias, y los informes sobre los viajes a lejanas tierras eran sometidos a una rigurosa censura antes de ser publicados. Se ocultaban especialmente todas las indicaciones referentes a las posibilidades comerciales, lo cual aumentaba el atractivo de los ricos países de ultramar.

El camino que conducía a las nuevas islas de España no estaba abierto más que a las empresas oficiales, y por eso los competidores codiciaban más aún las informaciones. La carta de la reina Isabel dirigida a Colón el 5 de septiembre de 1493 daba a entender muy claramente que la corte de España estaba llena de espías. Colón entregó en Barcelona a la reina su *Libro de las situaciones*, que al parecer era su diario o una compilación de apuntes respecto a la situación de las nuevas islas con comentarios explicativos. La reina le devuelve aquellas notas con la carta que le escribe el 5 de septiembre, y explica su retraso alegando que “esperaba una oportunidad segura con el fin de que el secreto no fuese a caer en manos de los espías portugueses ocultos en la corte”, y más abajo dice: “Somos la única persona que ha leído el libro que nos habéis entregado. Cuanto más lo hemos leído y meditado, tanto más nos hemos convencido de la grandeza de vuestra empresa y de que sabéis de eso más que todos los demás mortales. ¡Proseguid la carrera que habéis empezado! Pero a fin de comprender mejor vuestro libro deseáramos conocer la situación en el mapa de esas islas y del continente que habéis encontrado, así como el camino que habéis elegido.

Por consiguiente, antes de vuestra salida mandadnos la carta marina completada con todos los nombres necesarios y decidnos si será conveniente guardarla en secreto."

Al emprender su primer viaje Colón prometió a los reyes mandarles un mapa del mismo. En septiembre de 1493, pues, no había cumplido todavía su palabra. ¿Aun no estaba terminado el mapa? Al menos, tal fué el pretexto que dió para disculparse por su retraso, invocando también, sin duda, la inexactitud de sus cálculos astronómicos. En la carta del 5 de septiembre la reina le aconseja que lleve con él en su segundo viaje un buen astrónomo, que podría ser su amigo el fraile franciscano del convento de La Rábida, Antonio de Marchena; éste, además de sus conocimientos, tenía un carácter "flexible" que le permitiría plegarse a las órdenes de su superior, pues convenía que reinase la paz a bordo del buque almirante. Absorbido por los últimos preparativos de su segundo viaje, Colón no llegó a terminar el mapa reclamado y tuvo que pedir a la reina que le dispensase de cumplir la orden real. Estaba, en efecto, firmemente decidido a no dar a nadie la carta marina y a guardar para él su secreto.

¿Desconfiaba? Es evidente que sí. Pero, a decir verdad, después de su glorioso regreso se le habían concedido todos los derechos que estipulaba el contrato; era almirante, virrey y gobernador de todas las islas descubiertas y por descubrir; además hacía uso del sello real. Luego había sido nombrado comandante en jefe de una flota de diecisiete barcos, gozando de poderes ilimitados sobre la tripulación y los establecimientos del Nuevo Mundo; era dueño absoluto de sus decisiones; la flota tenía que seguirle dondequiera que él la llevase; podía incautarse de todos los barcos que le pareciesen convenientes para la nueva expedición; cada marinero, cada oficial que alistaba debía ponerse a sus órdenes; equipo, víveres, municiones, todo estaba a su disposición, no tenía más que utilizarlo. El dinero era lo de menos. Los gastos fueron cubiertos con los bienes de los judíos desterrados y todo fué espléndidamente pagado por el gobierno.

Marineros, soldados, artesanos, mineros, en una palabra, todos aquellos cuyo concurso hacía falta para la fundación de

una colonia constituirían un ejército de mil quinientos hombres sobre el que Colón reinaba como señor absoluto. Cuando salió de Barcelona el 28 de mayo de 1494, escoltado por toda la corte, aquel hijo de un miserable barrio de Génova se había convertido en uno de los hombres más poderosos del país y en el favorito del rey y de la reina. Pero no ignoraba que don Álvaro de Luna, el ministro más influyente de España, había gozado de los mismos favores y, no obstante, había muerto en el cadalso bajo el reinado del antecesor del rey Fernando.

La empresa, cuya iniciativa se debía a Colón, a su tenacidad y a su valor, adquirió rápidamente tal envergadura, que un solo hombre no bastaba para mandarla, por lo que el gobierno español creó una administración colonial y puso al frente al arcediano de Sevilla, el obispo Juan Rodríguez de Fonseca, que fué durante treinta años ministro de las Indias y acabó siendo patriarca de las mismas. Nunca salió de España, pero gozaba de la confianza del rey y gobernaba desde su mesa de trabajo, y tarde o temprano era forzoso que tuviere algún conflicto con los realizadores del proyecto. Por otra parte, no era en verdad lo que se puede llamar un amigo de Colón.

En la segunda expedición iban doce eclesiásticos para convertir a los paganos; su superior era un fraile benedictino, Bernardo Buyl, que fué nombrado por el papa vicario apostólico del Nuevo Mundo y no tardó en ser el adversario más encarnizado del almirante.

Colón daba por hecho que tendría dificultades con sus acompañantes y sabía que iba a tropezar con más de un Pinzón que pediría y obtendría su parte de gloria. Ya no era solo a soportar toda la responsabilidad, pues tendría que repartirla en primer lugar con Fonseca, al que se añadirían luego otros. Una vez puesta la máquina en movimiento pronto llegaría la ocasión de dejarla trabajar sola. ¿No se han quejado todos los grandes descubridores de la época de la ingratitud del gobierno a cuyo servicio estaban? A ninguna de las dos partes retenía escrúpulos morales o nacionales. Muchos cambiaban con frecuencia de amo, como los *condottieri* italianos o los lansquenets alemanes. Las conveniencias

eran meramente comerciales. Si alguno de los navegantes tenía más pretensiones que las convenientes, si adquiriría demasiado poder, bastaba una palabra desdichada o una intriga del adversario para que se rescindiese el contrato o para desembarazarse rápidamente del importuno después de sacarle el mayor partido posible. *Divide et impera*, era la divisa de los gobiernos.

La suerte que había corrido su colega portugués Bartolomé Díaz era una advertencia para Colón. A Díaz se le impidió partir para las Indias, no obstante haber doblado el cabo meridional de África, por no "deberle demasiada gratitud".

Colón tenía un gran número de adversarios que no iban a permanecer siempre inactivos. Los envidiosos volverían a cruzarse en el camino, y por añadidura no era español, y si los reyes no cumplían el contrato no habría tribunal que les condenase ni poder que pudiese ejecutar el juicio. ¿En qué pararía el gran proyecto en cuya realización veía Colón la coronación de sus esfuerzos? Le preocupaba vivamente la nueva cruzada para la liberación del Santo Sepulcro, consideraba la promesa hecha al papa como un juramento sagrado, y no quería presentarse como perjurio ante Dios. Le era, pues, indispensable participar en las empresas que se creasen en el Oeste y en el empleo que se diese a sus productos, y este derecho no se lo podrían quitar mientras él fuese necesario. Por consiguiente, no podía desprenderse de su arma principal, que, en su opinión, era la carta marina de su primer viaje.

Colón había ocultado con cuidado la carta marina para que su piloto no la viese. En el viaje de regreso volvió a falsificar las distancias, pero a la inversa, para que sus compañeros se desorientasen por completo; y lo consiguió, pues cuando se acercaban a las Azores y todos procuraban adivinar dónde estaban, cada uno daba una opinión distinta, y él demostró ser el único que conocía la situación exacta. Él mismo lo dice en su diario con visible satisfacción, y, al leerlo, la reina debió saber a qué atenerse. Ésta no podía menos de aprobar tal disimulo con los subordinados, pero estimaba que entre ella y el almirante había de reinar la más absoluta confianza. Evidentemente, Colón se negaba a ello, lo que la

incitó a intentar arrancarle su secreto. Al regreso del primer viaje fracasó la reina, pues Colón no entregó su mapa.

Isabel repitió su tentativa durante el segundo viaje y le pidió en varias ocasiones que le dijese con exactitud "cuántas islas había descubierto, qué nombre había puesto a cada una y a qué distancia estaban una de otra". Estas indicaciones eran indispensables para conocer aquellas regiones sin la ayuda de Colón, y sobre todo para los administradores, que nunca habían viajado por tan lejanos mares.

Si Colón tuvo buen cuidado de no llevarse a otro astrónomo que pudiese reemplazarle, no sólo se debió a la vergüenza de sus escasos conocimientos en astronomía. Los sabios de entonces no sabían mucho más que él. El 16 de agosto de 1494 la reina reiteró su orden, y Colón no pudo negarse más tiempo a facilitar las informaciones que le pedían. Pero, aunque no conozcamos su contestación, es de suponer que estuvo lo más reservado posible y que no descubrió toda la verdad.

Colón no era un simple funcionario del gobierno español, sino que tenía participación en una empresa comercial común, cuyo importe alcanzaba sumas enormes, y quería evitar que se deshiciesen de él en cuanto se cansasen de su persona o no necesitasen más su ayuda. Era él quien lo había dado todo, y no quería retirarse con las manos vacías cuando el mundo estaba repartido entre varios Estados, y no estaba ligado a uno de ellos más que por una recíproca gratitud. Colón expresa por última vez ese sentimiento con toda la claridad deseable en su testamento, donde encontramos la noble frase siguiente:

"He regalado la India a nuestros reyes. Llevado de la mano de Dios les he dado lo que era mío. Puede decirse que los puse en un apuro cuando les instaba a aceptar mi ofrecimiento, pues aquellos países estaban ocultos y nadie sabía el camino que llevaba hasta allí."

Colón deseaba que el camino fuese un secreto el mayor tiempo posible.

XXIX

Otra vez de viaje

Ya no se trataba de tres pobres barcos. Catorce magníficas carabelas y tres transportes con mil quinientos hombres de tripulación salieron el 25 de septiembre de 1493, de Cádiz, para emprender el segundo viaje hacia las fabulosas tierras occidentales recientemente descubiertas. La inmensidad del "mar obscuro" de los antiguos ya no causaba terror. La tierra se había vuelto repentinamente redonda y llena: el instinto genial de un hombre le había dado su forma definitiva. La tierra ¿era una bola? Naturalmente que sí. Colón lo había probado. Merced a la palabra de un mago que se atrevió a andar sobre las huellas del sol, la puerta de las Indias se abrió con gran ruido y esta puerta no era la que se buscaba desde hacía tiempo. Por el resquicio entraban en tropel marinos y soldados, capitanes y oficiales, funcionarios y misioneros, artesanos de todos los oficios, nobles y malhechores, aventureros y mercaderes, trabajadores ávidos de tierras que cultivar y holgazanes que no iban más que en busca de oro y sensaciones nuevas. Todos deseaban apoderarse de los tesoros de aquel mundo todavía intacto a cambio de la civilización europea. Los que se embarcaban ya no eran considerados como víctimas condenadas a muerte, como el año anterior, sino como favoritos de la suerte.

La flota volvió a dirigirse hacia las islas Canarias. Allí se tomó un importante cargamento, que convirtió a dos de los transportes en verdaderas arcas de Noé: en las bodegas se amontonaron vacas, terneros, ovejas, cabras y ocho cerdos, antecesores de los cerdos salvajes que luego abundaron en las Antillas españolas. Aves de todas clases piaban en todos los rincones y especialmente cerca de las cuadras, donde cincuenta caballos estaban al cuidado de veinte hombres. También fueron embarcados asnos y mulas.

Por todas partes se veían grandes pilas de sacos de cebada, avena, trigo y otros cereales, de los que una parte se dedicaría a la alimentación y otra a la siembra.

También llevaban árboles y cepas; montañas de víveres y de toneles de vino, cajones y cofres llenos de ropa, de utensilios y de cuanto es necesario a los emigrantes; enormes cantidades de perlas de vidrio y otras baratijas, moneda de cambio destinada a los indígenas, y además armas, cañones, municiones y pertrechos de guerra, como si se tratase de una campaña militar o de un sitio.

En el tercer transporte, la *Mami Galante*, ondeaba la insignia almirante; allí iba el virrey de las Indias con su estado mayor y su séquito. Lo acompañaba su hermano menor, Diego, quien no hacía mucho tiempo aún no era más que un pobre tejedor de un taller de Génova o de Savona. Numerosos señores con sus criados se habían instalado en las carabelas, y al lado del almirante viajaba el joven Alonso de Ojeda, que por su fuerza, su valor y su audacia era estimado como uno de los mejores caballeros españoles.

Detenida por la falta de viento, la flota no salió de Gomera hasta el 13 de octubre. Ahora se dirigía hacia una meta precisa, La Navidad, el pequeño fuerte español de La Española (Haití). Cada capitán había recibido órdenes selladas, que no debía abrir más que en caso de tempestad, si la flota se dispersaba. Las instrucciones se mantenían en secreto con el fin de ocultar a los espías portugueses o a los aventureros desprestigiados el camino marítimo hacia las Indias. Salvo en caso de fuerza mayor, todos los barcos habían de obedecer las órdenes del almirante.

Colón tomó rumbo un poco más al Sur que en el viaje anterior, con el fin de pasar por una isla situada al Este de Haití y tocar tierra antes. Sus cálculos resultaron exactos. Aunque el buque almirante era mal velero y retrasaba la marcha, el 3 de noviembre una de las pequeñas Antillas surgió en el horizonte. Colón la llamó La Dominica, por haber sido descubierta un domingo al amanecer y sigue llamándose por ese nombre.

La isla surgió como una hermosa montaña verde en me-

dio del océano; a su derecha había otra isla completamente llana, pero igualmente cubierta de espesos bosques. Cuando fué día claro se vieron otras cuatro islas, algunas de las cuales eran muy grandes. Como no encontraron puerto en La Dominica, la flota ancló en una de las otras islas. El almirante bajó a tierra seguido de un imponente cortejo de nobles y funcionarios, y desplegó con la solemnidad acostumbrada el estandarte real en señal de toma de posesión. Toda la isla estaba cubierta hasta la ribera por un espléndido bosque compuesto de árboles desconocidos en su mayoría y que tenían a la vez flores, frutos y magnífico follaje. Algunos recordaban a los de España, como los laureles, y sus hojas exhalaban un perfume parecido al del clavo.

Por todas partes se veía una hermosa fruta. Algunos españoles la cogieron, y apenas la tocaron con la punta de la lengua se les hinchó la cara, inflamándoseles intensamente y haciéndoles sentir insoportables dolores. El médico de a bordo, el doctor Chanca, consiguió calmar la inflamación después de grandes esfuerzos. Aquella fruta era la del manzanillo, cuyo veneno es de efecto rapidísimo.

Al pasar frente a La Dominica habían sido vistas algunas chozas y algunos hombres, pero la isla donde habían atracado parecía completamente deshabitada.

A la mañana siguiente Colón se dirigió hacia la tercera isla grande. En ésta había una alta montaña, cuya cima, parecida a un volcán, brillaba con un blancor resplandeciente. En los barcos se hicieron apuestas sobre si se trataba de rocas o de agua, y al acercarse vieron que el maravilloso espectáculo se debía a las espumosas cascadas que se precipitaban desde alturas vertiginosas.

Colón se decidió a anclar junto a aquella isla para conceder algún descanso a la tripulación, cansada de la travesía y entusiasmada a la vista de la tierra firme. Puso el nombre de Guadalupe a la isla en conmemoración del famoso monasterio español adonde había ido en peregrinación, fiel á su promesa, en la primavera de aquel año y cuyos monjes le habían acogido cariñosamente.

XXX

Entre los caníbales

Una carabela rápida recibió la orden de salir en busca de un puerto. Su capitán, al ver cerca de la costa algunas chozas, se dirigió a tierra en el bote. Se encontró con una aldea de treinta o cuarenta chozas alrededor de una pequeña planicie; aquellas chozas no eran redondas como en las demás islas, sino cuadradas y construídas con troncos de árboles; sus paredes eran de cañas y ramas, y el techo estaba cubierto con hojas de palmera; tenían esculturas de madera como adornos, en forma de serpentina en su mayoría. Los habitantes de aquellas casas habían huído tan precipitadamente que abandonaron a las criaturas, las cuales lloraban desesperadamente. Todo quedó como estaba momentos antes de la llegada de los extranjeros. Había allí grandes cantidades de algodón, en parte hilado o tejido. Por doquier se veían arcos y flechas, cuyas puntas afiladas eran espinas de pescados; también había víveres en gran profusión. Los españoles vieron también abundancia de ocas y papagayos domesticados. Por primera vez los extranjeros conocieron el ananás, cuyo aroma y gusto les encantó. En una de las casas descubrieron la popa de un barco. ¿Se había extraviado por aquellos parajes algún navegante desconocido? Ese navegante ¿había naufragado en la costa? ¿Qué se había hecho de la tripulación? ¿Eran restos de un naufragio que los vientos alisios y las corrientes marinas habían traído desde la otra parte del océano?

De los pilares de las casas colgaban cráneos humanos, y en el interior de las viviendas se encontraron más cráneos usados como utensilios o como floreros. Revolviendo en las chozas abandonadas, los españoles hicieron un descubrimiento que les heló de espanto: preparativos y restos de un festín horrendo, huesos humanos roídos y pedazos de piernas y brazos cociendo. Ya sabían a qué atenerse: estaban entre los de-

voradores de hombres, de los que tanto hablaran al almirante los indios de Guanahani y a los que llamaban Karib, palabra de la cual Colón había hecho Caniba, viendo en ella una alusión al Gran Kan.

Al atardecer, se encontró a algunas millas de aquel lugar un buen puerto, donde anclaron los barcos. Al día siguiente, por la mañana, el almirante mandó a tierra un destacamento de soldados, y éstos, una vez en la ribera, se dividieron en grupos para recorrer los alrededores. Algunos regresaron hacia el mediodía con un muchacho de unos catorce años que estaba prisionero en la isla, según se supo más tarde. Otro grupo vino con un niño que su padre había abandonado al huir. Luego los españoles se apoderaron de varias mujeres indígenas y otras indias les siguieron voluntariamente, pues estaban cautivas en la isla y debían su libertad a los extranjeros.

Los españoles se enteraron por estas mujeres de las bárbaras costumbres de los indígenas. Navegando en sus grandes piraguas los caribes recorrían toda la región, en ciento cincuenta millas a la redonda, y de sus expediciones traían hombres, muchachos y hermosas mujeres. Según lo iban necesitando, mataban a los varones y se comían su carne fresca. Los muchachos eran castrados y engordados hasta que estuviesen a punto para ser comidos. Las mujeres eran destinadas a esclavas y concubinas, y los hijos que tenían, a su debido tiempo, iban a parar a la olla. Además de en Guadalupe, los caribes dominaban en otras dos islas; salían juntos a sus expediciones de saqueo y vivían entre sí en buena armonía. En aquellos días había pocos hombres en la aldea, ya que los demás habían salido precisamente para hacer uno de sus recorridos en seis piraguas.

Una vez dominado su primer temor, algunos indios apreciaron en las cercanías de la ribera; llevaban el pelo largo y los ojos rodeados de un círculo de pintura negra, lo cual les daba un aspecto terrible. Cuando algún barco se acercaba gritaban: "¡Taino! ¡Taino!", lo que quería decir "bueno". Dejaron que los marineros atracasen tranquilamente, pero no se dejaron atraer por ningún regalo y estaban prevenidos para

huir de un salto hacia los bosques cercanos. No fué posible persuadir a ninguno a que subiese a bordo voluntariamente, pero tres fueron llevados a la fuerza y conducidos a presencia del almirante. En cada pierna llevaban dos vendas de algodón: una en la rodilla, la otra un poco más arriba del tobillo; estas vendas, atadas fuertemente, tenían por objeto hinchar las pantorrillas, pues esa deformación les parecía muy hermosa y constituía la señal distintiva de su tribu.

Los relatos de los prisioneros liberados y traducidos por el intérprete fueron confirmados aquella misma tarde por lo que contaron las patrullas al regresar a bordo.

Se habían visto miembros humanos colgados de las vigas de los techos, como si fuesen jamones; cerca de una olla donde cocía un ánsar había la cabeza de un hombre sangrando aún; en otro sitio un cuello humano hervía sobre un fogón.

En medio de la excitación que estos descubrimientos causaron a la tripulación, se recibió una noticia que cayó como una bomba: uno de los capitanes, sin haber recibido la orden del almirante, había desembarcado con seis hombres en la isla temible y no había regresado. Unas cuantas patrullas desembarcaron inmediatamente, pero la obscuridad de la noche no les permitió ir muy lejos. Los barcos hicieron señales luminosas, las detonaciones repercutieron en los bosques cercanos, las trompetas sonaron en la noche, pero no se obtuvo ninguna contestación.

Al día siguiente tampoco se encontraron las huellas de los desaparecidos. Alonso de Ojeda recorrió el bosque en todos sentidos y su corazón de cazador debió latir con fuerza al ver halcones, garzas reales, palomas torcaces y tórtolas que abundaban en aquellas regiones casi intactas de la selva virgen. Sin cesar se hacían señales con los fusiles y las trompetas, sin obtener ninguna respuesta. Durante tres días se prosiguió la busca sin resultado; había que considerar como perdidos a los siete hombres; sin duda habían sucumbido ante un número de indígenas superior — nadie había oído ningún tiro — y su suerte estaba echada. Los caribes habían probado por primera vez la carne europea...

El cuarto día se oyó de repente un disparo cerca de la

costa, y al poco tiempo aparecieron, completamente extenuados, los siete hombres. Se habían extraviado en los bosques de tal modo, que no sabían cómo salir de la espesura y volver a la costa. Habían cruzado ríos, se habían subido a los árboles y a las rocas sin conseguir orientarse, y cuando menos lo esperaban habían llegado al borde del mar. ¡A Dios gracias, la flota estaba todavía allí! Llevaban con ellos algunas mujeres y niños, y no habían visto hombre alguno. El capitán insubordinado fué arrestado, y a sus hombres, como castigo, se les disminuyó la ración diaria.

La ausencia de los indígenas varones y todo lo que observó en aquella isla preocupó mucho al almirante. ¿No habrían ido los caribes a asolar el país de su amigo Guacanagari? Y en tal caso, ¿qué habría sido de los hombres del fuerte La Navidad?

El 10 de noviembre, por fin, pudieron emprender la marcha, dejando a La Guadalupe a la derecha. Las islas se sucedían unas a otras. El 14 de noviembre los barcos estaban anclados frente a la costa, muy poblada, de Santa Cruz. El almirante mandó a tierra una lancha con veinticinco hombres, y, como siempre, no encontraron más que mujeres y niños y prisioneros que en aquella isla trataban como si fuesen bestias de carga. Los marineros traían con ellos seis mujeres, y cuando iban a alejarse de la costa, desde los barcos les gritaron que tuviesen cuidado con una piragua, con siete indígenas, que estaba sin moverse desde hacía una hora entre las cañas de la orilla. Los indios de la piragua estaban tan atentos contemplando los barcos extranjeros, que la lancha pudo acercárseles sin que se diesen cuenta, y como cuando la vieron ya no les era posible huir, los indígenas — cinco hombres y dos mujeres — atacaron a los españoles con una audacia extraordinaria, hirieron a dos de ellos, a pesar de sus escudos y de sus sobrevestas de algodón, y continuaron defendiéndose encarnizadamente después de ser volcada su piragua. De pie en el agua poco profunda, tiraban con gran precisión. Uno solo cayó en poder de los españoles, gravemente herido de una lanzada, y los demás huyeron. El prisionero murió antes de que le pudiesen llevar a bordo. Tampoco se consiguió salvar a uno de

los españoles que había sido atravesado por una flecha envenenada.

El desenlace de tal escaramuza demostró que, a pesar de la superioridad de las armas españolas, la conquista de aquellas islas no podría realizarse sin librar combates violentos, y era de esperar, por lo menos de los caribes, una resistencia desesperada. Los caníbales ya habían despoblado numerosas islas. El primer deber, pues, de un hombre y de un cristiano era hacerlos desaparecer.

XXXI

Ruinas y cadáveres

Después de hacer escala en varias islas desconocidas, una de las cuales, llamada Borinquen (hoy Puerto Rico), era muy grande, llegaron el 22 de noviembre de 1493 a una costa que, según afirmaban los indios que iban a bordo, era la extremidad oriental de La Española. Navegaron con prudencia a lo largo de la costa y algunos días después llegaban al puerto de Monte-Cristo, donde permanecieron dos días.

Un gran río desembocaba en el mar en aquel sitio, y como sus aguas eran muy buenas, Colón lo creyó muy a propósito para fundar otra colonia. Pero el terreno era húmedo y malsano y, por otra parte, unos marineros que practicaron un reconocimiento, no tardaron en hallar dos cadáveres humanos entre la maleza de la orilla del río. Uno de ellos estaba sujeto con los brazos abiertos a un poste en forma de cruz, el otro tenía los pies atados. Su estado avanzado de descomposición no permitía averiguar más. ¿Eran indios o eran españoles? El almirante tuvo un siniestro presentimiento, que al día siguiente se convirtió en una realidad: se hallaron otros dos cadáveres, uno de los cuales conservaba aún parte de una barba espesa; y como los indios eran todos imberbes, sólo podía tratarse de uno de los españoles de La Navidad, que

se encontraba a una distancia de doce millas. ¿Qué había ocurrido?

El almirante mandó una carabela de avanzada. La flota, que la seguía, ancló por la tarde del día 27 frente a una bahía cerca de La Navidad, no pudiendo entrar en ella por los bancos de arena, donde ya había encallado la carabela que se adelantó. Allí cerca había naufragado también la *Santa María* en el mes de diciembre del año anterior. Durante el día siguiente se hicieron sondeos para determinar la profundidad de las aguas. La guarnición del fuerte no daba señales de vida y era extraño que no se hubiese enterado de la llegada de la flota. Cuando, al anochecer, pudieron los barcos avanzar, una embarcación ocupada por media docena de indios salió de la ribera en dirección a ellos, pero en vista de que el almirante no esperaba, dió media vuelta y volvió a la orilla.

Al anclar los barcos en la bahía del Caracol, Colón mandó tirar dos cañonazos. Nadie contestó; en todas partes reinaba un silencio de muerte. No se veía ninguna luz en la ribera. La guarnición de La Navidad podía oír muy bien las señales y tenía cañones. ¿Por qué no contestaba?

A medianoche, la piragua del día anterior se acercó a una carabela preguntando por el almirante. Cuando les fué indicado el buque de éste, los indios no subieron a bordo hasta que el mismo Colón apareció y le reconocieron a la luz de un farol. Iba al frente de ellos un amigo de Guacanagari, de parte del cual traía una careta de oro para el almirante.

Éste habló con los indios, durante varias horas, en presencia de la tripulación. ¿Por qué no había venido en persona su amigo Guacanagari? Le contestaron que estaba herido. Dos caciques enemigos, Caonabo, el dueño de las minas de oro de Cibao, y Mayreeni, habían asolado su reino y destruido sus casas; en cuanto a los españoles de la fortaleza, varios habían muerto de enfermedad, algunos se habían matado entre sí, y la mayoría estaban diseminados y vivían con mujeres indígenas, muy satisfechos de su nueva existencia. La embajada se retiró prometiendo volver al día siguiente con Guacanagari.

Según esto, parte de la guarnición estaba sana y sal-

va. Pero el intérprete de Guanahaní pidió hablar con el almirante; era el único sobreviviente de los indígenas embarcados en aquella isla y al ser bautizado se le había puesto el nombre de Diego Colón. Según le había dicho uno de los indios, todos los españoles habían muerto.

Al día siguiente por la mañana, Colón envió un destacamento de soldados a la residencia de Guacanagari. No encontraron más que un montón de cenizas. La ciudadela de los españoles también había sido pasto de las llamas. Sobre los restos calcinados y entre la ceniza se veía ropa de los españoles, como si la hubieran tirado allí hacía poco tiempo. Los indios que se hallaban por los contornos se retiraron con timidez y desconfianza. Ya no manifestaban la entusiasta amistad del año anterior, a la que el almirante había de substraerse por demasiado molesta. Por fin se acercaron cuatro de aquellos indios, aceptaron los regalos de los españoles y acompañaron a éstos al buque almirante en su piragua. Uno de ellos, pariente de Guacanagari, confirmó lo dicho por el intérprete: los enemigos habían matado a todos los españoles, lo arrasaron todo e hirieron a muchos habitantes de la aldea; el mismo Guacanagari recibió un lanzazo en una pierna y se escondía por miedo al enemigo. Como el que daba tan malas noticias prometió ir en seguida a buscar al cacique, le colmaron de alimentos y de regalos. Se marchó con sus compañeros y ya no se le volvió a ver, y en cuanto a Guacanagari, tampoco dió señales de vida.

Al otro día Colón fué al lugar del desastre. Restos quemados, algunas ropas y capas era cuanto quedaba del primer establecimiento español. No se encontró nada más, ni siquiera las armas. Los cañones habían desaparecido, los cadáveres no se encontraban. ¿Qué había sucedido? El almirante ordenó hacer excavaciones, por si podía hallarse algún indicio y porque, al dejar aquella isla el 2 de enero, encargó al comandante de la guarnición que enterrase el oro que se obtuviera.

Mientras tanto, Colón recorrió la costa en busca de un lugar donde levantar otra ciudadela. Se encontraron algunas chozas de indios, pero éstos recogieron apresuradamente sus

efectos y desaparecieron entre las altas hierbas que rodeaban las marismas, y en sus viviendas se encontraron muchos objetos pertenecientes a la guarnición de la fortaleza. Rebuscando se encontró en un canasto un cráneo humano cuidadosamente escondido y bien conservado, y la mayoría de los compañeros del almirante ya no dudaron de que Guacanagari era un traidor. Pero ¿cómo explicar la destrucción de su propia residencia y sus heridas? El hecho de que los indígenas de los alrededores hubiesen sacado de los escombros diversos objetos para apropiárselos, una vez arrasada la fortaleza por sus enemigos, no era una prueba de culpabilidad. En cuanto a la cabeza tan bien escondida, no se tardó en hallar otras en las mismas condiciones, como se habían encontrado antes en Cuba. ¿Se trataba de trofeos o de recuerdos estimables de seres fallecidos? Nunca se ha demostrado que aquellas cabezas fuesen de españoles.

Cuando Colón volvió al lugar del incendio, varios indios se acercaron deseosos de cambiar oro por cuentas de vidrio, etcétera. Parecían bien enterados de los acontecimientos y enseñaron un sitio ya cubierto de hierba donde estaban enterrados once españoles. Todos aseguraban que los habían matado los caciques enemigos, añadiendo que los cristianos peleaban entre sí por causa de las mujeres, pues cada uno tenía tres o cuatro. Colón y algunos de sus acompañantes ya habían sospechado que las víctimas podían ser hasta cierto punto responsables de su fin trágico.

Dada la superioridad de las armas españolas, no tenía otra explicación semejante catástrofe. Los celos, la codicia y las rivalidades habían sembrado la discordia en la guarnición, dejando así mal defendida la fortaleza contra las hordas de los indios hostiles y facilitándoles la tarea.

Una carabela que seguía buscando al día siguiente un lugar favorable donde construir la nueva ciudadela, encontró una piragua en la que se reconoció al hermano de Guacanagari. El cacique rogaba con insistencia al capitán que fuese a verle a su residencia, que no estaba muy lejos. Los españoles aceptaron la invitación y encontraron a Guacanagari acostado en su hamaca, llevaba un muslo vendado y se quejaba de

grandes dolores. Lo que contó respecto a la destrucción del fuerte y a la muerte de la guarnición confirmó las noticias que ya se tenían. El cacique hizo valiosos regalos de oro a sus visitantes y pidió que el almirante fuese a verle, pues sus dolores le impedían ir a bordo.

Al día siguiente, a primera hora, el hermano del cacique fué a bordo a reiterar la invitación. Ante tal instancia Colón se puso en camino, cerca de las doce, hacia la vivienda de Guacanagari, escoltado por todos sus capitanes y un estado mayor con brillantes uniformes. El cacique seguía acostado en su hamaca y no se levantó, pero trató a sus huéspedes con perfecta cortesía y vertió abundantes lágrimas por el asesinato de la guarnición. La mayoría de los soldados españoles habían sido asesinados al dirigirse a las minas de la provincia de Caonabo en busca de oro. Guacanagari hizo al almirante valiosos regalos de oro y piedras talladas, y aceptó dignamente los presentes con que se le correspondió.

Ya que estaban allí el doctor Chanca y el cirujano, Colón preguntó al enfermo si no deseaba enseñar su herida a los médicos. Al principio, Guacanagari no pareció muy dispuesto a ello; pero se dejó convencer, bajó de la hamaca y salió de la choza cojeando y apoyado al brazo de Colón, pues la obscuridad del interior no permitía examinar la herida. Le quitaron la venda, pero no vieron ni rastro de la pedrada que decía haber recibido en la pierna. El doctor Chanca se convenció de que el paciente exageraba mucho sus dolores y sus muecas de sufrimiento. Pero no cabía duda de que dos meses antes se había librado allí un combate. Colón no pudo menos de desconfiar. Por otra parte, bien se veía que el cacique estaba sinceramente afectado por la muerte de los españoles a él confiados y que, aunque era completamente inocente, temía que se le acusase. No quedaba ningún español que le sirviera de testigo; sus únicas pruebas eran los restos quemados de su residencia y la herida que pudo haber recibido al huir cobardemente; ésta al cabo de dos meses ya debía estar curada, pero Guacanagari exageraba sus manifestaciones de dolor al no poder probar de otra manera que había sido herido.

El padre Buyl, el vicario apostólico, que acompañaba al

almirante, aconsejó a éste que detuviese al cacique para hacer un escarmiento; pero Colón no pudo resolverse a hacerlo. Mientras no se tuviesen otras pruebas, lo más prudente era no manifestar desconfianza y no hacerse un enemigo del único adicto que quedaba, por muy débil que fuese. La fe de los indígenas en la fuerza sobrenatural de los españoles y en su origen divino no había sobrevivido a la mala conducta de los soldados del fuerte y a su derrota. Por todos aquellos contornos, enemigos sanguinarios, cuyo valor guerrero se había despreciado demasiado, estaban al acecho. Entre los escombros del fuerte de La Navidad, donde Colón contaba encontrar una tonelada de oro, estaba la prueba.

En consecuencia, Colón se despidió muy cordialmente de Guanacagari, y éste se emocionó tanto con la confianza que le testimoniaba el almirante, que al día siguiente fué a hacerle una visita. Se hizo conducir a bordo del buque almirante y volvió a ser la persona ingenua y natural de antes, extasiándose ante las desconocidas maravillas que le enseñaban. Nunca había visto cuadrúpedos, con excepción de los roedores que se cazaban en Haití, siendo los caballos lo que más le llamó la atención. Luego siguió recorriendo los barcos; y se encontró con las indias que los españoles habían libertado de los caribes y que no habían desembarcado en Puerto Rico, su patria.

Entre ellas había una, llamada Catalina, cuya hermosura y gracia llamaron la atención a Guacanagari; se dirigió a ella con gran dulzura y le costó mucho separarse del grupo de mujeres. Se mostró muy contento cuando el almirante le comunicó su propósito de construir otra fortaleza en aquellas cercanías, pero le advirtió que la región no era saludable por la gran humedad que había. Durante la comida parecía muy preocupado y volvió muy temprano a tierra.

Al día siguiente, por la mañana, un indio fué a preguntar al almirante de parte del cacique si pensaba permanecer allí mucho tiempo, y se le contestó que hasta el día siguiente. Poco tiempo después subió a bordo el hermano de Guanacagari, cambió oro por toda clase de baratijas y pidió que le enseñasen todas las maravillas vistas por su hermano. Durante su

visita se encontró con las diez indias de Puerto Rico y sostuvo con ellas una animada conversación. Luego se alejó rápidamente.

Aquella noche se dió la voz de alarma en el buque almirante. El centinela anunció la desaparición de las diez mujeres de Puerto Rico. Se las vió a lo lejos, dirigiéndose a la costa a nado. Pretendieron alcanzarlas, pero eran buenas nadadoras y llevaban mucha ventaja, y sólo pudieron capturar a cuatro. Las otras seis, entre las cuales estaba la hermosa Catalina, desaparecieron en el bosque, y cuando al día siguiente el almirante mandó a ver si estaban en la aldea de Guacanagari para reclamarlas, sus emisarios encontraron el nido vacío. El cacique se había puesto a buen recaudo con su nuevo harén.

XXXII

La ciudad de Isabela y el fuerte de Santo Tomás

Guacanagari tenía razón. Los alrededores de La Navidad eran demasiado húmedos y demasiado malsanos para construir allí otro fuerte. Además, el recuerdo constante del drama hubiese desmoralizado a la tropa. El 7 de diciembre de 1493 la flota volvió a zarpar rumbo hacia el Este, y luchando contra un fuerte viento de proa llegó hasta diez millas más allá del puerto de Monte-Cristo, donde al fin se encontró lo que se buscaba. Dos ríos desembocaban en el mar y una ancha lengua de tierra avanzaba formando una gran bahía que ofrecía lugar muy adecuado para construir una ciudad fortificada. Por el lado de tierra estaría defendida por escarpadas rocas y por un bosque cuyo verdor la aislaba convenientemente.

Por fin pudo procederse a la descarga de los barcos. Los animales salieron de sus encierros hediondos y húmedos, y a la luz del día pudo verse lo mucho que habían perdido, especialmente los caballos. Los sacos, los cajones, los cofres

fueron llevados a la ribera; casi todo estaba cubierto de moho y tuvo que ponerse a secar al sol. Varios centinelas pasaban la noche en tiendas, a la orilla del mar, y el resto de la tripulación iba a dormir a bordo.

Se empezó a trabajar febrilmente: se abatieron árboles para construir casas; se labraron piedras para el muro del recinto, para una iglesia, para un depósito y para la residencia del virrey; se desvió una parte del agua del mayor de los dos ríos y se la hizo pasar por un canal a través de las construcciones; más adelante se pensaba construir un molino movido por el agua de aquel canal. En los campos se araban grandes extensiones de tierra completamente virgen y se sembraba trigo, avena y centeno. En los sitios bien soleados se plantaban vides, olivos, linioneros y naranjos. Delante de los talleres de carpintería se amontonaban las vigas y las tablas. Los trabajos prosiguieron con un ritmo tan rápido, que el 7 de febrero ya se pudo inaugurar con gran solemnidad la iglesia. El son puro de las campanas colocadas en lo alto de un andamiaje, al lado de la capilla, produjo gran júbilo a los indios, que no se cansaban de escuchar sus voces divinas.

Mientras tanto, varios oficiales audaces habían explorado la región vecina. El sitio elegido para construir la ciudad tenía la gran ventaja de que estaba en el camino más directo para ir a las minas de oro de Cibao, que, según los indígenas, cerraban las mayores riquezas que sea dado imaginar. Alonso de Ojeda, al frente de una valiente tropa de caballería, efectuó una expedición de reconocimiento por el interior de la isla. A pesar del terror que en todas partes producían los caballos, fueron recibidos por los indios con júbilo y hospitalidad. Alonso de Ojeda y sus hombres encontraron en los ríos gran cantidad de oro, lo que les hizo suponer que venía de inmensos yacimientos situados en las fuentes; pero estas fuentes estaban en lo más alto de las montañas, donde reinaba el terrible cacique Caonabo, "el dueño de la casa de oro" y principal instigador de la campaña contra el establecimiento de los españoles.

Otro caballero, el joven Corvalán, trajo los mismos informes de una excursión que hizo por otros parajes.

Corvalán no pudo seguir sus exploraciones, pues ya era tiempo de que diez carabelas regresasen a España; se necesitaban víveres y otras muchas cosas de primera necesidad, ya que muchos alimentos se habían echado a perder, el ganado había mermado y algunos artículos habían sido olvidados o se habían traído en escasa cantidad.

Colón hizo un informe detallado sobre todos aquellos por-menores. Hasta entonces el botín de oro puro era de poca importancia, pero las perspectivas de encontrarlo eran tan halagadoras, que el mismo médico, el doctor Chanca, en una carta dirigida a la Junta de Sevilla, pero destinada también a los reyes, prometía el oro y el moro. Los indígenas capturados en la costa de los caníbales, hombres, mujeres y niños, fueron repartidos en dos de los barcos que volvían, con el fin de que más adelante pudiesen servir como intérpretes y para convertirlos al cristianismo. A juzgar por lo que de ellos se sabía, prescindiendo de su desgraciada afición a comer carne humana, se les tenía por superiores a los indígenas de La Española en inteligencia, y su cultura era mucho más refinada.

Cuando uno de los caníbales prisioneros vió por primera vez los clavos de hierro, mandó decir al almirante que le darían todo el oro que quisiese a cambio de clavos.

Antonio de Torres fué nombrado comandante de la flota que regresaba y el caballero Corvalán le acompañaba. Los barcos salieron de La Española el 2 de febrero de 1494 y el 16 de marzo llegaron sin novedad a Cádiz, de cuyo puerto habían salido.

¿Para qué fecha podía esperarse el regreso de los barcos a Isabela? Asunto era éste que preocupaba en gran manera al almirante y a su gente. Muchos marineros vieron marchar a sus compañeros con envidia y mal disimulado disgusto. El terrible drama de La Navidad no se apartaba de su mente. Los indígenas ya no eran humildes y serviciales, y el entusiasmo que habían sentido en un principio por los hijos del cielo, y gracias al cual éstos se consideraban como los dueños del mundo, ya no existía. Ahora reinaba un ambiente pesado de armisticio y desde la obscuridad amenazaba la guerra, la

guerra que parecía un nubarrón negro flotando sobre aquellas montañas, desde las que se había precipitado, como un alud, un ejército de asesinos indios mandados por jefes decididos a liberar a su isla natal de los conquistadores extranjeros y a castigar a las tribus que por debilidad, por miedo o por codicia se habían aliado con ellos. El apresuramiento que ponía el almirante en fortificar la nueva colonia no podía ser más elocuente. La tormenta podía estallar de un momento a otro.

Además ¡aquella selva impenetrable que les rodeaba...! Allí el oro no se conseguía con sólo alargar la mano, era preciso arrancarlo a la tierra con el sudor de la frente.

¿Y para eso habían venido? ¿Para trabajar de la mañana a la noche? A todos estos motivos de descontento se añadía el clima agotador, la alimentación extraña y una terrible enfermedad que los marinos habían contraído de las mujeres salvajes, regalo del Nuevo Mundo, o que habían traído de España. Los médicos no sabían cómo curar a los enfermos. ¡El almirante y sus amigos habían engañado miserablemente a la tripulación y la habían llevado a aquellas malezas solitarias donde tenían que pagar con su sangre y con su sudor cada pulgada de terreno; donde sus cabezas, trofeos de victorias, tal vez adornarían las puertas de las chozas indias y donde sus miembros acabarían por ir a parar a la caldera de un caníbal! Y aquel polvo que había en los ríos ¿era en realidad oro? Fermín Cado, el platero, debía saber algo de eso, pero cuando se le interrogaba respecto al particular se echaba a reír estrepitosamente y escupía con desprecio. "Eso no vale nada. ¡Todo es mentira! Lo que quieren es impedir que vayamos donde pueda haber un filón de oro." Se veía mucho a Cado en compañía del inspector Bernal Díaz de Pisa; éste era funcionario del rey y estaba bien visto en la corte, y tampoco parecía que tomase las cosas en serio.

Algo se tramaba, porque un día se corrió la siguiente noticia: Cado, Díaz y otros doce habían sido arrestados por incitar a la rebelión. La prueba de su delito era el borrador de una queja redactada por Cado; los confabulados tenían el proyecto de apoderarse por la fuerza de algunos o de todos los

barcos, regresar a España y disculparse de su huida invocando las mentiras y las promesas exageradas de Colón. El almirante hizo encerrar a Díaz de Pisa en uno de los barcos, para enviarlo en la primera ocasión a España a ser juzgado; los demás recibieron el merecido castigo. Aquel incidente inspiró a Colón la resolución de transportar todos los cañones y municiones al buque almirante.

También el almirante sufrió las consecuencias del clima. Su enfermedad no le permitió salir antes del 12 de marzo, día en que, al frente de una columna de cuatrocientos hombres de infantería, caballería y ballesteros, se dirigió hacia el Sur para establecer una línea de atrincheramientos. La expedición fué de ruda prueba para quienes la componían. La ascensión a la alta meseta que se extendía hasta las montañas de Cibao y que Ojeda había llevado a cabo sin grandes esfuerzos, suponía para la tropa que iba a pie y cargada enormes fatigas. Era preciso abrirse el camino paso a paso, trabajo en que los oficiales dieron ejemplo haciendo las mismas faenas que los soldados, por lo que se llamó a este primer camino que se abría hacia la montaña "el desfiladero de los nobles".

La alta meseta, un paraíso de fertilidad tropical, estaba densamente poblada. Los indígenas de aquella región, una vez dominados sus primeros temores, se mostraron pacíficos y hospitalarios, pero seguían sin verse por ninguna parte las maravillas descritas por Marco Polo. Lo único que se encontraba eran salvajes desnudos y chozas pobrísimas.

El ejército cruzó sin tropiezos la Vega Real, con los estandartes al viento, el tambor batiente, brillantes uniformes y chasquido de armas, y ocupó las primeras estribaciones de la imponente cordillera que limita la meseta por el Sur. Colón no oyó hablar en ninguna parte de Caonabo, el dueño de aquellas montañas. Sobre una eminencia, a dieciocho leguas de Isabel, el almirante hizo construir un fuerte cuya situación lo ponía al amparo de cualquier sorpresa.

Dejó allí un destacamento de cincuenta y seis hombres a las órdenes de Pedro Margarit, al que distinguía por su prudencia y por su valor. La guarnición tenía el encargo de conseguir oro por trueque o buscarlo. Pero apenas Colón había

regresado a Isabela recibió, el 29 de marzo, un mensaje del nuevo fuerte de Santo Tomás con una noticia poco tranquilizadora: los indios de la comarca se mostraban hostiles.

Colón mandó inmediatamente refuerzos, y el 9 de abril Alonso de Ojeda salió al frente de un ejército de cuatrocientos hombres, siguiendo el camino que ya conocía. Enterado de que tres españoles que se dirigían hacia Santo Tomás habían sido desvalijados por los salvajes, dispuso que se hiciese inmediata justicia: hizo cortar las orejas a uno de los ladrones en medio de la plaza de la aldea y conducir al cacique y su familia a Isabela.

Colón se indignó tanto por lo ocurrido, que quiso castigar a los prisioneros con la pena de muerte, aplicando en aquel caso la ley de los mismos indígenas, que consideraban el robo — no siendo de alimentos — como el peor de los crímenes. Pero los insistentes ruegos y las promesas que le hizo el cacique le decidieron a emplear la dulzura y a libertar a los culpables. Precisamente en el momento en que éstos se retiraban, un jinete de Santo Tomás llegó al galope; al cruzar aquella misma aldea había visto a cinco españoles retenidos como rehenes por varios centenares de indígenas; pero, al ver a su caballo, todos habían huído y sus compañeros quedaron en libertad.

A pesar de todo, el almirante no lamentó haber sido indulgente. Era preciso que sus subordinados aprendiesen a entenderse con los indios, y si el comandante del fuerte de Santo Tomás aplicaba las medidas que le habían ordenado por conducto de Ojeda, era de presumir que incidentes de aquel género no se volvieran a repetir o serían castigados rápidamente gracias a una inmediata intervención. El hecho de que un jinete solitario hubiese puesto en fuga a varios centenares de indios era una prueba de que era fácil llegar a dominar por completo a los temerarios indígenas. Lo esencial era que Pedro Margarit consiguiese durante la ausencia de Colón seguir en buenas relaciones con los indios que todavía eran adictos. Ya era tiempo de que se diese principio a la tarea que constituía el fin que la expedición misma, o sea, la continuación del viaje de descubrimiento. Por consi-
guen-

te, Colón nombró representante suyo a su hermano Diego mientras durase su ausencia, le designó cuatro consejeros, entre los que se contaba el padre Buyl, y el 24 de abril zarpó con cuatro carabelas.

XXXIII

En el despacho de la reina

La escena tiene lugar en el palacio real de Barcelona, a fines de mayo de 1494.

LA REINA ISABEL. — ¿Hay algo más, Coloma?

COLOMA, EL SECRETARIO PARTICULAR. — Falta el informe de Su Exceiencia el virrey de las Indias, fechado en enero de este año y que ha sido traído a fines de marzo por Antonio de Torres, el cual está aquí desde hace unos días y pide con insistencia que se despache su asunto. Tres barcos con víveres con destino a Isabela están listos para zarpar en el puerto de Cádiz. Antonio de Torres estima que no le es posible hacerse responsable del retraso en la salida; está muy preocupado por lo que pueda ocurrir al almirante y a su gente.

ISABEL. — Que esté tranquilo y que nos cargue la responsabilidad de todo. Por otra parte, hemos encargado del mando de esos barcos a don Bartolomé Colón, el cual, según sabéis, ha entrado a nuestro servicio a su regreso de Francia. La inesperada llegada de su hermano será una grata sorpresa para el almirante. Torres se pondrá al frente del transporte que se mande más adelante. ¿No había también una carta del doctor Chanca?

COLOMA. — Está en el expediente, Majestad. El doctor confirma en un todo lo que Su Excelencia el virrey había escrito en su diario respecto a la increíble riqueza en oro de las islas. El doctor Chanca está considerado como una persona juiciosa y poco propensa a las exageraciones, y, sin

embargo, está más entusiasmado que el mismo almirante y que el caballero Corvalán. Escribe, lo mismo que lo hace Alonso de Ojeda, que cuando regresen los barcos habrá que contar con una cantidad de oro como no se ha visto nunca hasta hoy. Termina su carta en la forma siguiente: "El que no me conozca me tomará por un charlatán desvergonzado que se complace en exagerar, pero Dios es testigo de que no me he apartado de la verdad ni un instante."

ISABEL. — ¡Ojalá tenga razón! Ya sabremos en qué emplear el oro. Al fin los portugueses se han tranquilizado. Ayer Fonseca nos ha dicho que ya no necesita barcos para observar los hechos y manejos de nuestro real primo. Sin embargo, todavía hay que seguir sobre aviso. Nos comunican de Francia que el rey Carlos va a enviar un mes de éstos su ejército a Italia, para tomar Nápoles, sin tener en cuenta nuestra oposición, y no se pueden prever las consecuencias que eso pueda tener. Nuestra flota debe estar alerta; necesitaremos todos nuestros barcos, hasta el último bote. Francamente, no es éste el momento de enviar esos tres barcos a La Española, pero no habrá más remedio que hacerlo. ¿Habéis anotado los puntos esenciales del memorial?

COLOMA. — Estoy a las órdenes de Vuestra Majestad. Sólo falta vuestra alta decisión respecto a esos puntos.

ISABEL. — ¡Veamos!

COLOMA. — El almirante lamenta no haber podido enviar hasta ahora mayor cantidad de oro. Su gente ha estado enferma por causa del clima, de la alimentación y del exceso de trabajo, y ha sido menester aprovechar el momento propicio para mandar los doce barcos.

ISABEL. — Ha hecho bien. Tomad nota de mis contestaciones.

COLOMA. El desastre de La Navidad lo atribuye a la imprudencia y a las provocaciones de la guarnición. Necesita carne fresca para los enfermos. Los hombres sanos están construyendo la nueva colonia de Isabela, levantando una iglesia, casas, un muro de piedra para defender las municiones, etc. Luego el almirante irá al interior de la isla para establecer allí una fortaleza y para recoger oro.

ISABEL. — Hace bien; apruebo sus actos.

COLOMA. — El almirante asegura que sus enfermos no corren mucho peligro. Él mismo está en cama. Todo dependerá de una alimentación sana. Ha hecho sembrar trigo, plantar caña de azúcar y vid, y, a juzgar por el rápido crecimiento de la vegetación, es de esperar una abundante cosecha. La mayoría de los trabajadores del campo están desgraciadamente enfermos, y los pocos animales domésticos que han sobrevivido están tan agotados por las fatigas y la travesía, que no pueden prestar mucho servicio. Los caballos han sido los que más han sufrido. Por eso se necesita un suplemento de trigo, de avena y de cebada. La harina se está agotando. El buen apetito de los españoles...

ISABEL. — Está bien. Si el país es tan fértil como dice, que mande sembrar todo lo que se pueda. Fonseca recibirá órdenes para resolver todo eso.

COLOMA. — El almirante se queja de los abastecedores de vino. La mayoría de los barriles de Sevilla estaban en malas condiciones y muchos de ellos medio vacíos.

ISABEL. — ¿Quién los ha suministrado? Ya se enterará de eso Fonseca. Los abastecedores pagarán una indemnización y los gastos. Caso de que sea necesario, Fonseca se incautará de sus bienes. No lo olvidéis.

COLOMA. — En Isabela se necesitan carneros, corderos, más hembras que machos, terneros y cabras jóvenes. También se necesitan algunos potros, pues allí no hay animales de tiro, y, además, asnos y burras. Hacen falta igualmente tocino y carne ahumada. Con el fin de no perder tiempo, caso de que Su Majestad se hallase ausente, el almirante había encargado a Torres que depositase el oro en casa de un comerciante de Sevilla, en espera del pago del tesorero y de adquirir con un anticipo todo lo que hiciese falta: cereales, vino, arroz, azúcar, almendras, uvas pasas y miel, de la cual ya no queda nada: creo que la da a los indígenas. Los medicamentos también se han agotado, lo que es muy lamentable. El almirante hace hincapié en la urgencia del regreso; dos carabelas deberían haber partido ya en mayo.

ISABEL. — Fonseca se ha ofendido sin duda por esas pri-

sas del almirante. Es mejor no hablarle de Colón. El transporte debía haber salido hace tiempo. ¿Está todo listo? Si todavía falta algo, es menester adquirirlo sin pérdida de momento.

COLOMA. — Es difícil entenderse con los indígenas a causa de la lengua del país. Por eso el almirante ha mandado en dos de los barcos mujeres, hombres y niños para que les enseñen el español. Sólo ha elegido caníbales, que ha hecho co-ger en varias islas muy pobladas. Al alejarlos de su patria cree que se les quitará la costumbre de la antropofagia y que se inclinarán hacia el cristianismo. Por consiguiente, pide que sean entregados a personas de toda confianza y se les trate mejor que a la mayoría de los esclavos para que estén dispuestos a instruirse.

ISABEL. — Fonseca se ha ocupado, sin duda, de esa gente. Que den cuenta al almirante de lo que se haya hecho. Tiene razón: es menester que hagamos cuanto nos sea posible para convertir a los indígenas, por todos los medios, a nuestra santa religión, incluso a los de La Española.

COLOMA. — El almirante propone que los armadores envíen por su cuenta la mayor cantidad posible de ganado; les pagará mandándoles esclavos, que es fácil sacar de las islas de los caníbales. Al contrario de los indígenas de La Española, esos salvajes son inteligentes y robustos; serían unos servidores excelentes y bastaría con sacarlos de su ambiente para civilizarlos y convertirlos. Desde luego sería conveniente que un funcionario real viajase siempre en esos barcos, que sólo tendrían que hacer escala en Isabela; esta ciudad sería el lugar donde se concentrarían y desde donde se exportarían los esclavos.

ISABEL. — El proyecto tiene que ser estudiado. Más adelante tomaremos una determinación respecto al mismo. Esos seres peligrosos que ya están aquí deben ser tratados con consideración y también con prudencia. Tal vez el almirante podría hacernos otras propuestas relacionadas con la obra de conversión.

COLOMA. — El almirante ruega encarecidamente a Su Majestad que no sean mandados a la colonia más que perso-

nas dignas de la mayor confianza y que sean celosos cristianos.

ISABEL. — Si no recuerdo mal, Torres ya ha hecho esa petición. Sabemos lo que tenemos que hacer. El almirante quedará satisfecho.

COLOMA. — Hay una lista de los oficiales y tripulantes que Su Excelencia propone para un ascenso y recompensas.

ISABEL. — Eso no es urgente. Dejadme la lista.

COLOMA. — Otra queja. Según dice el almirante, los que vendieron los caballos en Granada habrán ofrecido hermosos ejemplares, que fueron substituídos en el momento de embarcarlos por vulgares matalones, después de haber sido bien pagados.

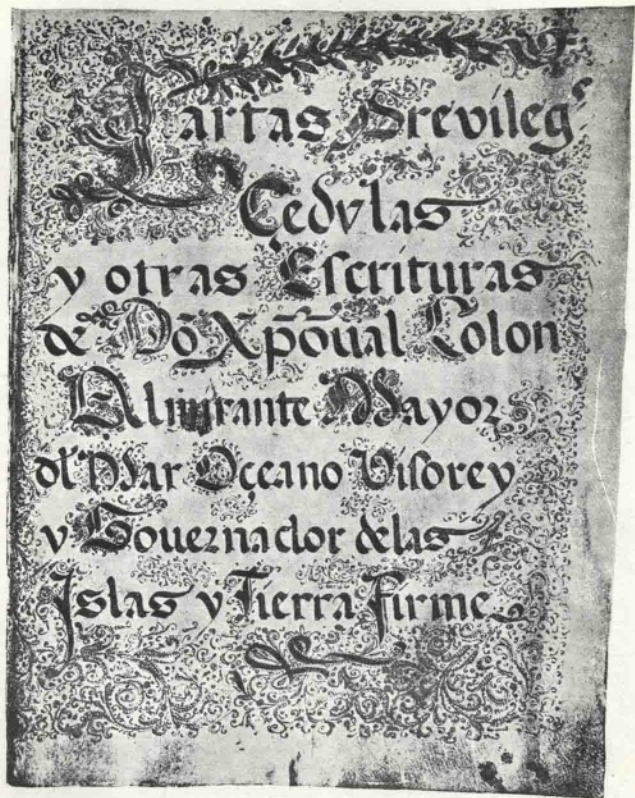
ISABEL. — Es menester que... Semejante bribonada es increíble. Fonseca castigará enérgicamente a esos pillos.

COLOMA. — Para reducir los gastos el almirante pide también que, además de los artículos de primera necesidad, los barcos lleven lo que sus hombres desean adquirir a cuenta de su paga: buena ropa, zapatos, algunas golosinas, etc.

ISABEL. — ¿No dice más el almirante? Causa admiración ver cómo piensa en todo. Fonseca se ocupará de eso.

COLOMA. — Y, por último, el almirante pide lavadores de oro y mineros competentes.

ISABEL. — Se le mandarán los mejores. Nosotros mismos escribiremos a Almadén, respecto a eso, a nuestro administrador de las minas. ¿No hay nada más? Contestad punto por punto a todo. Firmaremos la contestación. Que Fonseca no dé largas al asunto. El almirante tiene mucha razón: los barcos tienen que salir cuanto antes. Y por hoy basta.



10. — PORTADA DEL «LIBRO DE LOS PRIVILEGIOS» otorgados a Colón por los soberanos de España.

XXXIV

En busca del Gran Kan

Urgía realizar lo que fracasó en el primer viaje. ¿Dónde estaba Catay, el país de los techos de oro de Marco Polo? ¿Dónde estaba la residencia del Gran Kan, al que iban dirigidas las cartas de los reyes de España? Y, en fin, ¿dónde empezaba el continente asiático propiamente dicho, del que Cuba debía de ser la punta oriental?

El 29 de abril de 1494, Colón llegó a la punta de esa supuesta península; le había puesto el nombre de Alfa y Omega, la primera y la última letra del alfabeto griego, el principio y el fin de las Indias. Esta vez no se dirigió hacia el Noroeste, no siguió el camino que tomara en su primer recorrido, sino que pasó a la izquierda, y navegó a lo largo de la costa meridional de Cuba, rumbo al Oeste. Los indígenas de aquella costa se parecían mucho a los súbditos de Guacanagari, también iban desnudos, eran pobres y no tenían pretensiones. Carecían de oro, pero afirmaban que lo había hacia el Sur. La indicación se repitió tanto, que Colón tomó el 3 de mayo una rápida decisión e hizo doblar a sus barcos a la izquierda, directamente a través del mar Caribe o de las Antillas.

Dos días después encontró una isla desconocida y montañosa. ¿Era la tierra buscada? De todos modos, se veía obligado a fondear, pues uno de los barcos hacía agua.

Pero cuando la flota se acercó a tierra salieron de todas partes largas piraguas ocupadas por hombres pintados de negro y adornados con plumas que agitaban sus lanzas dando gritos guerreros; arrojaron una lluvia de flechas sobre los marineros y parecían dispuestos a impedir que se desembarcase en la costa. Los españoles no tuvieron el campo libre hasta que contestaron con las ballestas y los mosquetes. Sin embargo, en la ribera, para no ser molestados, tuvieron que

soltar un perro que llevaban y, cuando lo vieron, los indios huyeron despavoridos.

Al día siguiente, los indios se presentaron en actitud tan amistosa, que cuando el día 8 volvieron a hacerse a la mar los barcos, una flotilla de piraguas los acompañó hacia el Oeste a lo largo de la costa. Un indígena se empeñaba en irse con los españoles, a pesar del llanto de sus padres. Esa isla era Jamaica. Aunque hermosa y fértil como las demás islas, tampoco parecía corresponder a los países de Marco Polo: allí no había oro.

Desde la extremidad noroeste de Jamaica, Colón se dirigió de nuevo hacia el Norte y se encontró al poco tiempo en el laberinto de coral, de rocas, de arrecifes, bancos de arena e islotes que cubren grandes extensiones de la costa meridional de Cuba. Aquello no podía ser más que las siete mil islas que, según Marco Polo y Maudeville había al Este de Catay. Luchando constantemente contra el viento, las olas y las corrientes, Colón se abrió paso por entre aquellos peligrosos "Jardines de la Reina", como los llamó, avanzando a lo largo de la costa. El 3 de junio unos indígenas le aseguraron que aquel país no tenía fin y que más allá, hacia el Oeste, reinaba un poderoso príncipe llamado Magón (¿No hablaba Marco Polo de una provincia de Mangi?). Colón quedó persuadido entonces de que se encontraban muy cerca de la ansiada meta de su viaje: el reino del Gran Kan. Con todo, su civilización no había llegado hasta aquí, pues los indígenas, sus chozas y sus costumbres seguían siendo los mismos, y en ninguna parte los techos dorados brillaban bajo los rayos del sol.

Colón interpretó todas las informaciones confusas de los indígenas de acuerdo con su idea fija. Decíase que en la provincia de Magón o Mangón la gente iba vestida. ¿Por qué? Porque tenían cola, pues los indios no se visten más que para disimular alguna deformidad. Mandeville había hablado también de los hombres con cola de aquella región. Un día un marinero que fué de caza por la costa regresó muy impresionado: había visto unos treinta hombres completamente vestidos de blanco y armados con largas lanzas. Uno

de ellos se había dirigido hacia él, pero el español, asustado, había huído.

Sin duda se trataba de un grupo de garzas reales blancas, que tienen las patas muy largas, que estiran muy a menudo el cuello hacia el cielo y tan semejantes a un centinela, que los colonos las llamaron más tarde "soldados". Según Alejandro de Humboldt, los habitantes de la ciudad de Angostura, a orillas del Orinoco, en Venezuela, no muy lejos de Cuba, un día se llevaron un gran susto al ver en una arista de la montaña una hilera de "soldados" que tomaron por la vanguardia de los indios salvajes, y no se tranquilizaron hasta que vieron a las garzas levantar el vuelo. La imaginación de Colón relacionó estas misteriosas formas monacales con antiguas leyendas relativas al preste Juan, rey cristiano oriental, cuyo reino buscaban los portugueses desde sus primeros viajes de descubrimiento.

Cuando la costa de Cuba, más allá de la isla de Pinos, volvió a doblar hacia el Sudeste, Colón se convenció por completo de que aquello era el continente que buscaba, que ya no estaba muy lejos del Quersoneso de oro de los antiguos (Malaca), y que podría regresar a España ya por "el golfo del Ganges" y el Sur de África, ya por tierra, cruzando Asia y pasando por Jerusalén y el Mediterráneo. Colón no pudo nunca librarse de aquellas extrañas ideas fundadas en un falso concepto del tamaño de la tierra.

Al verse obligado a dar la vuelta cuando ya creía acercarse a la meta, tuvo una gran decepción. Si hubiera seguido durante dos días más costearo la extremidad occidental de Cuba, su visión del Nuevo Mundo hubiese sido completamente distinta, porque habría sabido que Cuba era una isla y no una "península" del continente asiático. Pero las dificultades de la navegación costera habían deteriorado tanto los barcos, su tripulación estaba tan cansada y descontenta del continuo navegar, los víveres escaseaban tanto, y Colón estaba tan preocupado por lo que pudiese pasar en la colonia de Isabela, que, aun lamentándolo mucho, tuvo que decidirse a regresar sin haber puesto el pie en el continente que seguía oculto.

Antes de dar la vuelta, los ochenta hombres de la tripulación tuvieron que firmar una declaración solemne en la que afirmaban estar absolutamente convencidos de que Cuba era una parte del continente asiático y limitaba con la provincia de Magón o Mangi. Era imposible que hubiese una isla tan grande. Todos firmaron y hubiesen firmado cualquier otra cosa con tal de regresar a La Española, donde se encontraban mejor que en aquella región dejada de la mano de Dios, entre bancos de arena y arrecifes desiertos (1). El almirante buscaba por allí a un hombre llamado el Gran Kan, cuya existencia tenía a sus marineros completamente sin cuidado. Aquel extraño documento estipulaba también que los que faltasen a su palabra recibirían el castigo que correspondía a los perjurios: cien bastonazos y a la ablación de la lengua. Esta cláusula, sin embargo, sólo alcanzaba a los grumetes y a la servidumbre de a bordo; los oficiales pagarían diez mil maravedíes. Esa afirmación no excluía la eventualidad de que se llegase a cambiar de idea. Cuando Juan de la Cosa, que hizo el segundo viaje como piloto, terminó seis años después su famoso mapa del mundo hizo figurar en él a Cuba como una isla. Entre tanto Cabot había descubierto el Labrador, y la tripulación del mismo Colón había alcanzado el continente en la América Central, en la costa de Paria. En ambos casos se creyó firmemente que habían llegado a Asia. Que Cuba fuese una isla no quedó demostrado hasta que, en 1508, Nicolás de Ovando dió la vuelta a la misma.

La busca del Gran Kan fué, pues, suspendida por segunda vez. Se volvió a cruzar la zona peligrosa de los "Jardines de la Reina", y el buque almirante, la *Niña*, estuvo a punto de encallar en ellos, saliendo con algunas averías de un banco de arena que había rozado. Pero Colón consiguió, con grandes esfuerzos, llevar el buque hasta la costa de Cuba, y el 7 de julio entraba en un estuario, donde permaneció hasta que la *Niña* pudo continuar viaje. Allí, también los indígenas eran bondadosos y generosos.

(1) Historiadores muy doctos rechazan como sencillamente inadmisibile el hecho y reputan apócrifo el documento referente a las firmas, en que se apoya el autor. (N. del Editor.)

El 18 de julio los tres barcos se hallaban frente al cabo Cruz, y como el viento les impedía seguir avanzando, Colón viró hacia Jamaica para dar la vuelta a la isla. Las relaciones con los indígenas fueron entonces muy cordiales. Después de cuatro semanas de lucha agotadora contra los vientos y el mal tiempo, a lo largo de la costa oriental, Colón llegó al extremo Este de Jamaica. Allí recibió la visita de un cacique que se impresionó tanto con los relatos que le hizo el intérprete respecto a las maravillas que había visto en España, que expresó al almirante sus deseos de ir con él y costó gran trabajo convencerle de que en el próximo viaje sería complacido.

La flota llegó a la costa meridional de La Española, que no conocían todavía.

El 23 de agosto algunos indios, desde una piragua, saludaron al almirante por su nombre, conocido ya en aquellas regiones. Cerca de la pequeña isla Beata, en medio de la costa Sur de La Española y cerca de su punta más meridional, Colón se enteró por los indígenas de una noticia tranquilizadora: barcos venidos de España habían llegado a Isabela, y, como no se oía hablar de revueltas ni de hostilidades, el almirante mandó nueve hombres a través del territorio del terrible Caonabo para comunicar al fuerte de Santo Tomás la próxima llegada de la flota.

Colón había pensado hacer nueva escala en Puerto Rico, pero cuando se estaba a la vista de la isla de Mona, entre La Española y Puerto Rico, sus fuerzas le abandonaron, sus sentidos se paralizaron; ni veía ni oía, y cayó en un letargo completo. Los barcos navegaron a todo trapo para llegar cuanto antes a Isabela. El 29 de septiembre Colón fué desembarcado sin conocimiento y al recobrar por fin los sentidos vió ante sí a su hermano Bartolomé.

XXXV

El dueño de la casa de oro

El almirante se enteró poco a poco de lo ocurrido durante su ausencia en la colonia de Isabela. Los indios se habían sublevado en todas partes. En vez de pacificarlos, Pedro Margarit, comandante en jefe de las tropas, hizo de los más pacíficos indígenas enemigos encarnizados. Luego lo abandonó todo, decidido a regresar a España, con un grupo de nobles descontentos, en los barcos en que llegara Bartolomé Colón. El padre Buyl, vicario apostólico, se unió a ellos y abandonó igualmente su puesto.

Margarit había recibido del almirante la orden de explorar las montañas que rodeaban a Santo Tomás y ocupar, si era posible, las minas de Cibao, misión que no podía realizarse sin chocar con el terrible cacique Caonabo, "el dueño de la casa de oro". Margarit tenía que recurrir a todos los medios para apoderarse del jefe por astucia o por la fuerza y asegurarse la retirada viviendo en paz y amistad con la densa población de la Vega Real.

En vez de consagrarse a tan peligrosa misión, el comandante alojó a todas sus tropas, compuestas de cuatrocientos a quinientos hombres, en las aldeas de la rica Vega Real. La soldadesca explotó tan bien la hospitalidad generosa de los indios, que éstos, poco acostumbrados al esfuerzo y al trabajo y habituados a vivir con lo que les proporcionaba en abundancia la naturaleza, no tardaron en carecer de víveres para alimentar a tanta gente. Pronto terminaron los españoles con todo lo que tenían, y cuando los indios se negaron a entregar lo que les pedían, los soldados emplearon la fuerza.

Las quejas elevadas al comandante quedaron sin respuesta. El representante del virrey, Diego Colón, y sus consejeros invitaron a Pedro Margarit a ser prudente, pero éste consideró que su dignidad no consentía que le hiciesen ad-

vertencias. Perteneciente a la más alta nobleza española y especialmente estimado por el rey, en su opinión, el jefe de la colonia era él, y al representante del almirante, Diego, que para él no era más que un advenedizo, le trataba sin ninguna clase de consideración cuando iba a Isabela. En este punto la mayoría de los nobles estaban de acuerdo con él, pues Colón había perdido sus simpatías al no hacer distinción de la diferencia de cuna cuando necesitaba hombres. Salvo el oficio de guerreros, los nobles despreciaban los demás, y para construir una colonia era menester contar con todos. Dar un ejemplo como en la "Garganta de los nobles" les halagaba, pero trabajar obedeciendo una orden ofendía su orgullo, y como no se atrevían a negarse directamente, se vengaban a expensas del representante, cuya benignidad le dejaba sin defensa ante su indisciplina. La actitud del comandante sentó un precedente y el vicario apostólico fué para él un poderoso aliado. Con sus plenos poderes del papa, Buyl se consideraba igualmente por encima de toda sujeción que tendiese a subordinar el individuo a la comunidad.

Todo esto puso a la colonia en situación tan desesperada, que la necesidad debiera haber ahogado todas las rencillas. Los víveres traídos por Bartolomé Colón desaparecieron rápidamente por el derroche que se hizo y por la general falta de escrúpulos. Las cosechas eran escasas. Se había confiado en la fertilidad del suelo, pero los trabajadores dedicados a la roturación del terreno eran pocos. Todo el mundo esperaba con impaciencia la llegada de otro transporte de España.

A los indígenas no les pasó inadvertida la situación. Caonabo tenía espías en todas partes y él mismo se acercó algunas veces a la colonia para observar los movimientos de los españoles. Había una cosa que le atraía a él y sus súbditos con una fuerza irresistible: el sonido de las campanas de la iglesia, que producía en ellos una verdadera fascinación. De haber estado el comandante más atento, hubiese podido coger en más de una oportunidad al jefe, en quien se concentraba la resistencia de la población entera y que por añadidura era el dueño de las minas de oro en que tenía puestas sus miras Margarit. Pero éste permanecía con su ejército en la Vega

Real; sus excesos le habían producido una enfermedad secreta y sólo pensaba en regresar a España para curarse.

Alrededor de los campamentos se producían encuentros sangrientos. Los indios no se atrevían a atacar a los españoles en terreno descubierto, pero se vengaban siempre que encontraban una ocasión. El jefe Guatiguana cogió prisioneros a diez españoles y los mató a fuerza de crueldades, quemando además una ambulancia de campaña en la que perecieron cuarenta enfermos. Luego sitió un pequeño fuerte construido por Margarit.

Caonabo, que había conseguido sublevar gradualmente a toda la isla, reunió un ejército de diez mil indios, y se preparó a hacer correr al fuerte de Santo Tomás la misma suerte que al de La Navidad. Era el señor de las montañas y el dueño de los tesoros que éstas encerraban. Los indígenas peleaban para defender la vida y el oro.

Pero Caonabo encontró en Santo Tomás un adversario de su talla, Alonso de Ojeda. Éste se cuidaba de la disciplina y evitaba cualquier posibilidad de un ataque por sorpresa. El fuerte ocupaba una situación estratégica excelente y su nuevo comandante parecía firmemente decidido a conservarlo. Durante treinta días defendió con sus cincuenta hombres la fortaleza contra un ejército incontable de indios, infligiéndoles terribles pérdidas y acabando por desalentarlos. Los indígenas no estaban acostumbrados a guerrear, y Caonabo tuvo que levantar el sitio. El valor que Ojeda demostró en la defensa del fuerte y en las salidas, de las que siempre regresaba misteriosamente indemne, causó gran admiración a los indios. Pero Caonabo no abandonó la lucha contra los intrusos y procuró reunir a todas las tribus de las islas en una verdadera alianza. Su llamamiento fué escuchado en todas partes. Uno solo rehusó unírsele: el leal Guacanagari.

Cuando Margarit se dió cuenta de las consecuencias funestas de su ligereza y de la gravedad de la situación, tomó una rápida decisión. Aunque noble y soldado, optó por regresar a España con todos los que le apoyaban, poco antes de que regresase el almirante, ante el cual no se atrevía a presentarse. Margarit no podía justificar su marcha más que consiguiendo

exponer al rey el estado de abandono y de desorden que reinaba en la colonia, únicamente a consecuencia de la ausencia del almirante, y en el padre Buyl halló un aliado fiel y poderoso.

Tal era la situación de la colonia de Isabela cuando regresó Colón, más muerto que vivo y desahuciado por los médicos. Pero su vigorosa naturaleza salió triunfante, y en cuanto se encontró un poco mejor empezó a reparar el mal causado. Felizmente, a principios de octubre llegaron cuatro barcos de España al mando del leal Antonio de Torres y cubrieron las necesidades más apremiantes. Colón pudo ver por las cartas que recibió del rey y de la reina (fechadas el 16 de agosto) que aprobaban todo lo hecho por él hasta la fecha y que seguían desplegando el mismo celo que al principio para proseguir la empresa.

Le alegró especialmente la promesa que le hacían, conforme a su propuesta, de establecer relaciones marítimas regulares entre España y la colonia, enviando todos los meses un barco de Cádiz a La Española. Una idea, sin embargo, le atormentaba: ¿qué podría ofrecer a cambio de aquello? ¿No se vendría todo abajo si se pedían constantemente refuerzos y los buques regresaban vacíos? Seguía sin obtener contestación a su proyecto de comercio de esclavos. El botín de oro era muy escaso, debido a la indisciplina del comandante huído. Margarit y Buyl navegaban en aquel momento en alma mar; serían recibidos en la corte y había que temer un cambio de opinión.

Colón hizo embarcar todo el oro que pudo reunir para que Torres lo llevase a España, y el almirante envió con Torres a su hermano Diego, que podría salir en su defensa por haber presenciado todos los acontecimientos del verano último. Luego nombró representante suyo a su hermano Bartolomé, a quien dió el título de Adelantado. Bartolomé era mucho más enérgico que Diego, un marino experimentado, un cartógrafo notable y un administrador precavido. Era a la vez diestro y práctico, enérgico, decidido, algo rudo, carente de consideraciones y poco sensible. Menos entusiasta que Colón, menos propenso a lanzarse en nuevas aventuras, sabía guardar

lo que había ganado y hacerlo producir. Después de lo sucedido con Margarit, en quien depositara una confianza sin límites, Colón creyó no poder fiarse en lo sucesivo más que de su propio hermano.

Lo más urgente era tranquilizar a los indígenas. Con gran sorpresa recibió la visita de Guacanagari, que fué a ratificarle su incommovible amistad y a avisarle de las andanzas de Caonabo. Lo que le dijo el cacique le confirmó en la creencia de que, después de lo ocurrido en los últimos meses, no habría paz posible mientras Caonabo no cesase de hacer daño. El "dueño de la casa de oro" no entregaría de buen grado lo que le pertenecía. Y si la fuente de oro no empezaba pronto a correr a caño lleno, la obra del descubrimiento se detendría y el triunfo correspondería al adversario.

El almirante consiguió conciliar rápidamente a los indígenas de la Vega Real. Su gran jefe, el cacique Guarionex, no tenía inclinaciones guerreras, por más que se conservase en su familia una antiquísima tradición, según la cual "hombres vestidos y barbudos" aniquilarían su pueblo. Dejó que los españoles volviesen a ocupar el fuerte de La Magdalena (el fortín que había hecho construir Margarit en la Vega Real), que sitiara su vasallo Guatiguana y que se construyese otro en su distrito, y aun dió su hija al intérprete Diego; pero el principal enemigo seguía oculto en las montañas a la espera de una ocasión propicia para caer sobre los españoles. Era menester impedirlo.

Ojeda era el hombre indicado. Se había medido, en lucha contra los moros, con un enemigo mucho más temible. Pero el valor de nada servía contra un enemigo que se escabullía y había que recurrir a la astucia.

Con diez compañeros resueltos, Ojeda cruzó la Vega Real y se dirigió a caballo hacia las montañas, buscando a Caonabo en su madriguera. Llegó por fin a la residencia de éste, una gran aldea, y fué recibido por el cacique con la cortesía que corresponde a un enemigo cuyo valor y fuerza física inspiran admiración. Ojeda parecía encontrarse tan seguro como si estuviese de visita en casa de un amigo, y eso era lo que él y el almirante perseguían: ser amigos de Caonabo. Conocían el

poder del cacique, que era el amo de toda la isla, y el almirante estimaba su amistad en lo que valía. Estaba decidido a comprarla a toda costa. Ojeda ofreció la campana de la iglesia de Isabela a cambio de una alianza entre los españoles y Caonabo...

Caonabo tendría la campana de la iglesia, la maravilla que tocaba en Isabela, la colgaría entre sus palmeras, la haría tocar él mismo, la haría cantar cuando quisiese, a cada momento. La recompensa era valiosa, mucho más de lo que Caonabo se hubiese podido imaginar..., y no pudo resistir a la tentación. Sí, la campana de la iglesia, y si la aceptaba habría paz entre él y el almirante...

Los españoles fueron espléndidamente obsequiados. Caonabo, muy ufano con su nuevo amigo, le llevaba a todas partes y se entendía divinamente con él. Pero quería cerciorarse de que la campana tocaba bien y que su peso no le impediría echar a volar. Era preciso que Caonabo fuese a buscarla, era el único modo de conseguirla, y Caonabo, dándose perfecta cuenta de que así tenía que ser, resolvió partir inmediatamente; pero cientos y miles de indios le seguían. ¿Iba a llevarlos todos a Isabela?

“¿Para qué tanta gente?”, preguntó Ojeda. Caonabo le contestó que la campana era muy pesada, y, además, un príncipe no va nunca a ninguna parte sin un séquito imponente.

Ojeda se quedó impertérrito, siguió su juego y le pareció muy bien que le acompañase tanta gente, pero en su fuero interno pensaba que llevar tantos miles de indios a Isabela era un suicidio. ¿Pretendía Caonabo engañarle? No quedaba más que un recurso, que Ojeda estaba decidido a emplear.

El cacique caminaba dignamente al lado del caballo de su amigo. ¿Qué era aquel tintineo y aquel destello de la silla? Eran cadenas de plata con esposas. El jefe no podía apartar su mirada de aquellas cadenas. Ojeda le explicó que era un adorno real que llevaban en España los príncipes cuando bailaban los días de fiestas solemnes; eran cadenas sagradas, venían directamente del cielo, eran *turey*. Caonabo comprendió esa palabra con la cual los indígenas designaban todos los objetos que merecían un culto divino,

Aquel *turey* seguía interesando cada vez más al cacique. ¿Podría tocarlo? Ojeda no lo permitió. Solamente las podían llevar los príncipes y en cierta forma. También Caonabo era príncipe, es cierto, y un gran príncipe, amigo de los reyes de España; tal vez llegara la ocasión de que le autorizasen a ponerse las cadenas...

Los jinetes acamparon cerca de un río con su escolta de indios. Era un sitio despejado y un ancho valle se abría ante ellos. Ojeda hizo sonar las cadenas de plata relumbrantes. La mirada del cacique iba del *turey* a la cara de su amigo. ¿Le permitirían...? Ojeda asintió. Pero había de bañarse primero, después sería digno de ponerse la joya real y el mismo Ojeda presentaría a los indios a su jefe investido con el adorno de plata.

El mismo Ojeda colocó las cadenas al cacique. Las esposas cerraban bien. Hizo montar en su caballo a Caonabo. Los indios aun no osaban acercarse al animal, pero el jefe no tenía miedo. Apoyado en la mano de Ojeda se sentó con soltura en la delantera de la silla. Los indios se entusiasmaron. Ojeda llevó al cacique con el *turey* por entre los indios: los diez jinetes abrían círculos cada vez mayores; ya llegaban casi a la orilla del bosque. Y de repente desaparecieron.

Manos vigorosas y nerviosas cogieron al cacique confiado. "¡Si te mueves te mato!"

Y ahora, adelante a todo galope... Ningún indio les pudo seguir. La tropa de jinetes pasó por una aldea como un huracán, luego por otra a galope tendido. Los indios, llenos de pavor, huían sin comprender lo que aquello significaba, y, atravesando toda la Vega Real, Ojeda y su gente llegaron a Isabela.

Caonabo estaba en lugar seguro y no podía seguir molestando. Fué encerrado en la residencia del almirante con sus cadenas de brillantes reflejos de plata. Cada día el toque de la campana le hacía sonreír pensando en su candorosa confianza.

Cuando el almirante iba a su celda, no se movía, miraba para otro lado y no contestaba a nada. Por el contrario, ante Ojeda se levantaba y sus ojos brillaban. La astucia también

requería valor, y Ojeda había sido el único que le había derrotado.

Caonabo llevó las cadenas durante año y medio sin que su orgullo se quebrase. Seguía vanagloriándose de haber aniquilado La Navidad y matado a todos los españoles de la guarnición. Había estado en su derecho, y sólo sentía no haber podido hacer otro tanto con el almirante. En el verano de 1496 Colón le llevó con él cuando partió para España. Pero el cacique falleció antes de llegar a Cádiz. Hasta el último momento se oyó el tintineo de las cadenas y la campana de la iglesia de Isabela sonó, como una risa lejana, por encima del mar inmenso...

XXXVI

Oro en barras

La prisión de Caonabo tuvo consecuencias que ni el mismo cacique hubiera podido provocar tan rápidamente: toda la isla La Española se sublevó. Un hermano de Caonabo se puso al frente de un ejército de siete mil indios y avanzó contra el fuerte principal de los españoles, Santo Tomás. Ojeda no le esperó detrás de los reductos. Con veinte jinetes provistos de corazas se precipitó sobre el grueso desordenado del enemigo e hizo tal carnicería que los indígenas volvieron huyendo a sus montañas. Sin embargo, los indios seguían acudiendo de todas partes para tomar parte en la lucha contra la dominación española, y el 25 de marzo de 1495 hubo una gran batalla en la Vega Real. Los indios estaban armados de lanzas, flechas y mazas. Pero frente a ellos estaban los ballesteros españoles, con su buena puntería, y los arcabuces que sembraban la muerte. El más valiente de los caciques no hubiese podido resistir a Ojeda y a sus valerosos jinetes.

Pero lo que más espantaba a los indios eran los perros, que perseguían a los fugitivos, los tiraban al suelo y los des-

pedazaban. Guacanagari estaba al lado del almirante con un grupo de los súbditos que le habían permanecido fieles y fué testigo de los hechos que costaron la vida a un gran número de sus compatriotas.

Los sublevados fueron completamente derrotados y los españoles quedaron dueños del país. En todas partes se alzaron fuertes, y en cuantos territorios auríferos dominaban los vencedores todo indio mayor de catorce años tenía que entregar cada tres meses cierta cantidad de oro en polvo. Los caciques habían de entregar una calabaza llena. Como recibo se daba a cada indio una chapa de cobre que llevaba al cuello. Los que no tenían esa chapa eran obligados a trabajar en los campos.

Los indios, que jamás se habían dedicado a trabajos rudos, tenían que esforzarse para pagar los impuestos exigidos. En las regiones donde no había oro, como en la Vega Real, el impuesto consistía en veinticinco libras de algodón. El cacique de aquel lugar se ofreció a sembrar tantas tierras como fuese necesario para alimentar a toda España, pero aquella propuesta no le convenía al almirante. Los campos de cereales de La Española no producirían ninguna impresión al gobierno español; al contrario, la importación de trigo lo único que haría sería hacer bajar el precio y provocar el descontento del campesino peninsular. Lo que había que mandar era oro; lo demás no contaba para nada, no tenía la menor importancia.

Era únicamente con oro con lo que Colón podría acallar a sus adversarios, que sin duda seguían combatiéndole en la corte. Solamente el oro aseguraba el favor de los reyes. Oro y más oro; Colón lo necesitaba para proseguir sus viajes de descubrimiento y para cumplir su promesa. Las expediciones y la colonia exigían gastos considerables, y sus rivales los considerarían como despilfarros si no se cubrían esos gastos con oro. Era menester que la empresa produjese un beneficio de consideración, pues de lo contrario se renunciaría a ella. Colón calculaba que el oro que se podría reunir alcanzaría a la cantidad de ciento veinte quintales al año, suma enorme para aquella época, pero, sin embargo, insuficiente para sufragar

una cruzada a Tierra Santa. Colón se había convertido en el siervo, en el esclavo de su propia empresa

Los indios sucumbían bajo el peso de sus obligaciones. El polvo de oro se medía con campanillas, cuyo alegre tintineo tanto encanto tenía para ellos. La tarea se hacía tanto más penosa cuanto que cada día se producían nuevas revueltas, que eran sofocadas por la fuerza. Los indios se entregaron a la huelga del hambre. Asolaron sus propios campos y se refugiaron en las montañas, donde murieron en gran número. Todo era inútil. Los barcos traían de España más provisiones. Los intrusos no acabarían, pues, muertos de hambre, y cuando los indios les preguntaban tímidamente cuándo iban a volver al cielo, les contestaban con una carcajada. Por cada español que regresaba a su patria, volvían varios a ocupar su puesto. El mismo Guacanagari tuvo que pagar también su tributo. A espaldas del almirante no le trataban mucho mejor que a los enemigos declarados y, además, era odiado por sus compatriotas. Acabó por retirarse también a las montañas y allí murió en la mayor pobreza.

Los continuos combates no servían más que para causar la muerte de centenares de indios. Se hacían muchos prisioneros, pero no había hombres para custodiarlos ni víveres para alimentarlos. Si les soltaban volverían a la lucha.

Los indígenas de La Española no eran antropófagos, es cierto, pero sí fetichistas, como todos los salvajes. Cuando Antonio de Torres salió para España, el 24 de febrero de 1495, con sus cuatro barcos, llevó quinientos indios para ser vendidos como esclavos, convertidos y educados. Esos indios no eran caribes, sino prisioneros de guerra capturados durante el último asedio a Santo Tomás. Se trataba no sólo de idólatras, sino también de rebeldes, de enemigos de los colonos españoles, de aliados de Caonabo.

En la antigüedad y en la Edad Media la esclavitud estaba en boga en los pueblos guerreros, que podían con toda libertad someter bajo su yugo a los adversarios más débiles. En la costa Norte de África los moros se dedicaban al comercio de "esclavos blancos", mientras que los cristianos del Mediterráneo traficaban con los negros. Lo primero que ha-

cían los conquistadores de colonias era considerar a los habitantes de las mismas como mercancía. En el siglo XIV, y seguramente antes, había mercados de esclavos en Lisboa y en Sevilla. En esos mercados se vendían guanches de las islas Canarias; negros del Senegal, que los moros trocaban por sus congéneres hechos prisioneros por los españoles y por los portugueses, y, en fin, árabes. El mismo Enrique *el Navegante*, fundador del imperio colonial portugués, veía en el rapto humano el único medio posible de entenderse con los salvajes. Esta necesidad política se convirtió pronto en un fructífero comercio que constituyó la prosperidad de la colonia. De esa fuente salían las riquezas de los comerciantes portugueses que habían comprado un monopolio de comercio en África.

Cuando la conquista de Málaga, en 1487, once mil moros fueron hechos prisioneros por los españoles. Algunos aconsejaron hacer rápida justicia y matarlos a todos; pero eran once mil... La reina Isabel les perdonó la vida. La tercera parte fué enviada a África a cambio de cautivos cristianos. Otra tercera parte se vendió para cubrir los gastos de la guerra, y el resto fué regalado. Al papa se le ofrecieron cien moros, elegidos entre los mejores, con los que constituyó su guardia de corps. Algunas soberanas amigas recibieron como presente treinta o cuarenta muchachas. El resto de los cautivos se repartió entre los nobles, los oficiales y los funcionarios. Nadie consideraba injusta aquella manera de proceder, ni abusiva, ni bárbara. Las costumbres de la época la autorizaban. Todo el sistema colonial se apoyaba en esta base. En el siglo XIX, sin ir más allá, la esclavitud fué la causa de una guerra que puso frente a frente el Sur y el Norte de los Estados Unidos.

Así era la época en que vivía Colón. Él mismo estaba convencido de que sus viajes de descubrimiento le imponían como primer deber la evangelización de los paganos. La explotación económica de los países extranjeros no era más que un medio inevitable para llegar a este fin. La política y la economía resultaron a veces fatales para las grandes ideas, que no se podían realizar sin su concurso.

En su juventud, Colón había sido piloto de barcos negros portugueses. Los mercados de esclavos de Lisboa y de Sevilla eran un espectáculo corriente para él. En su doble carácter de marino y de comerciante, Colón se preocupó desde su primer viaje del destino que había de dar a los indígenas de los nuevos países, y atrajo a sus barcos a los indios y les retuvo como prisioneros. Tenía que cumplir su deber como soldado y como conquistador, de acuerdo con su contrato con la corona de España. Y como necesitaba intérpretes y guías, llevaba esos indios a España, donde aprenderían el español, se convertirían al cristianismo y a su regreso servirían de intermediarios, como era costumbre hacer en África.

Colón no podía prever que solamente una pequeña parte de esos indios sobreviviría al brusco cambio de ambiente. Los negros de África eran más resistentes y no se debilitaban lejos de su patria. En Cuba el almirante se preguntaba si haría falta llevar a España a toda esa gente para que se convirtiesen en buenos cristianos, o si bastaría con dejarlos bajo la custodia de una pequeña guarnición y confiar esa tarea a los misioneros. Esta solución ya le pareció la cosa más natural dos días después de haber descubierto Guanahaní (14 de octubre). Desde su primer contacto con los indios se dió cuenta de que aquellos seres humildes y tímidos serían excelentes servidores. Luego, en marzo de 1493, apenas llegó a Lisboa, en la carta dirigida a Santángel, ministro de Hacienda y persona encargada de los negocios reales, le expone la posibilidad de establecer un comercio regular de esclavos, limitándolo, sin embargo, a los que fuesen idólatras.

Hasta entonces, Colón había dado pruebas en su trato con los indios de una sensibilidad muy rara en su época. Los consideraba como niños inofensivos y pacíficos, y era muy humano para con ellos. Al carecer de religión, resultaría más fácil convertirlos. Pero sus buenos propósitos desaparecieron cuando chocó en Cuba con los indios guerreros y vió cabezas humanas colgadas en sus chozas. Empezó, entonces, a desconfiar. En el momento en que se trataba de idólatras o de caníbales, los sentimientos de humanidad ya estaban de más. Por eso propuso a Santángel el tráfico de indios. En La

Española no observó por ninguna parte indicios de que tuviesen religión alguna, y por eso simpatizó sinceramente con Guacanagari y los súbditos de éste.

Sus ojos no se abrieron hasta que hizo el segundo viaje. En todas las chozas donde entraba por sorpresa encontró ídolos. Los indios escondían sus *turey* a la vista de los extranjeros, pero cuando el doctor Chanca intentó quemar sus fetiches se entregaron a la desesperación y al terror. Allí tampoco se podría introducir el cristianismo hasta que los cultos indígenas hubiesen desaparecido. Pero la experiencia demostraba que la conversión era muy difícil en los mismos lugares donde vivían los salvajes, sin contar a los caníbales.

Las hostilidades con los indígenas hicieron desaparecer por completo la distinción establecida hasta entonces entre los idólatras y los espíritus exentos de todo concepto religioso. Se reservó a los prisioneros de guerra indígenas la misma suerte que corrían los infieles en Europa, mas, para seguridad de la colonia, convenía alejarlos del país. Por otro lado, la colonia no podía prosperar sin el concurso de los indios. Aun en el caso de que los colonos hubiesen estado dotados de un gran ardor, hubiesen necesitado una mano de obra barata y acostumbrada al clima. A falta de ella los colonos regresarían a España en el primer barco. Las revueltas les ofrecieron la posibilidad de obtener esa mano de obra, pues toda rebeldía merecía su castigo; por consiguiente, se implantaron los impuestos y se exigieron prestaciones personales.

Colón intentó inútilmente escapar a la siguiente alternativa: de un lado, la gran obra de su vida; del otro, la política y la economía, medios indispensables para llegar a su meta. Mientras el partido rival acusaba a Colón de introducir la servidumbre entre los indios, los colonos escribieron a España diciendo que el almirante se oponía a que los cristianos sometiesen a los indígenas y que halagaba a éstos con el fin de valerse de ellos para declararse independiente. Ese conflicto siguió sintiéndose a través de toda la obra colonizadora y terminó con la victoria del partido de los colonos. La economía no se intimida ante los cadáveres.

Cuando fueron enviados a España los quinientos prisione-

ros rebeldes para ser vendidos como esclavos, la reina empezó a titubear: “¡Que la venta sea aplazada y que no se cobre ninguna cantidad por los esclavos! ¡Que se consulte primero a los que conocen bien las Santas Escrituras, a los teólogos y a los maestros de derecho canónico si ese comercio está permitido! Es preciso ante todo que Torres envíe las cartas que le entregó el almirante, donde expone las razones del envío de los quinientos indígenas a España.” Ni siquiera se había esperado a que llegasen las cartas: tan corriente y natural era entonces en Europa la venta de la mercancía humana.

Se ignora la decisión que prevaleció en aquel imprevisto dilema. La reina Isabel dirigió a Berardi, rico comerciante florentino establecido en Sevilla y amigo de Colón, el ruego de “no vender los indios que en número de nueve ha mandado el almirante a Europa para que aprendan el castellano”. No se dice en parte alguna lo que fué de los otros. Seguramente no fueron devueltos en seguida a su patria, pues ello hubiese significado un gran conflicto para Isabela. Probablemente les enseñaron el trabajo de las minas, en Almadén, y luego fueron devueltos a su país.

Cuando Colón regresó de su segundo viaje, en el verano de 1496, trajo con él, además del cacique Caonabo, treinta indígenas. La travesía duró tanto, que los víveres llegaron a faltar. El 7 de junio hubo quien propuso “matar a los esclavos y comer su carne”. El almirante salvó a los indígenas, declarando enérgicamente que aquellos indios eran cristianos y hermanos de todos ellos.

Los barcos de abastecimiento que iban con regularidad a Isabela, a su regreso llevaban cargamento de esclavos. El adelantado Bartolomé Colón envió en el mes de octubre de aquel mismo año trescientos indígenas a Cádiz. En Portugal ese tráfico no estaba oficialmente reconocido; la mercadería humana viajaba con declaraciones falsas. El adelantado no lo ignoraba, pero aprobaba el fraude, consignando en el recibo de expedición la valiosa carga como “oro en barras”, juego de palabras quizá involuntario, pero desde luego brutal, que debió causar mal efecto en la corte. Nunca se rechazó el flete. Desde 1499 la esclavitud fué introducida en toda La Espa-

ñola. La misma reina Isabel, que intervino enérgicamente en varias ocasiones para oponerse a las desastrosas consecuencias del tráfico humano, promulgó el 20 de diciembre de 1503 un decreto autorizando el empleo de los indios en las colonias españolas. Cada colono tenía el derecho de pedir al cacique cierto número de operarios retribuidos, de los que disponía durante seis meses (más adelante, ocho). Podía llevarlos a regiones alejadas de la isla, lo que dió ocasión a abusos y fué la razón principal de la rápida despoblación de los territorios descubiertos por Colón. Cuando apareció el decreto (20 de diciembre de 1503), el primer virrey, asustado de su propio poder, escribió a su hijo Diego: "Con semejante administración las Indias van a una perdición segura." Pensaba sobre todo en La Española, su colonia predilecta. Sus profecías se realizaron más pronto de lo que él se lo imaginaba.

XXXVII

Intermedio

Pedro Margarit, el comandante huído, y su compañero el padre Buyl gozaban de demasiada consideración en la corte para que no se hiciese caso de sus quejas. El rey Fernando, que era más desconfiado y más astuto que Isabel, y que solía sentir celos de sus súbditos, nunca había tenido una verdadera amistad con el almirante. Por lo tanto, aprovechó gusto-so la ocasión para deshacerse del virrey, cuyas pretensiones siempre le habían parecido exageradas. Pero la confianza de Isabel no se tambaleaba tan fácilmente, y, como la administración de la nueva colonia incumbía a Castilla, encargó al ministro de Colonias, el obispo Fonseca, que se ocupase de aquel difícil asunto. Se envió a La Española un funcionario bien conceptuado con el fin de que hiciese un informe respecto a la situación de aquella isla. Fonseca empezó por incautarse del oro que había traído Diego Colón y que se había

negado a entregar alegando que era la parte que legítimamente correspondía a su hermano. Pero la reina ordenó que se lo devolviesen inmediatamente.

Antonio de Torres llegó antes de la salida del funcionario encargado de la investigación y trajo las últimas noticias de La Española: Colón había regresado de su segundo viaje de descubrimiento y había llegado al continente asiático. El nuevo éxito impuso silencio durante cierto tiempo al partido contrario. El sol del favor real que parecía nublado volvió a brillar otra vez con toda su fuerza.

Con el fin de no molestar a Colón, la reina encargó la delicada misión de investigar lo que ocurría en La Española a un hombre que había estado allí y que el mismo Colón había recomendado, el paje Juan Aguado. Si se había captado la amistad de Colón, tendría que estarle agradecido y entre amigos cualquier dificultad se podría arreglar.

A mediados de octubre, Aguado llegó a Isabela con cuatro barcos bien cargados. Colón estaba ausente, procurando someter a los rebeldes de la Vega Real. El almirante no tenía suerte con sus amigos. El empleado subalterno, orgulloso de su misión, creyóse autorizado a ocupar el puesto del virrey y ni siquiera enseñó su credencial al adelantado Bartolomé Colón. En cambio mandó anunciar su llegada a toda la colonia con gran aparato. La carta credencial estaba redactada en forma bastante confusa y se reducía a estas pocas palabras: "Os enviamos a Juan Aguado, nuestro paje, que os hablará en nuestro nombre. Os ordenamos que le atendáis."

¿Qué quería decir aquello? ¿El virrey estaba destituido? La conducta del emisario, que se portaba ya como amo y señor, lo hacía suponer. ¿Había cambiado el viento? ¿Era menester recoger velas? El almirante había perdido todas las simpatías a causa de sus rigores. Los murmuradores se hallaron a sus anchas y los indios no dejaron de notar lo que ocurría. ¿Un almirante nuevo? Tal vez mejorase su situación. Todos los que tenían alguna queja se la expusieron a Aguado. Éste interrogaba e indagaba, como un fiscal. Fueron tantas las quejas acumuladas contra su superior, que Aguado no pudo seguir esperando más tiempo al culpable y decidió

ir en su busca. Pero no le encontró. Colón estaba ya camino de Isabela y tuvo tiempo de pensar en la conducta que había de observar. La credencial del delegado decía mucho y no decía nada.

Aguado fué tratado por Colón con una tranquilidad y una cortesía refinadas, y se frustraron sus esperanzas de una escena tempestuosa durante la cual el almirante se dejase llevar por su carácter vehemente a pronunciar alguna palabra ofensiva para Sus Majestades. ¡Ante todo la voluntad real! Aguado debía saber en qué forma había de ejecutar las órdenes recibidas. Esta hábil actitud no hizo más que irritar en grado sumo al empleado, que veía escapársele de la mano el arma con que contaba. Colón contestó a cuanto le preguntó y le dejó investigar todo lo que quiso. Los funcionarios de la colonia y todos cuantos dependían del almirante se encontraron entre dos fuegos y no sabían qué partido tomar. Aquella doble autoridad acabó por hacerse insoportable.

Aguado hizo saber a Colón que se había tomado una medida que estaba en contradicción con su contrato. El 10 de abril de 1495, el gobierno había autorizado a que todo el que quisiera saliese libremente en busca de nuevos países. Cualquiera podía ir a La Española y dedicarse allí a la busca de oro. Los dos tercios de lo que encontrase serían para la corona, que también tenía derecho a una décima parte del beneficio total. Aquella autorización abría el camino a todos los fraudes y a todos los abusos. Aquello era lo que perseguía Martín Pinzón desde el primer momento, y su hermano Vicente, apoyado por otros armadores codiciosos, había conseguido que se diese tal decreto.

Por otra parte, las medidas arbitrarias de Aguado mermban la autoridad virreinal de Colón, al mismo tiempo que estaban en contradicción con el párrafo 4.º de su contrato. Colón creyó conveniente, en vista de todo aquello, ir a pedir justicia a España.

Aguado terminó su investigación. La flota que iba a llevar al acusador y al acusado ante el tribunal real ya estaba esperando en el puerto, cuando un repentino huracán causó la pérdida de casi todos los barcos. Tres de ellos se fueron

a pique con toda la tripulación; los demás fueron a encallar en la ribera. La *Niña* fué la que menos sufrió. Colón la hizo poner en condiciones y mandó construir otro barco con los restos de los que habían naufragado.

Aquel retraso en salir de Isabela proporcionó a Colón una sorpresa agradable que él atribuyó a un azar doblemente feliz. Uno de sus hombres, Miguel Díaz, había herido durante una disputa a uno de sus compañeros y había huído con otros cinco. Fueron tan bien recibidos por los indígenas de una aldea de la costa Sur, que resolvieron quedarse allí. Estaba gobernada aquella aldea por una mujer que no tardó en mostrar preferente atención por Miguel; éste no se hizo rogar mucho y llegó a ser su esposo oficial. Poco después de la luna de miel, Miguel sintió deseos de ir a ver a sus compatriotas a Isabela, pero el castigo a que se exponía hacía imposible su regreso. Se entristeció tanto, que su compañera temió que la abandonase. ¿En qué forma podría retenerlo? Los españoles estaban obsesionados por el oro y en los alrededores de la aldea había minas de este metal, cerca del río Hayna. Llevó allí a Miguel, el cual se encontró con unas minas infinitamente más ricas que todas las que habían visto hasta entonces. Además, contrariamente a la costa septentrional, el clima de aquella región era muy sano.

Miguel fué, pues, a comunicar esta buena noticia al almirante. No pudo llegar en mejor ocasión. Las minas de Hayna fueron examinadas en seguida, y se confirmó lo que decía Miguel y hasta se encontraron rastros de anteriores explotaciones. Colón creyó haber descubierto el Ofir del Antiguo Testamento, el tesoro del rey Salomón. Mandó construir inmediatamente una fortaleza cerca de la aldea y empezó el trabajo en las minas. Miguel fué perdonado, y, a pesar de su situación importante, fué modesto y fiel a su india, que fué bautizada y dió dos hijos a su marido.

El 10 de marzo de 1496 zarparon los dos barcos. Colón iba en la *Niña* y Aguado en el otro. Entre los doscientos cincuenta pasajeros los había enfermos, descontentos, holgazanes y, sobre todo, delatores, a los que Aguado debía su informe. Colón no conocía bien aún las particularidades del océa-

no, y tomó el mismo camino que a la ida, pero se retrasó tanto a causa de los vientos alisios y de la persistente calma, que la tripulación llegó a pasar hambre y aun a insinuar que había que tirar al mar a los indígenas o comerlos. No es probable que el almirante hubiese conseguido dominar a sus hombres si aquel estado de cosas se hubiese prolongado. Afortunadamente, cuatro días después los barcos entraban en Cádiz, después de una travesía de tres meses. Allí encontraron tres carabelas que, al mando de Pedro Alonso Niño, salieron a los pocos días para La Española. Otros cuatro barcos, enviados en enero, habían naufragado en las costas de España. Semejante desastre hacía esperar una acogida poco calurosa.

En efecto, ya se había extinguido el entusiasmo con que se recibió al almirante a su primer regreso. Muchos volvían decepcionados, enfermos o agriados de la Tierra de Promisión. Los adornos de oro de los indios, que Colón traía, ya no llamaban la atención a nadie. A los indios ya se los veía por todas partes, aunque vestidos más modestamente. Nadie prestaba atención a los nuevos países que Colón había descubierto. Sin duda no valdrían mucho más que los primeros, que sólo merecían insultos y desprecio. Los relatos de Colón respecto a su reciente viaje fueron recibidos con sonrisas escépticas que le recordaban sus años de espera. El oro que traía no era bastante para satisfacer a los incrédulos. Todas sus seguridades, todas sus esperanzas se estreñaban contra encogimientos de hombros irónicos o compasivos. “¡Especulación desafortunada! ¡Dinero gastado inútilmente! ¡Las colonias nunca producirán nada!”

El mismo Colón acababa por callarse. Su manera de vestir en esa época era también un síntoma de su depresión moral: llevaba una especie de hábito franciscano, y hasta usaba el cordón de la orden, según asegura su amigo Bernáldez, en cuya casa vivió en junio de 1496, mientras esperaba una decisión de la corte.

La invitación para que fuese el 12 de julio a Burgos estaba redactada en términos muy amables. Colón fué recibido por Fernando e Isabel en forma tan cariñosa y halagadora, que se sintió a la vez orgulloso y avergonzado. No se habló

para nada de las acusaciones de Pedro Margarit, del padre Buyl y de Aguado; el gobierno español comprendía muy bien que los que dirigían empresas como aquéllas se encontraban ante problemas nuevos y que las dificultades del principio no rebajaban en nada la grandeza de la aventura. Mas, por de pronto, no se disponía de mucho tiempo. El rey Fernando había firmado una alianza con el soberano de Nápoles, depuesto por Carlos VIII, y se estaba combatiendo en Italia. Las fuerzas militares españolas que no tomaban parte en la guerra custodiaban las fronteras, y la flota las costas. Pero eso no impidió que se acabase de equipar, con un lujo extraordinario, una armada de cien barcos para conducir a Flandes a la infanta Juana, segunda hija de los reyes, que se casaba en el otoño de 1496 con el archiduque Felipe *el Hermoso*, señor de los Países Bajos y heredero del emperador Maximiliano I. La misma flota trajo a España a la hermana de Felipe, Margarita, que se casó el 3 de abril de 1497 con el príncipe heredero, Juan. Poco después la hermana mayor de éste, Isabel, contraía matrimonio con el rey de Portugal, y su hermana menor, Catalina, con el príncipe de Gales, Arturo. En el otoño de 1497, como consecuencia de la muerte repentina del príncipe heredero, esos matrimonios formaron el poderío de las casas de Habsburgo y de España, que dominaron a Europa durante el siglo siguiente.

La armada de cien carabelas, con una tripulación de veinte mil hombres, sufrió importantes pérdidas, a la ida y a la vuelta, por efecto de las tormentas, y, por otra parte, las fastuosas ceremonias nupciales dejaron la caja del Estado en tales condiciones que Colón tuvo que esperar un año para poder ocuparse en su proyecto de un tercer viaje de descubrimiento. Diríase que se quería tener al almirante alejado de La Española, pero sus insistentes ruegos lograron que se hablase de las acusaciones formuladas contra él. Eso es lo que nos prueban sus refutaciones a los testimonios de sus adversarios que figuran en el informe de su tercer viaje, donde invoca los sacrificios hechos por Portugal en su colonia de Guinea y llega hasta recordar las empresas de Salomón, de Alejandro Magno y de Nerón. En ese informe censura la poca clarividencia

de los que auguran el fracaso del ensayo de colonización porque los barcos no habían regresado cargados de oro. "No piensan, escribe Colón con altanería y audacia, que en la corte de Sus Majestades se tropieza constantemente con personas que, sin haberlo merecido en forma alguna, amontonan más dinero en un año que lo que han costado hasta ahora mis empresas."

Ese mismo informe contiene también un resumen de las conversaciones que Colón sostuvo con la reina durante el año de espera: "Cuanto más me extendía respecto a estos asuntos, tanto mayor era la resistencia que encontraba. No se tenía en cuenta el efecto que mis descubrimientos causaron en el mundo entero, pues en toda la cristiandad se hacen grandes alabanzas de Sus Majestades por haber intentado esa empresa. Sus Majestades, sin embargo, no hicieron más que sonreír ante las calumnias de mis enemigos, me calmaron y me aseguraron que no tendrían nunca fe ni confianza en quien hablase mal de mi obra."

Entre tanto, sin duda se dieron cuenta de que la autorización concedida a todo el mundo para hacer viajes hacia el Oeste tenía enojosas consecuencias, y en 1497 se derogó el decreto y se volvieron a otorgar al almirante todos sus privilegios. Se llegó incluso a ofrecerle como compensación el título de duque y una extensión de tierras de treinta mil kilómetros cuadrados en La Española, pero Colón rehusó el honor para no excitar más la ira de sus enemigos. Su contrato estipulaba que su participación en los gastos le daba derecho a un octavo de los bienes territoriales. El 23 de abril de 1497 se le autorizó a constituir con esas tierras un mayorazgo para sus herederos varones, del cual se trata en el testamento que hizo en 1498, poco antes de su tercer viaje. Además, su hijo Fernando fué nombrado paje de la reina.

Colón esperó mucho tiempo los seis barcos que le ofrecieron para su tercer viaje. Y había que darse prisa. El 24 de junio de 1497 Juan Cabot, compatriota de Colón al servicio de Inglaterra, había descubierto, muy lejos, en el Norte, la costa de un continente que tomó también por el Catay de Marco Polo,

En lo que respecta a Portugal, Vasco de Gama llegó, el 20 de mayo de 1498, pasando por el cabo de Buena Esperanza, a la costa tanto tiempo buscada de las Indias. Por todas partes se había entablado una lucha de velocidad para llegar a nuevas tierras. ¿Iba a quedarse España cruzada de brazos?

Al fin, en el otoño de 1497, cuando se acababan de conceder seis millones de maravedíes para el tercer viaje, regresó, por desgracia, de La Española el capitán Niño, haciendo saber desde Huelva que traía un importante cargamento de oro. La alegría de Colón no tenía límites. Las nuevas minas de Hayna confirmaban sus esperanzas y se veía que las estaban explotando en serio. Los seis millones prometidos a Colón fueron destinados al crédito de armamentos.

Pero cuando Niño llegó a Burgos se supo que su cargamento lo constituía el famoso "oro en barras". Hasta la primavera de 1498 Colón no pudo disponer de sus seis barcos, y su tripulación estaba compuesta en gran parte de presos puestos en libertad, ya que sin ellos no hubiese podido conseguir bastantes marineros, soldados, artesanos, campesinos y mineros. Colón zarpó el 30 de mayo de 1498 con una tropa de trescientos cincuenta individuos, entre los cuales había treinta mujeres.

XXXVIII

El tercer viaje

El 30 de mayo de 1498 Colón salió del puerto de Sanlúcar para llegar a Gomera el 19 de junio. Desde esta isla mandó tres barcos directamente a La Española con víveres para la colonia y cartas para su hermano. El almirante siguió a lo largo de la costa de África hasta las islas de cabo Verde, que, a pesar de su nombre, encontró áridas y secas; ni siquiera le pudieron proporcionar allí el ganado que necesitaba.

Desde cabo Verde, Colón se dirigió el 8 de julio hacia el Sudoeste, hacia el Ecuador, pues deseaba dejar al Norte las islas que había descubierto antes y llegar directamente al continente, que, según él, estaba hacia el Sur del punto extremo alcanzado en su último viaje. Los indígenas de La Española le habían hablado de un pueblo negroide que habitaba en un gran continente del Sur y que de vez en cuando llegaba a sus costas acometiéndoles con armas de "guanín", metal compuesto de oro, plata y cobre. Además, los metalúrgicos españoles le habían asegurado que los más ricos yacimientos de oro, de piedras preciosas, de perlas, y las comarcas donde abundaban más las especias, estaban situados donde el sol calienta más, es decir, en las cercanías del Ecuador.

A poco de salir de las islas de cabo Verde el calor se hizo tan insoportable y la calma se mantuvo tanto tiempo, que el sol amenazaba consumir los barcos y la tripulación. El alquitrán empezó a derretirse en las juntas de las tablas, y los barcos pronto hubieran hecho agua si no hubiese empezado a llover. Pero la atmósfera seguía siendo tan asfixiante que nadie se atrevía a subir al puente para tapar las grietas del casco del barco o para ir a buscar agua o alimentos. Los barriles se abrían al caérseles los aros y los alimentos se descomponían. El mismo Colón, que sufría un fuerte ataque de gota, apenas podía abandonar su puesto en el timón. Aun no estaba repuesto de sus fatigas de los viajes precedentes y en España no pudo descansar como era debido.

Después de ocho días de gran calma empezó a soplar un fuerte viento del Este, y Colón pudo seguir navegando hacia el Oeste sin salir de la zona de grandes calores, pero la falta absoluta de agua le obligó el día 30 a cambiar el rumbo hacia el Noroeste para llegar lo antes posible a las Antillas. El día 31 fué vista una tierra al Oeste; eran tres altas montañas, y cuando se fueron acercando se dieron cuenta que se trataba del cabo Sudeste de una isla que Colón llamó La Trinidad.

Al día siguiente (1.º de agosto) el almirante encontró un buen sitio para anclar, al que puso el nombre de Punta de Arena. Al Oeste y al Sudoeste se veía otra costa, muy larga

y montañosa, que estaba a unas dos millas de La Trinidad. Colón creyó en un principio que se trataba de dos islas y les puso el nombre de Santa y Gracia respectivamente. Pero aquello era el continente sudamericano, que los españoles vieron por primera vez aquel día.

En el puerto de la Punta de Arena la ribera estaba llena de huellas de animales, parecidas a las de las cabras, pero que debían ser de animales salvajes. La isla parecía estar muy poblada, mas a la vista de los barcos los indígenas habían abandonado sus piraguas en todas partes, dejando los aparejos de pesca y refugiándose en las aldeas. Sin embargo, el 2 de agosto una gran embarcación, en que iban veinticuatro hombres, se acercó a los barcos; sus ocupantes, lejos de parecerse a los negros, tenían la piel más blanca que los habitantes de las Antillas. Llevaban el pelo largo y una especie de turbante de color; algunos usaban una corta falda. Nadie entendió sus gritos. Colón intentó atraerles enseñándoles objetos relucientes; pero, viendo que sus esfuerzos eran inútiles, ordenó a sus marinos que tocasen el tambor y que bailasen. Los indígenas tomaron aquellas manifestaciones por una declaración de guerra y empezaron a tirar flechas, a lo que, según órdenes del almirante, los ballesteros contestaron haciendo uso de sus armas. Al poco tiempo los indígenas se acercaron a una de las carabelas, y el piloto bajó a su embarcación, les hizo numerosos regalos y fué invitado a acompañarlos a tierra. Pero cuando los indios vieron que iba a pedir permiso al buque almirante no le esperaron más, dieron media vuelta y no se les volvió a ver.

Resultó sumamente difícil doblar la punta sudoeste de La Trinidad, donde había un torbellino de corrientes contrarias que hacía desviarse a las carabelas con gran fuerza y producía un ruido de trueno. Se consiguió al fin pasar por aquella "Boca de la Serpiente", como la llamó Colón, y llegar a un mar más tranquilo. Al sacar agua se notó, por casualidad, que era dulce, y lo mismo ocurrió en todo el golfo, entre La Trinidad y Gracia. Por consiguiente, varios ríos debían desembocar en aquella región. Colón se dirigió luego hacia el Norte, siguiendo la costa de lo que había llamado la isla de Gracia y

que en realidad era el continente a la altura del promontorio de Paria.

El 5 de agosto el almirante envió por primera vez a tierra a unos marineros, pues él sufría tanto de la vista que no pudo poner el pie en aquel suelo, que, según los indígenas, era un continente. Sin embargo, dibujó una carta completa del golfo, que envió a los reyes de España al mismo tiempo que su informe del viaje.

Los indígenas de aquella tierra firme en todas partes recibieron cordialmente a los extranjeros y les ofrecieron una bebida parecida al vino, que sacaban del maíz, planta hasta entonces desconocida y que Colón fué el primero en llevar a Europa. Los indios de Paria estaban más civilizados que los de La Española. Llevaban como adorno trozos de oro y perlas preciosas, que según decían, sacaban de una región cercana. Fuera de esto, no se halló ninguna de las maravillas descritas por Marco Polo; pero el país era muy hermoso, y su riqueza y fertilidad muy superiores a cuanto se había visto anteriormente.

No le fué posible a Colón internarse más en el continente, que por fin había descubierto, pues sus ojos sangraban y el exceso de cansancio le tenía agotado por completo. Sus fuerzas ya no podían resistir aquellos extraordinarios trabajos, y, por otra parte, la falta de hombres seguros y expertos se notaba en cuanto había que ir a tierra. Además, los barcos llevaban un importante cargamento de víveres para La Española, estropeados en gran parte durante la travesía y expuestos a perderse por completo. Colón estaba también muy preocupado por lo que podría haber sucedido en la colonia y tenía grandes deseos de llegar allá. Después de obtener los datos necesarios del golfo de Paria o golfo de las Perlas, el almirante se dirigió hacia La Española el 13 de agosto.

Las corrientes contrarias y los torbellinos impedían volver por La Trinidad; por consiguiente, se hizo rumbo al Norte, donde se encontraron las mismas dificultades que en la "Boca de la Serpiente", hasta que entraron en el mar Caribe.

El que descubrió la tierra americana nunca supo que un Continente nuevo se extendía detrás de la costa de Paria. El

mundo no empezó a enterarse de ello hasta que, en 1513, el español Núñez de Balboa cruzó el istmo de Panamá y se encontró en la ribera de otro océano. Colón creía que estaba en alguna costa desconocida de Asia o de las Indias, no lejos del Ganges. Ésa era la finalidad que perseguía, y ese descubrimiento no hacía más que confirmar su impresión respecto a la prolongación de la tierra firme hacia el Sur; el gran acontecimiento de su viaje fué para él una cosa completamente distinta: las grandes cantidades de agua que desembocaban en el golfo de Paria le llevaron a la conclusión de que había descubierto nada menos que el jardín del paraíso terrenal.

XXXIX

A la puerta del Paraíso

La comparación que hemos diseñado más arriba (capítulo IV) entre las concepciones cósmicas de la antigüedad y de la Edad Media nos demostró que desde Aristóteles a Copérnico (quien tenía quince años en 1492) las ciencias astronómicas y geográficas no hicieron más que retrogradar. Este retroceso es especialmente apreciable en la idea del mundo que Colón había sacado de su propia imaginación y de sus lecturas sin orden ni concierto de los cosmógrafos de la Edad Media. Hizo sus viajes con el fin de demostrar el sólido fundamento que tenía su manera de opinar. Sin embargo, no era un sabio y mucho menos un investigador, uno de esos que, percatados de la falsedad de las opiniones reinantes, procuran, mediante un estudio exacto, establecer los puntos de apoyo y, con la ayuda de hechos reales y observaciones, construyen un sistema cuyas consecuencias tal vez los sorprenda a ellos mismos o les inspire temores, como ocurrió con Copérnico, el gran revolucionario de la cosmología.

Colón no era más que un hombre de voluntad y acción, y en eso consistió su grandeza. En materia científica le impul-

saba una sola convicción: la redondez de la tierra, base de toda su obra. Sin embargo, esta creencia no le hizo despreciar las otras concepciones cosmológicas de la época, sino muy al contrario. Procuró armonizar el fárrago de errores y de supersticiones que constituían entonces la ciencia con su propia convicción, cuya realidad había demostrado. Seguía buscando nuevas pruebas para apuntalar errores antiguos. Este esfuerzo, muy de su época, llevaba su imaginación ardiente hacia conclusiones que iban hasta hacerlo dudar de las premisas sin las cuales no hubiese descubierto nunca un nuevo mundo. Merced a errores (falsa representación del océano, de la extensión del continente asiático y del tamaño de la tierra) había encontrado una verdad de una importancia incalculable, cuya luz le cegaba hasta tal punto que estaba obligado a buscar su camino a tientas. El tercer viaje de Colón fué el apogeo de esa evolución.

El informe de su tercer viaje contrasta notablemente por su confusión con la claridad y la sobriedad del diario redactado en 1492 y 1493, consecuencia sin duda de sus perturbaciones físicas y de su agotamiento intelectual. En este informe hace un breve resumen de los resultados, más bien teológicos que geográficos, de sus descubrimientos: "En mi primer viaje, escribe, he realizado todo lo que estaba presagiado por boca del profeta Isaías y en otras partes de las Santas Escrituras respecto a los países en que España (uno de los extremos del mundo) debe propagar el nombre del Todopoderoso. Apenas de regreso, Sus Majestades me volvieron a enviar allí, y gracias a la inspiración divina he descubierto trescientas treinta y tres millas del continente (Cuba) que constituye la extremidad del Oriente."

Menciona luego una observación que le llenó de asombro, lo mismo que a su tripulación, en el primer viaje: "Cada vez que he navegado de España a las Indias me he dado cuenta que en cuanto me alejaba cien millas de las Azores se producía un extraordinario cambio en la posición de las estrellas, en la temperatura del aire y en el mar. He estudiado esos cambios con especial cuidado y me he dado cuenta de que la aguja de la brújula, que señalaba hasta entonces constante-



11. — ARMAS DE CRISTOBAL COLON DEL «LIBRO DE LOS PRIVILEGIOS».

DECLARATIO

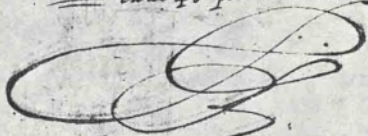
1.ª novæ nauigatoria.

Domini Almiran-



Tiene el Tratado de la Carta de Nauigar, hecho por el Por-
to-grafico, en el Puerto de Santa Maria

Y El uso de las Tablas, para saber el curso del Sol,
y los Ocasos desde el altura de 38. grados, hasta
la de 48. por el mismo.



De la Bibliotheca de la A. M. de
Cuenca

12 — PORTADA DE LA CARTA DE COLON A LOS REYES
CATOLICOS CON LA RELACION DEL CUARTO VIAJE.

mente el Nordeste, se desviaba un cuarto (11 grados) hacia el Noroeste. El mar estaba tan cubierto de algas que temíamos chocar con el fondo; antes de esa zona no habíamos visto esas hierbas. Desde ese punto, también, el mar empezaba a calmarse y el viento apenas soplaba. Cuando fui desde las islas de cabo Verde al Ecuador, el calor era tan grande que los barcos parecían arder, pero tan pronto como cruzamos esa región el clima cambió; el aire era más suave y más fresco a medida que avanzábamos. Cuando llegué a la isla de La Trinidad y a la de Gracia, que están casi en la misma latitud, el clima era tan hermoso como en abril en Valencia. Sin embargo, el sol estaba bajo el signo de Virgo y sus rayos caían verticalmente sobre nosotros. Esa temperatura más dulce no se debe más que a la altura de esa parte de la superficie de la tierra."

Colón había llegado al golfo de Paria, donde el mar, cubierto de agua dulce por la enorme cantidad que vierte el Orinoco, se precipita con fuerza en la Boca del Dragón. Según Colón, esa cantidad de agua dulce que constituía casi un mar sólo podía proceder de ríos que habían atravesado territorios inmensos. Esto, sin embargo, no explicaba la violencia de su corriente. Esos ríos habían de bajar de grandes alturas, formando en el mar los remolinos cuyos efectos sintieron los barcos durante el viaje hacia el Oeste. Desde allí la tierra subía sin duda cada vez más hacia las estrellas, modificando la posición de los astros y apartándose en aquel punto de la forma esférica. Colón relacionó este concepto, fruto de falsas observaciones astronómicas, con la creencia popular de un paraíso que habría desaparecido de la tierra, pero que se encontraría en algún lugar inaccesible. Cuando asegura haber sido elegido para descubrir el paraíso terrenal, no emplea una metáfora para evocar la belleza y la grandeza de los países que fué el primero en visitar. En el diario de su primer viaje asegura ya con toda claridad, el 21 de febrero de 1493, que allí, en aquel maravilloso clima, "en el límite extremo del Este", era donde debía estar el paraíso terrenal, cuya existencia siempre habían asegurado "los santos, los teólogos y los filósofos". Después de su tercer viaje todas estas ideas se

coordinaron para formar un sistema cósmico completo que describe en la siguiente forma, con la ayuda de todas las nociones adquiridas al azar de sus lecturas:

"Siempre he leído que el mundo, lo mismo la tierra que el agua, era esférico. Tolomeo y otros autores lo han probado por los eclipses de luna y otros fenómenos. Pero la posición completamente diferente de la Estrella Polar que he observado en el Oeste me obliga a cambiar la opinión que tenía de la tierra. He podido ver que no es redonda como se ha dicho hasta ahora, sino que tiene la forma de una pera, redonda por todas partes menos en la que se alarga hacia el rabo. Esta parte más alta se encuentra más cerca del cielo y es la que corresponde a la que se encuentra sobre el Ecuador, en el mar, en el extremo Este. Tolomeo y otros sabios consideraban a la tierra como una esfera y creían que presentaba en todas partes la misma forma que en el sitio donde ellos vivían. Eso es cierto en lo que respecta a su hemisferio, pero el que yo he visitado presenta una elevación parecida a la parte alargada de una pera.

"Las Santas Escrituras aseveran que Nuestro Señor creó el paraíso y que plantó en él el árbol de la vida, del cual salen los cuatro mayores ríos del mundo: el Ganges, el Tigris, el Éufrates y el Nilo. Nunca he encontrado en ningún escrito de los latinos ni de los griegos una indicación siquiera respecto a la situación del paraíso terrenal. Los mapas nada me han enseñado tampoco sobre el particular. Algunos lo hacen figurar en las fuentes del Nilo, pero hasta la fecha los viajeros que han visitado aquellas comarcas nunca han encontrado un clima tan dulce y el sol tan cerca.

"San Isidoro, Beda, Estrabón, el maestro de la historia, San Ambrosio, Escoto y todos los demás teólogos de espíritu sano están de acuerdo en situar el paraíso en el Oriente. Creo que el país que he descubierto tiene una gran extensión y que hay todavía más tierras hacia el Sur, de las que nadie ha oído hablar nunca. No soy de opinión de que el paraíso tenga el aspecto de una montaña escarpada por todos los lados, según se suele representar. A mi modo de ver, está más bien situado en la cúspide de una elevación en forma de pera.

De allá arriba es de donde se precipita esa gran cantidad de agua que forma en el lugar donde yo me encuentro un mar muy agitado. Asimismo no he leído nunca ni oído hablar de una extensión de agua dulce tan grande dentro o en las cercanías del agua salada. Si esa agua no saliese del paraíso, el milagro sería aún mayor, pues no hay en ninguna parte del mundo curso de agua tan potente y tan profundo.

"Si consiguiésemos cruzar el Ecuador y llegar a la punta de esa elevación, encontraría seguramente que el aire es más dulce todavía y vería cambios aún mayores en la posición de los astros y en las aguas. No creo que se pueda llegar en ninguna forma de esa cima, pues nadie entrará en el paraíso terrenal, como no sea por la voluntad divina."

Esas fantasías, a las que se entregaba con apasionamiento el descubridor de un nuevo mundo, nada tienen que ver con la ciencia tal cual la consideramos hoy. Son sueños sobre los cuales presiona la pesadilla de un siglo que sólo tenía irrisión y sarcasmos para los que creían en la rotación de la tierra y afirmaban que "la tierra se movía como en un asador para que el sol la asase por todos los lados". Esa broma no ha salido de los labios de un teólogo o de un ignorante; es de un famoso matemático del siglo XIV, llamado Schoner. No se puede negar que esos sueños cósmicos respecto al paraíso terrenal tienen cierta grandeza. Colón tenía un alma elevada hasta en sus errores.

XL

El infierno de La Española

¡Pasemos de la puerta del paraíso al infierno de La Española! Cuando el 30 de agosto de 1498 atracó Colón en la costa meridional, cerca de las minas de oro de Hayna, encontró toda la isla sublevada.

Bartolomé Colón había administrado la isla durante dos

años, y en su ausencia le reemplazaba su joven hermano Diego. Después de la marcha del almirante, en la primavera del año 1496, Bartolomé desplegó gran actividad. Mandó edificar cerca de las nuevas minas de oro una ciudad que más tarde se llamó Santo Domingo, y una línea de fortificaciones que unía a través de la isla los dos principales núcleos de población. Hizo trabajar con más ardor a los colonos y hasta consiguió que construyesen dos carabelas, con lo cual la colonia no dependía de los barcos enviados por España, de los que no se podía disponer sin llenar una serie de requisitos. En el dominio de la política indígena el adelantado obtuvo un gran éxito. La grande y rica provincia de Xaragua, en la costa occidental, no había sido ocupada por los españoles. Bartolomé fué sin previo aviso a visitar al poderoso jefe que allí reinaba, un cuñado de Caonabo, y consiguió hacerle pagar, más o menos voluntariamente, el tributo que se exigía a todos los indígenas. Anacaona, viuda de Caonabo y hermana del jefe, fué la que sirvió de intermediaria y trabó los primeros lazos de amistad; esta mujer inteligente y conciliadora deseaba evitar que su hermano siguiese la triste suerte de su marido. Todos los indígenas la respetaban, pues era la que componía los poemas que cantaban en sus fiestas. Anacaona no disimulaba su predilección por los extranjeros, y sobre todo por el adelantado. Esta amistad valía otra mina de oro.

Todo hubiese podido seguir desarrollándose muy bien, sin los abusos de algunos soldados españoles. Uno de ellos atropelló a la mujer de Guarionex, el más pacífico de todos los caciques de la Vega Real. En esta región los misioneros, que habían aprendido rápidamente la lengua de los indios, habían trabajado con éxito.

Guarionex estaba a punto de ser bautizado, pero después de lo ocurrido rectificó y algunos de sus hombres destruyeron la capilla que el jefe había hecho edificar en su residencia. Los destructores fueron detenidos y castigados según la ley española. Pero la paciencia del más paciente de los jefes llegó a su límite, y Guarionex hizo una alianza con todos sus vecinos para terminar con los extranjeros. El adelantado se enteró a tiempo de esta confabulación, y una incursión noc-

turna por sorpresa le permitió apoderarse de todos los caciques comprometidos. Dos de ellos pagaron con la vida su crimen; en cambio, Guarionex fué puesto en libertad y el español culpable condenado al cadalso. Este acto de justicia satisfizo al desgraciado cacique y volvió a hacerse gran amigo de Bartolomé.

En Isabela los descontentos, los haraganes y los aventureros eran los que llevaban la voz cantante. Al ser alistados se comprometían bajo juramento a permanecer varios años en la colonia, pero habían de trabajar mucho y además su sueldo se pagaba con irregularidad cuando los barcos de España tardaban en venir. El oro que encontraban no les llenaba los bolsillos, pues iba a parar al gobierno, y una parte correspondía a aquella maldita cuadrilla de italianos, cuyas órdenes sólo aceptaban a regañadientes. ¿Qué les importaba a ellos aquella tierra que tenían que trabajar con su sudor? Además, en cuanto bromeaban un poco con las hermosas indias les amenazaban con la prisión o el cadalso. ¿Eso era vivir? Mejor era regresar a España, como hacía Colón, quien tan bien se encontraba allí que no volvía. Mientras el almirante estaba en la isla no habían cesado de murmurar de él; ahora que estaba ausente se quejaban porque abandonaba la colonia. Sin duda ya tenía bastante llenos sus bolsillos, y ahora, por causa de él, tenían que pudrirse en su pobreza para enriquecer a sus hermanos. Y en fin de cuentas, ¿de dónde sacaba sus pretensiones el adelantado? ¿Tenía un decreto firmado, como era debido, por el rey con su nombramiento? El mismo juez Roldán lo ponía en duda, y debía estar bien enterado. Roldán, por lo menos, sabía lo que era la gente pobre, pues había salido del pueblo.

Colón había pedido en varias oportunidades que se enviase a La Española un alto magistrado para ejercer el cargo de juez supremo. Pero los funcionarios españoles no estaban muy bien dispuestos a ir tan lejos; y además, ¿para qué tantas formalidades jurídicas en un país donde reinaba la ley marcial y donde el virrey estaba investido de todos los poderes necesarios? En vista de ello, Colón había nombrado juez a Roldán, hombre de origen modesto como él, marino y sol-

dado, pero hábil, digno de confianza y con honradas aspiraciones de llegar a ser algo; además era querido por sus compañeros, y Colón se encontraba con poco en donde poder elegir.

Su rápida carrera se le subió a la cabeza. Se sintió ofendido en su orgullo al tener que obedecer al adelantado, y se propuso derribarlo, haciendo causa común con los descontentos para terminar definitivamente con la dominación de los advenedizos extranjeros. Poco antes de ser ejecutado el español condenado a muerte, que era amigo de Roldán, el adelantado había de morir de una puñalada; pero la ejecución no se llevó a cabo, pues Bartolomé indultó al condenado.

Ya no era cosa de retroceder. Roldán formó una cuadrilla, saqueó el depósito de provisiones de Isabela y luego puso sitio al fuerte donde estaba el adelantado, y al frente de los insurgentes, cuyo número aumentaba, se lanzó sobre la provincia de Xaragua, donde vivió a costa de los indígenas, haciendo estallar la revuelta en todas partes. Consiguió fácilmente granjearse las simpatías de los indios, haciéndoles creer que el almirante había sido expulsado, que él había sido nombrado gobernador y que una era nueva y mejor iba a empezar para bien de todos. El mismo Guarionex tuvo que ponerse de su parte para que no le abandonasen sus súbditos. La guerra estalló por todas partes, guerra contra los indígenas y guerra contra los revoltosos, más numerosos cada vez. Diego se atrincheró en el fuerte de la colonia de Isabela; el adelantado estaba encerrado en el fuerte de la Concepción, pero las tropas fieles disminuían de día en día y no podría resistir mucho tiempo.

El 3 de febrero de 1498 llegaron inesperadamente a Santo Domingo dos barcos de España conduciendo víveres y tropas. Aquello fué la salvación de Bartolomé, que recibió entonces la confirmación real de su nombramiento de representante del virrey. Una difícil campaña en las montañas le permitió apoderarse de los caciques rebeldes y volvió a poner en libertad a Guarionex, de cuya situación desesperada supo hacerse cargo. Esta benignidad mezclada de energía tranquilizó a los indios. Con los rebeldes no tuvo tanta suerte; aunque le fue-

ron hechas magníficas promesas, Roldán se negó a someterse, y cuando llegaron las tres carabelas que Colón había destacado del resto de la flota en las islas Canarias, y por extra-vío atracaron en la costa de Xaragua, fué Roldán el primero que subió a bordo para abastecerse de armas y de víveres. Cuando tres días después se enteraron los capitanes de lo que estaba ocurriendo, ya era demasiado tarde, y la mayoría de los presos libertados que componían la tripulación se habían pasado ya a los rebeldes.

Tal era la situación de La Española cuando llegó el virrey el 30 de agosto de 1498. En seguida comprendió lo imposible que le sería reducir a los rebeldes por la fuerza de las armas. Tenían la ventaja de ser más numerosos, y amenazaban a Santo Domingo. Poco después de su llegada, Colón pasó revista a su tripulación; sólo se presentaron setenta hombres. Los demás no acudieron por temor a luchar contra Roldán. De los setenta hombres sólo podía contarse con unos cuarenta, y en los demás no se podía confiar. No quedaba más remedio que procurar arreglar el asunto a las buenas, por muy grande que fuese la humillación del virrey. Pero Roldán se rió de la propuesta del intermedario y puso condiciones inaceptables.

El 12 de septiembre Colón hizo proclamar que cada cual estaba en libertad de volver a España cuando quisiese. Pero cuando el 18 de octubre los barcos se hicieron a la mar, por más que llevasen a muchos descontentos, los rebeldes no estaban a bordo. Colón envió en aquellos barcos el informe de su viaje y el mapa del golfo de Paria; también daba cuenta de la triste situación que reinaba en La Española, y el desenlace fatal que preveía. Solicitaba que Roldán fuese inmediatamente llamado desde España y que le juzgasen allí. Pero los mismos barcos llevaban también las cartas de Roldán y de sus partidarios, en las que todos echaban la culpa de lo que estaba ocurriendo a la tiranía del adelantado y del virrey.

Un mes después, sin embargo, se acabó por llegar a un acuerdo con los rebeldes; pero las condiciones que éstos impusieron significaban un triunfo para ellos: obtuvieron la amnistía, vales por las pagas que se les debían y hasta certifi-

cados de buena conducta; en cambio se comprometían a abandonar la isla en el término de cincuenta días. Colón tuvo que darles las dos carabelas en que había venido de Paria y desistir del proyecto que tenía de enviar con esos dos barcos a su hermano Bartolomé a explorar la costa de las Perlas.

Mientras Colón se encontraba restableciendo el orden en los distritos indios, los rebeldes cambiaron de idea. No era cosa de broma la justicia española. Los capitanes de las tres carabelas llegadas en octubre juzgaban los hechos imparcialmente y su fallo no podía ser favorable a los rebeldes. Seguramente se tendría en cuenta la opinión del almirante. En efecto, Colón había entregado a una persona de confianza una carta dirigida al gobierno español en la que presentaba el acuerdo de noviembre de 1498 como lo que era en realidad, es decir, concesiones obtenidas a la fuerza y sin valor jurídico. Por de pronto los barcos se quedaron en Santo Domingo; si la situación se hacía insostenible, serían el último recurso del virrey y de sus hermanos.

Se volvieron a iniciar nuevas negociaciones. Colón esperaba de un día para otro refuerzos en tropas y en provisiones que le sacasen de aquel estado desesperado. Al fin llegó un barco, pero no traía más que la contestación a su informe de octubre de 1498 en que solicitaba que se llamase a Roldán. El ministro de Colonias, Fonseca, le comunicaba que no habían tenido todavía tiempo de ocuparse en su asunto. Diríase que se tenía el propósito de minar la autoridad y el respeto de que gozaba el virrey para tenerle sujeto. Fonseca se vengaba así del puntapié que Colón dió a uno de sus sirvientes, por su insolencia, durante su última estancia en España.

La llegada del barco fué conocida por Roldán, pero nada ocurrió en Santo Domingo; no se oyó hablar de movimiento de tropas ni de comisiones investigadoras. La situación de los rebeldes no debía, pues, ser mala. En cambio, para el almirante se complicaban los asuntos. El poder de Roldán no cesaba de aumentar y las condiciones que ponía a Colón eran cada vez más severas. Éste, para ganar tiempo, no tuvo más remedio que aceptarlas. Los rebeldes consiguieron que les cediese extensos territorios y que la mano de obra indígena

estuviere por completo a su disposición. ¡Pero su mayor triunfo fué volver a ver a Roldán ocupando su puesto de juez! Abandonado por su gobierno, el almirante estaba a merced de Roldán y de sus acólitos.

Así transcurrió el verano de 1499. Entonces algunos de los rebeldes se decidieron a regresar a España, por más que Colón no les hubiese concedido una amnistía total hasta que los reyes decidiesen. Colón deseaba volver en los mismos barcos para ocuparse en aquel asunto que el gobierno descuidaba en forma tan censurable.

Sus proyectos fueron desquiciados por una sublevación de los indígenas y por una noticia sorprendente: en la costa occidental de La Española habían sido vistos cuatro barcos. ¿Qué significaba aquello? Colón no tardó en enterarse.

El jefe de aquella flota era el caballero Ojeda, que fué su mejor oficial durante la guerra contra Caonabo. Los barcos venían de un viaje de descubrimiento por el golfo de Paria y sus contornos. Se trataba de una empresa privada de Ojeda y algunos armadores, entre los que se contaba un mercader florentino llamado Américo Vespucio, nombre que fué dado más tarde al continente descubierto por Colón.

Ojeda enseñó la credencial que le había dado el ministro de Colonias, Fonseca, del cual era favorito. Había emprendido aquel viaje con la ayuda del mapa que había dibujado Colón y enviado a España en octubre del año anterior. Fonseca había entregado una copia a su amigo Ojeda y, gracias a aquella carta, la expedición había conseguido explorar una gran zona del continente sudamericano. Ojeda había atacado por la espalda a su amigo Colón y le había parado los golpes que éste pensaba asestar después de su último viaje.

Ojeda ni siquiera juzgó necesario presentarse al virrey. Por él se enteraron los colonos y los indígenas que Colón había caído en desgracia, que la reina estaba enferma, que se iba a modificar el reglamento administrativo, etc. Colón se dió perfecta cuenta de cuál era su verdadera situación. Le habían abandonado, habían rescindido sus contratos y deshizo su obra, de la cual otros recogerían el fruto; estaba completamente desamparado. ¿Qué sería de la santa misión que

había emprendido y por cuya causa estaba desde hacía muchos años sobre la pista de los tesoros del Nuevo Mundo? Si la voluntad divina no venía en su auxilio, volvería a ser lo que era antes, un profeta gritando en el desierto, un pordiosero molesto llamando a la puerta de los poderosos, mientras que éstos descuidaban lo único necesario y no entendían de despreciar o arriesgar los bienes terrenales en aquella alta misión, burlándose así del juramento que él, Colón, había pronunciado. ¿Consentiría Dios eso? ¿Quién podía contestar a tan angustiosa pregunta?

La contestación llegó. Volvió a producirse uno de esos acontecimientos que reforzaban en Colón la idea de su misión divina. Habla él mismo de ello en la carta acusatoria que mandó a la reina en noviembre de 1500: "Por Navidad del año 1499, cuando estaba abrumado y atacado por los indios y por los malos cristianos, y no sabía cómo podría salvar mi vida, embarqué en una pequeña carabela y salí a la mar. Entonces la voz del Señor me reconfortó maravillosamente. Esa voz me decía: "Ten valor, no te entregues a la tristeza, confía en mi ayuda. Los siete años (el plazo que se había señalado para encontrar oro suficiente y cumplir su promesa) todavía no han vencido." El mismo día me enteré de que a veinticuatro millas de donde me encontraba habían sido halladas ricas minas de oro que parecían no formar más que una sola, de gran importancia. Algunos de mis hombres juntaron en un solo día oro cuyo valor era de ciento veinte a ciento cincuenta castellanos."

Mientras que Colón continuaba con la obsesión de buscar nuevos yacimientos de oro para las cajas del Estado, en España parecía que le habían olvidado por completo, lo mismo que a la colonia. Como en un presidio, el almirante tenía que vivir entre un hacinamiento de asesinos, a quienes había que tratar con cuidado y con ciertas consideraciones, a fin de poder ir introduciendo un poco de orden y de disciplina.

El juez Roldán y el caballero Ojeda fueron los encargados de aquellas negociaciones que ocasionaron verdaderas luchas. Ojeda necesitaba víveres, y sus gentes procuraban sacarlos de los indígenas. La actitud de Roldán había cambiado; ya

no se sentía seguro, y el prolongado silencio del gobierno le preocupaba. Empezaba a temer el desenlace de su actuación anterior y, por consiguiente, procuraba dar marcha atrás. Colón tuvo que acoger con buena cara al nuevo amigo, pues la chusma que capitaneaba Roldán no retrocedía ante nada y la fuerza bruta se imponía al derecho. Lo que se había sembrado empezaba a dar su fruto; los confabulados luchaban entre sí, y el mismo Roldán vio cómo se tambaleaba su situación entre ellos. Aprovechó esa oportunidad para hacerse perdonar su pasado, empleando una rigidez y una energía extremas para conseguir volver a ser considerado por el almirante, para el caso de que tuviese que rendir cuentas ante un tribunal. La audacia de Roldán volvió a dar valor al virrey, y cuando en la primavera de 1500 nuevos motines volvieron a estallar con el fin de matar al almirante y al mismo Roldán, Colón se arriesgó a obrar enérgicamente. Cayó con diez hombres valientes sobre los cabecillas y la mayoría fueron hechos prisioneros; los que escaparon fueron perseguidos por Bartolomé, quien logró alcanzarles y siete de ellos fueron condenados a la horca. A fines de agosto la revuelta estaba sofocada. Todavía se balanceaban en el cadalso algunos cadáveres cuando se presentaron ante Santo Domingo dos barcos españoles a cuyo bordo venía el funcionario que Colón esperaba desde hacía dos años.

XLI

El almirante encadenado

De acuerdo con lo solicitado por el almirante en octubre de 1498, el gobierno español había preparado, en marzo de 1499, el decreto dando plenos poderes al juez de instrucción que iría a interrogar a los rebeldes a La Española para castigar a los culpables o mandarlos a España. Se encomendó esa misión a un comendador de la Orden de Calatrava, don

Francisco de Bobadilla. Pero su partida fué aplazada un día y otro día. El ministro de Colonias deseaba, al parecer, dejar que su enemigo el almirante estuviese el mayor tiempo posible entregado a sus propios medios. ¡Que se las arreglase como pudiese con su orgullo y su energía tan cacareados! Es posible también que la situación política y las incesantes contiendas con Francia no dejaran a la corte tiempo para ocuparse de las revueltas de la colonia. Además, la reina estaba enferma y abrumada por dolorosos acontecimientos: en 1498 el príncipe Juan, heredero del trono, había muerto poco después de su hermana Isabel, reina de Portugal.

Hasta fines del año 1499 la reina no se enteró del escándalo que produjo la llegada a España de un barco con una docena de rebeldes que traían concubinas y gran número de esclavos indios. Aquello produjo gran indignación a la reina, compadecida de los desdichados indígenas que el virrey había tenido que dejar a merced de aquella chusma. Aunque ya era demasiado tarde, decidió inmediatamente tomar cartas en el asunto, y se acallaron los remordimientos de haber faltado a un deber urgente y de haber ocasionado con ello daños irreparables, echando la culpa al almirante, que consintió se produjesen tales desórdenes. Pero todavía pasaron dos meses antes de que el enviado real Bobadilla saliese para La Española, a mediados de julio de 1500. El 23 de agosto llegó a Santo Domingo.

Estaba autorizado para detener a los rebeldes y a los que se habían dedicado al saqueo, "aunque hubiese sido contra su voluntad, y a proceder contra los ausentes de acuerdo con la ley civil y penal". Podía imponer los castigos como mejor le pareciese y, en caso necesario, exigir la ayuda del almirante. Otro decreto del 21 de mayo de 1499 hacía saber a todos los habitantes de la colonia que Bobadilla no ignoraba nada de lo que había sucedido en la isla. Todos aquellos cuya permanencia en la colonia le pareciese poco deseable tendrían que regresar a España inmediatamente.

Otro escrito ordenaba al almirante (no al virrey) que entregase toda la administración al nuevo gobernador, y otra orden aún, intimidaba a Colón que obedeciese a Bobadilla, "el

cual le comunicaría un mensaje de parte de los soberanos”.

Bobadilla no juzgó necesario ir a presentarse al ex virrey, que estaba en el fuerte de la Concepción. La mañana siguiente a la de su llegada, después de la misa, mandó leer en la puerta de la iglesia el decreto del 21 de marzo y exigió que Diego Colón le entregase los presos que estaban encerrados desde las últimas revueltas. Diego le contestó que no tenía instrucciones a ese respecto y le pidió que le enseñase sus credenciales con el fin de ponerlas en conocimiento de su hermano. El comendador le contestó que como Diego no tenía ningún título oficial no estaba calificado para ver las credenciales. El proceder de Diego, perfectamente correcto, fué juzgado por Bobadilla como un acto de rebeldía. A la mañana siguiente el comendador mandó proclamar el segundo decreto del 21 de mayo, por el cual se le nombraba gobernador. Como Diego invocaba todavía los títulos superiores que habían sido concedidos a su hermano, Bobadilla se decidió al fin a dar cuenta del tercer decreto, que ordenaba que le fuese entregada la administración y que comunicaba el pago de todos los sueldos y pagas atrasados. Esta noticia fué acogida con gran entusiasmo por toda la colonia.

Bobadilla se alojó en la vivienda del virrey ausente, se incautó de todos los bienes de éste, incluso de sus papeles, proclamó que durante veinte años todo el mundo estaba en libertad de ir en busca de oro y redujo a la undécima parte lo que le correspondía al Estado, cuando hasta entonces era menester entregar la tercera parte. Y, por último, dió públicamente pruebas de estimación hacia Roldán y algunos de sus cómplices, e insinuó que el almirante no tardaría en ser deportado a España.

Colón creyó en un principio que se trataba de un audaz aventurero, por el estilo de Ojeda o de Vicente Pinzón, que había sido visto en aquellos días con varios barcos en las cercanías de La Española. Pero cuando sus amigos le pusieron al corriente de la conducta altiva de Bobadilla, Colón se dirigió a Bonao, aldea cercana a Santo Domingo, y llegó a tiempo para oír la proclamación oficial de los plenos poderes de

Bobadilla. Su desgracia ya no ofrecía duda. Haciendo un gran esfuerzo, escribió a su sucesor diciéndole que estaba a punto de regresar a España y dispuesto a darle todos los detalles que estimase necesarios respecto a la administración. Como no tuvo ninguna contestación, mandó proclamar por su parte que los plenos poderes le habían sido conferidos por tiempo indefinido, según lo atestiguaba su contrato con la corona, y que las disposiciones del emisario no le afectaban. Después de eso, dos funcionarios se presentaron a Colón y le hicieron conocer la breve orden en la que se intimaba al almirante a obedecer sin restricción al comendador. Esto era el golpe de gracia para Colón.

La investigación que llevó a cabo Bobadilla no fué dirigida contra los amotinados y sus crímenes, sino contra el almirante destituido y contra sus hermanos. Fueron muchos los acusadores que declararon en forma grata para el nuevo gobernador, del que necesitaban el perdón o simplemente las simpatías.

El comendador no tardó en reunir los falsos testimonios necesarios. Bobadilla llegó a hacer detener a Diego Colón sin ningún motivo, haciéndole encadenar en una de las carabelas. El mismo Colón, que sin ninguna escolta llegó a Santo Domingo el 23 de agosto, cayó también en manos de los esbirros de Bobadilla y fué llevado a una fortaleza, donde le pusieron grilletes.

Colón soportó sin protestar tan dolorosa humillación. Si eran órdenes del rey, era conveniente acatarlas. El ex virrey escribió a su hermano Bartolomé, que estaba todavía en Xaragua con sus tropas y a quien Bobadilla no se atrevía a atacar, diciéndole que aceptase sin resistencia la voluntad del rey. Bartolomé se presentó inmediatamente en Santo Domingo, fué igualmente detenido y encadenado en otra carabela. A los tres hermanos les estaba rigurosamente prohibido comunicarse entre sí. Cada uno tenía su celda independiente y nadie se atrevía a ir a verlos. Como no fueron interrogados, no tuvieron ocasión de justificarse; habían sido encadenados como si fuesen grandes criminales, sin saber cuál era su crimen. El modo tan arbitrario que tenía el comendador de interpre-

tar los plenos poderes que había recibido, hacía temer que se arrogase también el derecho de colgar a los tres hermanos.

Los amotinados, para los cuales Colón había pedido un juez, fueron perdonados. Roldán se convirtió en la mano derecha del nuevo gobernador y, después que éste hubo reunido cuidadosamente los testimonios de quienes debieran haber comparecido ante él como acusados, ordenó que los tres prisioneros encadenados fuesen llevados a España y entregados a Fonseca.

Un funcionario del obispo Fonseca fué el encargado de la custodia de los prisioneros. Se llamaba Alonso de Vallejo, pero Bobadilla había juzgado mal el carácter de este caballero. Cuando Colón vió entrar a Vallejo con algunos hombres armados en su celda ya estaba dispuesto a subir al cadalso.

—¿Dónde me lleváis, Vallejo?— preguntó en voz baja.

—A bordo, Excelencia. Nos vamos — se le contestó.

—¿Nos vamos?— preguntó Colón, incrédulo—. ¿Decís la verdad, Vallejo?

—Por vuestra vida, Excelencia — respondió Vallejo —, que ésa es la verdad.

Colón bajó detrás de él por las escaleras de la fortaleza. En la calle un grupo de curiosos se había reunido para ver salir al almirante, y, escoltado por ese populacho que lo llenaba de improperios y lanzaba gritos de triunfo, llegó hasta el puerto y subió al barco, que zarpó en seguida. La otra carabela en la que iban sus hermanos salió poco después. Desde aquel momento la paz reinó en La Española. Bobadilla con mano de hierro había barrido lo que la perturbaba.

En cuanto los barcos perdieron de vista a la isla, Vallejo quiso quitar las cadenas al preso, pues lo mismo que el capitán del barco estaba lleno de muda indignación ante aquel escándalo. Aunque el cautivo hubiese cometido algún delito, sólo se podría tratar en este caso de la más ruin venganza. Sin embargo, Colón se negó: “No — dijo —. El rey y la reina me han ordenado que acate todo cuanto me mande Bobadilla. Me ha encadenado en nombre de ellos y llevaré las cadenas hasta que ellos me ordenen que me las quite, y las

conservaré como reliquias, en recuerdo de la recompensa recibida por los servicios que les hice.”

Los vientos favorables abreviaron sus sufrimientos. El 25 de noviembre de 1500 los dos barcos entraban en el puerto de Cádiz.

XLII

Las acusaciones de Colón

Lo primero que hizo Colón cuando llegó a Cádiz fué enviar una carta a una mujer que gozaba de especial favor de la reina Isabel, por haber sido la nodriza de su hijo Juan. Esta mujer se llamaba Juana de la Torre y era hermana de Antonio de Torres. La carta estaba destinada a la reina y contenía el relato de lo que había sucedido en La Española y la siguiente acusación contra Bobadilla.

“Muy virtuosa Señora: Si mi queja del mundo es nueva, su uso de maltratar es de muy antiguo. Mil combates me ha dado y a todos resistí hasta ahora que no me aprovechó armas ni avisos. Con crueldad me tiene echado en el fondo. La esperanza de Aquel que creó a todos me sostiene; su socorro fué siempre muy presto. Otra vez, y no hace mucho, estando yo más bajo, me levantó con su brazo divino diciendo: *¡Oh, hombre de poca fe, levántate que yo soy, no hayas miedo!*

”Yo vine con amor tan entrañable a servir a estos Príncipes, y he servido de servicio de que jamás se vió y oyó.

”Del nuevo cielo y tierra que decía nuestro Señor por San Juan en el Apocalipsis, después de dicho por boca de Isaías, me hizo mensajero de ello y me indicó dónde se hallaban. En todos hubo incredulidad, y a la Reina, mi Señora, le dió el espíritu de inteligencia y esfuerzo grande y lo hizo de todo heredera como a cara y muy amada hija. La posesión de todo esto fuí yo a tomar en su Real nombre. La ignorancia en que habían estado todos quisieron disimularla traspasando el

poco saber a hablar de inconvenientes y gastos. Su Alteza lo aprobaba en cambio y lo sostuvo hasta que pudo.

"Siete años se pasaron en la plática y nueve ejecutando cosas muy señaladas y dignas de memoria se pasaron en ese tiempo; de todo no se hizo concepto. Llegué yo, y estoy que no hay nadie tan vil que no piense en ultrajarme. Por virtud, se encontrará en el mundo a quien puede no consentirlo.

"Si yo robara las Indias y las diera a los moros, no podrían en España mostrarme mayor enemistad. ¿Quién creyera tal, donde hubo siempre tanta nobleza?

"Yo mucho quisiera deshacerme del negocio si fuera honesto para mi Reina; el esfuerzo de nuestro Señor y de su Alteza hizo que yo continuase y por aliviarle algo de los enojos en que estaba a causa de la muerte del Príncipe Juan, emprendí nuevo viaje al nuevo cielo y mundo, que hasta entonces estaba oculto, y si no es tenido allí en estima, así como los otros de las Indias, no es maravilla porque se encontró gracias a mi esfuerzo.

"A San Pedro abrazó el Espíritu Santo y con él a otros doce, y todos combatieron acá y los trabajos y fatigas fueron muchos; en fin de todo llevaron la victoria.

"Creí que este viaje de Paria apaciguaría algo por las perlas y por el hallazgo de oro en La Española. Las perlas mandé yo juntarlas y pescar a la gente con quien quedó el concierto de mi vuelta por ellas, y a mi comprender a medida de fanega: si yo no lo escribí a SS. AA. fué porque así quisiera haber hecho del oro antes.

"Esto me salió como otras muchas cosas; no las perdiera, ni mi honra, ni buscara yo mi bien propio y dejara perder La Española, o se guardaran mis privilegios y asientos. Y otro tanto digo del oro que yo tenía ahora junto, que con tantas muertes y trabajos, por virtud divina he llegado a reunir. Cuando yo fui a Paria hallé a casi la mitad de la gente en La Española alzada y me han guerreado hasta ahora como a un moro y los indios por otro lado también. En esto vino Ojeda (1) y probó a echar el sello, y dijo que sus Altezas

(1) 5 de septiembre de 1498.

lo enviaban con promesas de dádivas y franquicias y paga; reunió una gran cuadrilla, que en toda La Española hay muy pocos que no sean vagabundos y ninguno tiene mujer ni hijos. Este Ojeda me molestó mucho y no tuvo más remedio al fin que irse y dejó dicho que pronto volvería con navíos y gente y que dejaba a la real persona de la Reina a la muerte. En esto llegó Vicente Yáñez con cuatro carabelas y hubo alboroto y sospechas, mas no daño. Los indios dijeron de otras muchas a los caníbales y en Paria y después de una nueva de seis otras carabelas que traía un hermano del Alcalde, mas fué con malicia, y esto fué ya a la postre cuando ya estaba muy rota la esperanza que sus Altezas hubieron jamás de enviar navíos a las Indias, ni nosotros esperarlos, y que vulgarmente decían que su Alteza había muerto.

"Un tal Adrián en este tiempo probó alzarse otra vez como había hecho antes, mas Nuestro Señor no quiso que llevase a efecto su mal propósito. Yo me había propuesto no tocar el cabello a nadie, y a éste por su ingratitud con lágrimas no se pudo guardar, tal cual yo lo tenía pensado. A mi hermano no hiciera menos si me quisiera matar y robar el señorío que mi Rey y mi Reina me habían dado a guardar.

"Este Adrián, según es muestra, tenía enviado a Don Fernando a Xaragua a reunir a algunos de sus secuaces y allá hubo debate con el Alcalde en el cual nació discordia de muerte; mas no llegó a efecto. El Alcalde lo prendió a él y a parte de su cuadrilla; y el caso era que él los justificaba sin que yo lo proveyera. Estuvieron presos esperando carabela en que se fuesen y las nuevas de Ojeda que yo dije hicieron perder la esperanza de que viniesen.

"Seis meses hacía que yo estaba despachado para volver a sus Altezas con las buenas nuevas del oro y huir de gobernar gente disoluta que no teme a Dios ni a su Rey ni a su Reina y que está llena de achaques y de malicia.

"A la gente la acababa yo de pagar con seiscientos mil maravedises y para ello había cuatro cuentos de diezmos y alguno sin el tercio del oro.

"Antes de mi partida supliqué tantas veces a sus Altezas que enviasen allá a mi costa a quien tuviese cargo de justicia,

y después que hallé alzado al Alcalde se lo supliqué de nuevo o por alguna gente, o al menos algún criado con cartas, porque mi fama es tal, que aunque yo haga iglesias y hospitales, siempre serán dichas cuevas de ladrones. Proveyeron ya al fin, y fué muy al contrario de lo que la negociación demandaba: vaya en buen hora, pues que es a su grado. Yo estuve allá dos años sin poder ganar una provisión de favor para mí ni para los que allá fuesen, y éste llevó un arca llena: si pararán todas a su servicio Dios lo sabe. Ya por comienzos hay franquicias para veinte años, que es la edad de un hombre, y se coge el oro que hubo persona de cinco marcos en cuatro horas, de que diré después más largo.

"Si pluguiese a sus Altezas de deshacer un vulgo de los que saben mis fatigas, que mayor daño me ha hecho el mal decir de las gentes que no me ha aprovechado el mucho servir y guardar su hacienda y señorío, sería limosna, y yo restituído a mi honra, y se hablaría de ello en todo el mundo, porque el negocio es de calidad que cada día ha de ser más sonado y en alta estima. En esto vino el comendador Bobadilla a Santo Domingo. Yo estaba en la Vega y el Adelantado en Xaragua, donde el Adrián había hecho cabeza; mas ya todo era llano y la tierra rica y en paz toda. El segundo día que llegó se nombró gobernador e hizo oficiales y ejecuciones y pregonó franquicias del oro y de los diezmos y en general de toda otra cosa por veinte años, que como digo es la edad de un hombre, y dijo que venía para pagar a todos, bien que no habían servido llanamente hasta ese día y publicó que a mí me había de mandar encadenado, lo mismo que a mis hermanos, como lo ha hecho; y que nunca más volvería yo allí ni ningún otro de mi linaje, diciendo de mí mil deshonestidades y cosas descortesas. Todo esto fué el segundo día que llegó, como dije, y estando yo lejos ausente sin saber de ello ni de su venida.

"Unas cartas de sus Altezas firmadas en blanco, de las que llevaba una cantidad, hinchó y envió al Alcalde y a su compañía con favores y encomiendas. A mí nunca me envió carta, ni mensajero, ni me ha dado hasta hoy. Piense vuestra merced ¿qué pensaría quien tuviese mi cargo? ¿Honrar y

favorecer a quien intentó robar a sus Altezas el Señorío, y ha hecho tanto mal y tanto daño? ¿Y arrastrar a quien con tantos peligros se lo sostuvo?

"Cuando supe esto, creí que sería como lo de Ojeda o uno de los otros: templéme cuando supe por los frailes de cierto que sus Altezas lo enviaban. Escribíle yo que su venida fuese en buen hora y que yo estaba despachado para ir a la corte, y había hecho almoneda de todo cuanto yo tenía y que en esto de las franquicias que no se acelerase, que esto y el gobierno ya se lo daría luego tan llano como la palma de la mano, y así se lo escribí a los religiosos. Ni él ni ellos me dieron respuesta, antes se puso él en son de guerra, y apremiaba a cuantos allí iban que le jurasen por gobernador, dijéronme que por veinte años. Luego que yo supe de estas franquicias pensé de adobar su yerro tan grande y que él sería contento, las cuales dió sin necesidad y causa de cosa tan gruesa y a gente vagabunda, que fuera demasiado para quien trajera mujer e hijos. Publiqué por palabras y por cartas que él no podía usar de sus provisiones, porque las mías eran las más fuertes, y les mostré las franquicias que llevo de Juan Aguado.

"Todo esto que yo hice era por dilatar, para que sus Altezas fuesen sabedores del estado de la tierra y tuviesen lugar de tornar a mandar en ello lo que fuese su servicio. Tales franquicias excusado es pregonarlas en las Indias. Los que han tomado vecindad es logro, porque se les dan las mejores tierras y a poco valer, valdrán doscientos mil maravedises al cabo de los cuatro años que la vecindad se acaba, sin que den una azadonada en ellas. No diría yo así si los vecinos fuesen casados, mas no hay seis entre todos que no estén sobre el aviso de juntar lo que pueden para irse en buen hora. De Castilla sería bien que fuesen, y aun saber quién y cómo, y se poblase de gente honrada. Yo tenía asentado con estos vecinos que pagarían el tercio del oro y los diezmos, y éstos a su ruego, y lo recibieron en gran merced de sus Altezas. Reprendíles cuando oí que se quejaban de ello y esperaban que él conmigo haría otro tanto, mas fué lo contrario.

"Indignólos contra mí, diciendo que yo quería quitarles lo que Sus Altezas les daban y trabajó para echármelos a cues-

tas, y lo consiguió, y que escribiesen a sus Altezas que no me enviasen más al cargo, y así se lo suplico yo por mí y por toda cosa mía en cuanto no haya otro pueblo, y me ordenó él con ellos pesquisas de maldades que al Infierno nunca se supo de semejantes. Allí está Nuestro Señor que escapó a Daniel y a los tres muchachos con tanto saber y fuerza como tenía, y con tanto aparejo si le pluguiere como con su gana.

"Supiera yo remediar todo esto y lo otro que he dicho y ha pasado después que estoy en las Indias, si me consintiera la voluntad a procurar por mi bien propio y me fuera honesto. Mas el sostener la justicia y acrecentar el señorío de sus Altezas hasta ahora me tiene al fondo. Hoy en día que se halla tanto oro, hay división en que haya más ganancias, ir robando o ir a las minas. Por una mujer también se hallan cien castellanos como por una labranza, y es mucho en uso, y ya hay muchos mercaderes que andan buscando muchachas y ahora hay de nueve a diez en precio; de todas edades han de tener un buen precio.

"Digo que en decir yo que el comendador no podía dar franquicias que hice yo lo que él deseaba: bien que yo le dijese a él que era para dilatar hasta que sus Altezas tuviesen el aviso de la tierra y tornasen a ver y mandar lo que fuese su servicio.

"Digo que la fuerza del maldecir de desconcertados me ha hecho más daño que mis servicios me han hecho provecho: mal ejemplo es por lo presente y por lo futuro. Hago juramento de que gran cantidad de hombres han ido a las Indias que no merecían el agua para con Dios y con todo el mundo y ahora vuelven allá. Los enemistó a todos conmigo, y él parece, según sus formas, que ya venía enemistado conmigo y bien encendido, o es como se dice que ha gastado mucho para venir a ese asunto; no sé más que lo que oigo. Yo nunca oí que el pesquisidor reuniese a los rebeldes y los tomase por testigos contra aquel que los gobierna, lo mismo que a otros sin fe ni dignos de ella.

"Si sus Altezas mandasen hacer una pesquisa general, les aseguro que verían por gran maravilla cómo la isla no se hunde.

"Yo creo que se acordará vuestra merced cuando la tormenta me echó sin velas a Lisboa (1) que fuí acusado falsamente que había ido allá para darle las Indias al Rey. Después supieron sus Altezas que fué al contrario y que todo fué con malicia. Bien que yo sepa poco, no sé quién me tenga por tan torpe que yo no conozca que aunque las Indias fuesen mías, qué yo no me podría sostener sin ayuda de Príncipe. Si esto es así ¿dónde pudiera yo tener mejor arrimo y seguridad que en el Rey y la Reina, nuestros Señores, que de nada me han puesto en tanta honra y son los más altos príncipes por la mar y por la tierra del mundo? los cuales tienen que yo les haya servido y me guardan mis privilegios y mercedes, y si alguien me los quebranta, sus Altezas me los acrecientan con ventaja, como se vió en el asunto de Juan Aguado y me dan mucha honra y como dije ya sus Altezas recibieron de mí servicios y tienen a mis hijos por criados, lo que en ninguna manera pudiera esto ocurrir con otro Príncipe, porque donde no hay amor todo lo otro cesa.

"Dije yo ahora así contra un maldecir con malicia y contra mi voluntad, porque es cosa que ni en sueños debiera llegar a la memoria, porque las formas y hechos del comendador Bobadilla con malicia las quiere alumbrar en esto: mas yo le haré ver con el brazo izquierdo que su poco saber y su gran cobardía le ha hecho caer en ello con desordenada codicia.

"Ya dije que le escribí, lo mismo que a los frailes y luego partí, como le decía muy solo, porque toda la gente estaba con el Adelantado, y también para que no entrase en sospechas: él cuando lo supo echó a don Diego preso en una carabela cargado de cadenas y conmigo en cuanto llegué hizo otro tanto, y después lo mismo hizo con el Adelantado cuando vino. Ni le hablé más a él ni consintió que nadie hasta hoy me hablase a mí y juro que no puedo pensar por qué estoy preso.

"La primera diligencia que hizo fué tomar el oro, el cual tomó sin medida ni peso y estando yo ausente dijo que quería pagar con ese oro a la gente y según oí decir hizo para si

(1) El 4 de marzo de 1493.

la primera parte. De este oro tenía yo apartadas ciertas muestras, granos muy gruesos como huevos como de ánsar, de gallinas y de pollas y de otras muchas hechuras, que algunas personas habían cogido en breve espacio con que se alegrasen sus Altezas, y por ello comprendiesen el negocio con una cantidad de piedras grandes llenas de oro. Éste fué el primero a darse con malicia para que sus Altezas no tuviesen este negocio en algo hasta que él tenga hecho el nido, a lo que se da buena prisa. El oro que no está fundido mengua al fuego: una cadena que pesaría hasta veinte marcos nunca se ha visto. Yo he sido muy agraviado en esto del oro más aún que de las perlas, porque no las he traído a sus Altezas.

"El comendador se puso a la obra en todo lo que le pareció que me dañaría. Ya dije, con seiscientos mil maravedises había pagado a todos sin robar a nadie y había más de cuatro cuentos de diezmo y alguacilazgo sin tocar en el oro. Hizo unas larguezas que son de risa, bien que creo que comenzó por sí la primera parte: allá lo sabrán sus Altezas cuando le manden tomar cuentas, en especial si yo estuviese delante.

Él no hace más que decir que se debe gran suma y es la que yo dije y no tanto. Yo he sido muy mucho agraviado en que se haya enviado pesquisidor sobre mí, que sepa que si la pesquisa que él enviare fuese muy grave que él quedará en el gobierno.

"Pluguiera a Nuestro Señor que sus Altezas le enviaran a él o a otro hace dos años, porque sé que yo estaría libre de escándalo y de infamia y no se me quitara mi honra ni la perdiera. Dios es justo y ha de hacer que se sepa por qué y cómo. Allí me juzgan como un gobernador que fué a Sicilia o a ciudad o villa en regimiento y donde las leyes se pueden guardar por entero sin temor de que se pierda todo, y recibo gran agravio.

"Yo debo ser juzgado como capitán que fué de España a conquistar las Indias a gente belicosa y mucha, y de costumbres y secta muy contrarias a las nuestras: los cuales viven por sierras y montes, sin pueblo asentado como nosotros y donde por voluntad divina he puesto bajo el señorío del

Rey y de la Reina, nuestros Señores, otro mundo; y por donde la España, que era dicha pobre, es la más rica.

"Yo debo ser juzgado como capitán que de tanto tiempo hasta hoy trae las armas a costas sin dejarlas una hora, y capitán de caballeros de conquistas y del uso, y no de letras salvo si fuesen de griegos o de romanos o de otros modernos de que hay tantos y tan nobles en España, pues de otra guisa recibo gran agravio, porque en las Indias no hay pueblo ni asiento.

"Del oro y perlas ya está abierta la puerta y de todo en cantidad, piedras preciosas y especiería y de otras mil cosas se pueden esperar firmemente; y nunca más mal viniese como con el nombre de Nuestro Señor le daría el primer viaje así como diera la negociación de Arabia feliz hasta la Meca, como yo escribí a sus Altezas por Antonio de Torres en la respuesta de la repartición del mar y de la tierra con los portugueses; y después viniera a lo del polo ártico así como lo dije y di por escrito en el monasterio de la Mejorada.

"Las nuevas del oro que yo dije que daría, son que el día de Navidad, estando yo muy afligido guerreando con los malos cristianos y con los indios, en término de dejar todo y salvar si pudiese la vida, me consoló Nuestro Señor milagrosamente y dijo: *esfuerza, no desmayes ni temas; yo proveeré en todo; los siete años del término del oro no han pasado, y en ello y en lo otro te daré remedio.*

"Ese día supe que había ochenta leguas de tierra y en todo cabo de ellas minas: el parecer ahora es que sea todo una. Algunos han cogido ciento veinte castellanos en un día, otros noventa, y se ha llegado hasta doscientos cincuenta. De cincuenta hasta setenta y otros muchos de veinte hasta cincuenta, es tenido por buen jornal y muchos lo continuaban: el común es de seis hasta doce y quien de aquí baja no está satisfecho. Parece ser que estas minas son también como las otras, que no responden igualmente todos los días; las minas son nuevas y los que las trabajan también. El parecer de todos es que aunque vaya allá toda Castilla y por torpe que sea la persona, que no bajará de un castellano o dos cada día, y ahora es todo esto así por ser el principio. Es verdad que el

que tiene algún indio recoge esto, mas el negocio consiste en el cristiano. Ved qué discreción fué la de Bobadilla dar todo por nada y cuatro cuentos de diezmo sin causa ni ser requeridos y sin notificar primero a sus Altezas; y el daño no es este solo. Yo sé que mis yerros no han sido con fin de hacer mal y creo que sus Altezas lo creen así como yo lo digo; y sé y veo que usan de misericordia con quien maliciosamente los sirve mal. Yo creo y tengo por muy cierto que mucha más piedad tendrán conmigo que caí en ello con inocencia y forzosamente, como sabrán después por entero, y que soy su hechura, y mirarán mis servicios y conocerán cada día que son muy ventajosos. Lo pondrán todo en una balanza, así como nos cuenta la Santa Escritura que será el bien con el mal en el día del juicio. Si todavía mandan que otro me juzgue, lo cual no espero, y que sea por pesquisa de las Indias, humildemente les suplico que envíen allá a dos personas de conciencia y honrados, a mi costa, las cuales hallarán de ligero ahora que se halla el oro cinco marcos en cuatro horas; con esto y sin esto es muy necesario que lo provean.

"Cuando llegó a Santo Domingo el comendador se aposentó en mi casa; así como la halló así dió todo por suyo: vaya en buen hora, quizás lo necesitaba: corsario nunca tal hizo con mercader. De mis escritos tengo yo mayor queja que así me los haya tomado, pues jamás le pude sacar uno, y aquellos que más me habían de aprovechar en mi disculpa son los que más ocultos tenía. Ved qué justo y honesto pesquisidor. Cuantas cosas ha hecho me dicen que no han sido con propósito de justicia. Dios Nuestro Señor está con sus fuerzas y saber, como solía, y castiga en todo cabo, en especial la ingratitude de injurias."

XLIII

La sentencia

La noticia de que el almirante y sus hermanos llegaban encadenados se propagó como reguero de pólvora por toda España, como nueve años antes había corrido la nueva del descubrimiento de islas desconocidas al otro lado del océano. Una ola de vergüenza y de indignación recorrió todo el país, y no tardó en llegar a la corte de Granada. Juana de la Torre se animó a presentar inmediatamente la carta de acusación de Colón. La reina quedó dolorosamente asombrada. No era aquello lo que se perseguía al dar al torpe Bobadilla plenos poderes redactados en forma tan confusa. Había que poner fin en seguida al vergonzoso escándalo, que coronaría al almirante con la aureola del mártir.

Un correo salió a toda prisa para Cádiz, donde estaban los presos, e inmediatamente fueron puestos en libertad. Colón recibió de la reina la invitación de ir a Granada y dos mil ducados de oro para que pudiese sostener con decencia su dignidad. A los pocos días, 17 de diciembre, Colón volvió a presentarse ante Fernando e Isabel. Pero al hacer las reverencias de rigor se sintió repentinamente indispuerto y cayó llorando sobre los peldaños del trono. Había soportado con altivez y desprecio la injusticia, la insolencia y la brutalidad, pero en el momento en que podía justificar su noble actitud le faltaron las fuerzas y se derrumbó. Las damas de la corte acudieron presurosas con sus frascos de sales; el rey y la reina se adelantaron a sostenerle del brazo y le llevaron hasta un asiento, como nueve años antes. La reina tenía los ojos llenos de lágrimas. ¡Ese Bobadilla! Se le haría pagar cara tan dolorosa escena.

El almirante se serenó y se repuso. Todo cuanto tenía que decir lo exponía en su carta. Se le contestó que Bobadilla sería depuesto inmediatamente y que se enviaría a La Espa-

ñola otro delegado, que todas las disposiciones tomadas por el imbécil comendador serían anuladas y que el almirante sería, desde luego, repuesto en todos sus derechos, etc. La emoción que Colón sentía en aquel momento era tal, que no había palabras para calmarlo y consolarlo. En el fervor inspirado por la piedad y por la vergüenza se prometió, sin duda, mucho más de lo que se pensaba concederle.

Colón estuvo nueve meses en Granada, viviendo cerca de la corte, "sin dinero y sin crédito", según escribía uno de sus amigos, contentándose con esperar. Nada se decidió, aunque todos opinaban que era preciso tomar medidas sin pérdida de tiempo si se quería evitar el derrumbamiento de toda la colonia. El rey y la reina trataron a Colón con más consideración que nunca. Se nombró nuevo comisionado a Nicolás de Ovando y los preparativos de su viaje fueron extraordinarios; se equiparon nada menos que treinta barcos y se gastaron grandes sumas para la tripulación y la carga, con lo que se perdió mucho tiempo.

Las noticias que llegaban de La Española eran cada vez peores: Bobadilla se había sometido enteramente a los sublevados, las pocas personas honradas que quedaban, los contados colonos estables y activos, rescindían sus contratos. Ya no les era posible seguir viviendo en aquel infierno, y si una mano enérgica como la del adelantado no tomaba las riendas, la colonia se precipitaría a la ruina. Pero al ministro de las Colonias le interesaba que se desconociesen los daños causados por sus protegidos. ¿Para qué sacar a relucir desdichados asuntos que podían dormir en los expedientes? Ciertamente que el virrey depuesto había de recuperar sus derechos, pero ¿por qué no llevar las cosas por su orden? El mismo Colón vería con buenos ojos que otro se encargase de restablecer el orden y la legalidad y de limpiar la isla de sus enemigos. Se calcularían los perjuicios que se le habían ocasionado y se abriría un nuevo capítulo de la historia de La Española.

Mientras la reina Isabel estaba firmemente decidida a devolver a Colón todas sus prerrogativas, quizá el rey Fernando abrigaba otros propósitos. Ya se había desembarazado del virrey, del molesto gobernador que tenía derecho a la octava

parte de todo lo que produjese la colonia y no dejaría escapar la oportunidad; diez años antes no estaban al corriente todavía de todo aquello, pero en adelante su ayuda era superflua. La administración ya no sabía qué hacer con los innumerables armadores y mercaderes que pedían autorización para emprender viajes de descubrimiento a sus expensas. Muchos de ellos habían navegado con Colón y habían copiado sus mapas. El camino estaba expedito.

En cuanto al contrato de Colón, hacía ya tiempo que había prescrito. Los viajes de Ojeda, de Pinzón y de Vespucio habían ampliado los descubrimientos del almirante sin que éste lo supiese. En el océano surgían costas tan extensas, que sin duda pertenecían a vastísimos territorios; no había que pensar seriamente en conceder a Colón su parte en todos aquellos bienes. Pero es comprensible que el almirante, con su conocida terquedad, ofendido en su honor y agriado, se atuviera obstinadamente a las cláusulas del contrato. Sólo había una escapatoria: aplazar todo lo posible el momento decisivo. La salud del almirante estaba muy quebrantada, la de la reina no lo estaba menos, y como era ella la que insistía en dar a las cuestiones políticas la más honrada solución, podía ir dilatándose el asunto.

Procurábase entre tanto distraer al almirante; se fingía interés por sus nuevos proyectos de viaje, en los que trabajaba sin cesar, y se soportaban con paciencia y seriedad sus sermones respecto a la cruzada a Jerusalén de la que no cesaba de hablar. Los siete años de preparación habían transcurrido, el oro se había deslizado entre los dedos, y aun no se había hecho nada para cumplir su promesa. "Satán se había opuesto a ello", escribía en febrero de 1502 el papa Alejandro. Y, sin embargo, era preciso darse prisa. Colón había leído en los escritos del cardenal Ailly, cuyo misticismo obscurecía cada vez más su cerebro, que el fin del mundo se produciría a los ciento cinco años a partir de entonces. Quedaba, pues, muy poco tiempo para poder convertir a todos los pueblos del mundo a la única fe verdadera. En el *Libro de las Profecías*, que empezó a escribir en aquella época, pero que no llegó a terminar, Colón prueba por las Santas Escrituras y nume-

rosas obras de teología el fundamento de esta creencia, estrechamente relacionada con su obra de descubrimiento. Tenía que cumplir una misión urgente: unir los extremos de la tierra bajo el signo de la cruz. En su testamento de 1498, ya antes de partir para su tercer viaje, indicaba a sus herederos que depositasen ciertas cantidades en el Banco San Giorgio de Génova y emprendiesen la cruzada por su cuenta, en caso de que España renunciase a hacerlo, u ofreciesen el dinero al papa, si un cisma de la Iglesia amenazase hacerle perder su dignidad o sus bienes terrenales. ¿No era esto un presentimiento profético de la Reforma, que, veinte años después, iba a dividir a la cristiandad, en vez de unir sus extremidades bajo una misma fe? El *Libro de las Profecías* viene a ser su testamento religioso: exhortación constante escrita con letras de fuego en las paredes del palacio real.

Pero todavía no se habían descubierto los extremos del mundo. Todos los días había alguna novedad: los portugueses, no satisfechos con las Indias, arribaban a América del Sur, adonde unos barcos que se dirigían a Calcuta fueron arrastrados por una tempestad. Si España quería conservar su preponderancia en el Oeste, había de valerse de todos sus navegantes. Los treinta barcos de Ovando salieron para La Española el 13 de febrero de 1502. No quedaban para Colón más que cuatro malas carabelas de cincuenta a setenta toneladas y ciento cincuenta hombres de tripulación. Se procuraba, pues, que su radio de acción no fuese muy grande, impidiéndole así descubrir la totalidad del Nuevo Mundo.

Como quiera que fuese, Colón tenía una misión que cumplir. Para conformarlo le fueron confirmados una vez más, el 14 de marzo de 1502, todos sus privilegios y franquicias, "sin que puedan sufrir la más insignificante modificación, para vos y para vuestros hijos". Se le prometía además, "como corresponde", atender al sostenimiento de sus hermanos y de sus hijos. El joven Fernando, que aun no tenía catorce años, acompañó a su padre en su cuarto y último viaje. El mayor, Diego, quedó en la corte como paje de la reina. Su hermano Bartolomé, que no tenía cargo designado, también acompañó a Colón, y su hermano Diego se quedó en España

para siempre, temiendo volver a caer en manos de Bobadilla.

Colón recibió instrucciones escritas que le concedían todos los derechos necesarios. En las instrucciones se mencionaba especialmente todo lo concerniente a las nuevas islas que se descubriesen, a su toma de posesión, del oro y de las perlas, de la estricta vigilancia que ejercería sobre todo aquello el notario y oficial Francisco de Porras, para que ningún marinero pudiese guardar en su poder ningún objeto de valor. Pero no se mencionaba para nada la conversión de los paganos. Se estipulaba, sin embargo, que no le estaba permitido a Colón traer indígenas en calidad de esclavos, aunque estaba autorizado a dejar que los indios que lo desearan viniesen a España. No podía hacer escala en La Española hasta el regreso, y se le permitía, si lo juzgaba necesario, permanecer en la isla "algunos días", pues se esperaban con gran impaciencia sus nuevos éxitos y los informes que enviase. Con tales instrucciones, Colón salió de Cádiz el 9 de mayo de 1502.

El 29 de junio Colón ancló frente a Santo Domingo, pues le habían entregado correspondencia, que mandó a tierra. Como uno de sus barcos sufría una avería, pidió autorización al gobernador para cambiarlo por otro y para refugiarse en el puerto, pues la tempestad se acercaba. Ovando había terminado su investigación contra Roldán y sus cómplices. La mayoría de los acusados estaban en Santo Domingo y era de temer que la presencia del almirante provocase nuevos disturbios. Ovando, por consiguiente, negó la autorización para entrar en el puerto, no le mandó el barco, y en general hizo muy poco caso de su antecesor. Colón, a pesar de todo, le aconsejó que no dejase salir los veinte barcos que estaban en el puerto listos para zarpar y llevar a España a Roldán y sus acólitos, con sus expedientes.

Ovando se rió de la advertencia y de los temores del viejo marino. En cuanto a Colón, buscó refugio en un lugar propicio de la costa, pero el huracán diseminó a sus tres barcos y hasta algunos días más tarde no pudieron volver a reunirse al oeste de Santo Domingo.

Apenas había llegado la flota de Ovando a la punta oriental de La Española, cuando estalló la tempestad con extraordi-

naria violencia. De los veinte barcos que habían salido sólo regresaron algunos, en muy mal estado. Los demás desaparecieron. Bobadilla, Roldán y todos los presos, entre los cuales estaba el desgraciado cacique Guarionex, se ahogaron, y una enorme cantidad de oro que llevaban los barcos se fué al fondo del mar. Uno solo de los barcos cargados de oro llegó a España. El oro que llevaba fué adjudicado al almirante en vista de los primeros resultados de la investigación de Ovando.

Esa desaparición de sus enemigos, casi ante su vista, debió parecer a Colón y a sus contemporáneos como un castigo de Dios. Sin embargo, su rehabilitación, base de aquel proceso, estaba en las profundidades del océano.

XLIV

El último viaje

El cuarto y último viaje del almirante es el más importante de todos, tanto por su extensión como por sus resultados. Por otra parte, teniendo en cuenta la pequeñez y la fragilidad de los barcos, fué una gran hazaña náutica. Colón llegó al cabo de Honduras, en la costa de la América Central; luego navegó a lo largo de Nicaragua y de Costa Rica, y fué más allá de la región donde está hoy el canal de Panamá, buscando un paso. Los indios le dijeron que aquellas tierras estaban también limitadas al Oeste por otro mar (primera aparición del océano Pacífico). Por consiguiente, Colón consideró, como le había sucedido con Cuba, que se trataba de una larga península o de la parte extrema de las Indias que le hacía falta doblar para llegar al continente asiático. Todo cuanto le dijeron los indígenas respecto a un país vecino, muy civilizado (sin duda Méjico o el Yucatán), no hicieron más que reforzar en él la convicción de que se acercaba, por fin, al reino del Gran Kan y a los países milagrosos de Marco Polo.

En una carta que dirigió a los reyes de España el 7 de julio de 1503 describe el desgraciado desenlace de aquella expedición, que puso a prueba la resistencia y el valor del jefe y de sus compañeros. La escribió en un momento de horrible zozobra, cuando estaba con los restos de su tripulación en la costa norte de Jamaica, sin barcos y medio muerto de hambre, y la confió a un fiel y audaz amigo que la llevó a La Española. Esa carta no menciona, de acuerdo con las instrucciones recibidas, más que los acontecimientos principales y sobre todo lo que se refiere a los yacimientos de oro. Está concebida en los siguientes términos:

"Y con esta tormenta me llegué a Jamaica; allí se mudó de mar alta en calmería y grande corriente, y me llevó hasta el *Jardín de la Reina* sin ver tierra. De allí, cuando pude, navegué a la tierra firme, adonde me salió el viento y corriente terrible al opósito: combatí con ellos sesenta días, y en fin no le pude ganar más de setenta leguas.

"En todo este tiempo no entré en puerto, ni pude, ni me dejó tormenta del cielo, agua y trombones y relámpagos de continuo, que parecía el fin del mundo. Llegué al cabo de *Gracias a Dios*, y de allí me dió Nuestro Señor próspero el viento y corriente. Esto fué a doce de septiembre. Ochenta y ocho días había que no me había dejado espantable tormenta, a tanto que no vi el sol ni estrellas por mar; que a los navíos tenía yo abiertos, a las velas rotas, y perdidas anclas y jarcia, cables, con las barcas y muchos bastimentos, la gente muy enferma, y todos contritos, y muchos con promesa de religión, y ninguno sin otros votos y romerías. Muchas veces habían llegado a confesarse los unos a los otros. Otras tormentas se han visto, mas no durar tanto ni con tanto espanto. Muchos esmorecieron, hartos y hartas veces, que teníamos por esforzados. El dolor del hijo que yo tenía allí me arrancaba el ánima, y más por verle de tan nueva edad de trece años en tanta fatiga y durar en ello tanto: Nuestro Señor le dió tal esfuerzo que él avivaba a los otros, y en las obras hacía él como si hubiera navegado ochenta años, y él me consolaba. Yo había adolecido y llegado tantas veces a la muerte. De una camarilla, que yo mandé hacer

sobre cubierta, mandaba la vía. Mi hermano estaba en el peor navío y más peligroso. Gran dolor era el mío, y mayor porque lo traje contra su grado, porque, por mi dicha, poco me han aprovechado veinte años de servicio que yo he servido con tantos trabajos y peligros, que hoy día no tengo en Castilla una teja; si quiero comer o dormir no tengo, salvo el mesón o taberna, y las más de las veces falta para pagar el escote. Otra lástima me arrancaba el corazón por las espaldas, y era de don Diego, mi hijo, que yo dejé en España tan huérfano y desposesionado de mi honra y hacienda; bien que tenía por cierto que allá como justos y agradecidos Príncipes le restituirían con acrecentamiento en todo.

"Llegué a tierra de *Cariay*, adonde me detuve a remediar los navíos y bastimentos, y dar aliento a la gente, que venía muy enferma. Yo, que, como dije, había llegado muchas veces a la muerte, allí supe de las minas del oro de la provincia de *Ciamba*, que yo buscaba. Dos indios me llevaron a *Carambaru*, adonde la gente anda desnuda y al cuello un espejo de oro, mas no le querían vender ni dar a trueque. Nombráronme muchos lugares en la costa de la mar, adonde decían que había oro y minas; el postrero era *Veragua*, y lejos de allí obra de veinte y cinco leguas: partí con intención de tentarlos a todos, y llegado ya el medio supe que había minas a dos jornadas de andadura: acordé de enviarlas a ver víspera de San Simón y Judas, que había de ser la partida: en esa noche se levantó tanta mar y viento, que fué necesario correr hacia adonde él quiso; y el indio adalid de las minas siempre conmigo.

"En todos estos lugares, adonde yo había estado, hallé verdad todo lo que yo había oído: esto me certificó que es así de la provincia de *Ciguare*, que según ellos, es descrita nueve jornadas de andadura por tierra al Poniente: allí dicen que hay infinito oro, y que traen corales en las cabezas, manillas a los pies y a los brazos de ello, y bien gordas; y de él, sillas, arcas y mesas las guarnecen y enforran. También dijeron que las mujeres de allí traían collares colgados de la cabeza a las espaldas. En esto que yo digo, la gente toda de estos lugares conciertan en ello, y dicen tanto que yo sería

contento con el diezmo. También todos conocieron la pimienta. En *Ciguare* usan tratar en ferias y mercaderías: esta gente así lo cuentan, y me mostraban el modo y forma que tienen en la barata. Otrosí dicen que las naos traen bombardas, arcos y flechas, espadas y corazas, y andan vestidos, y en la tierra hay caballos, y usan la guerra, y traen ricas vestiduras, y tienen buenas cosas. También dicen que la mar baña a *Ciguare*, y de allí a diez jornadas es el río de *Gangues* (1). Parece que estas tierras están con *Veragua*, como Tortosa con Fuenterrabía, o Pisa con Venecia. Cuando yo partí de *Cambaru* y llegué a esos lugares que dije, hallé la gente en aquel mismo uso, salvo que los espejos del oro quien los tenía los daba por tres cascabeles de gavián por el uno, bien que pesasen diez o quince ducados de peso. En todos sus usos son como los de La Española. El oro cogen con otras artes, bien que todos son nada con los de los cristianos. Esto que yo he dicho es lo que oí. Lo que yo sé es que el año de noventa y cuatro navegué en veinte y cuatro grados al Poniente en término de nueve horas, y no pudo haber yerro porque hubo eclipse: el sol estaba en Libra y la luna en Aries. También esto que yo supe por palabra habíalo yo sabido largo por escrito. Tolomeo creyó haber bien remedado a Marino, y ahora se halla su escritura bien propincua al cierto. Tolomeo asienta *Catigara* a doce líneas lejos de su Occidente, que él asentó sobre el cabo de San Vicente en Portugal dos grados y un tercio. Marino en quince líneas constituyó la tierra y términos. Marino en Etiopía escribe al Indo la línea equinoccial más de veinte y cuatro grados, y ahora que los portugueses le navegan le hallan cierto. Tolomeo dice que la tierra más austral es el plazo primero, y que no baja más de quince grados y un tercio. Y el mundo es poco: el enjuto de ello es seis partes, la séptima solamente cubierta de agua: la experiencia ya está vista, y la escribí por otras letras y con adornamiento de la Sacra Escritura, con el sitio del Paraíso terrenal, que la santa Iglesia aprueba: digo que el mundo no es tan grande como dice el vulgo, y que un grado de la equinoccial está cin-

(1) Como Colón creía ser aquel el Continente del Asia juzgaba estar allí el río *Ganges*, a diez jornadas de *Ciguare*.

cuenta y seis millas y dos tercios: pero esto se tocará con el dedo. Dejo esto, por cuanto no es mi propósito de hablar en aquella materia, salvo de dar cuenta de mi duro y trabajoso viaje, bien que él sea el más noble y provechoso.

"Digo que víspera de San Simón y Judas corrí donde el viento me llevaba, sin poder resistirle. En un puerto excusé diez días de gran fortuna de la mar y del cielo: allí acordé de no volver atrás a las minas, y dejélas ya por ganadas. Partí, por seguir mi viaje, lloviendo: llegué a *puerto de Bastimentos*, adonde entré y no de grado: la tormenta y gran corriente me entró allí catorce días; y después partí, y no con buen tiempo. Cuando yo hube andado quince leguas forzosamente, me reposó atrás el viento y corriente con furia: volviendo yo al puerto donde había salido hallé en el camino al *Retrete*, adonde me retraje con harto peligro y enojo, y bien fatigado yo y los navíos y la gente: detúveme allí quince días, que así lo quiso el cruel tiempo; y cuando creí haber acabado me hallé de comienzo: allí mudé de sentencia de volver a las minas, y hacer algo hasta que me viniese tiempo para mi viaje y marear; y llegado con cuatro leguas revino la tormenta, y me fatigó tanto a tanto que ya no sabía de mi parte. Allí se me refrescó del mal la llaga: nueve días anduve perdido sin esperanza de vida: ojos nunca vieron la mar tan alta, fea y hecha espuma. El viento no era para ir adelante, ni daba lugar para correr hacia algún cabo. Allí me detenía en aquella mar hecha sangre, hirviendo como caldera por gran fuego. El cielo jamás fué visto tan espantoso: un día con la noche ardió como horno; y así echaba la llama con los rayos, que cada vez miraba yo si me había llevado los mástiles y velas; venían con tanta furia espantables que todos creíamos que me habían de hundir los navíos. En todo este tiempo jamás cesó agua del cielo, y no para decir que llovía. La gente estaba ya tan molida, que deseaban la muerte para salir de tantos martirios. Los navíos ya habían perdido dos veces las barcas, anclas, cuerdas, y estaban abiertos, sin velas.

"Cuando plugo a Nuestro Señor volví a *Puerto Gordo*, adonde reparé lo mejor que pude. Volví otra vez hacia *Veragua* para mi viaje, aunque yo no estuviera para ello. Toda-

vía era el viento y corrientes contrarios. Llegué casi adonde antes, y allí me salió otra vez el viento y corrientes al encuentro; y volví otra vez al puerto, que no osé esperar la oposición de Saturno con mares tan desbaratados en costa brava, porque las más de las veces trae tempestad o fuerte tiempo. Esto fué día de Navidad en horas de misa. Volví otra vez adonde yo había salido con harta fatiga; y, pasado año nuevo, torné a la porfia, que aunque me hiciera buen tiempo para mi viaje, ya tenía los navíos innavegables, y la gente muerta y enferma. Día de la Epifanía llegué a *Veragua*, ya sin aliento: allí me deparó Nuestro Señor un río y seguro puerto, bien que a la entrada no tenía salvo diez palmos de fondo: metíme en él con pena, y el día siguiente recordó la fortuna: si me halla fuera, no pudiera entrar a causa del banco. Llovió sin cesar hasta catorce de febrero, que nunca hubo lugar de entrar en la tierra, ni de remediar en nada; y estando ya seguro a veinte y cuatro de enero, de improviso vino el río muy alto y fuerte; quebróme las amarras y proeles, y hubo de llevar los navíos, y cierto los vi en mayor peligro que nunca. Remedió Nuestro Señor, como siempre hizo. No sé si hubo otro con más martirios. A seis de febrero, lloviendo, envié setenta hombres la tierra adentro; y a las cinco leguas hallaron muchas minas: los indios que iban con ellos los llevaron a un cerro muy alto, y de allí les mostraron hacia toda parte cuanto los ojos alcanzaban, diciendo que en toda parte había oro, y que hacia el Poniente llegaban las minas veinte jornadas, y nombraban las villas y lugares, y adonde había de ello más o menos. Después supe yo que el *Quibian* que había dado estos indios, les había mandado que fuesen a mostrar las minas lejos y de otro su contrario; y que adentro de su pueblo cogían, cuando él quería, un hombre en diez días una mozada de oro: los indios sus criados y testigos de esto traigo conmigo. Adonde él tiene el pueblo llegan las barcas. Volvió mi hermano con esa gente, y todos con oro que habían cogido en cuatro horas que fué allá a la estada. La calidad es grande, porque ninguno de éstos jamás había visto minas, y los más oro. Los más eran gente de la mar, y casi todos grumetes. Yo tenía mucho aparejo para edificar y

muchos bastimentos. Asenté pueblo, y di muchas dádivas al *Quibian*, que así llaman al Señor de la tierra; y bien sabía que no había de durar la concordia: ellos muy rústicos y nuestra gente muy importunos, y me aposesionaba en su término: después que él vió las cosas hechas y el tráfago tan vivo, acordó quemarlas y matarnos a todos: muy al revés salió su propósito: quedó preso él, mujeres, hijos y criados: bien que su prisión duró poco: el *Quibian* se huyó a un hombre honrado, a quien se había entregado con guarda de hombres; y los hijos se fueron a un Maestre de navío, a quien se dieron en él a buen recaudo.

"En enero se había cerrado la boca del río. En abril los navíos estaban todos comidos de broma, y no los podía sostener sobre agua. En este tiempo hizo el río un canal, por donde saqué tres de ellos vacíos con gran pena. Las barcas volvieron adentro por la sal y agua. La mar se puso alta y fea, y no les dejó salir fuera: los indios fueron muchos y juntos y las combatieron, y en fin los mataron. Mi hermano y la otra gente toda estaban en un navío que quedó adentro: yo muy solo de fuera en tan brava costa, con fuerte fiebre, en tanta fatiga: la esperanza de escapar era muerta: subí así trabajando lo más alto, llamando a voz temerosa, llorando y muy aprisa, los maestros de la guerra de Vuestras Altezas, a todos cuatro los vientos, por socorro; mas nunca me respondieron. Cansado, me dormecí gimiendo: una voz muy piadosa oí, diciendo: "¡Oh estulto y tardo en creer y en servir a tu Dios, Dios de todos! ¿Qué hizo él más por Moisés o por David su siervo? Desde que naciste, siempre él tuvo de ti muy grande cargo. Cuando te vió en edad de que él fué contento, maravillosamente hizo sonar tu nombre en la tierra. Las Indias, que son parte del mundo, tan ricas, te las dió por tuyas; tú las repartiste adonde te plugo, y te dió poder para ello. De los atamientos de la mar oceána, que estaban cerrados con cadenas tan fuertes, te dió las llaves; y fuiste obedecido en tantas tierras, y de los cristianos cobraste tan honrada fama. ¿Qué hizo el pueblo de Israel cuando le sacó de Egipto? ¿Ni por David, que de pastor hizo Rey en Judea? Tórnate a él, y conoce ya tu yerro: su misericordia es infinita: tu vejez no im-

pedirá a toda cosa grande: muchas heredades tiene él grandísimas. Abrahán pasaba de cien años cuando engendró a Isaac, ¿ni Sara era moza? Tú llamas por socorro incierto: responde, ¿quién te ha afligido tanto y tantas veces, Dios o el mundo? Los privilegios y promesas que da Dios no las quebranta, ni dice después de haber recibido el servicio que su intención no era ésta, y que se entiende de otra manera, ni da martirios por dar color a la fuerza: él va al pie de la letra: todo lo que él promete cumple con acrecentamiento: ¿esto es uso? Dicho tengo lo que tu Criador ha hecho por ti y hace con todos. Ahora medio muestra el galardón de estos afanes y peligros que has pasado sirviendo a otros." Yo así amortecido oí todo: mas no tuve yo respuesta a palabras tan ciertas, salvo llorar por mis yerros. Acabó él de hablar, quienquiera que fuese, diciendo: "No temas, confía: todas estas tribulaciones están escritas en piedra mármol y no sin causa."

"Levantéme cuando pude; y al cabo de nueve días hizo bonanza, mas no para sacar navíos del río. Recogí la gente que estaba en tierra, y todo el resto que pude, porque no bastaban para quedar y para navegar los navíos. Quedara yo a sostener el pueblo con todos, si vuestras Altezas supieran de ello. El temor que nunca aportaría allí navíos me determinó a esto y la cuenta que cuando se haya de proveer de socorro se proveerá de todo. Partí en nombre de la Santísima Trinidad, la noche de Pascua, con los navíos podridos, abrumados, todos hechos agujeros. Allí en *Belén* dejé uno, y hartas cosas. En *Belpuerto* hice otro tanto. No me quedaron salvo dos en el estado de los otros, y sin barcas y bastimentos, por haber de pasar siete mil millas de mar y de agua, o morir en la vía con hijo y hermano y tanta gente. Respondan ahora los que suelen tachar y reprender, diciendo allá de en salvo: ¿por qué no hacíais esto allí? Los quisiera yo en esta jornada. Yo bien creo que otra de otro saber los aguarda: a nuestra fe es ninguna.

"Llegué a trece de mayo en la provincia de *Mago*, que parte con aquella de *Catayo*, y de allí partí para La Española: navegué dos días con buen tiempo, y después fué contrario. El camino que yo llevaba era para desechar tanto

número de islas, por no embarazarme en los bajos de ellas. La mar brava me hizo fuerza, y hube de volver atrás sin velas: surgí a una isla adonde de golpe perdí tres anclas, y a la medianoche, que parecía que el mundo se envolvía, se rompieron las amarras al otro navío, y vino sobre mí, que fué maravilla cómo no nos acabamos de hacer rajas: el ancla, de forma que me quedó, fué ella después de Nuestro Señor, quien me sostuvo. Al cabo de seis días, que ya era bonanza, volví a mi camino: así ya perdido del todo de aparejos y con los navíos horadados de gusanos más que un panal de abejas, y la gente tan acobardada y perdida, pasé algo adelante de donde yo había llegado antes: allí me torné a reposar atrás la fortuna: paré en la misma isla en más seguro puerto: al cabo de ocho días torné a la vía y llegué a Jamaica en fin de junio, siempre con vientos punteros, y los navíos en peor estado: con tres bombas, tinas y calderas no podían con toda la gente vencer el agua que entraba en el vacío, ni para este mal de broma hay otra cura. Cometí el camino para acercarme más cerca de La Española, que son veinte y ocho leguas, y no quisiera haber comenzado. El otro navío corrió a buscar puerto casi anegado. Yo porfié la vuelta de la mar con tormenta. El navío se me anegó, que milagrosamente me trajo Nuestro Señor a tierra. ¿Quién creyera lo que yo aquí escribo? Digo que de cien partes no he dicho la una en esta letra. Los que fueron con el Almirante lo atestigüen. Si place a vuestras Altezas de hacerme merced de socorro un navío que pase de sesenta y cuatro, con doscientos quintales de bizcochos y algún otro bastimento, bastará para llevarme a mí y a esta gente a España de La Española. En Jamaica ya dije que no hay veinte y ocho leguas a La Española. No fuera yo, bien que los navíos estuvieran para ello. Ya dije que me fué mandado de parte de vuestras Altezas que no llegase a ella. Si este mandar ha aprovechado, Dios lo sabe. Esta carta envío por vía y mano de Indios: grande maravilla será si allá llega."

XLV

Al socorro del almirante

Diego Méndez que, como notario del rey, tomó parte en la cuarta expedición y quedó, en Veragua, al frente del nuevo establecimiento, nos cuenta cómo Colón y sus hombres fueron sacados de su destierro de Jamaica. Méndez hizo en 1536 un testamento del que se desprende que tampoco él recibió por sus servicios la recompensa que se creía con derecho a esperar del gobierno español o de los herederos del almirante. Con el fin de que sus herederos tuviesen una base sólida para sus pretensiones, describe con todo detalle las hazañas que llevó a cabo en el cuarto viaje, insistiendo respecto a la crítica situación en que se encontraban los naufragos en el verano de 1503, en Jamaica, y cómo los salvó. He aquí el relato de Méndez:

“Cuando los dos barcos perdidos fueron llevados a la costa, nos construimos dos chozas con techo de paja. Distribuí las últimas raciones de galleta y de vino, y, como nadie se atrevía a ir a buscar otros víveres, armado con un puñal me interné con tres hombres en la isla. Gracias a Dios nos encontramos con unos indios pacíficos que nos acogieron bien y nos dieron de comer hasta saciarnos. Me arreglé con el cacique del lugar para que su gente cociese para nosotros pan de mandioca, fuesen de caza y de pesca, y llevasen cada día al almirante cierta cantidad de víveres. Como pago les dimos cuchillos, anzuelos, peines, campanillas, collares de perlas azules y otros objetos que habíamos traído para los trueques. Cuando nos pusimos de acuerdo, envié a un hombre a los barcos, rogando al almirante que mandase a buscar y a pagar la ración de aquel día. Luego me dirigí a otra aldea que distaba tres leguas de allí; concerté un acuerdo semejante con los habitantes y el cacique, y envié otra lancha con el mismo mensaje para el almirante.

"De allí fuí a ver a un poderoso cacique llamado Huarea. También me recibió con mucha amabilidad, me obsequió con esplendidez y dió inmediatamente orden de que en el término de tres días nos llevasen todos los víveres que se pudiesen recoger. También convinimos en que mandaría todos los días cierta cantidad de víveres a nuestro campamento, contra el correspondiente pago. Desde aquella aldea envié el tercer mensajero al almirante con los víveres que ya había pagado, y rogué al cacique que me prestase dos de sus indios para que me sirviesen de guías, pues deseaba ir al extremo oriental de la isla. Uno de ellos llevaba mi hamaca y el otro las provisiones.

"De aquel modo llegué a la costa oriental de Jamaica, y allí me encontré con un cacique llamado Ameyro, con quien trabé amistad. Cambiamos nuestros nombres, lo que entre aquella gente equivalía a sentir mutuamente un cariño fraternal. A cambio de un cazo de cobre, un traje y una de mis dos camisas, me dió una magnífica piragua y me proporcionó seis indios como remeros. Cuando volví a pasar por los lugares donde había pedido que me preparasen abastecimientos, encontré en ellos a los marineros que había mandado el almirante. Lo hice cargar todo en la piragua y regresamos juntos al campamento, donde el almirante me recibió con gran alegría. No se cansaba de mirarme y de abrazarme preguntando todo lo que me había sucedido y dando gracias a Dios por el feliz éxito de mi peligrosa misión. Los hombres de la tripulación estaban también contentísimos, pues se habían comido hasta la última miga de su pan y ya empezaban a tener hambre. Desde aquel día los indios trajeron cotidianamente víveres en cantidad suficiente para todos.

"Diez días después el almirante me llevó aparte y me dijo: "Diego Méndez, hijo mío, fuera de ti y de mí, nadie "se da cuenta de los peligros a que estamos expuestos; no "somos efectivamente más que una pequeña tropa en medio "de un gran número de salvajes cuyo humor es inestable y "variable. Si se les ocurriese poner fuego a nuestras chozas, "estaríamos perdidos. También pueden en cualquier momento "dejar de traernos los víveres; los indios no suelen tener en

"cuenta nunca ningún contrato. Nos sería imposible apoderarnos de nada por la fuerza. No tenemos más que un medio de salvación. Es menester que alguien vaya a remo, en la piragua que compraste, a La Española, y allí consiga un barco que venga a sacarnos de nuestra peligrosa situación."

"Yo le contesté: "Excelencia: me doy perfecta cuenta del peligro que corremos, que es quizá mucho mayor de lo que nos imaginamos. Pero creo irrealizable el viaje a La Española en la pequeña piragua, teniendo en cuenta la gran cantidad de islotes y las rompientes que hay que atravesar. No conozco a nadie que tenga suficiente valor para correr tanto peligro."

"El almirante movió la cabeza y dijo: "El único que podría hacerlo serías tú."

"Excelencia, le contesté, he expuesto más de una vez mi vida para salvar la vuestra y la de la tripulación, y el Señor me ha protegido siempre milagrosamente. Sin embargo, varios de mis compañeros se manifiestan descontentos de que me hayáis confiado misiones en que podía adquirirse gloria y en que otros hubiesen salido tan airosos como yo. En vista de esto os rogaría que llamaseis a todos para preguntarles si hay alguno que se preste voluntariamente a tan temeraria empresa. Si todos se niegan, como es de suponer, pondré una vez más mi vida a vuestro servicio."

"Al día siguiente el almirante reunió a toda la tripulación y expuso el asunto. En un principio todo el mundo se quedó mudo. Luego algunos expusieron su opinión de que era inútil discutir un proyecto tan irrealizable como aquél; era una locura pretender cruzar un brazo de mar tan peligroso como aquél. Entonces yo me levanté y dije: "No tengo más que una vida, pero la expondré gustoso para salvar la de Su Excelencia y la de la tripulación."

"Cuando Su Excelencia oyó mis palabras, me tomó en sus brazos y me besó diciendo: "Ya sabía yo que serías el único que tuviese valor. Confío en que Dios te salvará del peligro como lo ha hecho en otras ocasiones."

"Al día siguiente saqué a la playa la piragua, y me ocupé

de que la calafateasen y la embreasen cuidadosamente, y mandé ponerla un palo con velas y clavarle algunas tablas para que el agua del mar no entrase fácilmente. Además se cargaron víveres suficientes para mí y para los seis indios, pues la piragua no aguantaba más de ocho personas.

"Hecho esto, me despedí del almirante y de mis compañeros, y fui navegando a lo largo de la costa. Tuve la desgracia de caer en el camino en manos de indios piratas, de los que Dios me libró en forma milagrosa. Cuando llegué a la extremidad oriental de Jamaica quise esperar que el mar se serenase, pero fui atacado por unos indios que se apoderaron de la piragua y quisieron matarnos a todos. Adivinando la suerte que nos esperaba, conseguí llegar hasta el sitio donde estaba la piragua y pude huir. A los quince días de mi salida volví a presentarme ante el almirante. Éste se alegró mucho al verme y en seguida me preguntó si estaba dispuesto a intentar de nuevo la travesía. Le dije que estaba dispuesto, pero que necesitaba una escolta que me acompañase hasta la punta oriental de la isla. El almirante me prestó setenta hombres mandados por el adelantado. Esta tropa debía esperar en la extremidad oriental de la isla hasta que me encontrase en alta mar y permanecer allí tres días más.

"Volví, pues, a salir por segunda vez, pero durante cuatro días el mar estuvo tan agitado que era imposible partir. Al fin el mar se calmó, y me despedí de mis compañeros. Todos lloraban. Me encomendé a Dios y a la Virgen Santísima, y me alejé de la orilla. No solté el timón durante cinco días y cuatro noches, mientras mis seis indios remaban.

"Al quinto día llegamos al cabo San Miguel. Hacía dos días que no habíamos comido ni bebido, pero cuando atracamos en la costa, cubierta de hermosos bosques, los indios corrieron a nuestro encuentro y nos trajeron abundantes alimentos. Pudimos descansar dos días, y, dejando allí a mis compañeros, con seis indígenas de aquella región para que remasen fui costeando La Española hacia Santo Domingo. Me hallaba a veinticuatro millas de esta ciudad, cuando el comandante de la isla de Azoa me enteró de que el gobernador Ovando estaba luchando con los indios de Xaragua, a cincuenta

millas de allí. El gobernador me retuvo siete meses, durante los cuales hizo colgar o quemar a ochenta y cuatro caciques, entre los cuales estaba Anacaona, la mujer más prestigiosa de la isla y viuda de Caonabo.

"Una vez terminada la guerra fui con las tropas a Santo Domingo, donde esperé la llegada de un barco de España. Hacía un año que no había venido ninguno. Felizmente, al poco tiempo llegaron tres, de los que compré uno; lo cargué con pan, carne, cerdos, carneros y frutas, y lo envié a Jamaica, al mismo tiempo que yo regresaba a España para presentar un informe al rey y a la reina dándoles cuenta de todo lo que había ocurrido.

"Poco después de mi marcha de Jamaica los indios de la región se habían negado a seguir suministrando víveres. El almirante convocó a todos los caciques y les echó en cara su proceder. Dios los castigaría, les dijo, y aquella misma noche la luna se ocultaría porque su conducta había excitado la cólera divina. El almirante sabía que iba a producirse un eclipse de luna. Cuando aquella noche se obscureció el astro los indios quedaron aterrorizados y prometieron que seguirían trayendo los víveres todos los días. Cumplieron fielmente su palabra. Más tarde me dijo el almirante que la alegría mayor de su vida la tuvo el día del mes de junio de 1504 al ver llegar mi barco, pues había perdido todas las esperanzas de volver a salir de Jamaica. En aquel barco el almirante fue a Santo Domingo y de allí a España."

XLVI

La recompensa del mundo

Colón entraba en el puerto de Sanlúcar el día 7 de noviembre de 1504. Nadie advirtió su regreso. La corte tenía en aquel entonces otras preocupaciones; tres semanas después falleció la reina Isabel, el único ser en quien Colón

cifraba alguna esperanza. Los terribles sufrimientos del último viaje habían agotado por completo las energías del almirante y debilitado su resistencia. La enfermedad, la edad, el desprecio del mundo y una profunda resignación lo paralizaban más que las cadenas de hierro que había llevado dos años y medio antes. Añadió a su informe del 7 de julio de 1503, que se refería al descubrimiento de Veragua, una larga postdata pintando de un modo emocionante su dolor ante la triste suerte de La Española. Terminaba como sigue: "Yo no vine este viaje a navegar por ganar honra ni hacienda; esto es cierto, porque estaba ya la esperanza de todos en ella muerta. Yo vine a Vuestra Alteza con pura intención y buen celo. Suplico a Vuestra Alteza que si a Dios place sacarme de aquí, que haya por bien mi ida a Roma y otras romerías..."

La situación legal de Colón no estaba determinada todavía. Sus bienes seguían confiscados, el proceso no estaba terminado, aunque una comisión se ocupaba en su estudio. En mayo de 1505, Colón, a quien paralizaba un ataque de gota, montó penosamente en una mula que le habían regalado para el viaje, y salió de Sevilla hacia Segovia, donde el rey le recibió con bastante frialdad. Un juez iba a dictar la sentencia. Ese juez era el mejor que Colón pudo esperar: su antiguo protector Diego de Deza, en otro tiempo prior en Salamanca y ahora obispo de Palencia. Colón tenía en esto la prueba de las buenas intenciones que se sentían hacia él. Un débil resplendor de esperanza empezó a brillar ante sus ojos. ¡Quién sabe si la justicia de que dudaba desde hacía mucho tiempo existía en realidad! Pero el buen obispo no pudo hacer gran cosa por sí mismo; la comisión tenía en su poder el expediente y el proceso seguía su curso ordinario. No hubo más remedio que esperar pacientemente. Mientras tanto el almirante se veía obligado a vivir contrayendo deudas, según lo prueban en forma irrefutable sus cartas dirigidas a su hijo Diego. Esta correspondencia, donde se revelan los más hermosos rasgos de su carácter, está llena de melancolía y de resignación, y nos permite asistir a la lucha final de una vigorosa personalidad que había de extinguirse rápidamente.

El 21 de mayo de 1506 Colón exhaló el último suspiro de

su gran alma. Murió en Valladolid, calladamente, como cualquier desconocido marinero, y su entierro pasó inadvertido. Años después sus mismos amigos de Valladolid creían que estaba en la corte de España. Le habían olvidado porque ya no le necesitaban. Él mismo hizo muy poco para que se conservase su recuerdo. Sólo los informes dirigidos a los reyes sobre su primero y cuarto viajes fueron publicados, y sus contemporáneos no tardaron en olvidar hasta las fechas de sus descubrimientos.

Hasta fines del siglo XVIII la historia no empezó a ocuparse de él y su nombre fué aureolado con una gloria que no se volverá a apagar. Pero otro dió su nombre al Nuevo Mundo que había descubierto Colón. A partir de 1499, Américo Vespucio, un mercader florentino, emprendió varios viajes hacia el Oeste y publicó, hablando de aquellos países, algunos escritos que tuvieron una gran difusión. Estas publicaciones incitaron a un maestro de escuela alemán de Lorena a proponer, en 1507, que se diese a esos países el nombre de América, denominación que no tardó en ser adoptada por todo el mundo. Américo Vespucio, pues, no tiene la culpa de este error. En cambio, la región que Vespucio descubrió con Ojeda en 1499 en la costa septentrional de América del Sur, siguiendo las huellas de Colón, y que se llamó en un principio Nueva Granada, lleva hoy el nombre de Colombia.

A la muerte de Colón el título de almirante pasó a su hijo mayor, Diego, pero se le negó la gobernación de las Indias, a la que tenía derecho según el contrato. No obstante, en 1508, con motivo de su casamiento con una dama de la poderosa familia de Alba, fué nombrado gobernador. Después de un pleito con la corona, que duró varios años, el emperador y rey de España, Carlos V, lo nombró virrey, en concepto de gracia y no de derecho. El pleito no terminó con la muerte de Diego. Así como Colón había tenido que terminar cediendo, su nieto se sometió: renunció a los privilegios de su abuelo y se conformó con las tierras que le concedieron y con el título de duque de Veragua.

Colón fué enterrado en el claustro de San Francisco, en Valladolid, de donde fué sacado tres años después para ser

trasladado al convento de los Cartujos de las Cuevas, en Sevilla. El deseo que había expresado de ser enterrado en el Nuevo Mundo se realizó en 1540; sus restos fueron llevados a Santo Domingo y descansaron en la catedral hasta 1795. Luego pasaron a la Habana, desde donde volvieron, al fin, a España. Ahora están en la catedral de Sevilla.

En La Española, o Haití, el país predilecto de Colón, para reemplazar a los indios, que se habían extinguido, se importaron esclavos negros, que resultaron muy útiles en las plantaciones. Pero se multiplicaron de tal modo, que tres siglos más tarde, después de sangrientas luchas, arrojaron a los franceses de la isla y proclamaron la primera república negra del mundo. En 1697 España había cedido a Francia la parte occidental de Haití. La ciudad de Isabela, que fundara Colón, fué abandonada por su situación malsana: se la consideraba la tumba de los hidalgos españoles. Fué convirtiéndose en ruinas, y, según una leyenda, sus escombros fueron, durante mucho tiempo, visitados por fantasmas del pasado. Un día unos colonos de los alrededores que perseguían a un jabalí se extraviaron en sus calles desiertas, y vieron, de repente, salir un cortejo de caballeros lujosamente ataviados a la antigua moda española, con sombreros puntiagudos y capas ondeantes. Asustados al ver tan extraño espectáculo, los cazadores saludaron respetuosamente. Los caballeros contestaron a su saludo, y al descubrirse se quitaron... sus propias cabezas. Luego la horrible visión se desvaneció lentamente bajo el brillante sol americano...

FIN

El primer punto a considerar es el carácter de la revolución. En la historia, la revolución ha sido un fenómeno recurrente, pero su significado ha variado considerablemente. En el siglo XVIII, la revolución se entendía como un cambio de poder entre las élites, como fue el caso de la Revolución Francesa. Sin embargo, en el siglo XIX, la revolución adquirió un carácter más social y popular, como se vio en las revoluciones de 1848. En el siglo XX, la revolución se convirtió en un concepto más amplio, que abarcaba no solo el cambio de poder, sino también la transformación de la sociedad y la cultura. Este es el caso de la Revolución Rusa de 1917, que buscaba no solo derrocar al zar, sino también crear una nueva sociedad basada en la igualdad y la justicia social. En el siglo XXI, la revolución ha adquirido un nuevo significado, relacionado con la tecnología y la globalización. La revolución digital, por ejemplo, ha transformado profundamente la manera en que vivimos, trabajamos y nos comunicamos. En este contexto, la revolución ya no es solo un evento histórico, sino un proceso continuo que nos rodea y que debemos entender y gestionar.

El segundo punto a considerar es el papel de la revolución en la historia. La revolución ha sido un motor de cambio y progreso, que ha permitido superar obstáculos y avanzar hacia un futuro más justo y equitativo. Sin embargo, también ha sido un fenómeno violento y sangriento, que ha causado millones de muertes y destrucción. Por lo tanto, es importante reflexionar sobre el papel de la revolución en la historia y sobre las condiciones que la hacen posible. ¿Cuándo es necesario recurrir a la revolución? ¿Qué condiciones deben darse para que una revolución sea exitosa? ¿Qué papel debe jugar la fuerza popular? Estas son algunas de las preguntas que debemos hacernos al estudiar la revolución.

El tercer punto a considerar es el futuro de la revolución. En un mundo cada vez más globalizado y tecnológico, ¿sigue siendo relevante la revolución? ¿Qué tipo de revolución necesitamos hoy en día? ¿La revolución social, la revolución tecnológica, la revolución cultural? Estas son algunas de las preguntas que debemos hacernos al pensar en el futuro de la revolución. La revolución no es un fenómeno del pasado, sino un fenómeno del presente y del futuro. Debemos estar atentos a los cambios que se están dando a nuestro alrededor y estar preparados para actuar cuando sea necesario.

INDICE ALFABÉTICO

INDICE ALFABETICO

A

Abrahán, 310.
 Abruzzos, 25.
 Acuña, Alonso de, 198.
 Adán, 83.
 Adén, golfo de, 207.
 Adorno, 22.
 Adrián, 290, 291.
 Africa, 7, 27, 32, 33, 36, 39, 48, 51, 54, 56, 63, 66, 76, 84, 86, 97, 99, 109, 111, 182, 189, 207, 211, 215, 243, 255, 256, 257, 267.
 Aguado, Juan, 261, 262, 263, 265, 292, 294.
 Agustín, san, 83.
 Ailly, cardenal, 35, 42, 87, 300.
 Alba, 318.
 Alberto Magno, 75.
 Alcalá de Henares, 72.
 Alejandro VI, 105, 208, 210.
 Alejandro, papa, 300.
 Alejandro Magno, 76, 82, 265.
 Alfa y Omega, 241.
 Alfonso V, 45, 51, 53, 56, 63.
 Alhambra, 91, 108.
 Almadén, 240, 259.
 Alonso, padre, 69.
 Ambrosio, san, 274.
 América Central, 303.
 América del Norte, 90, 95.
 América del Sur, 211, 301.
 Américo Vespucio, 281, 302, 318.
 Ameyro, 313.
 Anacaona, 276, 316.
 Andalucía, 101, 113, 140, 144.
 Angostura, 243.

Aníbal, 85.
 Antilia, 10, 38, 47, 119, 204.
 Antillas, 32, 33, 113, 204, 217, 218, 241, 268, 269.
 Antioquía, 7.
 Arabia, 296.
 Aragón, 67.
 Aragón, Casa de, 29.
 Arana, Diego de, 103, 179.
 Arenas, Pedro de, 117.
 Aristóteles, 36, 37, 42, 48, 80, 271.
 Arturo, príncipe de Gales, 265.
 Asia, 11, 36, 40, 72, 82, 95, 97, 182, 197, 243, 244, 271.
 Atlántico, 36, 114, 129.
 Atlántida, 10, 38.
 Atlas, 36.
 Azoa, isla de, 316.
 Azores, islas, 38, 39, 40, 68, 113, 188, 192, 197, 207, 208, 209, 215, 273.

B

Babeca, 152, 153, 154, 158, 162, 185.
 Banco San Giorgio, 301.
 Barcelona, 189, 200, 201, 202, 204, 205, 211, 212, 214, 236.
 Bastimentos, puerto de, 307.
 Bayona, 188.
 Baza, 88.
 Beata, isla, 245.
 Beda, 274.
 Belén, 310.

Belpuerto, 310.
 Benito, padre, 7, 8, 12, 13.
 Berardi, 259.
 Berbería, 7, 9.
 Bernáldez, 264.
 Bianchetta, 18.
 Bisagno, 10, 18.
 Bobadilla, Beatriz de, 110.
 Bobadilla, Francisco de, 284 a
 288, 291, 294, 297, 298, 299, 302,
 303.
 Boca del Dragón, 273.
 «Boca de la Serpiente», 269, 270.
 Bohío, 149, 152, 154, 158, 172.
 Bonao, 285.
 Borinquen, 224.
 Bosio, 145.
 Bosques, isla de los, 11.
 Bristol, 34.
 Buena Esperanza, cabo de, 66,
 86, 111, 207, 210, 267.
 Burgos, 264, 267.
 Buyl, Bernardo, 214, 228, 236,
 246, 247, 249, 260, 265.

C

Cabo Hermoso, 142.
 Cabo de la Laguna, 143.
 Cabot, Juan, 90, 95, 98, 244, 266.
 Cádiz, 66, 217, 232, 236, 249, 253,
 259, 264, 288, 298, 302.
 Cado, Fermín, 233.
 Calcuta, 207, 301.
 Campana, cabo, 155.
 Canarias, islas, 10, 33, 38, 52, 69,
 76, 109, 110, 112, 114, 121, 131,
 182, 195, 217, 256, 279.
 Caniba, 153, 160, 221.
 Caonabo, 225, 228, 231, 232, 245
 a 253, 255, 261, 276, 281, 316.
 Caracol, 225.
 Carambaru, 305, 306.
 Cariay, 305.
 Caribata, 173.
 Caribe, mar, 113, 241, 270.
 Carlos V, 318.

Carlos VIII, 89, 265.
 Carlos, rey de Francia, 237.
 Cartago, 29, 80.
 Castañeda, Juan de, 193.
 Castilla, 17, 45, 57, 58, 60, 63, 65,
 67, 69, 70, 92, 99, 110, 132, 133,
 137, 140, 162, 164, 191, 194, 208,
 260, 292, 296, 305.
 Catalina, 72, 229, 230, 265.
 Catay, 9, 11, 12, 40, 43, 47, 75,
 95, 110, 113, 150, 241, 242, 266,
 310.
 Ceilán, 49.
 Cerdeña, 29.
 César, 105, 106.
 Ceuta, 132.
 Ceuta, obispo de, 64.
 Ciamba, 305.
 Cibao, 169, 172, 225, 231, 234, 246.
 Cicerón, 79.
 Ciguare, 305, 306.
 Cintra, 192, 197.
 Cipango, 9, 11, 12, 47, 48, 75,
 110, 112, 119, 123, 144, 145, 146,
 169, 172, 181, 197.
 Cogolludo, castillo, 70.
 Colba, 145.
 Coloma, 93, 236 a 240.
 Colombi, 204.
 Colombia, 318.
 Colón, Bartolomé, 7, 8, 9, 10, 13,
 18, 20, 24, 25, 66, 87, 236, 245,
 246, 247, 249, 259, 261, 275-278,
 280, 283, 286, 301.
 Colón, Diego (hermano), 16, 18,
 203, 206, 218, 236, 246, 247, 249,
 260, 276, 278, 285, 286, 294, 301.
 Colón, Diego (hijo), 35, 65, 67,
 90, 87, 105, 123, 202, 205, 260,
 305, 317, 318.
 Colón, Diego (indígena), 226, 250.
 Colón, Domingo, 18, 21, 23.
 Colón, Fernando, 29, 35, 87, 88,
 90, 105, 106, 202, 266, 301.
 Colón el Joven, 29, 31.
 Columnas de Hércules, 7, 9, 12,
 40, 81.

Conti, Nicolás di, 49.
 Copérnico, 37, 271.
 Córcega, 17, 27.
 Córdoba, 69, 72, 75, 86, 87, 88,
 93, 200, 202.
 Corte-Real, Gaspar, 95.
 Corvalán, 231, 232, 237.
 Cosa, Juan de la, 102, 244.
 «Costa de Marfil», 33.
 Costa de Oro, 33, 63, 210, 303.
 Cristóbal, san, 204.
 Cruz, cabo, 245.
 Cruzadas, 37.
 Cuba, 32, 33, 145, 146, 152 a 155,
 157, 182, 185, 227, 241 a 244,
 257, 272, 303.

Ch

Chanca, doctor, 219, 228, 232,
 236, 258.
 China, 37, 40, 47, 49.
 Chfo, 24, 32, 149.
 Chioggia, 26.
 Chipre, 24, 31.

D

Dante, 37, 81, 82.
 Dardanelos, 27.
 David, 309.
 Deza, Diego de, 77, 86, 317.
 Díaz, Bartolomé, 66, 86, 95, III,
 182, 198, 207, 215.
 Díaz, Miguel, 263.
 Díaz de Pisa, Bernal, 233, 234.
 Domingo, 23, 24, 25, 26.
 Dominica, La, 218, 219.
 Doria, 22.
 Duero, 74.

E

Ecuador, 48, 268, 273, 274.
 Edad Media, 37, 75, 255, 271.
 Egipto, 43, 49, 88, 207, 309.

Enrique IV de Castilla, 57.
 Enrique VII, 87, 90, 95.
 Enrique, príncipe, 7, 10, 27.
 Enrique *el Navegante*, 51, 52,
 256.
 Enríquez, Beatriz, 87.
 Epicuro, 80, 82.
 Escoto, 274.
 Escovedo, Rodrigo de, 103, 129,
 179.
 España, 10, 15, 16, 18, 19, 20,
 29, 31, 37, 38, 42, 44, 53, 58, 71,
 72, 74, 88 a 92, 94, 96, 107,
 112, 116, 118, 128, 142, 150, 151,
 161, 167, 173 a 177, 179 a 181,
 183, 185, 187, 191, 194, 196,
 197, 198, 199, 200, 203, 206, 207
 a 212, 214, 219, 232, 233, 234,
 241, 243, 245, 246, 247, 249,
 251, 252, 253, 255, 257 a 259,
 262, 264, 265, 267, 268, 270,
 272, 276 a 287, 289, 295, 296,
 298, 301 a 305, 311, 316, 318,
 319.
 La Española, 72, 158, 172, 181,
 184, 186, 218, 224, 232, 237, 239,
 244, 245, 249, 253, 254, 255, 258,
 259, 260, 262, 254, 265 a 268,
 270, 275, 277, 279, 281, 283,
 284, 285, 287 a 290, 298, 299,
 301, 302, 304, 306, 310, 311,
 314, 315, 317 319.
 Estados Unidos, 256.
 Estrabón, 274.
 Etiopía, 306.
 Eufrates, 274.
 Eugenio, papa, 47.
 Eugenio IV, 49.
 Europa, 98, 172, 189, 200, 208,
 258, 259, 270.
 Extremo Oriente, 40, 211.

F

Fayal, 68.
 Felipe *el Hermoso*, 266.

Fernández de Navarrete, Martín, 106.
 Fernandina, 29, 136, 137, 139, 141.
 Fernando, rey, 29, 53, 57, 58, 65, 67, 69, 71, 85, 89, 90, 91, 94, 107, 202, 208, 209, 210, 211, 215, 260, 264, 265, 290, 298, 299.
 Feroe, 34.
 Flandes, 28, 31, 102, 265.
 Florencia, 45, 48, 49, 50, 56, 57, 59, 60, 61.
 Flores, 39, 68.
 Florida, 16, 123.
 Fonseca, 237 a 240, 260, 280, 281, 287.
 Fontanarossa, Susana, 18.
 Francia, 8, 28, 31, 66, 70, 89, 93, 236, 237, 284, 319.
 Francisco, 8.
 «Frislandia», 34.
 Fruttuoso, 9.
 Fuenterrabía, 306.
 Fulgencio, Hermano, 82, 85.

G

Gambia, 51.
 García Fernández, 90.
 Ganges, 49, 243, 271, 274, 306.
 Génova, 5, 7, 8, 10, 12, 13, 15, 17, 18, 20, 22, 24, 25, 26, 30, 31, 41, 43, 48, 55, 68, 70, 77, 103, 205, 214, 218.
 Gil Ranes, 52.
 Giraldi, Lorenzo, 59.
 Giraldini, Alejandro, 71.
 Gomera, isla de, 110, 111, 121, 218, 267.
 Gómez, Fernando, 51.
 González de Mendoza, don Pedro, 71.
 Gracia, 269, 273.
 Gracias a Dios, cabo, 304.
 Gran Canaria, 110.
 Gran Kan, 7, 8, 12, 43, 46, 49, 97, 108, 145, 146, 147, 150, 152,

154, 181, 203, 206, 221, 241, 242, 244, 303.
 Granada, 58, 83, 88, 89, 91, 107, 108, 240, 298, 299.
 Grecia, 7.
 Guacanagari, 168, 171, 172, 174, 176, 177, 179, 186, 223, 225 a 230, 241, 250, 254, 255, 258.
 Guadalquivir, 115.
 Guadalupe, 219, 221, 223.
 Guanahaní, 129, 147, 152, 153, 221, 226, 257.
 Guarionex, 250, 276, 277, 278, 303.
 Guatiguana, 248, 250.
 Guinea, 33, 45, 51, 84, 146, 152, 197, 199, 210, 265.
 Guisay, 145.
 Gutenberg, 37.
 Gutiérrez, Pedro, 126, 179.

H

Habana, 319.
 Habsburgo, 265.
 Haití, 33, 158, 166, 169, 181, 184, 186, 189, 218, 229, 319.
 Hayna, 263, 267, 275.
 Hierro, isla de, 111, 121, 131.
 Homero, 17.
 Honduras, cabo de, 303.
 Huarea, 313.
 Huelva, 66, 267.
 Humboldt, Alejandro von, 20, 44, 243.

I

Indias, 7, 8, 12, 36, 37, 44, 48, 49, 50, 53, 55, 57, 65, 86, 95, 108, 111, 119, 142, 183, 193, 194, 195, 197, 199, 204 a 208, 210, 212, 214 a 218, 236, 241, 260, 267, 271, 272, 289, 290, 292 a 297, 301, 303, 309, 318.

Inglaterra, 28, 34, 35, 58, 87, 90, 95, 266.
Inquisición, 79, 208.
Isaac, 310.
Isabel, princesa, 265, 284.
Isabel, reina, 57, 58, 65, 67, 69, 71, 72, 73, 85, 89, 91 a 94, 107, 202, 208, 210, 212, 215, 236 a 240, 256, 259, 260, 264, 288, 298, 299, 316.
Isabela, 141, 144, 153, 232, 234 a 239, 243, 245, 246, 247, 249, 251, 252, 253, 259, 261, 262, 263, 277, 278, 319.
Isafas, profeta, 41, 84, 272, 288.
Isidoro, san, 274.
Islam, 88.
Islandia, 34, 35, 58.
Israel, 309.

J

Jacobo, 23.
Jamaica, 185, 242, 245, 304, 311, 312, 313, 315, 316.
Japón, 37, 47, 145, 181.
«Jardines de la Reina», 242, 244, 304.
Jerez, Rodrigo de, 148.
Jerusalén, 183, 243, 300.
José, 64.
Juan II, 53, 63 a 66, 195, 199, 207.
Juan III de Calabria, 30.
Juan, príncipe, 51, 55, 56, 57, 61, 145, 205, 284, 288, 289.
Juan, preste, 243.
Juan, rey, 87.
Juan, san, 288.
Juana, infanta, 265.
Juana, isla, 145.
Judea, 309.

L

Labrador, 244.
Lactancio, 78, 80.

Lanzarote, 110.
Las Casas, obispo, 29, 106, 147, 151.
Liguria, 18.
Lisboa, 31, 32, 35, 41, 45, 47, 53, 54, 58, 59, 64, 66, 70, 86, 95, 111, 188, 192, 194, 197, 1908, 207, 256, 257, 294.
López, cabo, 48.
Lorena, 318.
Luis, 9.
Luna, Alvaro de, 214.

M

Madera, 11, 19, 33, 35, 39, 65, 192.
Madrid, 16, 72.
Magdalena, La, 250.
Mago, 310.
Magón, 242, 244.
Maguncia, 37.
Malaca, 243.
Málaga, 88, 256.
Mami Galante, 218.
Mandeville, Juan, 43, 49, 242.
Mangi, 47, 242, 244.
Manuel de Portugal, rey, 95.
Marco Polo, 7, 8, 9, 12, 37, 40, 43, 48, 49, 61, 64, 75, 85, 97, 149, 182, 234, 241, 242, 266, 270, 303.
Marchena, Antonio de, 68, 90, 213.
Margarit, Pedro, 234, 235, 246 a 250, 260, 265.
Marsella, 29, 30.
Martín V, 111.
Martínez, Cardenal Fernando, 45, 50, 56, 57, 60, 61, 62.
Maximiliano I, 265.
Mayreeni, 225.
Meca, 296.
Medinaceli, duque de, 69.
Mediterráneo, 10, 12, 16, 25 a 28, 32, 54, 73, 76, 81, 149, 243, 255.

Méjico, 303.

Mejorada, monasterio de la, 296.

Méndez, Diego, 312, 313.

Mendoza, cardenal, 70.

Mogador, cabo, 52, 111, 208.

Moguer, 101, 103, 189, 191.

Moisés, 118, 309.

Mona, isla de, 245.

Monte-Cristo, 224, 230.

N

Namegueta, 33.

Napoleón, 96.

Nápoles, 28, 29, 237, 265.

Navidad, La, 180, 184, 186, 187,
218, 223, 224, 225, 229, 230, 232,
237, 248.

Negro, mar, 25.

Nerón, 265.

Nicaragua, 303.

Niebla, 102.

Nilo, 274.

Niña, 102, 105, 113, 115, 120, 121,
124, 125, 135, 141, 154, 169, 170
a 176, 179, 180, 183, 184, 189,
193 a 200, 244, 263.

Niño, Juan, 103.

Niño, Pedro Alonso, 264, 267.

Nipe, 145.

Noé, 83.

Nueva Granada, 318.

Núñez de Balboa, 271.

O

Ojeda, Alonso de, 218, 222, 231,
234, 235, 237, 248, 250 a 253,
281, 282, 285, 289, 290, 292,
300, 318.

Orinoco, 243, 273.

Ovando, Nicolás de, 244, 299,
301, 302, 303, 315.

Oviedo, 29.

P

Pablo, san, 83.

Países Bajos, 265.

Palencia, 317.

Palestina, 8, 88.

Palos, 66, 68, 69, 90, 92, 96, 98,
99, 101, 103, 104, 107, 108, 109,
110, 182, 183, 195, 200, 201.

Panamá, 271, 303.

Paria, 245, 270, 271, 273, 279, 280,
281, 289, 290.

París, 89.

Pavía, Universidad, 20.

Pedro, 6, 7, 8, 11.

Pedro, san, 289.

Perestrello, Felipa Monis de, 35.

Pérez, Juan, 69, 70, 90, 99, 104.

Perlas, golfo de las, 270, 280.

Pérsico, golfo, 49.

Pinos, 243.

Pinta, 101, 102, 103, 110, 115, 112
a 122, 126, 127, 139, 141, 149,
154, 158, 175, 176, 181 a 184,
185, 188, 192, 200, 205.

Pinzón, Francisco, 101.

Pinzón, Martín Alonso, 90, 92,
99 a 104, 110, 114, 115, 112 a
125, 127, 129, 139, 146, 153, 154,
155, 158, 169, 170, 176, 181 a
189, 205, 214, 262, 300.

Pinzón, Pedro, 103.

Pinzón, Vicente, 103, 214, 129,
170, 183, 184, 262, 285.

Pisa, 11, 306.

Pitágoras, 36.

Plinio, 41, 43, 80.

Plutarco, 43.

Poggio, 49.

Porras, Francisco de, 302.

Porto Santo, isla de, 35, 39.

Portugal, 16, 19, 24, 25, 31, 33,
35, 48, 50, 52, 53, 58, 60, 61,
63, 65, 66, 70, 90, 95, 97, 132,
182, 188, 192, 193, 194, 195, 197,
199, 207, 208 a 121, 259, 265,
267, 284, 306.

Proserpina, 67.
Puerto de la Concepción, 158.
Puerto Gordo, 307.
Puerto Rico, 224, 229, 230, 245.
Puerto de Santa María, 70.
Pulci, Luis, 81, 85.
Punta de Arena, 268, 269.

Q

Quersoneso, 243.
Quinsay, 47, 48, 49, 147, 150.
Quintanilla, Alonso de, 71, 93.
Quintero, 101, 110.
Quinto, 18.

R

Rábida, La, 67, 69, 90, 93, 99,
104, 189, 213.
Rastelo, 197, 198.
Renato de Anjou, rey, 29.
Retrete, 307.
Rfo Tinto, 66, 102.
Rodrigo 64.
Rodríguez, 91.
Rojo, mar, 49, 207.
Rodríguez de Fonseca, Juan, 214.
Roldán, 277, 278, 279, 280, 281,
282, 283, 185, 287, 302, 303.
Roma, 62, 105, 109, 208, 209, 210,
212, 317.
Ruiz Sancho, 102, 121.

S

Saint-Malo, 10.
Salamanca, Universidad de, 73,
79, 86, 317.
Salomón, 91, 211, 263, 265.
Saltes, 105, 189, 200.
Samoet, 138, 140 a 143.
San Brandán, isla de, 10, 38.
San Giorgia, banca, 14.
San Jorge de la Mina, fuerte de,
33.
San Marcos, república de, 26.
San Miguel, 196, 315.

San Nicolás, 158.
San Pedro, isla de, 29.
San Salvador, 130, 134 a 136, 138,
141, 145, 159, 185.
San Vicente, cabo de, 31, 306.
Sánchez, Rafael, 199, 203, 208,
212.
Sánchez, Rodrigo, 103, 126, 129.
Sanlúcar, 268, 316.
Santa, 269.
Santa Cruz, 223.
Santa Fe, 91, 93.
Santa Hermandad, 201.
Santa María, 102, 115, 118, 119,
127, 169, 170, 178, 179, 184, 192,
225.
Santa María, colonia de, 11.
Santa María de la Concepción,
134, 136, 137, 138.
Santa María de Guadalupe, 190,
192, 194, 195, 197.
Santángel, Luis de, 69, 93, 199,
208, 257.
Santas Escrituras, 80, 84.
Santo Domingo, 276, 278, 279,
280, 283 a 286, 291, 297, 302,
315, 316, 319.
Santo Sepulcro de Jerusalén, 88,
215.
Santo Tomás, 116, 169, 235, 245,
246, 248, 253, 256.
Sargazos, mar de los, 68, 113, 189.
Savona, 18, 22, 32, 218.
Schoner, 275.
Segovia, 317.
Séneca, 41, 82.
Senegal, 7, 256.
Sevilla, 18, 66, 69, 86, 88, 98, 106,
115, 199, 200, 214, 238, 256, 257,
259, 317, 319.
Sevilla, Junta de, 232.
Sforza, 22, 24.
Sicilia, 32, 54, 146, 295.
Siete Ciudades, isla de las, 38.
Siria, 49, 88.
Sorbona, 37.
Sucesión, guerra de, 63.

T

- Tajo, 197.
 Talavera, Hernando de, 69, 91, 96.
 Teide, pico de, 112.
 Tenerife, 110.
 Thulé, 34, 42.
 Tierra Santa, 7, 255.
 Tigris, 274.
 Tolomeo de Alejandría, 34, 36, 42, 48, 78, 83, 274, 306.
 Tomás de Aquino, santo, 37, 75
 Tonio, 23, 24, 25, 26.
 Tordesillas, 211.
 Tormes, 74.
 Torre, Juana de la, 288, 298.
 Torres, Antonio de, 232, 236, 238, 240, 249, 255, 259, 261, 288, 296.
 Torres, Luis de, 148, 150.
 Tortosa, 306.
 Tortuga, isla de la, 161, 163, 166.
 Toscanelli, Pablo, 45, 48, 49, 50, 56, 57, 59 a 64, 71, 97, 110, 113, 119, 147, 152, 182.
 Triana, Rodrigo de, 127.
 Trinidad, La, 268, 269, 270, 273.
 Túnez, 30.

V

- Valencia, 273.
 Valparaíso, 198, 207.
 Valladolid, 318.

- Vallejo, Alonso de, 287.
 Vasco de Gama, 95, 268.
 Vega, 291.
 Vega Real, 234, 246, 248, 250, 252, 253, 254, 255, 276.
 Velasco, Pedro, 68.
 Venecia, 31, 43, 71, 306.
 Venecia, Gran Consejo, 8.
 Venezuela, 243.
 Veragua, 305, 306, 307, 308, 312, 317.
 Veragua, duques de, 105, 318.
 Verde, cabo, 11, 64, 209, 210, 211, 267, 268, 273.
 Villafranca, 199.
 Villalón, doctor, 90.

X

- Xaragua, 276, 278, 279, 280, 281, 282, 315.

Y

- Yamaya, 185.
 Yáñez, Vicente, 290.
 Yucatán, 303.

Z

- Zaitún, 147, 150, 152.
 Zaytón, 46.

El presente trabajo se ha realizado en el marco del proyecto de investigación "El sistema de salud en Andalucía: un análisis de la gestión y la calidad", financiado por el Ministerio de Sanidad y Consumo. El autor desea agradecer a los miembros del equipo de investigación por su colaboración y apoyo durante el desarrollo del mismo. Asimismo, agradece a los profesionales de los centros de salud que han colaborado en la recolección de datos. Este trabajo forma parte de la tesis doctoral de [Nombre], defendida en la Universidad de Sevilla.

El presente trabajo se ha realizado en el marco del proyecto de investigación "El sistema de salud en Andalucía: un análisis de la gestión y la calidad", financiado por el Ministerio de Sanidad y Consumo. El autor desea agradecer a los miembros del equipo de investigación por su colaboración y apoyo durante el desarrollo del mismo. Asimismo, agradece a los profesionales de los centros de salud que han colaborado en la recolección de datos. Este trabajo forma parte de la tesis doctoral de [Nombre], defendida en la Universidad de Sevilla.



R35863